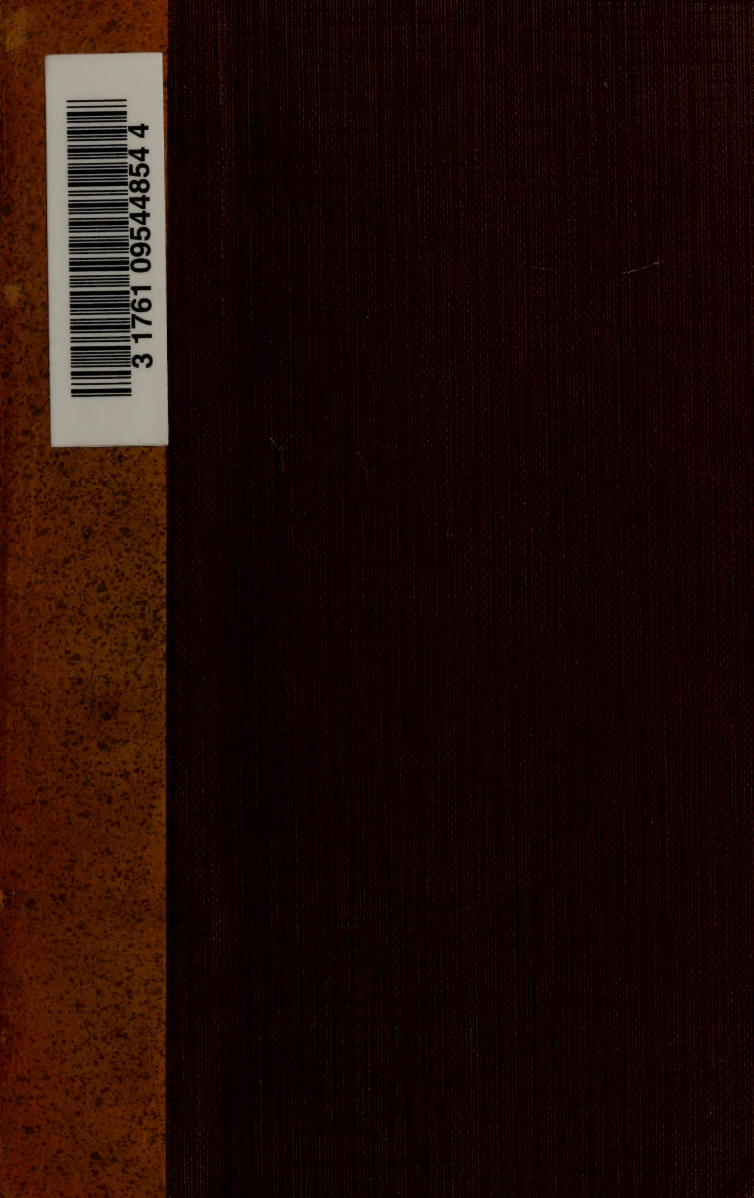
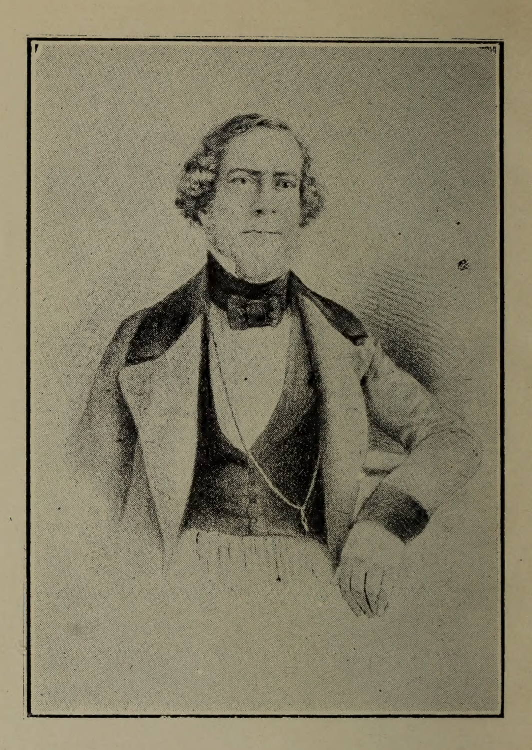

3 1761 09544854 4

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.



E. de Gorostiza

Este retrato está tomado de la "Biblioteca Mexicana Popular y Económica" (1851) publicado á raiz del fallecimiento de Gorostiza.



OBRAS

DE DON

MANUEL E. DE GOROSTIZA.

TOMO IV.

TEATRO

IV

MEXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Cerca de Santo Domingo No. 4.

1902

DON BONIFACIO.

PIEZA EN UN ACTO.

PERSONAS.

DOÑA CANDIDA,
RITA,
MARGARITA,
DOÑA LUZ.
DOÑA JOSEFA,
DON ROQUE,
DON SILVESTRE,
DON BONIFACIO,
DON JUAN,
MR. PLATTOFF,
UN MOZO.



ACTO UNICO.

ESCENA I

DON ROQUE Y DOÑA CANDIDA.

CANDIDA.

¡Ay Dios mío! ¡y qué carnaval tan triste para mí! ¡Haberme acostado todas estas noches antes de las nueve, y hoy que tenía un bailecito, no poder tú acompañarme!

ROQUE.

Ya ves, hija, no es culpa mía: y, como se suele decir, primero es la obligación que la devoción.

CANDIDA.

Pero es fuerte cosa que, desde que nos hemos casado, siempre has de haber tenido algo que hacer en noche en que yo hubiera podido divertirme.

ROQUE.

¿Para qué te casaste con un médico?

CANDIDA.

Tan pronto es un parto que no viene derecho: tan pronto es una boca torcida....

ROQUE.

Lo de ahora no es nada torcido ni derecho, sino un terrible ataque de aplopejía que le ha dado á un padre de Santo Domingo, y que me pone, á la verdad, en mucho cuidado.

CANDIDA.

¿Tendrás por supuesto que pasar toda la noche á la cabecera de su cama?

ROQUE.

Mucho me lo temo.

CANDIDA.

¿Y yo tendré que meterme en la mía dentro de media hora?

ROQUE.

Es lo mejor que puedes hacer, porque es probable que yo vuelva muy tarde.... y....

CANDIDA.

Mil gracias por la noticia.

ROQUE.

Vaya, Cándida, sé razonable y no te incomodes

por un poco... ¿Qué vale un baile más ó menos, cuando tu marido trata de llenar los sagrados deberes de su profesión... de ir al socorro de la humanidad afligida....?

CANDIDA.

¿Y por qué se ha de afligir la humanidad porque á ese padre le haya dado apoplejía por haber sin duda almorzado esta mañana como un buitre?

ROQUE.

Al cabo tú no habías de bailar en casa de doña Sinforosa....

CANDIDA.

¿Y quién te dice á ti que yo no hubiera bailado esta noche en casa de doña Sinforosa?

ROQUE.

Porque de cincuenta años arriba....

CANDIDA.

No debe nadie mojarse la barriga, según el refrán; pero esto no quiere decir que no pueda bailar la que, como yo, siente todavía ágiles sus piernas.... Además, yo no tengo cincuenta años, y...

ROQUE.

Ya se ve que no los tienes.... como que naciste el año de setenta y cinco, si mal no me acuerdo.

CANDIDA.

Yo soy la que no me acuerdo de semejante cosa.... y la que no me quiero tampoco acordar de ella. ¡Ay Roque! ¡y qué mal me huele el que me estés ya todo el día trayendo á la memoria el año de mi nacimiento!

ROQUE.

¿Cómo quieres que se olvide ese año, si fué el del terremoto de Lisboa?

CANDIDA.

Repito que me da muy mala espina semejante afectación de tu parte, y....

ROQUE.

Y á mí me la da peor el que empecemos á estas horas una conversación tan vidriosa como lo es la de tu edad. Así, mejor será que me vaya, y.... Conque, quédate con Dios, Cándida.

CANDIDA.

¿Al fin te vas?

ROQUE.

(Tomasu sombrero.) ¡Qué hede hacer!

CANDIDA.

Y si encuentras por casualidad algo aliviado al padre, ¿no volverías todavía á tiempo de...?

ROQUE.

No lo espero, porque primero que se le echen

las treinta docenas de sanguijuelas que le voy á recetar, se ha de pasar mucho tiempo.

CANDIDA.

¡Jesús! ¡Treinta docenas!

ROQUE.

Y si no cede el mal, tendré que ordenarle luego, ventosas, cáusticos, sangrías, moxas é incisiones transversales.

CANDIDA.

Oye, no dejes entonces de recetarle también Extremaunción... porque para lo que queda...

ROQUE.

Todo se andará si fuere necesario. Adiós, que te recojas lo más pronto que puedas.... mira que la noche está fría, y que es fácil cojas, si te descuidas, otro reumatismo como el que atrapaste el invierno pasado. (Vase.)

ESCENA II

Da. CANDIDA, SOLA.

¡Qué empeño tiene en que me recoja temprano! No parece sino que no está á gusto cuando yo no estoy dormida. Pobre Cándida, y qué mal hiciste en casarte con este matasanos, que aunque mozo todavía, era ya viudo... Y quien dice viudo dice resabiado y marrajo. ¡Cuánto más

me hubiera valido el haberme casado con mi primo Silvestre que me quería tanto....! Como que desesperado de verme en poder de otro, sentó plaza, y Dios sabe en dónde estará á estas horas.... Quizá habrá muerto en la guerra, de algún balazo.... ó de algún tumor que se le haya gangrenado.... porque como era oficial de sastre y se metió luego á soldado de caballería, nada tendría de extraño que no se hubiera podido acostumbrar á aquellos trotes. No me consolaría en toda mi vida si tal hubiera sucedido.

ESCENA III

MARGARITA Y DICHA.

MARGARITA.

Buenas noches, señorita.

CANDIDA.

Buenas te las dé Dios, Margarita.... ¿Qué traes de nuevo?

MARGARITA.

Mi ama doña Sinforosa, que le besa á su merced las manos.... y que cómo es que no ha ido todavía su merced por allá.... que la casa la tenemos ya llena de máscaras.... y que sólo se espera á su merced para servir el chocolate y para empezar los sonecitos.

CANDIDA.

Es verdad que le había prometido que baila-

ría esta noche las calabacitas.... ó el jarabe.... Pero no es mala purga la que tengo yo ahora dentro del cuerpo.

MARGARITA.

Sin duda el señor doctor....

CANDIDA.

Pues.... mi marido es el que....

MARGARITA.

Vea su merced, solo por eso no me hubiera yo casado con un doctor.... que es una gaita el que la anden á una siempre jaropeando.

CANDIDA.

No es eso, Margarita, sino que precisamente le acaban de llamar para un enfermo muy grave, y....

MARGARITA.

Para una enferma muy grave, querrá decir su merced.

CANDIDA.

Qué enferma ni qué berengena... Mi marido no visita enfermas de noche sin que yo lo sepa y le autorice antes para ello.... Así me lo tiene prometido.

MARGARITA.

Poco importa eso, señorita, con tal que no lo tenga además cumplido.... Dígolo porque le

acabó de ver entrar en esa casita blanca de la esquina, en donde sólo viven dos hermanas muy lindas, que conozco como á las yemas de mis dedos.

CANDIDA.

No lo creas, que á donde ha ido es á Santo Domingo á visitar á un padre.

MARGARITA.

Yo no sé si el padre de esas niñas vive ó no en Santo Domingo, pero lo que sí sé es, que en todo caso ha empezado por visitar á las hijas.

CANDIDA.

Le habrás equivocado con otro.

MARGARITA.

No me pude engañar, señorita, porque al pasar por mi lado me dió, según su costumbre, un buen pellizco, y yo, ya se ve, con el dolor volví la cara, y conocí al punto al señor D. Roque. No le hablé, es verdad, porque vi que iba muy de prisa, pero....

CANDIDA.

¡Qué oigo! ¡Es imposible!

MARGARITA.

¡Imposible! ¿Quiere ver su merced la señal?

CANDIDA.

No, no.... No digo eso, sino que no sería mi

Roque el que se atrevió á darte ese pellizco que dices.

MARGARITA.

Como no es la primera vez que se ha atrevido....

CANDIDA.

Repito que no puede ser.

MARGARITA.

Y yo repito que él fué el que me lo dió.... y de monja, por más señas.... así. (La pellizca.)

CANDIDA.

¡Ay....! ¿Qué has hecho, bruta?

MARGARITA.

Explicarle á su merced la cosa.

CANDIDA.

¡Habrá animal! ¡Pues no me ha hecho ver las estrellas!

MARGARITA.

Mejor las he visto yo antes.... como que estaba en la calle.

CANDIDA.

Anda, que eres una bestia muy malcriada y muy habladora.... Yo se lo diré á tu ama en cuanto la vea.

MARGARITA.

Hará su merced mal..... porque yo ¿qué he dicho? La verdad.... Que D. Roque ha entrado en casa de las dos Carrasquitos.... Porque así se llaman.... Si lo sabré yo que las conocí en la amiga.... Una es rubia y la otra un poco prieta, pero con dos ojos muy hermosos.... como dos zapotes.... Esto es todo lo que he dicho.... Y lo del pellizco.... Nada más.... No creo que en eso he ofendido á nadie.... Si hubiera añadido alguna malicia sobre el motivo de la visita, entonces podría su merced llamarme con razón habladora.... Pero Dios me libre de semejante tentación, que no soy de las que les gusta platicar en perjuicio de tercero.... No, señora.... Si D. Roque ha entrado allí, como en efecto ha entrado, para algo será, y sólo para algo.... Estará quizá mala la rubita.... O quizá la prieta.... Una de las dos ha de ser la enferma que D. Roque habrá ido á curar.... porque no hay sino ellas dos en toda la casa.... Así, no se apure su merced ni se enfade conmigo.... Todo lo que ha pasado es muy natural, y muy inocente, y muy.... Conque.... Quédese su merced con Dios.... Diré á mi ama que su merced no puede venir porque su marido ha tenido que ir á visitar á un padre de Santo Domingo... Y lo de las Carrascos se quedará para nosotras, por lo que puede tronar. Agur. (Aparte.) Tómate esa, vejestorio, para que me llames otra vez bestia y habladora. (Vase.)

ESCENA IV.

Da. CANDIDA Y LUEGO RITA.

CANDIDA.

¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué taravilla tan impertinente!..... No sé cómo he tenido paciencia y no la he mandado arrojar por las escaleras.... Pero, Cándida, ¿y si lo que te ha dicho fuera cierto por acaso? Si tu marido en lugar de estar á la cabecera del padre estuviera ahora á los pies de otra cama.... ¡Horrible incertidumbre! Ello no hay duda que estos maridos son capaces de todo.... y mucho más cuando sus mujeres.... ahora que no nos escucha nadie.... pasan como yo.... de.... de los veinticinco. ¡Maldita canalla masculina! Si tal supiera, vive el cielo que me había de vengar estrepitosamente y en esta misma noche.... Porque no hay cosa como las venganzas nocturnas.... y, como añadía mi madre, que esté en la gloria, simultáneas y espontáneas.

RITA.

Tía, ¿conque no vamos esta noche en casade doña Sinforosa?

CANDIDA.

No, hija, tu tío ha salido, y....

RITA.

¡Qué lástima!

CANDIDA.

Ya se ve que es lástima.

RITA.

Yo que me iba á vestir de monaguillo....

CANDIDA.

Y yo de cupidillo... con sus flechas y su aljaba, y... Veinte reales me lleva por el traje el sastre que me lo ha alquilado.

RITA.

¿Y no podíamos ir sin el tío?

CANDIDA.

¡Qué dices, muchacha....! ¡Cómo habíamos de ir por esas calles, y á estas horas, dos mujeres solas y no mal parecidas, para que algún insolente nos hiciera alguna insolencia! Sería imperdonable.... ¿Pero qué papel traes en la mano?

RITA.

Uno que me he encontrado en el corredor, y que sin duda se le ha caído á mi tío del bolsillo cuando fué por la capa.

CANDIDA.

Alguna receta.... Dámelo.... (Aparte.) ¡Qué veo! !Letra de mujer! Leamos.—(Lee.)—"No se canse usted, amiguito, si he de ir con usted á la máscara, ha de ser de turca."—¡Ah perra mora!

RITA.

¿Es una receta, tía?

CANDIDA.

Continuemos.—(Lee.)—"Es disfraz que me va muy bien, según usted mismo dijo antes de anoche, cuando me lo probé delante de usted."—¡Ay, Virgen de las Angustias, y qué calor! (Se abanica con mucha prisa y fuerza.)

RITA.

¿Quiere usted que abra las ventanas?

CANDIDA.

Apuremos el tósigo. (Lee.)—"Así, ó me quedo en casa y se me alborotan de seguro los nervios, ó me trae usted hoy mismo una media luna de oro y un velo de punto. Le advierto á usted que los mejores velos son los de Bruselas allá en Flandes, y que se venden en el cajón de "Los Tres Navíos."—Eso es, bribona, luce á costa mía la poca geografía que sabes.

RITA.

¿Y para qué enfermedad sirve esa receta, tía?

CANDIDA.

Déjame en paz...., que estoy hecha un basilisco, y estoy por arrancarme uno á uno todos los pelos de la cabeza.

RITA.

De la peluca, dirá usted, tía. (Suena dentro una guitarra.)

CANDIDA.

¿Qué música es esta?

RITA.

Algún enamorado con carraspera, que querrá hacer gárgaras á la reja de su novia.

CANDIDA.

Calla, y oigámosle, que no lo hace del todo mal.

RITA.

Ya me callo. (Cantan.)

CANDIDA.

¡Rita!

RITA.

¿Tía?

CANDIDA.

Y conozco esta voz.

RITA.

Yo no.

CANDIDA.

¡Ay Dios mío....! ¡qué agitada me siento!... Mira, mira los vuelcos que me da el corazón... no parece sino que se quiere salir del pecho.

RITA.

Pues crúcese usted bien el tápalo para que no se vaya. (Silban.)

CANDIDA.

¡Oh! sí, él es.... Así silbaba cuando quería

que yo me asomara á la ventana.... Sólo que algunas veces se enfadaba de esperar.... ¡como era tan vivo! y cogiendo entonces un guijarro de á dos libras.... (Tiran una piedra.)

RITA.

¡Válgame San Tito!

CANDIDA.

Ahora sí que no me queda duda. (Asomándose con precipitación.) ¡Silvestre!

SILVESTRE.

(Desde dentro.) ¡Cándida!

CANDIDA.

¿Eres tú?

SILVESTRE.

(Desde dentro.) Yo soy.... ¿Puedo entrar?

CANDIDA.

Sube, sube.... Anda, niña, alumbra á tu tío.

RITA.

¿A su marido de usted? Qué, ¿ha vuelto ya?

CANDIDA.

No, no, á otro tío que yo te he dado, porque es primo carnal mío, y de consiguiente....

ESCENA V

SILVESTRE Y DICHAS.

SILVESTRE.

Cándida paloma que mereciste mis primeros arrullos.... Prima idólatra, idolatrada, é idolatrable.... ¿Cómo estás?

CANDIDA.

¡Silvestre!... ¡Ah Silvestre! ¡Oh Silvestre!... (A Rita.) Vete, niña, allá adentro.

RITA.

(Aparte.) ¿Saben ustedes que mi nuevo tío me tiene trazas de algo salvaje? (Vase.)

ESCENA VI

DICHOS, MENOS RITA.

SILVESTRE.

Qué buena te encuentro.... Un poco flaca.... Bastante descolorida.... Muy aviejada.... Con algunos dientes menos.... Y la maldita pata de gallo.... Pero por lo demás, lo mismo, lo mismo que te dejé ahora hace nueve años.

CANDIDA.

Y también la misma, la misma que me dejaste ahora hace nueve años.

SILVESTRE.

Qué discreta indirecta.... Con eso has queri do decirme que me amas todavía con el propio frenesí con que me amabas cuando me plantaste y te casaste con el otro.... ¿No es cierto?

CANDIDA.

Créelo, como si lo leyeras en letra de molde... Pero vaya, y tú ¿cómo vuelves á mis amantes brazos?

SILVESTRE.

Con una charretera á la izquierda.

CANDIDA.

No te pregunto eso, sino ¿si vuelves tan enamorado como lo estabas cuando sentaste plaza de soldado?

SILVESTRE.

Muchísimo más, como que ya soy alférez.

CANDIDA.

¿Sólo alférez?

SILVESTRE.

Pues mira, no creas que se encuentran por ahí muchos subtenientes.... De otros grados no digo que no, pero....

CANDIDA.

¡Pobre Silvestre! ¡Qué lejos estaba de que te vería esta noche!

SILVESTRE.

También me temía yo que no te podría abrazar hasta mañana por la mañana.

CANDIDA.

¿Por qué?

SILVESTRE.

Porque te creí cenando con tu marido...

CANDIDA.

Ya hace mucho tiempo que no cómo nada de noche sin que se me indigeste al punto.

SILVESTRE.

Pues entonces ¿para quién es la cena que ha encargado esta tarde en la gran fonda de las Siete Cabrillas?

CANDIDA.

¿Qué dices....? ¿Mi marido ha encargado una cena en la fonda?

SILVESTRE.

Sí, para dos personas, y á ocho pesos por cabeza.

CANDIDA.

¡Qué peso tengo en la mía! ¡Si me habrá entrado jaqueca!

SILVESTRE.

Yo estaba allí en un rincón refrigerándome un si es, no es, y acabado de bajar de la diligencia,

cuando vi entrar á tu marido jugueteando con el bastoncito y haciendo mil dengues. Buenas bascas me dieron al reconocerlo, eso es otra cosa, acordándome del despojo que me había hecho, "in illo tempore," usurpándome tu mano.

CANDIDA.

Continúa, continúa.

SILVESTRE.

Preguntó en seguida por el amo de la casa; vino éste, y le dijo que iría esta noche á cenar con una señora á eso de las diez, para dirigirse desde allí al baile de máscara.

CANDIDA.

¡Pérfido!

SILVESTRE.

Hablaron, por supuesto, del precio, de la pieza en que había de cenar, de los platos, de los vinos y de los helados.

CANDIDA.

¡Ingrato!

SILVESTRE.

Y se marchó después por donde había venido.... Yo, ya se ve, me figuré que serías tú la convidada... y estuve para irme á dormir.... pero no sé qué presentimiento me detuvo, y quise ensayar si podría todavía esta noche alcanzar la inefable dicha de verte, aunque fuera

al través de tus cristales.... De ahí que, tomando la guitarra, y enjugándome la boca con unos cuantos tragos de chinguirito, vine, canté, y lo demás ya lo sabes, si no te se ha olvidado con el gusto que has tenido.

CANDIDA.

Gusto yo...y diera en este momento cuanto poseo por que te hubiera salido esta mañana en Río Frío una cuadrilla de ladrones, y te hubiera dejado en camisa.

SILVESTRE.

¡Cándida! ¡qué profieres!

CANDIDA.

Sí, porque de ese modo no hubieras podido refrigerarte en la fonda, y no hubieras allí descubierto mi infamía y su traición.

SILVESTRE.

Es verdad, si no hubiera estado allí, nada hubiera podido oir de lo que allí se habló acerca de tu infamía y de su traición.

CANDIDA.

Pero, pues ello ha sucedido, pensemos á lo menos en mi venganza.

SILVESTRE.

Eso es, eso es, véngate, véngate.

CANDIDA.

Silvestre, no ignoras que aunque me casé por

razón de estado, le he sido siempre fiel á mi marido.

SILVESTRE.

No lo sé, pero me lo supongo.... Digo que no lo sé, porque como me marché el día mismo de tu boda....

CANDIDA.

Y bien, mi marido me la pega....

SILVESTRE.

No es el primero.

CANDIDA.

¡Oh! sí.... Y me la pega.... Y quizas en este momento.... ¿Qué hora es?

SILVESTRE.

Las diez menos tres minutos.

CANDIDA.

¿Quieres acompañarme?

SILVESTRE.

¿A dónde?

CANDIDA.

A esa fonda de las Siete Cabrillas en donde mi marido me quiere traicionar, según dicen en nuestra tierra.

SILVESTRE.

Y en donde antes quiere cenar....

CANDIDA.

Conque así, vente conmigo.

SILVESTRE.

Reflexiona, prima del alma....

CANDIDA.

¡Qué! ¿temerías acaso.....?

SILVESTRE.

Sí, y no por mí, que al cabo tengo este sable con que poder defenderme y ofenderle; sino por ti, víctima desventurada de la injusticia conyugal.... porque si le sorprendemos y se enfada, ¿quién crees tú que pagará, tarde ó temprano, su enojo?

CANDIDA

No importa....sígueme.

SILVESTRE.

Pero repara al menos que no puedes ir en ese traje.... ni sola conmigo, por el maldito qué dirán.

CANDIDA.

En cuanto á lo primero, no hay cuidado, pues Rita y yo teníamos ya preparados nuestros disfraces para ir en casa de una amiga nuestra...

SILVESTRE.

¿Quién es esa Rita?

CANDIDA.

Una sobrina de mi marido, bastante bonituela, y....

SILVESTRE.

¡Bonituela....! Entonces vamos á buscarla... que yo después alquilaré al paso algún disfraz.

CANDIDA.

Vamos, pues. (Vanse.)

ESCENA VII

SALA DE UN CAFE: UN MOZO, D. ROQUE Y Da. LUZ, VESTIDOS DE TURCOS.

MOZO.

Por aquí.... este es el cuarto.... y todo lo tenemos listo para cuando usted diga que quiere cenar.

ROQUE.

Ahora mismo.... ¿No le parece á usted Lucecita?

LUZ.

Sí, señor.

ROQUE.

Sí, sí, cuanto más pronto mejor, para que podamos ir á buena hora al baile del teatro.

MOZO.

Pues voy á subir la cena.

ESCENA VIII

DICHOS, MENOS EL MOZO, Y LUEGO D. BONIFACIO, D. JUAN, Mr. PLATTOFF y Da. JOSEFA.

(Los cuatro últimos personajes hablan, el primero, desde un palco, el segundo desde la luneta, el tercero desde el patio, y el cuarto desde la galería).

ROQUE.

Y bien, ¿no se quita usted la máscara?

LUZ.

Es que, el mozo va á volver, y...

ROQUE.

¿Y qué importa eso?

LUZ.

¡Oh! no, tengo mucha vergüenza.... Después que traigan la cena y se vaya me la quitaré.

ROQUE.

Como usted guste, Lucesita mía, pero sentémonos entretanto... aquí... y yo á su lado de usted.... Ojalá no me separara nunca de él, porque sólo á su lado de usted soy dichoso...!

Sólo cuando tengo esta linda mano entre las mías... y cuando mis labios sellan en ella, como ahora, su... (Va á besarla la mano.)

BONIFACIO.

(Desde un palco.) ¡Eh! eso no lo permitiré yo.

JUAN.

(Desde una luneta.) Silencio.

BONIFACIO.

No, señor, no lo permito... No faltaba más... Hasta ahí podían llegar las chanzas

JUAN.

Silencio.... Fuera.

PLATTOFF.

(Desde el patio.) A la puerta.

BONIFACIO.

Es una picardía... una desvergüenza... ¡No se falta así á lo que se ha contratado.

JUAN.

Cállese usted.

BONIFACIO.

Tiene razón ese caballero.... Cállense ustedes y déjenme hablar.... que no he venido yo desde Aguascalientes para que se me afrente delante de tan respetable público.... porque han

de saber ustedes que yo he tenido el honor de nacer en Aguascalientes.... y que, de consiguiente, tengo siempre la sangre hirviendo....

JUAN.

Pero hombre, ¿qué nos importa á nosotros que haya usted nacido en Aguascalientes, ni en aguas frías? Lo que queremos es que se calle usted la boca, y que no interrumpa la representación.

BONIFACIO.

Cuando ustedes sepan....

JUAN.

Si no queremos saber nada... ¡Hay tal impertinencia! ¿Cree usted, acaso, que hemos pagado nuestro dinero para venir á oir vaciedades?

BONIFACIO.

Tantas veces habrán ustedes pagado su dinero y habrán obtenido el mismo resultado, que no sé por qué ahora lo extrañan ustedes y respingan.... Además de que, lo que yo tengo que decir á ustedes está reducido á dos palabras, y son, que la decencia, la moral universal, el interés privado, y quizá, quizá la tranquilidad pública, exigen imperiosamente que se impida por todos los medios legales que aquel angelito que está allí, ande en besamanos y arrumacos con aquella cristiana disfrazada de turca que está más allá.

JUAN.

¿Por qué?

BONIFACIO.

Porque es mi mujer, en primer lugar.

JUAN.

¿Y qué más?

BONIFACIO.

¿Qué más? ¿Qué más...? ¿Y qué no sobra con esto...? Bien se conoce que no es usted casado.

JOSEFA.

(Desde la galería.) Se equivoca usted de medio á medio.

BONIFACIO.

¿Quién me ha desmentido por ahí....? Y ello era voz de tiple, ó de pito, ó....

JOSEFA.

Porque es casado; sí, señor, y muy casado: el día de Nuestra Señora de los Remedios hizo trece años que mi Juan....

BONIFACIO.

(Saca un anteojo de larga vista.) Un momento.... Hágame usted el favor de suspender un momento su relación; porque esto de hablarse sin verse siquiera las caras es cosa de mala crianza.... Ya puede usted soltar la sin hueso cuando guste....

JOSEFA.

Decía, que mi marido Juan se casó conmigo hace trece años poco más ó menos, un día de Nuestra Señora de los Remedios; por señas que tronó mucho aquel día: aun algunos sostienen que hubo su poquito de terremoto....

BONIFACIO.

Ya la descubrí á usted.... Tápalo, coquilicó y guantes negros.... Nariz proporcionada.... Ojos traviesos.... Y de treinta á treinta y cinco años bien conservados. Pues señora, me tiene usted á sus pies.... y le doy á usted la enhorabuena de que este caballero sea su marido, y de que se llame Juan.... Y dígame usted, señora, ¿es Juan de Dios, Juan de Mata, Juan Clímaco ó Juan Nepomuceno?

JOSEFA.

Es Juan Evangelista.

BONIFACIO.

Pues señor Evangelista.... reconózcame usted también por su servidor y apasionado.... Yo me llamo Bonifacio Sardina.... Y mi madre era de Acapulco, de las familias de los Pámpanos.... Familia muy conocida en toda la costa.

LUZ.

Pero Bonifacio, ¿es posible que seas así?.... ¿Qué tienen que ver estos señores con que tu madre fuera un pámpano y tu padre una Sardina....? Cállate por Dios, y deja continuar

la comedia, que ahora iba empezando precisamente lo más interesante.

BONIFACIO.

Sí, lo más interesante para ti.... Como que iba empezando la parte pantomímica.... ¡Qué! no hay más que besarte la mano en mis bigotes.... y sin guante todavía.... Pues hija, si este era el principio, hazme favor de indicarme ¿cuál hubiera sido el postre, á no haberme yo interpuesto?

LUZ.

Anda, que siempre has sido y serás un celoso ridículo.

BONIFACIO.

En cuanto á lo celoso no digo que no, para eso no tengo otra falta,.... pero en cuanto á lo ridículo, es una calumnia.... porque si soy celoso, es cabalmente porque no quiero ser ridículo...... Lo que sí, soy, además de ser celoso, es desdichado.... ¡Oh! ¡muy desdichado....! y lo soy desde que estaba en el vientre de mi madre.... Pues aquí donde ustedes me vèn, he sido sietemesino.... Luego he pasado tres veces las viruelas.... Después me eduqué en un colegio de padres de la Misericordia, que me azotaban paternal y compasivamente por mañana y tarde.... En seguida he sido meritorio de una oficina once años y cinco meses, sin sueldo, y sin poder obtener jamás ninguna de las plazas que vacaban y me correspondían, por-

que siempre se atravesaba algún sobrino del contador ó algún primo de la comisaria que me las birlaban.... gracias á esa inmensa parentela que tienen por lo regular todos los jefes de oficina.... Y así, si yo fuera del Congreso, la primera ley que iniciaba era la de exigir para ser alto funcionario.... y aun si ustedes me apuran.... para ser también mediano funcionario del Estado, el requisito indispensable de ser antes hijo de la cuna ó inclusero.

JUAN.

¡Jesús! ¡qué desatino....! ¿Qué se harían entonces tantos pretendientes?

BONIFACIO.

Como ellos fueran verdaderos pretendientes, vería usted cómo ninguno de ellos conocía después quién había sido su padre ni madre.

JUAN.

Repito que está usted loco.

BONIFACIO.

¿Y usted, señor D. Juan, sabe por ventura quién fué su padre?

JUAN.

Ciertamente que lo sé.

BONIFACIO.

Pues no sería usted bueno por mi ley, ni para ser siquiera oficial segundo primero de una escribanía de vagos.

PLATTOFF.

Me, signor Bonifacia, mua dice lo mismo que este cabaliero.... Uste estar fú.

BONIFACIO.

¿Mande usted?

PLATTOFF.

Usted tener la testa loca.

BONIFACIO.

¡La testa!

PLATTOFF.

(Señalándose la cabeza.) Sí, signor.... la testa, la testa.

BONIFACIO.

¡Ah! usted quiere decir la cabeza.

PLATTOFF.

Se sá.... il cabezo.... la testa ce tegal.

BONIFACIO.

Y que la tengo trastornada....

PLATTOFF.

Ui, ui, ûste tener la testa patas arriba.

BONIFACIO.

Pues amigo mío, si yo tener la testa patas arriba, como usted dice, yo añado que usted tener

la lengua patas abajo, ó usted no ser de esta tierra.

PLATTOFF.

Certeneman.... Yo haber nacido en la Rusí...

BONIFACIO.

¿En dónde?

PLATTOFF.

En la Rusí.... un gran peis muy lecos, muy lecos.... é muy poderoso é fuerte.... Con sesenta y diez millones de hombres.... todos escopeteros.... é con una barba hasta aquí.

BONIFACIO.

¡Qué me cuenta usted!

PLATTOFF.

E dan mon peis cuando un macadero viene como úste con tantas macaderias delante del público, se le toma todo dulcemente, se le regala con doscientos golpes de bastón en las dos plantas del pie, é se le envía á trabacar á las minas de la Siberia.

BONIFACIO.

No iré yo á su país de usted por si acaso.

PLATTOFF.

¿Usted no haber oído jamás hablar de la Rusí?

BONIFACIO.

No, señor.... Como en los padres de la Misericordia no se enseñaba mucha ortografía....

PLATTOFF.

Es verdad, que ústedes en el Mecsicó llaman á mon peis de otra manera.... Ustedes le dicen Ruchia.... Rossia.... ó....

BONIFACIO.

¿Rusia querrá usted decir?

PLATTOFF.

Ui, Rusia.... Precisamente.

BONIFACIO

¿Conque, según eso, usted es un Rusio?

PLATTOFF.

Yo lo creo bien.

BONIFACIO.

Y yo también lo creo.... porque si no fuera usted lo que es, me hubiera usted dejado acabar mi historia, y ya sabría usted el por qué no he querido yo se continúe la pieza en los términos que iba.

JUAN.

¿Conque no hay remedio? ¿Conque nos ha de embocar usted toda su vida y milagros, que queramos ó que no queramos?

BONIFACIO.

Si, señor.... Y usted que me ha llamado loco, y ese caballero Rusio que me ha llamado macadero, y que me quería regalar á la moda de su peis, son los que más me han puesto en la necesidad de justificarme. Ustedes, pues, tienen la culpa, y cargarán con toda la responsabilidad. En cuanto á mí, me lava las manos, toso, me sueno, continúo, y digo: Que cansado al cabo, el día de los santos Inocentes del año de mil ochocientos treinta y dos, de ser meritorio sin merecer nunca vacante alguna, renuncié en forma destino tan excelente; y después de haber luchado algunas horas entre la idea de ahorcarme y la de casarme con mi actual mujer, de quien yo estaba muy enamorado, escogí lo último de puro aburrido. ¡Y aquí fueron, señores, los trabajos! ¡Aquí empezaron las verdaderas penalidades! Mi mujer no me trajo otro dote que una cara bastante agraciada, como ustedes verían si ella se quisiera quitar la máscara; mucha virtud, grandes ganas de comer y un apetito desordenado por túnicos nuevos y peinetas de carey.... Yo por mi parte no tenía sobre qué caerme muerto, según ya he insinuado á ustedes: soy además algo flojo, poco mañoso, y en extremo vano.... De ahí que, nadie sabe lo que me ha costado el mantener mis obligaciones.... Hoy le pedía un peso á Pedro, mañana se lo pedía á Diego.... Nunca se lo volvía á ninguno; y así he ido pasando, con mil afanes, pero á lo menos con honradez y decoro. Lo peor era, que por más que me examinaba á mí mismo, ó que discurría sobre las

cualidades de mi mujer, no podía atinar para qué habíamos los dos nacido, ni para qué éramos los dos á propósito: hasta que á los diez meses de casados, esto es, en el mes de octubre último, quiso Dios que mi pobre Lucecita diese á luz tres chiquillos de un parto, como tres terneros. Entonces vi el cielo abierto, y me dije:—Ea, Bonifacio, ya no tienes que apurarte, ya has dado en la dificultad; si Napoleón nació para ser el primero de los guerreros, tú has nacido para ser el primero de los pobladores.... Y eres de consiguiente mucho más recomendable que él.... Márchate, pues, con tu mujer á Texas; que te vayan dando tierras á proporción de los hijos que te vaya dando tu Luz; y si continúa ésta á razón de tres ó cuatro cada diez meses, en pocos años te verás jefe patriarcal de una colonia que rivalizará con la de Austin, y quizá la meterá un día en cintura. Dicho y hecho: reuní al punto el poco dinero que me quedaba; esto es, pedí lo que tenía aún que pedir á los pocos á quienes todavía no había pedido nada, y me planté en México, con ánimo de solicitar del Gobierno la concesión de las susodichas tierras, y una ayuda de costa para el viaje.

JUAN.

Pues, señor, buen viaje.

BONIFACIO.

Si, pero ya saben ustedes lo que es pretender en México, y cómo se van los días y las cuartillas.... Dos semanas me ha costado sólo el

domesticar al portero de la Secretaría para que me proporcionara el hablar con el Ministro, de refilón, y al entrar ó salir de su despacho: ello no hay duda que conseguí al cabo que me encuchara S. E. con mucha atención, aunque sin cesar de andar nunca, y que me respondiera con mucha afabilidad,—bien, bien, se le tendrá á usted presente;—y ya ven ustedes lo que esto significa en boca de un Ministro. Desgraciadamente mi posadero no me ha querído por su parte tener presente si no le pagaba, y me ha estado quemando la sangre por miserables veinticinco pesos que le debía. En este compromiso supe antes de ayer que la Administración del teatro buscaba con empeño dos ó tres actrices nuevas que habían de salir en esta misma comedia que estamos oyendo, donde al autor se le ha antojado poner más mujeres que hay en el serrallo del gran turco. Entonces me informé del Administrador sobre lo que daría á cada una por las tres funciones del Carnaval.—Veinticinco pesos—me respondió lacónicamente, aunque con una voz muy meliflua, porque el tal Administrador es un jovencito barbilampiño, á quien no le gusta gastar mucha prosa.—¡Veinticinco pesos!—exclamé yo, y sin titubear ajusté á mi mujer, que ha manifestado siempre mucha disposición para el teatro, y á la que, para ser buena actriz no le falta ya casi nada... Sólo tener memoria, saber hablar, entender lo que le dicen y moverse á tiempo.

JUAN.

Pues es una bagatela.

BONIFACIO.

No lo sería si no hubiera yo sabido contratarla.... Pero ahora van ustedes á oir las condiciones de su ajuste, y me dirán ustedes si entiendo el negocio.... También he querido en mi contrato atar un poco las manos á estos señores cómicos, porque se suelen entusiasmar algunas veces en la escena.... y ya he dicho que soy algo celoso.... ¿Pero dónde diablos he puesto el contrato?.... ¡si lo habré perdido...! ¡Caramba! pues sería chasco.... Y me podrían quizá hacer droga de los veinticinco pesos.... Creo que es este.... No, que es la fe de bautismo de mi mujer, y la que no leo por no dar mal ejemplo.... ¡Qué gresca no se armaría si á todos los maridos se les antojase después leer en público las fes de bautismo de sus queridas consortes....! ¡Dios nos libre....! Se volvería el teatro una representación en miniatura de lo que ha de pasar algún día en el valle de Josafat.—Pues señores, no encuentro el tal papelucho.... No lo encuentro, por vida mía.... y si no lo he dejado por casualidad en el camarín de mi mujer, entonces lo he perdido sin remedio. Así, permítanme ustedes que lo vaya á buscar, que no es cosa de juego perder veinticinco pesos, después de tanto como me ha costado ganarlos. (Vase.)

ESCENA IX

DICHOS, MENOS DON BONIFACIO

ROQUE.

(Al público.) Señores, la Administración del Teatro se halla á la verdad sumamente consternada con lo que acaba de pasar.... Nunca pudo figurarse que este buen hombre vendría con sus extravagancias á interrumpir y á echar á perder una representación escénica, sobre la que tenía fundadas grandes esperanzas, y para la que había expendido cuantiosos desembolsos. En parte, es una fortuna que estemos en Carnaval, porque así podrán ustedes disimular mejor tantos desatinos.... Y con tal que ustedes se hayan reído.... Pero la administración se encuentra además en otro apuro, y es, que en nuestros relojes son ya las diez y media.... y aunque puede que adelanten un poco, siempre de todos modos es muy tarde para continuar la pieza interrumpida, y....

ESCENA X

D. BONIFACIO POR LA ESCENA, Y DICHOS.

BONIFACIO.

Aquí estamos todos.... y aquí está el contra-

to de mi mujer.... Oigan ustedes.... Paso, por supuesto, el introito, y voy al grano. (Leyendo.)—Art. 1o. No se obligará á mi mujer á que aprenda nada de memoria.

ROQUE.

Pero D. Bonifacio....

BONIFACIO.

(Leyendo.)—Art. 2o. No se quitará mi mujer la máscara.

ROQUE.

Repare usted....

BONIFACIO.

(Leyendo.) —Art. 3o. No abrirá mi mujer la boca en la escena, sino para bostezar.

ROQUE.

Por vida de....

BONIFACIO.

(Leyendo.)—Art. 4o. No se le dirá que ande, que se siente ó que se pare.

ROQUE.

Me quiere usted oir una palabra, señor D. Bo-

BONIFACIO.

Ya poco falta. (Leyendo.)—Art. 5o. No se gesticulará con mi mujer.—Art. 6o. No la tomarán ni besarán mano, dedo, ni otra dependencia

suya.—Este es el artículo que se iba á violar cuando yo reclamé sobre el proyectado ósculo.—Art. 7o....

ROQUE.

Una sola palabra, por la Virgen.

BONIFACIO.

Ni por San José, hasta que yo acabe. (Leyendo.)—Art. 7o. No se le hará gestos, ni se la hablará al oído, ni se acercarán á ella á menos distancia que á catorce pulgadas.—Art. 8o. y último. Mi mujer se compromete por su parte á hacer todo lo demás que no se reza en este contrato, y cuanto se la mande, con tal que se me consulte previamente, y que yo dé mi beneplácito, recibiendo por tan laboriosas tareas, veinticinco pesos, un tarro de colorete, dos onzas de cascarilla, el traje, la máscara, las zapatillas, el corsé, medias, guantes, cintas, flores, alfileres, alhucemas para zahumar el camarín, dos velas de cera para alumbrarse, y un asiento de palco para mí desde donde la pueda ver y observar.—Fecha en México, á 8 de febrero, etc., etc.—Siguen las firmas.

ROQUE.

¿Acabó usted ya?

BONIFACIO.

En este instante.

ROQUE.

¿Y le queda á usted algo qué decir?

BONIFACIO.

No, señor, porque ya creo haberme vindicado con estos señores por la intrusión é interrupción que me había permitido en defensa de mis derechos conyugales.

ROQUE.

Pues ahora vea usted cómo compone este fregado... puesto que usted es la causa primera de todo.

BONIFACIO.

¿De qué fregado habla usted?

ROQUE.

Que son las diez y media de la noche; que faltan aun, diez y nueve escenas muy picantes para concluir la pieza, y que de consiguiente no hay tiempo para representarlas, á menos que el público no quiera retirarse á su casa entre cinco y seis de la mañana.

BONIFACIO.

Todo será que quiera.... Pero parece que no; y así, se me ocurre una cosa, y es.... Veamos primero lo que se le ocurre á usted.

ROQUE.

Si á mi no se me ocurre nada.

BONIFACIO.

Pues á mi sí.... Oigame usted, pobre hombre.... Estos señores, ahí donde usted los ve, no han venido por la pieza, ni les importa un bledo la pieza.... Valiente caso hacen ellos de las piezas.... A lo que han venido es á dos cosas, para que usted lo sepa: la primera, á pasar dos horas lo menos fastidiosamente posible, y la segunda, á ver la decoración nueva. En cuanto á lo primero, ya lo han conseguido, y lo mismo se les da que sea con esto que con aquello.... Y por lo que respecta á lo segundo, cuanto más pronto satisfagamos su curiosidad, mejor será. ¿Qué falta, pues? Explicarles en un credo lo esencial de esas diez y nueve escenas picantes, y que el apuntador pite en seguida. De uno y otro me encargo yo. (Al público.) Señores: por supuesto que no han tomado ustedes al pie de la letra eso de las diez y nueve escenas.... porque á la verdad no eran tantas.... Todo lo más que podían ser eran cuatro ó cinco.... Y lejos de ser picantes, como se ha dicho eran por el contrario, muy sonsas é insípidas..... créanme ustedes á mí..... Así, nada han perdido ustedes con que no se representen. Se reducían á que estos dos enamorados se requebraban un rato con todas las insulseces de ordenanza.... porque no he visto gente que se repita más que los tales amantes, en el teatro y fuera de él.... No salen nunca de conjugar el mismo verbo.... Te amo, me amas, te amaré, me amarás, te amé, me amabas, y vuelta á empezar. Luego traían la cena del

guardacasa, y al ponerse á la mesa, entraban Cupido, el sacristán y el arlequín ó en otros términos la vieja, la sobrina, y el primo subteniente.... Y allí los tienen ustedes, por más señas, en aquel bastidor. Pasen ustedes adelante, caballeros

CANDIDA.

Amigo, eso es ya demasiado, y....

SILVESTRE.

Cállate, por Dios, prima, porque si no, no acabaremos nunca.

BONIFACIO.

Cupido empezaba por llenar de desvergüenzas á Don Roque, y había aquello de—pérfido... Falso.... Teniendo una mujer como la que tienes.... La culpa me tengo yo, etc., etc.—D. Roque balbuceaba y la niña se reía; mi mujer bostezaba; el subteniente se quitaba la máscara para retorcerse un poco los bigotes. Y aquí fué Troya. Mi mujer reconocía entonces al subteniente por uno de sus antiguos admiradores.

LUZ.

A quien conocí y amé en Cuernavaca....

BONIFACIO.

¿Cómo es eso? ¿Que le conociste y que le amaste?

LUZ.

Así lo dice mi papel.

BONIFACIO.

¡Caramba! que creí que hablaba de veras.... No gana uno para sustos en este maldito teatro. Conque, como iba diciendo, mi mujer reconocía al subteniente; el subteniente reconocía á mi mujer: D. Roque tenía celos del subteniente: éste los tenía de D. Roque: Doña Cándida los tenía de los tres; y la niña no los tenía de ninguno. Vean ustedes qué zambra. De ahí quejas, reconvenciones, sarcasmos y todo lo que se sigue, hasta que el autor se cansaba al cabo, los reconciliaba por ensalmo, y los enviaba á concluir la noche al baile del teatro. (A los actores) ¿No era esto, caballeros?

ROQUE.

¿Qué había de ser....? Ni por pienso.

CANDIDA.

Eso era, poco más ó menos.

TODOS.

Si.... No.... Eso era.... No era eso.

BONIFACIO.

¿Lo ven ustedes?... Todos están conformes en que lo he explicado muy bien.... Y el público ha quedado tan enterado como satisfecho. Ea, D. Marianito, pite usted ahora, y hagan todos como que bailan y se divierten mucho... para que la ilusión sea completa, y para que yo tenga tiempo de ir entretanto á la contaduría por

los veinticinco pesos.... que no los he robado por cierto. Vete, Luz. Buenas noches, señores.

TODOS.

Buenas noches, D. Bonifacio.

(Vanse todos, y cambia la decoración en la del baile.)



LA MADRINA.

COMEDIA EN UN ACTO

IMITADA DEL FRANCES DE SCRIBE.

PERSONAS.

Carolina de Neris, viuda joven.—Eduardo, ahijado de Carolina.—Champenú, íd de íd.—D. Yordy, administrador de íd.—Cecilia.

El teatro representa la sala de una casa de campo, con una puerta en el fondo y dos laterales. A los lados de aquélla, ventanas con persianas, una de las cuales estará entreabierta. A la izquierda del actor una mesa con todo lo necesario para escribir, y una salvilla con un vaso de agua. A la derecha una mesita redonda, sobre la cual habrá dos raquetas y dos volantes.



ACTO UNICO.

ESCENA I

(Yordy cerca de la mesa habla con Cecilia, que está cociendo, y Champenú de pie en el foro, con una talega de dinero debajo del brazo.)

YORDY.

¿Dices, Cécilia que Eduardo corría esta mañana tras de tí en el jardín?

CECILIA.

Sí, hermano.

YORDY.

¿Qué te abrazó?

CECILIA.

Creo que si.

YORDY.

¿Dos veces?

CECILIA.

No sé.... no las conté.... Sólo trataba de defenderme, y....

YORDY.

¡Ah picaruelo! Apenas tiene diez y nueve años, y atreverse ya á abrazar á la hermana de un procurador.... y de un procurador de Senlis... Si lo hubiera hecho, estando en París, no sería raro; se ven allí tales cosas... Pero hoy mismo tendremos cuidado de avisárselo á su madrina.

CECILIA.

Si hablas de eso á la señora de Neris, no te volveré á decir cosa alguna.... no quiero que por causa mía regañen á Eduardo; pues si me abrazó fué sin mala intención. Ya se ve. es tan aturdido que nunca sabe lo que hace.

YORDY.

¿Lo crees así?

CHAMPENU.

Vamos, señor, que hace ya un gran rato (Acercándose.) que estoy aquí aguardando.

YORDY.

¿Y qué importa? No es esa tu obligación? Ya voy.

CHAMPENU.

Hace dos horas que me dice usted lo mismo. Si yo viniera á pedir dinero, en hora buena, pero como es al contrario, que lo traigo....

YORDY.

Ya lo sé.... tu última renta.... Voy á poner el recibo.... (Se pone á escribir.) ¿No son tres mil francos?

CHAMPENU.

Sí, señor. ¿Y por qué no recibe la señora el dinero como antes?; con ella se despachaba más pronto.

YORDY.

Porque soy su apoderado.... Toma el recibo. ¿Y los tres mil francos?

CHAMPENU.

Aquí están. (Pone el talego sobre la mesa.)

YORDY.

Bueno: vete.

CHAMPENU.

No: es menester que yo hable á la señora.

YORDY.

No está visible..... ¿Pero qué tenéis que decirla?

CHAMPENU.

Ese es asunto mío, que sólo á mí me interesa.

Y usted, señor Administrador, que tan orgulloso se muestra ahora conmigo, mudaría bien pronto de tono si supiera quién soy.

YORDY.

¿Pues quién eres tú....? Champenú, un arrendatario de la señora.

CHAMPENU.

Lo que quiero decir no tiene relación con mi profesión, sino con mi nacimiento.

YORDY.

¡Tu nacimiento....! ¿Eres acaso más que un triste hijo de un antiguo guardabosque?

CHAMPENU.

Puede ser; pero hay otro título que usted se alegraría de tener.... y que me relaciona con la señora: título que podría yo decir, y que no diré sólo por enseñar á usted....

YORDY.

Entonces déjame en paz y vete á pasear.

CHAMPENU.

Ya se ve que podría pasearme si quisiera: pero prefiero irme ahora á almorzar, porque tengo derecho para almorzar aquí, sí señor.... sepa usted que soy de casa, y que deben recibirme, y acogerme en ella con miramiento. Mi título me da derecho para tener orgullo, y aun pa-

ra tomar con usted cierto tono insolente.... el que usted toma conmigo, verbigracia.

YORDY.

¿Qué quieres decir con eso?

CHAMPENU.

Ya sé que es contra los intereses de usted; ¡pero cómo ha de ser! la caridad bien ordenada.... Y luego que no me lo cogeré todo.... Por supuesto.... Que todo el mundo viva.... y usted también. Agur. (Vase.)

ESCENA II

YORDY Y CECILIA.

YORDY.

¡Habrase visto semejante impertinencia! Hasta estos rústicos palurdos se atreven hoy á raciocinar.

CECILIA.

Es verdad, si ya no hay rústicos. (Levantándose.)

YORDY.

No los hay, por lo menos en las inmediaciones de las grandes ciudades, y hoy hay por desgracia demasiados en Francia; así, mientras no se

supriman algunas.... Pero volvamos á nuestra conversación. Ya estás, hermana, en edad de casarte.

CECILIA.

Si, hermano.

YORDY.

Pronto necesitarás un esposo, ó lo que es lo mismo, un dote; porque, ahora, tanto en las provincias como en París, no se separa lo uno de lo otro.

CECILIA.

¡Quién sabe....! Ahí está el señor Leonardo, tu primer escribiente, que quizá se contetaría con poco.

YORDY.

¡Cómo! ¿Leonardo dices?

CECILIA.

Hablo en general.

YORDY.

Espero, en efecto, que con él nada hay de particular, porque me interesa tu bienestar futuro. La prueba es que te daría de buena gana un dote, porque soy buen hermano, y porque el ser procurador no implica mal corazón; pero desgraciadamente necesito mi dinero para una especulación que medito.... Un casamiento.

CECILIA.

¡Qué! ¿Te casarías tú por ventura?

YORDY.

Sí: quisiera casarme con algún millón.... Todavía hay algunos por casar. Esto me proporcionaría además los medios de establecerte. Mira, mira este magnífico palacio situado á doce leguas de la capital; mira este parque hermoso, estos bellos juegos de agua, esta habitación digna de un príncipe; ¿no te parece que todo esto convendría muy bien á un procurador que se retira de los negocios?

CECILIA.

¡Cómo! ¿Tendrías proyectos acerca de madama de Neris? Una viuda de diez y nueve años, viva ligera, caprichosa....! y sobre todo, muy rica.

YORDY.

Por eso precisamente. Hija de un gran fabricante y viuda de uno de nuestros principales capitalistas, madama de Neris reune una fortuna tan considerable, que ella misma no sabe á lo que monta. Sólo la administración de sus bienes requiere un trabajo inmenso. Sin embargo, ella no piensa sino en divertirse, y nada hay que la fastidie tanto como que le hablen de negocios. Por lo mismo no le hablo yo de otra cosa en todo el día.

CECILIA.

Lindo modo de enamorarla.

YORDY.

¿No ves, tonta, que eso la incomoda, y que

tendrá al cabo que casarse conmigo para hacerme callar, y para que su marido la desembarace de su administrador? Ella tal vez podría desconfiar de un seductor que tratase de agradarle; pero yo al contrario, tengo la prudente precaución de quererla conquistar á fuerza de fastidiarla.

CECILIA.

¿De conquistarla á fuerza de fastidiarla?

YORDY.

De ese modo me prometo que no tendré rivales.

CECILIA.

¡Qué sé yo!; ¡hay ahora tanta concurrencia en el género fastidioso.....!

YORDY.

De ahí que haya yo tenido buen cuidado de sacarla de París, aconsejándole que se viniera aquí, donde le hago la corte solo y con más facilidad.

CECILIA.

Lo cierto es que ayer en todo el día no hizo más que bostezar.

YORDY.

Excelente síntoma, esa es la base (Alegre.) principal de mi sistema. Lo único que me incomoda es el joven Eduardo su ahijado, que

acaba de llegar sin que nadie le haya convidado.

CECILIA.

¿Qué mal hay en eso? Un ahijado puede venir á casa de su madrina sin necesidad de convite.

YORDY.

Sí, pero cuando el ahijado y la madrina son casi de una edad, cuando apenas tienen los diez y nueve años....

CECILIA.

¡Qué, recelas....!, ¿del hijo de un soldado, de un pobre huérfano, que los antiguos señores de la casa recogieron é hicieron educar á sus expensas?

YORDY.

Ciertamente que no; pero es un atolondrado, un atrevido, que apenas ha salido del colegio, y ya se burla de mí.... No sé cómo se educa hoy la juventud.

CECILIA.

Aquí viene madama de Neris y trae un libro en la mano.... y bosteza lo mismo que ayer, á lo que reparo.

YORDY.

Tal vez piensa en mí: el momento es favorable. Déjanos. (Vase Cecilia.)

ESCENA III

DICHO Y CAROLINA.

CAROLINA.

¡Qué paseo tan insípido! ¡Este parque es tan grande y tan triste! ¡Todo lo que se lee en él parece tan fastidioso....! y sin embargo, lo que leo es una novela nueva que hace mucho ruido.

YORDY

¿Me permitirá usted, señora que le presente mis respetos?

CAROLINA.

¿Usted aquí Yordy? ¡Ah! Venga usted, venga en mi auxilio.... No me abandone usted, porque ya ni sé qué hacerme, ni cómo matar el tiempo.

YORDY.

Me pareció que anoche, nuestra conversación, y las cuentas de los arrendamientos importunaban á usted de tal modo que....

CAROLINA.

No le hace; cualquier cosa es mejor que aburrirse una sin saber por qué.... A lo menos, cuando está usted delante, hay siquiera un motivo.... un motivo suficiente.

YORDY.

Muchísimas gracias.... (Recorriendo los papeles.) Aquí hay varias cuentas que quería presentar á usted para su aprobación.

CAROLINA.

¿Son muy largas?

YORDY.

Nos ocuparán dos ó tres horas cuando más.

CAROLINA.

¡Ay!

YORDY.

Cortijo de Hotorive.—Simón su arrendatario no pagaba sino seis mil francos, y le he aumentado á la renta una cuarta parte.

CAROLINA.

¿Le ha aumentado usted la cuarta parte? ¿Y por qué? Simón tiene una hija muy bonita, que me trajo leche esta mañana, y sería lástima pagárselo en esta moneda.

YORDY.

Sí, Margarita, la que está reñida con su novio Julián.

CAROLINA.

¡Margarita está reñida con su novio! Pues yo me encargo de reconciliarlos. Eso me ocupará á lo menos una mañana, y á usted se lo deberé.

Es más divertido hablar de asuntos serios que lo que yo me figuraba.... Y después tendremos boda en la aldea, gran comida, baile.... Repito que todo esto es muy divertido.... Y yo conozco alguno que cuando lo sepa se pondrá muy contento.

YORDY.

¿Quién?

CAROLINA.

Eduardo, mi ahijado, á quien gusta tanto el baile.... Voy á escribirle que se venga.

YORDY.

No es necesario, que ya está aquí.... acaba de llegar.

CAROLINA.

¡Sin mi permiso!

YORDY.

Está desde esta mañana en el parque con la escopeta en la mano, haciendo una carnicería en liebres y faisanes.

CAROLINA.

¡Oh! ¡Qué maldad! Que venga inmediatamente.

YORDY.

Está ya muy lejos.... Se fué al galope por entre los acirates de tulipanes y camelias.

CAROLINA.

¡De mis camelias! ¡Será posible! Todo se lo hubiera perdonado; pero que haya hollado mis pobres camelias, unas flores tan hermosas que reservaba yo para hacer con ellas una guarnición.... porque no sabe usted, Yordy, lo linda que es una guarnición de flores naturales, y en particular de camelias, de rosas del Japón..... nada hay más precioso. Son el emblema virginal de la más pura inocencia.

YORDY.

Y como ella, muchas veces no duran más que lo que dura el baile.

CAROLINA.

El caso es que cuando se ha logrado el objeto, se consuela uno después pensando en lo pasado; pero cuando las flores se marchitan antes de empezar el baile, entonces es doble chasco.

YORDY.

Usted, tiene, señora, demasiada indulgencia con ese joven, y si yo no temiera enfadarla le diría que esta mañana le sorprendí yo mismo corriendo tras de mi hermana y abrazándola.

CAROLINA.

¿De veras? Pues esas no son rosas del Japón. (Sonriéndose.) ¿Usted estaba allí, y no le dijo nada? Lo siento.... Y no se debe permitir, á fe mía, que un joven que sale del colegio y que no debía pensar más que en sus libros.... Pe-

no pierda usted cuidado.... Le voy á reñir severamente.... Así me distraeré un poco.

YORDY.

Si usted empieza por predicarle, y acaba siempre por jugar con él, ¿cómo quiere usted....

CAROLINA.

No se puede estar regañando toda la vida.

YORDY.

En hora buena; ¿pero todos esos favores que usted le dispensa, los merece acaso? Al cabo es preciso considerar que no es más que el hijo de un....

CAROLINA.

De un militar que murió de sus heridas.... Era la deuda de la patria, y mi padre quiso encargarse de pagarla. Apenas tenía yo cinco ó seis años, cuando mi padre mandó que yo fuese la madrina de un huérfano tan joven como yo, queriendo enseñarme, con una orden tan preciosa, que en todas las edades hay desgracias, y que en todas se deben socorrer.

YORDY.

Ciertamente fué muy bien hecho; pero olvidamos las cuentas.

CAROLINA.

¡Cómo! ¿qué no se han acabado?

YORDY.

Si aun no hemos principiado....

CAROLINA.

Al cabo me veré en la necesidad de tener que regalar á usted todos mis bienes para no oir hablar siquiera de ellos.

YORDY.

Si yo los aceptara, entonces, sería con la condición de participar de ellos con usted.

CAROLINA.

¡De veras....! ¡Qué gracia! (Riendo.) Y la idea es original por vida mía. Sabe usted, Yordy, que cuando usted quiere es muy amable?

YORDY.

¡Ah, señora!

CAROLINA.

Darse una misma en pago á su administrador....! Vaya, que por lo menos es cosa nueva; y no creo que se podría usted quejar de los emolumentos.

YORDY.

(Con viveza.) Ciertamente que no; y si usted, señora....

ESCENA IV

DICHOS Y CHAMPENU.

CHAMPENU.

Es preciso ser justo, he almorzado canónicamente.

YORDY.

¡Qué desgracia! ¿Aparecerse ahora este bruto cuando el momento era tan propicio? (Á Champenú.) ¿Quién te ha permitido entrar aquí? ¿Qué te trae?

CHAMPENU.

Ya sabrán lo que me trae; pero no será usted.

CAROLINA.

¡Ah! es Champenú. Buenos días.

CHAMPENU.

Buenos días, madrina. (Más alto y con afectación.) Buenos días, madrina.

YORDY.

¡Su madrina! (Admirado.)

CHAMPENU.

Sí, señor administrador; y pues que ya se ha declarado mi incógnito.... (Pasa delante de Yordy y va cerca de Carolina,) tomaré ahora el lu-

gar que me corresponde; ¿no hago bien madrina? (A Yordy,) porque esta señora es mi madrina, para lo que usted quiera mandar.

YORDY.

¡Cómo, señora!, este es otro ahijado! ¿Pues cuántos tiene usted?

CAROLINA.

Muchos; pero creo que pocos tengo tan espigaditos.... ¡Pobre Champenú! (Dándole un golpecito en la cara.) qué lástima que tenga una cara tan abobada!

CHAMPENU.

¡Qué amable es usted, madrina! (A Yordy) y no como usted, que siempre tiene un gesto de cirujano dentista.

CAROLINA.

¿Espero que comerás aquí?

CHAMPENU.

Oh, sí, madrina; ya he empezado, y acabo de almorzar sin cumplimientos, y sin andarme en remilques.

CAROLINA.

¿Cómo es eso?

CHAMPENU.

Porque he comido de todo lo que había.... en lo que hice bien, ¿no es verdad, madrina?

CAROLINA.

Ciertamente.

CHAMPENU.

¿Lo oye usted? Conozco mis derechos y prerrogativas. Siempre he oído decir que un padrino y una madrina eran como el padre y la madre del niño, á quien servían de tales. Entonces yo soy, como quien dice el niño de la casa y....

CAROLINA.

Exactamente.... ¿Y cómo van los negocios?

CHAMPENU.

¡Ah!, madrina, hay muchas novedades, muchas variaciones, que van á asombrar á usted, y sobre eso quería yo hablar precisamente.... (Mirando á Yordy) y en particular.

YORDY.

Eso [illegible]cir que me vaya.

CHAMPENU.

Yo no fuerzo á nadie; pero al buen entendedor.... Conque vaya usted con Dios. (Quitándose el sombrero.)

YORDY.

Ya comprendo, y cedo el lugar al niño de la casa. (A Carolina.) Voy á dar una vuelta por nuestros cortijos, y volveré para la hora de comer. (Coge el talego y vase.)

ESCENA V

DICHOS, MENOS YORDY.

CHAMPENU.

¡Y se lleva el talego....!, y va á dar una vuelta por sus cortijos....! ¿Madrina, lo ha oído usted? Va á dar una vuelta por sus cortijos! ¡Qué!, ¿tiene algo que ver con ellos? ¿Le tocará algo? Si fuera ahijado de usted, como yo, ó como Eduardo, á quien acabo de encontrar, entre paréntesis....

CHAMPENU.

¿Lo acabas de ver?

CHAMPENU.

Sí, señora, y vestido como un príncipe; por más señas, madrina, que eso no le hace á usted mucho honor.

CAROLINA.

¿Por qué?

CHAMPENU.

Porque yo que soy ahijado de usted como Eduardo, voy de chaqueta y zapatones: porque él come con usted en la mesa: y yo lo hago después en la ante cocina: porque si bien es verdad que yo cómo tanto ó más que él, también lo es que siempre cómo una hora más tarde; porque

todas estas preferencias, madrina, como son en mi daño, me temo que la van á desacreditar á usted tarde ó temprano con las gentes que piensan bien.

CAROLINA.

No lo temas, lo que sí veo con disgusto es que resientes tu poquito de envidia de lo que yo hago por Eduardo.... y que....

CHAMPENU.

¡Yo! ¡Madrina! ¡Envidia yo! Jesús, no lo crea usted, ni por pienso.... Ya sé yo también que Eduardo es hijo de casa, que es casi mi hermano, y por lo mismo no le quiero mal. Todo lo contrario. Verdad es que yo no quiero mal á nadie, sobre todo si no tienen sobre que caerse muertos.

CAROLINA.

¿De veras?

CHAMPENU.

Es que soy muy amigo de la justicia, y no me agrada ver que otro está mejor vestido que yo ó que es más rico.

CAROLINA.

Sin embargo, tú tienes lo que necesitas. Tu padre te dejó á su muerte una buena hacienda, y....

CHAMPENU.

Señora.... pero eso no tiene gracia, porque como mi padre era mi padre, y yo era su hijo único, no pudo dejársela á ningún hermano mío.

CAROLINA.

Es verdad. (Sonriéndose.)

CHAMPENU.

También, si vamos á eso, soy heredero de mi primo Tomás, uno de los labradores más acomodados de estos contornos.

CAROLINA.

¡Ah! sí; del honrado Tomás, aquel antiguo soldado, que fué padrino de Eduardo y mi compadre. ¿Cómo está el buen Tomás?

CHAMPENU.

Para servir á usted madrina..... Hace ya un año que murió.

CAROLINA.

¡Dios mío! ¡Un año ya! Cómo se pasa el tiempo....! Ya se ve, he estado tantos años en París que... ¡Pobre Tomás! Parecía todavía joven.

CHAMPENU.

No se puede decir que era viejo; pero había empleado bien su tiempo.... había servido en el ejército con el padre de Eduardo y.... cabalmente tiene relación con su muerte mi visita de

hoy. Madrina, quería consultar con Ud. sobre un asunto, y es, que hace algunos meses registrando sus papeles, encontré uno que me dicen es su testamento, y en el cual deja todos su bienes, que ascienden á tres mil seiscientos cincuenta francos de renta en buenas tierras, á su ahijado Eduardo.

CAROLINA.

¡Y no me lo habías dicho...! ¡Conque Eduardo, que por orgullo no quería ya recibir nada de mí, tendrá en adelante con qué vivir decentemente independiente! ¡Cuánto me alegro! ¡Es tan buen muchacho! ¿Pero ahora que me acuerdo, sabes que á tí, que eras el heredero natural, te debe haber apesadumbrado este suceso?

CHAMPENU.

En verdad que no: no tengo tan mal corazón: además, un padrino ó una madrina pueden dejar cuanto quieran á un ahijado. En este particular deben tener carta blanca, y aun abusar de ella. Lo que sí siento es que mi primo en su testamento pusiera cierta condición....

CAROLINA.

¿Cuál?

CHAMPENU.

Temiendo sin duda que su ahijado gastara alegremente lo que á él le había costado tanto adquirir.... Porque el tal ahijado es un bribonzuelo, eso es otra cosa, que no trata mas que de cortejar madamas....

CAROLINA.

¡Y bien!, ¿qué condición?

CHAMPENU.

Y bien, para impedir, como iba diciendo, sus despilfarros y calaveradas, no le dejó su herencia sino con la condición expresa de que se ha de casar antes de cumplir los diecinueve años.

CAROLINA.

Eso no puede ser.

CHAMPENU.

(Dándole unos papeles.) Véalo usted. Y como por desgracia, Eduardo tiene ya diecinueve años cumplidos, resulta que se quedó sin la herencia, y que ésta me corresponde á mí.

CAROLINA.

¿Así lo crees tú?

CHAMPENU.

Lo mismo que creo el Credo. Cumplió los 19 años en el mes de enero último, porque nació, según él mismo dice y todo el lugar sabe, el primer día del año, época bien notable, y como estamos en septiembre.....

CAROLINA.

Pues si no es más que eso, consuélate. Eduardo no tiene todavía la edad que piensas.

CHAMPENU.

¡Cómo que no! ¿Conque no nació el día de año nuevo?

CAROLINA.

Sí, pero cuando nació, regía en Francia el Calendario Republicano, y el año empezaba entonces el 22 de septiembre, y se llamaba este día el primero del mes Vendimier.

CHAMPENU.

¡Esta es otra!

CAROLINA.

Y como según tu cálculo, estamos á principios de septiembre, le falta aún cerca de medio mes para poder casarse. (Le vuelve los papeles).

CHAMPENU.

Pues señor, no vuelvo á creer en nada, y menos en el Calendario. Vean ustedes, qué animal será este Vendimier, que no se halla en mi Almanaque....! Si yo lo hubiera sabido no hubiera venido hoy.

CAROLINA.

(Pensativa.) Quince días no más para casarle....! No hay tiempo que perder. Pero, ¿en dónde se encontraría una novia tan pronto.....?; sobre todo, aquí

CHAMPENU.

Mucha habilidad se necesita para encontrarla aquí de repente.

CAROLINA.

¿Por qué?

CHAMPENU.

Porque en estas aldeas, tan luego como una muchacha hace su primera comunión, lo primero que procura es habilitarse de amante ó de marido, cuando no afianza á un tiempo dos cosas; y así....

CAROLINA.

¡Calla!, ahora se me ocurre.... Esta Cecilia... La hermana de mi Administrador, que es muy amable, muy bien educada....

CHAMPENU.

Sí; ¿pero querrá Eduardo? ¿Será feliz con ella?; porque esto es lo esencial, madrina, y cuidado no vaya usted á equivocarse.... porque....

CAROLINA.

Dicen que esta mañana corría tras de ella, y que la abrazó.... lo que prueba, siendo cierto, que....

CHAMPENU.

Que corría tras ella, y que la abrazó; no prueba otra cosa.

CAROLINA.

Puede también indicar que la ama... Espera un momento. (Se sienta y escribe.)

CHAMPENU.

¡Qué desgracia! Encontrar ya una novia como llovida del cielo!; aunque no es ella lo que más me incomoda, sino ese maldito Vendimiér. Han hecho bien en borrarlo del Almanaque; pero debían haberlo hecho antes.... ¿Y qué no se podría con una buena protección.... ¿Dígame usted madrina, usted que visita señoronas y que conoce á los Ministros....

CAROLINA.

(Escribiendo.) Déjame.

CHAMPENU.

¡Qué siniestro es el destino para los pobres! Estoy cierto de que si tuviera yo mucho dinero, conseguiría que Vendimiér cayera en enero como marzo en Cuaresma.

CAROLINA.

Toma, busca á Yordy y entrégale esta carta para que venga al instante á traerme él mismo la respuesta. Aprisa, corre, ¿no lo oyes?

CHAMPENU.

(Sin moverse.) Sí, madrina.... ya corro... ¿Pero está usted bien segura de que Eduardo....?

CAROLINA.

(Con enfado.) Vete pronto. (Váse Champenú.)

ESCENA VI

CAROLINA, Y A POCO EDUARDO CON AVIOS DE CAZA.

CAROLINA.

¡Pobre muchacho! ¿Qué no querría casarse? (Se oye un tiro de escopeta.) ¡Dios mío! ¿Qué esto?

EDUARDO.

(Dentro.) ¡Trae, trae, majadero! ¡Jesús! Mi madrina! (Sale: pone la escopeta junto á la ventana.)

CAROLINA.

Sí, señor; yo soy, y estoy muy disgustada con usted, muy enfadada. ¡Asustarme de ese modo!

EDUARDO.

Perdone usted, madrina.... creía que todavía estaba usted durmiendo.

CAROLINA.

¿Y por eso dispara usted su escopeta casi en mi mismo aposento?

EDUARDO.

No hay duda que hice mal; pero es tan difícil contenerse á la vista de una codorniz, que...

CAROLINA.

¡Maldita caza! ¡Diversión más tonta! Y por lo mismo que á mí me enfada ha de estar usted todo el día con la escopeta al hombro.... Vaya, es preciso que estos hombres tengan muy mal corazón para entretenerse en matar unos pobres animales que ningún daño les han hecho! ¿No sería mejor que se estuviesen en casa y se entretuvieran de cualquier otro modo? Pero no señor, lo que importa es cazar desde que amanece, y más que para ello haya que estropear todo mi parque y que hollar mis pobres camelias, unas flores que estaban reservadas para mi propio adorno.

EDUARDO.

¡Válgate Dios! ¿Y yo he hecho todo eso?

CAROLINA.

Sí, señor, y sepa usted que no me ha caído en gracia.... Vamos, ¿qué hace usted con los ojos bajos, y tan callado? ¿Qué dice usted? ¿Qué responde usted?

EDUARDO.

¿Qué?.... que lo siento mucho.... y que.... Pero crea usted madrina, que ninguna falta le harán á usted las tales flores para parecer bonita.

CAROLINA.

¡Buena excusa! ¿Piensa usted satisfacerme con semejante insulsez? Pues ya sabe usted que no

me gustan las adulaciones, en particular cuando estoy enfadada. De todos modos, repito que me enojaré de veras si vuelve usted á correr en el bosque contra mi voluntad.... Vea usted el estado en que se halla.... Estropearse y fatigarse así.... Vaya, tome usted este pañuelo y límpiese el sudor.

EDUARDO.

¡Ah! (Toma el pañuelo y lo besa.)

CAROLINA.

(Quitándoselo con violencia.) No le daba yo á usted el pañuelo para eso.... Y no puedo permitir por cierto, semejantes libertades. Abusa usted de mi bondad, Eduardo. Pero pase por esta vez con tal que no vuelva á suceder.

EDUARDO.

¡Ah! ¡Madrina! Conozco todo lo que debo á usted; sólo tengo un sentimiento, y es, que no se me presenta ocasión de manifestar á usted mi gratitud: así, le protesto á usted que el mejor día de mi vida será aquel en que me haga matar por usted.

CAROLINA.

¡Qué desatino....! Y eso me recuerda, Eduardo, que te debo todavía otro regaño.... Verdad es que no hago otra cosa en todo el día. Dime, ¿qué disputa fué la que tuviste poco antes que yo viniera, con Agata Nerval y con su hermano?

EDUARDO.

¡Cómo, madrina! usted sabe....

CAROLINA.

Con su hermano, pase, es un presumido que no puedo sufrir; pero ella es una joven muy bonita: y á tu edad, Eduardo, no debe uno disputar con las jóvenes que son bonitas; porque ese es un modo indirecto de empezar á enamorarlas: te lo digo porque tengo más experiencia que tú, y....

EDUARDO.

Si la cosa hubiera sido sólo conmigo, nada les hubiera dicho; pero como era á usted á quien ofendían....

CAROLINA.

¡A mí! ¿Y qué podían decir?

EDUARDO.

Decían.... Decían.... Mil horrores.

CAROLINA.

Pero, ¿qué horrores eran estos?

EDUARDO.

¿Qué? Que iba usted á casarse segunda vez.

CAROLINA.

¡De veras! ¿Y qué mal hay en eso, ni qué te importa á tí? ¿No soy libre? ¿No puedo hacer lo que más me convenga?

EDUARDO.

Eso es lo que dije precisamente, añadiendo sólo, que nadie era digno de la mano de usted, porque era usted la más linda de todas las mujeres, con lo que se encolerizó tanto Agata Nerval, que hubo un momento en que tratándome como un chiquillo de la escuela levantó casi la mano para mí.

CAROLINA.

(Riéndose.) ¡Qué lance tan gracioso!

EDUARDO.

Nada tuvo de gracioso, madrina.... porque en fin, si me hubiera dado un bofetón, era un compromiso del diablo.... Y á fe mía que ignoro lo que hubiera debido hacer en tal caso, madrina. ¿Qué hubiera debido hacer?

CAROLINA.

¿Qué sé yo?

EDUARDO.

A usted le toca aconsejarme, sin embargo.

CAROLINA.

Escucha: si hubiera sido un hombre, no hay necesidad de decirte lo que hubieras debido hacer; pero cuando es una mujer la que insulta.... y sobre todo, si es bonita.... entonces no hay más que un género de satisfacción que se pueda exigir de ella.

EDUARDO.

¿Cuál?

CAROLINA.

Un abrazo, ó cosa así.

EDUARDO.

Gracias, madrina. (Aparte.) No olvidaré el consejo.

CAROLINA.

Pero ahora, toma esa silla y escucha, porque tengo que hablarte seriamente de cosas importantes. (Ella va á sentarse cerca de la mesa redonda á la derecha. Eduardo toma una silla y se sienta cerca de Carolina á la izquierda.)

EDUARDO.

Diga usted.... ya escucho.

CAROLINA.

Eduardo, ya tienes diecinueve años, ya eres, como quien dice, un hombre: de ahí que haya yo formado, para tu futura felicidad, cierto proyecto, de que no te hablaré hasta que Yordy te haya dado parte de él, pues que al cabo de Yordy depende su éxito.

EDUARDO.

¿De Yordy? ¿Del administrador, con quien siempre estoy disputando?

CAROLINA.

Creo que hoy estarás de acuerdo con él.... él

te explicará luego mis intenciones precisas y formales.

EDUARDO.

¡Dios mío!, ¡qué misterio!

CAROLINA.

Ellas van á imponerte nuevas obligaciones, de quien tendrás en adelante que dar cuenta de tu conducta: será necesario que trabajes asiduo en acrecentar tu fortuna, y que no imites á esos jóvenes ociosos, á esos botarates vacíos, cuya única ocupación consiste en acicalarse, y que se pavonean en nuestras sociedades con las modas más ridículas.... ¡Ay!, ¡qué bonita corbata tienes!

EDUARDO.

La compré ayer.

CAROLINA.

Te sienta perfectamente; estás muy bien así.

EDUARDO.

Se lo parece á usted.

CAROLINA.

¡Miren el presumido!

EDUARDO.

¿Yo, madrina?

CAROLINA.

Sí, es muy linda, aunque me agradaría más

con una cenefa más angosta, como las he visto en la calle de Richelieu en casa de Burthi. Iremos juntos á comprar corbatas cuando regresemos de París. Y como te decía, un hombre inútil puede ser acogido con política en la sociedad, pero nunca será con razón en ella ni apreciado ni apreciable. Por lo tanto, es necesario que empieces por escoger estado.

EDUARDO.

Ya lo tengo elegido, seré soldado como mi padre.

CAROLINA

Serás oficial, yo me encargo de ello.... y es menester que escojamos un regimiento que tenga bonito uniforme.

EDUARDO.

Poco importa eso.

CAROLINA.

El de los lanceros, por ejemplo, te iría perfectamente. Sólo los bigotes me disgustan.... ¿tendrás bigotes?

EDUARDO.

Como usted quiera, madrina.

CAROLINA.

Aunque si no son muy grandes.... Me parece verte ya montado en un buen caballo alazán....

EDUARDO.

Sí, con sable en mano, y en medio del combate, ganando mis charreteras de capitán, para ganar en seguida las de coronel: porque juro á usted que llevaría un día charreteras de coronel.... á menos que una bala de cañón.... (Se levanta.) ¿Y qué importa....? por mi madrina se puede afrontar todo género de peligros, y capitán ó coronel, mi último suspiro será.... por mi madrina.

CAROLINA.

(Se levanta.) No, no: y yo que olvidaba que en la guerra le podían matar á uno... Prefiero otra profesión menos arriesgada.... la de legista, por ejemplo, ó la de agente de negocios, en las que no hay más riesgo que correr que el de enriquecerse.

EDUARDO.

Pues yo no las prefiero.

CAROLINA.

Qué tono es ese, niño. ¿Ha olvidado usted que yo soy aquí la que mando?

EDUARDO.

No, señora; pero á mí no me gustan los negocios, no quiero parecerme á Yordy, á quien no puedo sufrir, con su cabeza erguida y sus cejas arqueadas. (Remedando á Yordy.) Señora, este es un asunto muy grave.... muy peliagudo.

CAROLINA.

Eso es, eso es; y ahora el polvo de rapé con que termina todos sus períodos. (Remedando á Yordy.) Y ya he dicho al señor Presidente...

EDUARDO.

¡Oh! ¿Qué bien...? si es el mismo modo de tomar el polvo.

CAROLINA.

¿No es verdad?

EDUARDO.

El mismo: vuelva usted, por Dios á empezar, madrina, se lo suplico á usted.

CAROLINA.

No señor, que no es bien hecho burlarse de un hombre respetable, de talento, que tiene mi confianza. Y en cuanto á lo de la profesión, no cederé á los caprichos de usted, porque tengo carácter y una voluntad firme é inflexible. Si ninguna de las que le he indicado á usted le conviene, tomará usted otra..... y sólo porque yo lo quiero.

EDUARDO.

En hora buena, y yo prometo obedecer á usted en todo, seguir en todo sus consejos.

CAROLINA.

Y eso es lo mejor que puedes hacer, porque

mira, á tu edad todavía no se reflexiona, (Distraída va hacia la mesa y toma la raqueta.) y á la mía ya se atiende á la razón: yo te he observado, te conozco, eres un poco tronera.

EDUARDO.

¿Yo, madrina?

CAROLINA.

¡Oh! confiesa que lo eres: tienes un excelente carácter; pero eres todavía muy joven, y no puedes ocuparte dos minutos de una cosa seria. (Hace saltar maquinalmente el volante sobre la raqueta.) el menor juguete te distrae, y.... y sin embargo, ya ha llegado el momento de renunciar á toda especie de niñerías. (Eduardo toma una raqueta que está sobre una silla en la izquierda.)

EDUARDO.

Si, madrina.

CAROLINA.

Así ló exijo de tí; porque hay muchos en el mundo que juzgan por las apariencias, y á la menor inconsecuencia de nuestra parte.... (Ella le tira el volante y juegan.) No hay, pues, que descuidarse un momento.... y estar siempre sobre aviso.... No eches el volante con tanta fuerza, Eduardo.

EDUARDO.

Así lo creo de la prudencia de usted. Ahora le dí demasiado flojo.

CAROLINA.

Que tu conducta.... Menos vivo.... me recompense un día.

EDUARDO.

Por complacer á usted haré todo.... ¡Ah!, por poco le doy.

CAROLINA.

Ponte más cerca.

EDUARDO.

Que lo echo: allá va: digo que haré todo por complacer á usted....

CAROLINA.

Y si quieres colmar mis deseos, has de ser prudente, estudioso.... y has de tener mejor tu raqueta.

ESCENA VII

DICHOS Y CHAMPENU

CHAMPENU.

Perdone usted, madrina si.... (Viene por el foro y se detiene en la puerta.)

CAROLINA.

Ya ves que estoy ocupada. (Sigue jugando.)

CHAMPENU.

Si á usted no le importa, á mi tampoco. Es la respuesta que traigo de Mr. Yordy.

CAROLINA.

¡Ah!, dámela pronto (arroja su raqueta: Eduardo hace lo mismo con la suya, coge la escopeta y se pone á hacer ejercicio.)

CHAMPENU.

Yordy ha garrapateado esos renglones muy de prisa y con cierto gestecillo burlón, que nada bueno prometía.

CAROLINA.

(Después de haber leído la carta.) ¡Jesús ¡No puedo creerlo! ¡Rehusar mi propuesta!

CHAMPENU.

¡Será posible....! ¡Ah, qué hombre tan honrado! (Aparte.) ¿Quién podía esperar esto de un procurador?

CAROLINA.

¡Despreciarla!, ¡y de qué modo!.... tildando su nacimiento, su pobreza.... ¡que indignidad!, como si él tuviera la culpa de....

EDUARDO.

¿Qué hay madrina? (Deja la escopeta y se acerca á Carolina.)

CAROLINA.

¡Pobre muchacho! No tengas cuidado que no te abandonaré... Por más que digan y hagan... no saben los necios que cuanto más me contrarían me empeñan más y más.... ¿Tendré, de

consiguiente, que buscarle yo misma una novia?... Dime, Eduardo, amas por ventura á alguna de las jóvenes que conoces?

EDUARDO.

¿Yo madrina?

CAROLINA.

Sí, porque esto nos ahorraría mucho trabajo.... ¿Conque vamos, responde, amas á alguna?

EDUARDO.

¿De amor?

CAROLINA.

Pues.

EDUARDO.

No, no, madrina. (Durante esto, Champenú recoge las raquetas, arregla las sillas y entra al cuarto de la derecha.)

CAROLINA.

Tanto peor.... ¿Y cuya es la culpa? Desde que saliste del colegio, hace tres meses, te he estado preguntando á cada instante en qué empleabas el tiempo.

EDUARDO.

Mi único deseo es el de estar siempre con usted; de no separarme de su lado.... ¿Qué otra cosa puedo yo desear? ¡Estoy así tan bien!

CAROLINA.

¿De veras? ¡Y por qué lo he de extrañar cuando yo...! Sí, no lo dudo.... estoy persuadida de tu amistad, de tu afecto.... y también por mi parte puedes estar seguro...

EDUARDO.

(Tomándole la mano.) ¡Ah! ¡Qué bondadosa es usted!

CAROLINA.

Y pronto, sí, pronto sabrás todos mis proyectos. tos.

EDUARDO.

¿Sus proyectos de usted?

CAROLINA.

Pero cualesquiera que éstos sean, señor mío, espero que inmediatamente concurrirá usted á su logro.

EDUARDO.

Sí, madrina.

CAROLINA.

Porque la primera obligación de usted es de ser sumiso.

EDUARDO.

Sí, madrina.

CAROLINA.

De obedecerme en todo.

EDUARDO.

(Estrechándole la mano contra su corazón.) Sí, madrina.

CAROLINA.

(Impaciente retira la mano y le da con ella en la cara.) ¿Te quieres estar quieto?

EDUARDO.

¡Jesús! ¡Qué felicidad!

CAROLINA.

¿Cuál?

EDUARDO.

¿Madrina, creo que me ha insultado usted?

CAROLINA.

¿Yo?

EDUARDO.

(Se adelanta con los brazos abiertos.) Y según lo que usted misma me ha dicho....

CAROLINA.

(Corre tras la mesa.) ¡Cómo se entiende!, mira que me enfadaré.

EDUARDO.

No importa: el honor antes que todo: requiero una satisfacción. (Siguiéndola.)

CAROLINA.
(Huyendo por el foro.) Tómala si puedes.

EDUARDO.
¡Ah! Qué traición! (Corre tras ella.)

ESCENA VIII

YORDY DEL CUARTO DE LA IZQUIERDA.

YORDY.
(Observando por el foro.) ¿Qué miro? ¡Eduardo corriendo tras de su madrina! ¡Y ya la alcanzó! Toma, y ahora la abraza, sin que ella se irrite del atrevimiento, á lo que parece, porque se ríen á carcajadas.... y siguen corriendo. (Viene á la escena, y después de un momento de reflexión dice.) Hice mal, muy mal en responderla como le respondí. ¡Y el abrazo no fué de ahijado! no por cierto. ¿Si estará Eduardo enamorado, sin saberlo, de su madrina? Mucho me lo temo.... y aunque ella todavía no piense en él quién sabe si dentro de cinco minutos... Con un carácter como el suyo, basta con una idea, con un capricho para.... y vería yo entonces todos mis planes trastornados por un chicuelo, por un colegial! ¡Imposible!.... ¡Maldito joven!, no lo puedo sufrir, le abomino, le detesto, y si le tuviera entre mis manos le.... le.... Pues señor, es menester que sea mi cuñado.... que le dé á Cecilia.... Hele aquí.

ESCENA IX

DICHOS, Y EDUARDO QUE VUELVE POR EL FORO.

EDUARDO.

No pude volver á alcanzarla, se encerró en su cuarto, y.... ¿Pero qué tengo yo ahora? ¡Qué pasa en mí....! ¡Este abrazo....! ¡Y también mi madrina parecía conmovida! ¡Qué significará esto! Lo que sí siento es que quizá ya no querrá insultarme otra vez; pero no hay cuidado, ya buscaré yo pretexto para que disputemos, y para... ¡Hola!, ¡usted aquí Sr. Yordy!

YORDY.

Acércate Eduardo, tenemos que hablar los dos de cierto negocio que....

EDUARDO.

¿Pues si viera usted que poco estoy yo ahora para hablar de negocios?; así vale más que lo dejemos para después, y....

YORDY.

No es urgente; es de parte de tu madrina.

EDUARDO.

(Con viveza.) ¡De mi madrina! Hable usted pronto.... ¡Y es verdad, ya me acuerdo! que

me dijo que había encargado á usted me explicase sus intenciones.

YORDY.

¿No te ha dicho otra cosa?

EDUARDO.

No, señor.

YORDY.

¡Bueno!—(Aparte) Nada le ha dicho de mi negativa.—(Alto.) Y bien, amigo mío, tu madrina piensa en darte una carrera.

EDUARDO.

Ya lo sé.

YORDY.

Y también en casarte.

EDUARDO.

¡Qué idea!, á mi edad qué prisa corre; y luego huérfano, humilde, y sin bienes de fortuna, ¿quién ha de querer casarse conmigo?

YORDY.

¿Y por qué no?; tú tienes disposiones para todo.

EDUARDO.

No lo crea usted.

YORDY.

Eres amable, juicioso.

EDUARDO.

Favor que usted me hace.

YORDY.

(Con impaciencia.) Cuando te digo que eres juicioso... si lo sabré mejor que tú....y además, no soy solamente quien lo ha observado, existe otra persona.... que...

EDUARDO.

(Con viveza.) ¡Otra persona!, ¿Y quién? despáchese usted.

YORDY.

¿No lo adivinas? Una señorita á quien acosabas esta mañana en el jardín; mi hermana Cecilia.

EDUARDO.

¡Gran Dios!

YORDY.

Y aun creo,—(Aparte) porque parece que este es su sistema con todas;— y aun creo que le diste un abrazo.

EDUARDO.

¡Cómo!, sabría usted.....

YORDY.

Y tu madrina también lo sabe.

EDUARDO.

¡Infeliz de mí!

YORDY.

No tengas cuidado, que no se ha enfadado por eso, antes al contrario, porque hace tiempo que intenta casarte, y aquí tengo una carta que me escribió esta mañana sobre el asunto.... (Le entrega una carta: Eduardo la lee y se la vuelve.) Por ella verás que tu madrina desea.... ó por mejor decir, exige que se haga este casamiento inmediatamente. Lo juzga de la mayor importancia, y en fin, lo quiere, como todo lo que quiere.

EDUARDO.

¿Pero por qué lo quiere?

YORDY.

Lo ignoro: sospecho, sin embargo, que tiene algún plan con respecto á ella misma: algún proyecto de casamiento, y que trata antes de ocuparse del tuyo, y de asegurar tu felicidad. Yo desde luego no puedo oponerme á ello, soy demasiado sumiso á su voluntad, y como te tengo por otra parte tanto cariño.... En cuanto á ti, digo lo mismo, le debes demasiada deferencia, respeto y reconocimiento para.... en fin, tu propio corazón te dirá sobre esto más de lo que yo podría decirte; ¿no es verdad....? Conque voy á dar cuenta á la señora de Neris de mi diligencia en ejecutar sus órdenes, y de la sumisión con que las has recibido. (Vase.)

ESCENA X.

EDUARDO SOLO.

¿Qué es lo que acabo de oir? ¡Casarme ella misma con otra! ¡Y dice este hombre que se lo debo agradecer! Necio, mentecato, ¡qué mal conoce lo que está pasando ahora dentro de mí! Agradecerla yo lo que me ofende, lo que me humilla, lo que me desespera.... ¡Ah! ¡qué desgraciado soy! ¿Pero por qué me humilla esto y desespera? Qué se yo; pero lo cierto es que estoy furioso contra mí, contra ella, contra todos: así es que casi me aborrezco en este momento.... y á ella, y á todos. Semejante acción me indigna, y aunque ella nada me había prometido, digo, con todo, que me ha faltado.... ¡Oh! sí, ha faltado á lo que debiera haberme prometido. ¡Perjura! ¡Perjura! (Va á sentarse junto á la mesa.)

ESCENA XI.

DICHO Y CHAMPENU.

CHAMPENU.

¡Ah! mi querido Eduardo, ¿qué tiene usted?

EDUARDO.

¿Lo que tengo? Soy el más desgraciado de los hombres.

CHAMPENU.

¿Y por qué, pues?

EDUARDO.

Quieren casarme.

CHAMPENU.

(Con viveza.) ¡Buena es esa!; ¡qué picardía!

EDUARDO.

¿Es verdad?, eso es lo que yo digo.

CHAMPENU.

Ciertamente.... y quisiera saber quién es el que se atreve...! ¡Yo repito que eso no tiene sentido común! Será sin duda un partido que no puede convenir á usted.... alguna mujer fea, horrorosa, de mal genio....

EDUARDO.

Soy tan desgraciado que no tiene ninguna de esas faltas.... al contrario, es muy buena muchacha, y me gustaba muchísimo, hasta que me han dicho que me case con ella.... Parece que es un empeño de mi madrina y de ese condenado de Yordy.

CHAMPENU.

¡Yordy! ¡Es posible! ¡Habrá socarrón igual! Yordy, que esta mañana misma os despreciaba sin rebozo, meterse ahora en donde no le llaman.... no; pues si yo estuviera en el pellejo de usted....

EDUARDO.

¿Qué harías?

CHAMPENU.

Me burlaría de toda esa gente: no haría más que mi voluntad, y sobre todo, permanecería toda mi vida soltero: porque, mire usted, señor Eduardo, nosotros los aldeanos no tenemos gran cacumen, ni somos como los letrados, que dicen ahora blanco, y luego negro; pero tenemos una dosis de sana razón que hace vayamos siempre al grano. De ahí que yo vea claramente que usted no ama á la que le destinan.

EDUARDO.

Es verdad.

CHAMPENU.

Porque yo ya he pasado por ahí, y estoy seguro, además, de que usted no ama á nadie, por que nunca he notado que padezca usted palpitaciones, ni sofocaciones, ni comezones, ni ciertas punzadas en el corazón que se asemejan á pinchazos de alfiler de á tlaco.

EDUARDO.

(Poniéndose la mano en el corazón.) ¡Ah! ¡Dios mío!

CHAMPENU.

Cuando uno está enamorado, tiene uno ganas de camorra con todo el mundo.

EDUARDO.

Ya lo creo.... capaz es uno de reñir hasta con su madrina....

CHAMPENU.

Y no se hace otra cosa en todo el día que renegar, y jurar, y beber agua, y....

EDUARDO.

Es que todo eso me pasa á mi, y tengo una sed rabiosa. (Acabando de beber un vaso de agua.)

CHAMPENU.

¿Será posible?

EDUARDO.

Sí, y bien sabe Dios que no podía explicarme á mí mismo la causa de mis tormentos, ó por mejor decir, no me atrevía á confesármela; pero tú me acabas de obligar á que lea en mi corazón.... por lo tanto ya no debo desconocer ni dejarte de contestar que existe realmente una persona que amo.... que idolatro con frenesí.

CHAMPENU.

Estoy perdido, arruinado. ¿Y dice usted que yo soy quien le ha obligado á leer en....

EDUARDO.

Sí.

CHAMPENU.

(Aparte.) Maldito sea mi abecedario.

EDUARDO.

Pero mira que este es un secreto, y que á nadie lo digas; porque quisiera ocultárselo á todo el mundo, y á mí principalmente. Me avergüenzo ahora de mi ingratitud, de mi atrevimiento, de mi locura, puesto que la que amo jamás puede ser mi esposa.

CHAMPENU.

(Con viveza.) ¡Oiga! Pues entonces debe usted preferir esa mujer á todas las mujeres habidas y por haber: sí, señor, esa es la única que le conviene á usted.

EDUARDO.

Si te he dicho que no puede ser mía.

CHAMPENU.

Ya; pero lo primero es lo primero, y el amor ante todo. ¿Con qué derecho pretende madama de Neris sujetar el corazón de usted y sus inclinaciones? Eso podía pasar en el antiguo régimen, mas no en estos tiempos de libertad. Yo le diría: "Madrina, lo que usted manda es tiránico, y no quiero casarme ahora ni nunca, y usted no puede obligarme á ello, ni el gobierno tampoco." Toma si se lo diría.

EDUARDO.

¿Estás loco? ¡Hablar así á mi madrina!, ¡á mi bienhechora! Prefiero no decirle nada y volver á París.

CHAMPENU.

¡Estúpido pensamiento! En París podría usted hallar alguna mujer que le hiciese olvidar esa que usted dice que ama tanto, y con la que nunca se puede casar; lo que sería un borrón que usted se echaría.... Le llamarían á usted por todas partes inconsecuente, ingrato, monstruo... No, no.... Mejor es que se vaya usted á mi cortijo: allí no hay mujeres; y dentro de quince días se habrá usted ya tranquilizado; (Aparte) y yo también, porque entonces Vendimiér...

EDUARDO.

Querido Champenú, no sé cómo agradecerte...

CHAMPENU.

No piense usted en eso.... Pero nuestra madrina se acerca; vamos, ánimo, valor. Envíela usted á pasear respetuosamente, y á todos sus bodorrios. Yo estaré al lado de usted y le ayudaré. Seremos dos ahijados contra ella.

ESCENA XII.

DICHOS, CAROLINA Y YORDY.

CAROLINA.

Basta, creo á usted; y pues que Eduardo ama á Cecilia.... pues que ambos se aman, que se casen, y qué yo no oiga hablar más del asunto.

Por otra parte, este enlace ha sido siempre el que yo deseaba que se verificase..... Usted lo sabe.... Lo que sí me admira es, por qué no me habló Eduardo esta mañana de esa gran pasión, y por qué es usted á quien ha honrado ahora con su confianza. (Mirando á Eduardo.) ¡Ah! ¡allí está! Acérquese usted, señor mío. ¿Desde cuándo evita usted mi presencia? ¿Desde cuándo me huye usted?

EDUARDO.

Por Dios, madrina, no se enfade usted, no se encolerice contra mí.....

CAROLINA.

¡Encolerizarme yo! ¿Y en qué lo conoce usted? Porque me ocupo de usted, de su porvenir.... porque quiero tratar de asuntos serios y hacer que usted escuche la razón, ¿por eso me enfado, y me encolerizo, no es verdad? ¡Qué modo de hablar! ¡Qué expresiones! ¿Quién se las ha enseñado á usted? Champenú, sin duda; yo se lo perdonaría á usted si fuese tan rudo como él, tan sin educación.

CHAMPENU.

¿Cómo es eso, madrina?

CAROLINA.

Cállate. ¡Pero usted, Eduardo! ¡usted!

EDUARDO.

¡Ah! señora, perdone usted si....

CAROLINA.

No quiero que usted se disculpe ahora, sino que sea franco. Esta mañana, aquí mismo pregunté á usted si amaba á alguna persona.

EDUARDO.

¿Puede usted dudarlo? Usted que es mi bienhechora, mi....

CAROLINA.

No es eso: lo que yo pregunté á usted esta mañana y le pregunto ahora, es si usted ama á alguna persona; pero.... amar, pues, como se ama cuando está uno muy enamorado; en fin, ya me entiende usted.

EDUARDO.

¡Cielos....! En verdad, madrina.... Yo no puedo.... No sé.... Jamás me atreveré....

CHAMPENU.

(Poniéndose entre Eduardo y Carolina.) De contado que jamás se atreverá; pero yo sí me atrevo, y le aseguro á usted, madrina, que ahí donde usted le ve, está perdido de amores, rematado, furioso.... (Eduardo trata de impedirle que hable.)

CAROLINA.

¡Qué sabes tú!, ¿ni quién habla contigo?

CHAMPENU.

El es quien me lo ha dicho no hace un Credo.

CAROLINA.

Cállate, y vete.

CHAMPENU.

(Retirándose al foro.) El es quien me lo ha dicho

CAROLINA.

Parece, en efecto, que excepto yo, todos merecen aquí la confianza de usted: que Yordy, Champenú, que todo el mundo, en fin, tiene más derecho que yo á los secretos de usted; pero yo ya no exijo nada más que el nombre de la que usted ama, de la que usted adora.

EDUARDO.

¡Dios mío! ¡Sólo eso faltaba!

CAROLINA.

¿No responde usted? ¿Es Cecilia?

YORDY.

¿Es mi hermana?

EDUARDO.

Cecilia.... y bien.... sí, madrina, Cecilia es.

YORDY.

¡Será verdad!

EDUARDO.

Y sumiso á las órdenes de usted, á su voluntad, estoy pronto á obedecerla en todo, á casar-

me ó á no casarme con ella, como usted guste, me es igual, con tal que usted me perdone, y que se desenoje; esto es todo lo que le pido.

CAROLINA.

Basta; y pues ama á Cecilia, Yordy que conoce mis intenciones, tendrá la bondad de encargarse de todo lo necesario para ese casamiento, y de acompañar á usted á París inmediatamente.

EDUARDO.

Cómo, señora usted dispone que....

CAROLINA.

Sí, señor inmediatamente; no hay tiempo que perder; usted sabrá por qué. Irán ustedes en mi coche, y Champenú irá ahora mismo á pedir los caballos de posta. Retírense ustedes. (Vase Champenú.)

EDUARDO.

Todo se concluyó para mí, y ya no me queda esperanza alguna....! Ocultemos por lo menos mi desesperación; el honor y el amor me lo mandan. (Vase.)

YORDY.

Fíese usted de mí: voy á que se aceleren los preparativos. Todo salió al cabo á medida de mis deseos, ya era tiempo. Ahora, bueno será no dejarles el de reflexionar. (Vase.)

ESCENA XIII

CAROLINA SOLA.

Gracias al cielo que se fueron; no parece sino que todos se entienden hoy para contrariarme. ¿Para contrariarme? ¿Pues no me obedecen todos? ¿No hacen todos cuanto quiero? ¡Y bien! Eso es cabalmente lo que me desespera. Tengo visos de mandar, de imponer leyes, y no me obedecen sino en aquello que no quisiera. ¿Por qué han de ser de mi opinión, cuando yo misma no lo soy....? ¿Pero qué otro partido me quedaba? Ninguno.... Entonces.... que se amen en hora buena, que se casen, que se vayan...., tanto mejor.... corazones fríos é indiferentes, en cualquiera parte se encuentran, y de cualquier modo se reemplazan. ¡Ay!, y luego dirán que hay quienes saben lo que es querer bien. Embusteros! No, no los hay. ni siquiera quienes sepan agradecer. ¡Ay!, me falta poco para llorar de pena y de despecho.... (Enjugándose los ojos, en voz alta y sin volverse.) ¿Quién viene ahora? Que digan á todo el mundo que no estoy en casa.

ESCENA XIV

DICHA, Y CECILIA.

CECILIA.

Perdone usted, señora, si.... ¿Estaría usted acaso indispuesta?

CAROLINA.

Y aun cuando así fuera, ¿qué tendría de extraño? ¿No puede una estar mala ó tener mal humor? ¡Qué tiranía! No la dejan á una siquiera un momento suyo para tener mal humor. ¿Pero vaya, qué quiere usted? ¿A quién busca? ¿Al señor Eduardo? No está aquí.

CECILIA.

¡Ah!, señora, cómo me recibe usted....! Usted que es siempre tan buena, tan indulgente! Paciencia, me habré equivocado creyendo que me podría dirigir á usted.

CAROLINA.

No comprendo la razón de ese abatimiento. ¿En dónde está la desgracia? ¿Qué más quiere usted? No aprueban todos su boda con Eduardo? ¿No se casa usted con quien ama?

CECILIA.

¿Y si yo no le amara?

CAROLINA.

¿Qué dice usted? ¿Qué, no le amaría usted de veras? ¡Pobre joven! ¡Y he podido yo afligirla! ¡hacerla llorar! Perdóneme usted, Cecilia, mi querida Cecilia, y explíqueme usted... ¡Oh! cuán dichosa sería yo si pudiera aliviar sus penas de usted.

CECILIA.

Ahora sí que reconozco á usted; que la encuentro tal como ha sido siempre.

CAROLINA.

¡Qué diferencia! Cuando juzgaba yo que era usted feliz, nada me quedaba que hacer; pero teniendo usted disgustos, compromisos, ¡oh! entonces.... aquí estoy yo para asistir á usted, para consolarla cuando menos. Vaya, confíeme usted sus penas:

CECILIA.

Mi hermano me dijo que usted deseaba este casamiento, y que era indispensable darle gusto: me dijo también que el señor Eduardo me adoraba, lo que no creo, si he de decir lo que siento.

CAROLINA.

¿Cómo? ¿Qué no sería verdad?

CECILIA.

No me lo parece á mí; sin embargo, ¡quién sabe!, á los diecinueve años se adora á cuantas se ven.

CAROLINA.

Me habían asegurado, con todo, que se mostraba muy fino con usted, que la solía requebrar, y aun abrazar á veces en el jardín.

CECILIA.

Sí, señora, es verdad que lo hacía, pero de un modo tan raro y tan distraído... Luego, mi hermano tiene en casa un pasante, muy buen sujeto, que si tuviera suficiente dinero para recibirse.... ¡porque si viera usted el cariño que me mani-

CAROLINA.

Ya entiendo.... ¡no se distrae como Eduardo!

CECILIA

Eso es lo que le acabo de decir al mismo Eduardo.

CAROLINA.

¿Usted se lo ha confesado?

CECILIA.

Sí, señora: le dije con franqueza que amaba al señor Leonardo, que así se llama el pasante, y....

ESCENA XV.

DICHAS Y CHAMPENU.

(Con semblante de asustado.) ¡Ay madrina! ¡Ay señorita! Esta vez no tengo yo la culpa, él lo ha hecho por sí y sin que yo le dijera nada.

CAROLINA.

¿Pues qué ha ocurrido?

CHAMPENU.

Que se ha ido, y para no volver jamás, á lo que él mismo me acaba de decir.

CAROLINA.

¿Pero quién se ha ido?

CHAMPENU.

Toma, el otro ahijado, el Sr. Eduardo.

CAROLINA.

¡Dios mío!

CHAMPENU.

Iba yo al correo, como usted me mandó, cuando de repente oigo el galope de un caballo, vuelvo la cabeza, y lo veo pálido y desfigurado...— ¿A dónde vas?—le dije:— ¡Qué sé yo!—me respondió,—pero adiós, Champenú, adiós para siempre: desdeñado, aborrecido de todos, ¿qué haría yo aquí ya? Ni aun siquiera puedo amar á la que adoro.

CECILIA.

Cielos!

CAROLINA.

Y usted me hablaba de su indiferencia, cuando ha perdido la cabeza por usted, cuando la pasión es un delirio? ¡Válgame Dios! ¿Y qué haré ahora? ¿Qué será de él?

CECILIA.

¡Ah, señora, no me abandone usted!

CAROLINA.

¿Quién, yo? ¡Oh, no, no tenga usted cuidado; eso es otra cosa, se casará usted con su Leonardo, se lo prometí á usted así, y se lo cumpliré; de lo contrario habría dos desgraciados más.

CECILIA.

¿Querrá acaso mi hermano?

CAROLINA.

Le hablaré, lo zanjaré todo, prestaré á Leonardo cuanto dinero necesite.

CECILIA.

¡Cómo!, señora, tanta bondad, tanta generosidad!

CHAMPENU.

¡Ah! madrina, eso es muy digno de usted.... y mientras que usted no haga otra especie de casamientos....

CAROLINA.

¡Qué!

CHAMPENU.

Puede usted estar segura de mi aprobación.

CAROLINA.

¡Qué necio! Lo que importa ahora es que corras tras de Eduardo, que lo alcances; ó que sepas á lo menos hacia dónde ha ido.

CHAMPENU.

Suponga, madrina, que ya no piensa usted en más bodorrios, eh?

CAROLINA.

Ni pienso en eso, ni él tampoco. Anda.

CHAMPENU.

(Reflexionando.) Ello no hay duda que casada esta niña con el otro, ya no se puede casar con Eduardo, porque no se puede una casar con dos, y... Corro tras él, madrina. (Vase.)

CECILIA.

Y yo á decir á mi hermano, que gracias á usted, señora, me caso con mi Leonardo. (Vase.)

ESCENA XVI

CAROLINA Y A POCO EDUARDO.

CAROLINA.

¡Desgraciado joven! ¡Qué cabeza! ¡Qué locura...! ¿Por qué no había de tener más confianza en mí? ¡Ah!, ¡si yo no temiese por él!; si estuviese menos inqueta, qué cólera tendría. ¡Jesús! ¿No es Eduardo? (Ve á Eduardo: luego que éste entra, corre á cerrar las puertas y guarda las llaves.) Que se vuelva á escapar ahora. ¡Hola! ¿ya está usted aquí caballerito? ¿Y qué le trae á usted de nuevo; se puede saber? ¿Cómo se atreve usted á ponerse delante de mí? No, pues no crea usted que me aplacará con la facilidad que lo ha hecho otras veces. Ahora puedo enfadarme á mi antojo. (Mirando las llaves que tiene en su mano.)

EDUARDO.

Estaba yo ya muy lejos de aquí cuando la última mirada que eché sobre esta quinta me recordó todos los favores que he recibido en ella. Sí, señora; toda mi vida me hubiera arrepentido y me hubiera echado en cara de haberme ido sin despedirme de usted, sin haberla visto siquiera otra vez.... Por eso he vuelto á carrera para confesar á usted todas mis faltas.... para darla un eterno adiós.

CAROLINA.

No valía, por cierto, la pena.... ¿Y á dónde se encaminaba usted?

EDUARDO.

Ya se lo dije á usted esta mañana, á sentar plaza de soldado, como lo fué mi padre.... A que me maten como á él.

CAROLINA.

¡Gran proyecto....! y al cual no le faltaba otra cosa sino mi consentimiento.... que no había dado, y que no daré jamás, lo ¿entiende usted?

EDUARDO.

¿Y por qué, señora?

CAROLINA.

Porque usted depende de mí, señor, porque aquí nadie manda sino yo, y porque usted suele olvidar que soy su madrina.

EDUARDO.

(Murmurando entre dientes.) Ya, pero es que una madrina....

CAROLINA.

¡Cómo!, ¡qué es eso! ¿Qué habla usted entre dientes?

EDUARDO.

Nada, madrina, si no digo nada.

CAROLINA.

En hora buena.... Escuche usted. Usted sabe que nada tengo de acre ni de severa, que por lo mismo, y para dirigir la inexperiencia de usted he echado mano hasta ahora de los medios más suaves, más comedidos; pero supuesto que nada he adelantado, y que es usted incorregible, le intimo á usted que desde aquí en adelante lo trataré á usted con el mayor rigor. Sí, señor, lo tendré á usted encerrado en este mismo cuarto... Y no espere usted burlar mi vigilancia, porque no le perderé á usted un momento de vista, y estaremos siempre juntos.

EDUARDO.

Pero eso es demasiado arbitrario, y usted no tiene derecho para tiranizarme así.

CAROLINA.

¿Cómo es eso? ¿Cómo es eso?

EDUARDO.

Ya se ve que sí, que yo no soy ningún esclavo, ni ningún niño mamón para no tener voluntad propia; y si quiero seguir la carrera de mi padre, si quiero ser soldado, si quiero hacerme matar, ¿por qué no me ha de dar usted ese gusto? El que usted sea rica y feliz, no le infiere á usted derecho para humillarme y envilecerme, aun cuando yo sea, como lo soy en efecto, el más miserable y el más desgraciado de los hombres.

CAROLINA.

¡Jesús! ¿Y quién piensa en tal cosa? ¿Qué motivo le he dado yo á usted para deducir semejantes consecuencias? ¡Yo humillar á usted! ¡Yo envilecerle; cuando si le detenía aquí, era sólo para consolarle, para calmar sus penas, para que fuera usted feliz á mi lado? Pero usted se enfada por eso, y me insulta y... Vaya, que está usted inconocible! Tome usted, tome usted, caballero, la llave, ya es usted dueño de irse, de hacer lo que guste.

EDUARDO.

¡Yo! (Toma la llave y no sabe qué hacer.)

CAROLINA.

Sí, puede usted darme ya cuantas pesadumbres quiera.

EDUARDO.

Jamás; aquí me tiene usted á su disposición. prefiero perder mil veces la vida, á dar á usted la menor pesadumbre. (Pone las llaves en la mesa.)

CAROLINA.

(Después de un momento de silencio.) ¡Eduardo!

EDUARDO.

¡Madrina!

CAROLINA.

Es que no sé cómo decirte.... cómo darte una noticia que va á duplicar tus penas.

EDUARDO.

¿Y es, madrina?

CAROLINA.

Que no sólo Cecilia no te ama.... sino....

EDUARDO.

¿Sino qué?

CAROLINA.

Ea, amigo mío, ahora es cuando necesitas de todo tu valor.... sino que Cecilia.... vamos, no sé cómo anunciártelo.

EDUARDO.

¡Usted me asusta!, acabe usted.

CAROLINA.

Sino que Cecilia va á casarse con otro. (Acercándose á la mesa y poniéndose junto á la escopeta, que Eduardo dejó allí.)

EDUARDO.

¡Ah! ¿No es más que eso? (Fríamente,) y bien tanto mejor.

CAROLINA.

¡Cómo! ¿No te contristas? ¿No te arrancas los cabellos? ¿No te desesperas?

EDUARDO.

¿Y por qué?

CAROLINA.

¡Tú, que la amabas tanto!

EDUARDO.

Jamás la he amado.

CAROLINA.

¿Pues no ibas á casarte con ella?

EDUARDO.

Sí, por obedecer á usted.

CAROLINA.

¡Cómo!, entonces ¿no es por ella por quien resientes ese amor frenético, esa pasión que te hace perder el seso, que te alejaba de aquí?

EDUARDO.

No es por ella.

CAROLINA.

¡Dios mío! ¿Pues por quién es?

EDUARDO.

Eso es otra cosa; y suplico á usted que no insista en quererlo saber. Este secreto, lo es casi para mí; es, además, el único bien que poseo en este mundo, y nadie tiene derecho de arrancármelo.

CAROLINA.

Por supuesto que no lo tiene nadie; pero yo sí, yo soy excepción de la regla. ¿Vamos, Eduardo, dime, por quién es?

EDUARDO.

Imposible, madrina.

CAROLINA.

Pues yo quiero saberlo pronto, ahora mismo. Y mira que te advierto que no me gusta aguardar, y que si no me lo dices, entonces sí que me enfado de veras.

EDUARDO.

Y si se lo digo á usted se enfadará mucho más, y me echará de su casa, y no querrá volverme á ver en su vida.

CAROLINA.

Esas son cuentas mías, y yo sabré lo que me he de hacer. ¿Conque me lo dices? ¿Sí ó no?

EDUARDO.

Sí, señora, puesto que usted lo exige. Escuche usted. Desde que existo, desde que me conozco, hay cierta persona en este mundo, que ejerce en mí un poder que no puedo explicar. Cuando ella me mira....

CAROLINA.

¡Ah ¡Es una mujer!

EDUARDO.

Sí, madrina, es una mujer.... Cuando me mira, soy feliz; cuando me riñe, también lo soy, porque siquiera me habla; todo en ella me hace estremecer de placer...: el sonido de su voz, el ruido de sus pasos, el tacto de su vestido..... todo, todo lo que es de ella. Cuando su mano encuentra la mía, no sé ya lo que quiero, ni lo que deseo; y si conozco el riesgo y quiero huir, no puedo. Trémulo y cortado á su vista, creía hasta aquí que era "temor," ó respeto.... Y bien.... no.... no es eso; ó más bien es respeto, pero acompañado del amor más puro, más exaltado. Sí, señora; tengo la audacia, la ingratitud de amar á esa mujer, aunque hasta hoy no lo había conocido..... hasta esta mañana.

CAROLINA.

¿Cuándo?

EDUARDO.

Al abrazar á usted.

CAROLINA.

(Aparte) ¡Ah! ¡Era yo....! (Alto.) Y usted se atreve....

EDUARDO.

¡Eh! ¡Qué tal! ¿Decía yo bien? Estaba seguro de que usted se enfadaría.... Pero á lo menos he ganado el que usted sepa que no me puedo ya casar en mi vida con otra, y no me casaré.

CAROLINA.

En efecto, ese es el mejor partido que podría usted tomar. Desgraciadamente que no lo puede usted.

EDUARDO.

Ya verá usted si puedo.

CAROLINA.

No, señor; no puede usted, porque su padrino le dejó todos sus bienes con la condición de que se casase, y usted por gratitud, aun más que por propia conveniencia, está obligado á obedecer este precepto.

EDUARDO.

¡Dios mío!

CAROLINA.

Y como no quedan á usted para ello sino algunos días, por eso esta mañana me apresuraba yo á que se casase usted con Cecilia. Pero ahora que ella no quiere, ¿qué haremos? Yo desde luego no lo sé.

EDUARDO.

Ni yo tampoco.

CAROLINA.

En esta casa no hay más que Cecilia.... y yo.

EDUARDO.

¡Cielos! ¿Qué dice usted?

CAROLINA.

Digo.... Digo, que usted es el hombre más torpe que he visto: que le aborrezco, que le detesto, y que con usted no hay modo de entenderse.

EDUARDO.

Continúe usted.... Continúe usted.... De rodillas se lo pido.

CAROLINA.

No señor.... No señor.

CHAMPENU.

(Tocando la puerta del foro.) ¡Madrina! ¡Madrina! el caballo del señor Eduardo ha vuelto ya.

CAROLINA.

¿Y qué importa? (A Eduardo, bajo.) Eduardo, por Dios, levántese usted!

EDUARDO.

No, diga usted que me perdona, que me ama.

YORDY.

(Por fuera tocando la puerta derecha.) ¡Señora! ¡Señora! abra usted.

CAROLINA.

Yordy es este.... ¡Y estamos encerrados!

EDUARDO.

(Todavía de rodillas.) Y bien, tanto mejor, así no entrará.

CAROLINA.

Sí, porque tiene una llave maestra, que abre todas las puertas.

EDUARDO.

Por qué se anda entonces en tocaduras.... Ea, una palabra todavía, una sola palabra.

CAROLINA.

Bien; sí, Eduardo, sí, amigo mío, diré todo lo que usted quiera, pero levántese usted.... Déjeme usted.... ¡Ah! Usted me pierde.

(En este momento, Champenú, que ha abierto la persiana del lado izquierdo, se asoma á la ventana: el señor de Yordy abre la puerta del lado derecho y entra con Cecilia; Carolina los divisa, y se priva. Eduardo la sostiene y la lleva á la silla, que está cerca de la mesa.)

ESCENA XVII.

CECILIA, YORDY, CHAMPENU Y DICHOS.

YORDY.

Y bien, ¿qué hace usted

EDUARDO.

(Besando la mano á Carolina.) Tratando de que mi madrina vuelva en sí.

CAROLINA.

No es nada.... El susto, la agitación.... Este mentecato (Señalando á Champenú) que con sus gritos....

CHAMPENU.

Sí éche me usted ahora la culpa, después que me ha hecho usted buscar como un papamoscas á quien tenía usted bajo de llave.

YORDY.

En efecto, señora, es muy extraordinario que su ahijado de usted.....

CAROLINA.

¿Lo encuentra usted así? Pues me temo, Yordy, que no sea usted el sólo que lo extrañe. De ahí que, para evitar que las gentes charlen, y para satisfacer los escrúpulos de usted, me veo casi precisada á dar á Eduardo mi mano.

EDUARDO.

¡Qué oigo, cielos! Se quiere usted burlar de mí?

CAROLINA.

No, ciertamente: así me pagarás el nombre que te dí cuando fuí tu madrina, con el que me darás como á tu esposa.

EDUARDO.

¡Qué felicidad!

CHAMPENU.

¡Ay!, madrina, no esperaba yo eso de usted; y en particular después que me había prometido....

CAROLINA.

¡Pobre Champenú!

CHAMPENU.

¡Pobre! Tiene usted razón, puesto que este casamiento me arruina; pero veremos, porque eso de casarse una madrina con un ahijado no me parece á mí que es muy católico ni arreglado á la ley de la materia. De consiguiente, me opongo al tal casamiento desde ahora, y por si acaso.

EDUARDO.

¿Estás loco?

CAROLINA.

Serénate, que ya tenía ánimo, por mi parte, de renunciar á la herencia de tu primo; y si Eduardo, si mi marido, es de mi opinión....

EDUARDO.

¡Ah! madrina, jamás tendré otra.

CHAMPENU.

(Riéndose y enjugándose las lágrimas.) ¡Es po-

sible! ¡Querido Eduardo! Esto me reconcilia con Vendimiér. Madrina, no hay nada de lo dicho; cásese usted, que ya levanto la mano.

YORDY

Espero, señora, que en cuanto ha pasado esta mañana, no habrá usted visto otra cosa que un exceso de celo, y....

CAROLINA.

Nada he visto, ni de nada me acordaré, con tal que usted no se oponga por su parte á la boda de Cecilia con ese joven que se llama Leonardo. Yo soy quien los dotó á los dos y quien será la madrina de este enlace.

TODOS.

(Menos Eduardo) ¡Viva la madrina!

CAROLINA.

¿Qué, no quieres tú, á lo que parece, que viva la madrina?

EDUARDO.

(Besándole la mano.) Es que quiero ser el primero que grite: ¡Viva mi esposa!

PAULINA

O ¿SE SABE QUIEN MUEVE LOS ALAMBRES?

Comedia en dos actos, imitada del francés.

PERSONAS

El Conde de Vermanton, Julia su hija, La Baronesa su hermana, Paulina, joven huérfana recogida en casa del Conde, El Príncipe de Soubise, Nicolás Rosier, Milord Kinston, La Presidenta, Un Oficial, Un Abate, Un Lacayo, Convidados, Lacayos, etc.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I

El Conde, la Baronesa y Julia acabando de tomar té. Paulina sentada al otro extremo bordando.

BARONESA.

¿Con que, según eso, hermano, ya no se trata de alianza ninguna con el Austria, y podemos decir que la Inglaterra se ha salido con la suya?

JULIA.

Tanto peor; no hay cosa más desairada que los tales uniformes colorados.

CONDE.

¡Silencio, niña...! Cuando se tiene la dicha de ser hija del Conde Vermanton, y sobrina de

la Baronesa de las Tres Torres Sarracenas, debe uno tener mucho cuidado en no manifestar en público opiniones políticas que pueden comprometer á la familia.

JULIA.

Como estas opiniones eran ayer las de usted, papá....

CONDE.

Ayer.... Ayer era ayer, y hoy las cosas han cambiado de semblante.

BARONESA.

(Acercando la silla.) ¿De veras?

CONDE.

(En voz baja.) Ya te acuerdas que durante toda la semana, no se ha hablado de otra cosa en todo Versalles, que del destierro probable de la Pompadour... De madama de Pompadour... ¡De la señora Marquesa de Pompadour!

JULIA.

Y de tal modo se creía este destierro, que el baile que da usted esta noche, estaba precisamente destinado á celebrar su desgracia.

CONDE.

Y bien, celebrará su triunfo.

BARONESA.

¿Conque al cabo ha triunfado?

CONDE.

Completamente.... Sólo unos locos, unos insensatos, los de la facción austriaca, en fin, hubieran podido imaginarse que derribarían á la favorita, suponiendo que el amigo más sincero de Luis XV, el Príncipe de Soubise, era su rival... El rival favorecido por la Marquesa.

BARONESA.

¡Qué horror...!
(Julia se levanta y habla bajo á Paulina.)

CONDE.

Dichosamente que la Marquesa es el primer hombre de Estado que tiene hoy la Francia, y que con una sola mirada.... Con una sonrisa ha logrado desbaratar todos los planes de sus enemigos.... ¡Verdad es que sonríe esta mujer con una gracia!

BARONESA.

¡Ah! ¡Cómo la quiero! Ya se ve.... tampoco es extraño que la quiera, porque al cabo somos parientas, y....

JULIA.

¡Calla!, pues también era usted parienta, á lo que decía, de la favorita pasada, de la Duquesa de Chateauroux! (Se ha vuelto á sentar.)

BARONESA.

No tal, no tal.... jamás he dicho eso.... ó si lo he dicho.... ¡Pero lo que sí es evidente y

está probado, es que descendemos en línea recta de un primo tercero de la bisabuela de la madre de la actual Marquesa de Pompadour!

PAULINA.

(Aparte.) Es extraordinario: siempre desciende la Baronesa de todas las familias que ascienden.

CONDE.

(Levantándose los tres.) ¡Cáspita!, pues que parentesco no es de descuidar en el día.... Porque, no lo disimulo, me vendría tan bien una legación!

BARONESA.

Y á mí la plaza de Dama de Palacio.... ¡Es tan hermoso esto de poderse una sentar delante de la Reina en un taburete!

PAULINA.

(Aparte.) ¡En un taburete! Pudiéndose una sentar en su casa en un buen sofá.

CONDE.

A Julia la haremos camarista.... Y en cuanto á Paulina.... Vamos, Paulina, dinos lo que quieres tú ser.... Ya que ha llegado ahora tu vez, y estamos de gracias.

PAULINA.

(Levantándose.) ¿Yo? Yo no quisiera otra cosa que ser dichosa, señor Conde; con esto me bastaría.

CONDE.

(Con desprecio.) ¡Habrá tonta! ¡Vamos, está visto, no ha nacido para otra cosa, que para casarse con un cualquiera, y para enterrarse después en algún lugar de cuatro casas!

PAULINA.

(Con humildad.) ¡Oh, no, señor Conde....!

BARONESA.

(Con desdén.) ¿Qué, temes tanto casarte?

PAULINA.

Lo que es eso.... Según....

CONDE.

¿Qué dices entonces del marido que te propuse hoy hace quince días?

PAULINA.

(Tímidamente.) ¡Es tan viejo!

CONDE.

¿Y del que te ofrecí la semana pasada?

PAULINA.

(Idem.) ¡Es tan feo!

JULIA.

(Con ironía.) ¡Oh! el marido de Paulina tiene que ser un hombre perfecto, á lo que parece.

PAULINA.

Quisiera sólo poder amarle....

CONDE.

(Con sequedad.) ¿Acaso puedes tú aspirar á eso.... ¿Ni pensar en más que tomar á ojos cerrados el marido que te den? Una pobre huérfana.... hija de un triste caballero de provincia que tuvo el honor de arruinarse en el servicio del Rey, y que no te dejó otra cosa que....

PAULINA.

(Suspirando.) Que su apellido.... Ya lo sé.... Lo que no es un gran dote por cierto.

CONDE.

Sin contar que no tienes en este mundo, ni un amigo.... Ni un protector.... A no ser yo, ó el Príncipe de Soubise, á quien tu padre te recomendó también al morir.

JULIA.

(Irónicamente.) ¡Jesús, papá, y qué atrasado está usted de noticias...! Usted olvida incluir en el número de sus amigos, al señor Nicolás, cuando no se pasa día sin que éste venga en persona á informarse de la salud de la señorita Paulina de Pour.

BARONESA.

¡Nicolás! ¡Qué nombre tan elegante...!

CONDE.

¡Nicolás! ¿Y quién es ese Nicolás?

PAULINA.

(Un poco conmovida.) Nicolás Rosier, señor Conde, un compatriota mío, un pobre muchacho muy honrado, y de muy buen corazón.... Aunque quizá demasiado sencillo.... con quien me he criado.... como que su madre fué mi nodriza.... y quien ha manifestado siempre un gran interés por.... Por toda mi familia.

CONDE.

¡Oh, es una historia muy patética...! ¿Y qué hace? ¿En qué se ocupa ese señor Nicolás?

PAULINA.

Tiene un pequeño destino en el ministerio de negocios extranjeros.... Bien inferior á su mérito, eso es otra cosa.... Como que sólo es escribiente.... Cuando le sobra talento é instrucción para.... Verdad es que es muy modesto, y que conoce tan poco el mundo.... ¡Así trabaja tanto! Todo el día está ocupado en sus cuentas, y en sus expedientes, y.... En tanto que sus jefes están con los brazos cruzados, ó se pasean en esos jardines.... Por eso sin duda, ellos ascienden de destino en destino, al paso que él.... Que él no se mueve nunca del mismo lugar.... No parece sino que le han clavado allí.... Y bien sabe Dios, que era acreedor á mejor suerte.... aunque no fuera por otra cosa, sino porque envía todo su sueldo á su pobre madre.... Y porque sólo emplea en su propia manutención, lo poco que gana copiando música, á ratos perdidos.

CONDE.

(Con desprecio.) ¿Conque, copia música?

JULIA.

Sí, señor.... A mí me está ahora copiando un acto de Rameau.... Por señas que ahora me lo debe traer.

CONDE.

¡Copiante de música! De eso vive también Juan Jacobo Rouseau.... Será quizá otro tal.... De esa trinca de filósofos.... De gente de mérito... buena sólo para tratar con la canalla.... Ya, ya diré yo al portero, que no le deje nunca subir la escalera.... Para que no inficione mi casa.

PAULINA.

(Aparte.) ¡Ay Dios mío!

CONDE.

En cuanto á tu establecimiento.... Pero calle....! Ahora me acuerdo que me hablaron ayer noche, de un nuevo pretendiente....

PAULINA.

(Asustada.) ¿A mi mano, señor Conde?

CONDE.

Sí, sí.... Un excelente partido.... Es menester que me vuelva á ocupar de ello.... ¿Pero, qué ruido es este?

JULIA.

(Mirando por la ventana.) El coche del Príncipe de Soubise.

CONDE.

Es verdad.... Me había prometido anoche que pasaría hoy por mí para ir juntos á la corte... (Bajo á su hermana.) ¿No has reparado en lo á menudo que nos visita?

BARONESA.

En efecto.

CONDE.

(Bajo.) ¿Y no sospechas el por qué?

BARONESA.

(Idem.) ¿Crees acaso que vendrá por mí?

CONDE.

(Idem.) ¡Qué desatino...! Viene por Julia.

PAULINA.

(Aparte.) O por otra.

CONDE.

(Bajo á su hermana.) ¡Y ese sí que sería enlace honorífico! Figúrate tú, ¡casarse con el favorito de la favorita!

BARONESA.

(Alto.) ¿Y lo tenías tan callado...? Me voy, me voy á mi tocador.

JULIA.

Y yo á mi piano.

2o. CRIADO.

(Anunciando.) S. A. el Sr. Príncipe de Soubise.

BARONESA Y JULIA.

Escapémonos.

ESCENA II

EL PRINCIPE QUE ENTRA POR EL FORO, EL CONDE Y PAULINA.

CONDE.

(Yendo á su encuentro.) ¿Príncipe?

PRINCIPE.

¡Qué es eso! ¿Mi llegada hace huir acaso á aquellas señoras?

CONDE.

Y usted no hace huir generalmente sino al enemigo.... Por eso se admira usted.... Pero la verdad es, que se han refugiado por algunos instantes en su tocador, y....

PRINCIPE.

(Sonriéndose.) ¡Ah, ya lo comprendo ahora...! Una retirada falsa para volver luego al ataque con mayor ventaja.

CONDE.

Yo mismo no esperaba á usted tan temprano... Y por lo tanto, si usted me permite....

PRINCIPE.

Sin ceremonia, mi querido Conde.

CONDE.

Y á propósito (deteniendo con un gesto á Paulina que quería retirarse), puede usted entre tanto entretenerse en reñir un si es no es, á su protegida.... De la que no estoy, si he de decir la verdad, muy satisfecho.... Conque con licencia de usted.... En cinco minutos me pongo el uniforme de gentilhombre.... La banda.... y me verá usted aquí á sus órdenes.

ESCENA III.

EL PRINCIPE Y PAULINA, QUE SE HA VUELTO A SENTAR Á BORDAR.

PRINCIPE.

(Aparte.) Mayor imbécil.... Que Dios no me salve si se encuentra en todo Versalles una familia más completamente insoportable.... ¡Oh, no sería yo el que volvería á poner aquí los pies, si no fuera por aquel tesoro de gracias y atractivos.... (Señalando á Paulina.) Una mera chiquilla que casi he visto nacer, y que me vuelve, sin embargo, loco.... Que hace de mí lo que

quiere.... Y sin la menor compensación de su parte, que es lo peor del caso.... ¿Qué tal? Ni siquiera se ha dignado dirigirme todavía una mirada!... Así es que, he querido ya cien veces prescindir de ella.... Abandonarla.... Pero imposible.... Luego, creo que estoy, además, lo que se llama realmente picado.... Que este se ha vuelto ya asunto de amor propio.... Porque, no lo niego, daría la mitad de mi fortuna por no quedar al cabo desairado. (Mirando al rededor, y acercándose después de puntillas, á Paulina.) Y bien, adusta Paulina, ¿te dura todavía el enojo?

PAULINA.

(Con frialdad.) ¿Y por qué estaría yo todavía enojada?

PRINCIPE.

¡Qué sé yo...! Ayer te pusiste como una fiera.... No sé si fué porque te besé esa linda mano.... O porque me quise quedar con esa sortija de pelo que llevas en el dedo del corazón.... y que dices que tienes reservada para enviársela á una amiga.... Lo que no creo, sea dicho entre paréntesis.... Todo lo contrario.... Estoy casi seguro de que la guardas....

PAULINA.

¿Para quién?

PRINCIPE.

Para dársela algún día al hombre á quien ames.

PAULINA.

No sería del todo imposible.

PRINCIPE.

Por eso tiene á mis ojos tanto precio.... Pero tú, ingrata, te haces la desentendida, y.... Sin agradecerme siquiera el que por tu causa me condene diariamente al fastidio de tener que sufrir el enjambre de necios que te rodean.... Sólo por verte algunos minutos.... Porque, bien lo conozco.... represento aquí á veces un papel ridículo, capaz de comprometer mi reputación.

PAULINA.

(Con intención.) Mucho me lo temo.

PRINCIPE.

¿Qué? ¿Qué quieres decir, maliciosa....? Vamos, lo mismo me trata que á un chicuelo.

PAULINA.

(Con seriedad.) Es que usted me trata quizá como á una persona demasiado grande.

PRINCIPE.

No lo creas.... Y si conocieras la pureza de mis intenciones.... (Aparte.) Estas muchachas dan más que hacer que todas nuestras Duquesas.... ¿Qué extraño es tampoco, que yo me ocupe con interés de tu porvenir, siendo, como eres, hija de uno de los oficiales más valientes que han servido á mis órdenes, y habiéndote dejado tu padre encomendada á mi vigilancia?

PAULINA.

Y también á su honor de usted, Príncipe.

PRINCIPE.

(Con viveza.) Por lo mismo debo yo prevenir los peligros que te amenazan.... Y si reflexionas un poco sobre lo que te indiqué el otro día...

PAULINA.

¡Oh, pocas propuestas deben ser, en efecto, más seductoras....! ¡Una fortuna brillante...! ¡Mandar en lugar de obedecer....! Lo único que se dejó en el tintero, fué el decirme lo que todo esto me costaría.

PRINCIPE.

(Tiernamente.) Casi nada, Paulina mía, casi nada.... Sólo que me lo pagaras con un poco de amistad....

PAULINA.

(Con aire ingenuo.) ¿De qué especie, Príncipe?

PRINCIPE.

¿De qué especie?

PAULINA.

¿De la que usted tiene, según dicen, á madama de Pompadour?

PRINCIPE.

(Aparte.) ¡Oiga! Celos hay en campaña. ¡Bravísimo...! (Alto.) ¡Qué desatino...! ¿Cómo pue-

des tú creer semejantes vulgaridades? ¿Te imaginas acaso que yo había de ser tan necio y tan imprudente, que había de querer rivalizar con mi soberano? Cuando hay tantas mujeres mil veces más bonitas que ella, y sobre todo, cuando te he visto á tí.... Era menester que hubiera perdido la chabeta.... Si voy con frecuencia á casa de la Marquesa, es únicamente porque es en realidad nuestro primer Ministro, y porque me conviene estar bien con ella, para no ponerme mal con el Rey.... Y la memoria de los poderosos es tan flaca, que.... necesitan verte todos los días, para que se acuerden alguna vez de que existes...! Conque así, hermosa, si no hay otra cosa que lo impida, dame esa sortija que te pedí anoche.... Dámela por tu vida.

PAULINA.

Ya no puedo.

PRINCIPE.

¿Y por qué?

PAULINA.

Porque ya he dicho que se la he de dar á quien yo ame.... Y sería una especie de confesión...

PRINCIPE.

(Con fuego.) Que me haría el más dichoso de los hombres.

PAULINA.

(Con seriedad.) Entonces.... Permita usted que me quede con ella. (Le hace una cortesía.)

PRINCIPE.

¡Ah! ya esto es demasiado, señorita, y...

ESCENA IV

DICHOS, Y EL CONDE, DE GRAN UNIFORME.

CONDE.

Ya me tiene usted aquí, no se impaciente usted.

PRINCIPE.

(Aparte.) ¡Maldito seas!

CONDE.

Y si he tardado algo más de lo que debía, es porque he tenido que acabar de escribir otro memorial sobre la legación que hace tanto tiempo solicito.... ¡Veintitrés llevo con este...! Y cuento con que tendrá usted la bondad de presentárselo á S. M., y....

PRINCIPE.

(Distraído.) Bien, bien, démelo usted. (Aparte mirando á Paulina.) Si vuelvo á pisar estos umbrales.....

CONDE.

(Que le ha observado.) Por lo que veo, Príncipe, no me parece que está usted muy contento con esta niña.

PRINCIPE.

En efecto.... no nos entendemos. (Bajo á Paulina.) Tú me llamarás, tarde ó temprano; pero no seré yo el que venga.

PAULINA.

(Aparte.) Todo será que yo quiera.

PRINCIPE.

(Acercándose.) ¿Qué me decías algo?

PAULINA.

(Con gravedad.) Decía, señor, tan sólo, que ya se acerca la hora de que el primer Ministro se empiece á poner los papillotes, y que puede echar á usted de menos.

PRINCIPE.

(Picado y aparte.) Por vida de.... (Alto.) Vamos, Conde, esta muchacha es incorregible.

CONDE.

(Yéndose con él.) No se sofoque usted..... Cuando vuelva de Palacio, la regañaré por usted, y por mí. (Vanse los dos.)

ESCENA V.

PAULINA SOLA.

Ea, esta vez sí quequedamos reñidos de veras... Y bien, tanto mejor.... No deseaba otra cosa. ¡Ay, qué cortesanos...! ¡Qué cortesanos! Todos son lo mismo. Dígalo si no, el Príncipe de Soubise que tiene la generosidad inaudita de ofrecerme su protección con tal que yo consienta en ser á su lado una favorita subalterna.... ¡Una Pompadour de tercera ó cuarta clase...! Muchas gracias, señor serenísimo, muchas gracias por tanto honor..... Pero convengamos en que he nacido bien desgraciada..... No poseer ni una blanca en este mundo, y tener, sin embargo, la nobleza suficiente para no poder casarme con el único hombre que me podía hacer feliz....! ¡Pobre Nicolás....! Tan bondadoso, tan afectuoso! ¡Ah! ¡ó con él ó con ninguno! (Mirando al derredor.) Ahora que me han dejado sola, veamos, desde aquella ventana, si está ya en su oficina.... No tengo otro consuelo, ni otra distracción en todo el día; huérfana desventurada, y recogida en esta casa por mera caridad..... Y la caridad á veces es tan poco amable.... (Levantando la cortinilla de la ventana.) Sobre todo, cuidemos de que no nos vea.... ¿Pero qué es esto? ¿Qué no habrá venido todavía? Y son ya las doce....! ¡Qué negligencia....! ¡Un escri-

biente...! Si fuera siquiera oficial de número.... Vamos, es muy mal hecho, y á menos que no esté enfermo.... Yo le diré.... (Oye ruido: se vuelve; ve á Nicolás, y deja caer la cortina) ¡Cielos! ¡él es...!

ESCENA VI.

DICHA Y NICOLAS.

NICOLAS.

(Con timidez.) Perdone usted, señorita Paulina si la distraigo.... Creo que estaba usted mirando no sé qué cosa.

PAULINA.

(Confusa.) Sí, señor.... miraba.... que puede llover bien pronto.

NICOLAS.

(Sin saber lo que se dice.) Puede muy bien.... porque hace un sol magnífico y....

PAULINA.

(Alzando los ojos.) Pero.... ¡Ay, Dios mío ¿Qué le ha sucedido á usted? ¿Por qué está usted tan triste?

NICOLAS.

Yo triste.... No, señora.... Es aprensión de usted.... Venía á entregar á la señorita de la casa, este dúo de Castor y Polux.... Y tam-

bién á despedirme de usted.... (Haciendo un esfuerzo.)

PAULINA.

(Sorprendida.) ¡A despedirse de mí...!

NICOLAS.

Sí, señora.... Es necesario que me vaya de aquí.... Que me vaya al instante....

PAULINA.

¿Y por qué?

NICOLAS.

No puedo decirlo.... Es un secreto.

PAULINA.

(Vivamente y tomándole la mano.) ¡Un secreto! ¡Y para mí! ¡Imposible...! ¿Qué, no soy ya su hermana de usted, su compañera de infancia? ¿Cuando mi padre le puso á usted en el colegio de Rennes, se quería usted acaso separar de mí? ¿Y cuando algunos años después me hallé yo huérfana, sin apoyo, sin amigo alguno, no fué usted el único que corrió á mi auxilio, que me ofreció cuanto tenía, y era el fruto de sus ahorros y sudores? (Con ternura.) Ya ve usted, Nicolás, que no tiene usted ningún derecho para ocultarme sus pesares, y que yo sí le tengo para exigir de usted que me confíe cuanto le pasa.

NICOLAS.

Es verdad.... ¡De lo contrario sería bien ingrato...! Pero no se enfade usted, que se lo diré á usted.... que lo sabrá usted todo.... Usted no ignora que tenía una plaza de escribiente en el Ministerio de negocios extranjeros....

PAULINA.

¿Y bien?

NICOLAS.

(Con un suspiro.) Y bien... Ya no la tengo... Porque me han echado de allí.

PAULINA.

¡Echado! ¡Ay Dios mío! ¿Qué, habrá usted cometido alguna falta?

NICOLAS.

Sí, señora, una y bien grande.... Mr. Gatry, que es jefe de la sección de fondos secretos, me había encargado un trabajo muy importante para el Ministro.... lo que no tiene nada de extraño, porque como ya es jefe y cobra uno de los mayores sueldos de la Secretaría, disfruta ya de muchas prerrogativas.... Y una de ellas es la de no hacer nada.

PAULINA.

Prosiga usted.

NICOLAS.

Eran cuentas.... Y como puse gran cuidado

en revisarlas, descubrí pronto una equivocación de sesenta y siete mil francos.

PAULINA.

¿En favor del tesoro?

NICOLAS.

No, señora, en contra.

PAULINA.

Mucho se lo debió agradecer á usted.

NICOLAS.

¡Agradecérmelo! Sí.... en eso estaba pensando.... Lo mismo fué empezar á decírselo, que se fué poniendo tan colorado.... tan colorado.... Vamos, tan colorado, como yo me fuí poniendo amarillo.... Ibamos á dúo.... Y luego que acabé mi relación, me llamó tonto, necio, estúpido.... Con otra porción de términos administrativos.... Me dijo que era un torpe, que no comprendía nada.. Y concluyó con despedirme de la Secretaría; ofreciéndome, sin embargo, que la cosa no pasaría de ahí si yo usaba de prudencia y no desplegaba los labios.... Tiene muy buen corazón el tal Mr. Gatry, ¿no es verdad?

PAULINA.

Según eso, ¿se ha quedado usted en la calle?

NICOLAS.

Completamente.... Y sólo porque no me he sabido equivocar en una miserable suma..., ¡Qué

lástima de destino....! Ello no estaba muy bien pagado.... Sesenta francos al mes.... Pero como no tenía otra cosa....

PAULINA.

(Vivamente.) ¡Pero su Mr. Gatry de usted es un pícaro, un malvado!

NICOLAS.

Mucho me lo temo.... Con todo, como es jefe....

PAULINA.

(Id.) ¿Jefe? ¿Y qué importa....? Es preciso arrancarle la máscara.

NICOLAS.

¡Cielos! ¿Qué dice usted, señorita Paulina?... ¿A un hombre que disfruta de tanto favor con el Ministro?

PAULINA.

Le digo á usted que no importa.... Es su deber de usted.... Y luego, semejante paso no le puede conducir á usted á ningún peligro.

NICOLAS.

Lo que es eso de conducirme es muy posible, sin embargo que me pudiera conducir á la Bastilla.... Lo que no quita que en el primer arrebato no hubiera yo escrito esta representación, acompañada de documentos justificativos, con ánimo de enviársela al Ministro, denunciándole el

fraude de que soy víctima.... (Paulina toma el papel y lo lee bajo.) Pero pensé después que no adelantaría nada, y que la cosa se arreglaría entre músicos y danzantes, de tal modo, que si alguno de los dos debía de ir á la cárcel, sería probablemente yo.... De ahí que me haya quedado con lo escrito escrito.... y que me haya al cabo resuelto á echarme en un pozo de cabeza, para obviar á todos los demás inconvenientes.

PAULINA.

(Asustada.) ¡En un pozo! ¿Está usted loco?

NICOLAS.

¿Qué he de hacer?

PAULINA.

¿Y su pobre madre de usted? ¿Y las personas que le aman?

NICOLAS.

Mi madre.... ¡Ah! ¿De qué le puedo ya servir....? En cuanto á los que me aman, si no es ella, no sé yo quién....

PAULINA.

¡Qué sabe usted lo que se dice!.... Hay quien se interese mucho por usted, y....

NICOLAS.

Conque no sé....

PAULINA.

(Impaciente.) Habrá terco....! Yo lo afirmo.

NICOLAS.

Enhorabuena.... No quiero contradecir á usted.... ¿Pero qué partido me queda?

PAULINA.

No irse de Versalles, y entregar esta representación al Rey en mano propia, y en esta misma tarde, cuando salga á caza....

NICOLAS.

¡Al Rey....! ¡Y en mano propia! Válgate Dios, señorita Paulina, ¿y cómo quiere usted que pueda yo ver al Rey; que me dejen hablar con él?

PAULINA.

(Aparte.) Si el Príncipe de Soubise.... con sola una palabra que yo le dijera.... En efecto.... ¿Y por qué no? ¿No son nuestras armas naturales el disimulo y la travesura? Además, no puedo salvar de otro modo á Nicolás, y.... y lo primero es lo primero.

NICOLAS.

Por lo tanto, creo yo que vale más que me atenga á mi primera idea, y.... (Hace que se va.)

PAULINA.

¿Dónde va usted? Venga usted aquí.... y escuche usted bien lo que le voy á decir.... Lleve usted ahora mismo esta representación al Príncipe de Soubise, cuyo palacio está ahí.... En la esquina de la calle de....

NICOLAS.

Sí, sí, ya sé dónde está el palacio del Príncipe de Soubise.... ¿Pero acaso me querrá dejar entrar el portero?

PAULINA.

Hágale usted decir al Príncipe, que tiene que darle un recado de una dama.... Cuando se le anuncia esto, siempre está S. A. visible.

NICOLAS.

¡Oh, es muy fino....!

PAULINA.

Dígale usted entonces que va de mi parte; preséntele usted esos papeles, y....

NICOLAS.

¿Querrá creerme?

PAULINA.

(Le da un anillo.) Enséñele usted ese anillo.

NICOLAS.

¡Cómo!

PAULINA.

Ya sabrá S. A. lo que esto significa.... Pero no haga usted más que enseñárselo y vuélvamelo usted á traer.... Dígale usted también, que si mi aprecio tiene algún valor á sus ojos.... Mi aprecio, lo entiende usted.... Que en este caso exijo de él que se le haga á usted pronta y debida justicia.... (Escuchando hacia el foro.)

¡Cielos! ¡La voz del Conde....! Si nos sorprenderá.... Huya usted por la otra escalera.... (Señalando la derecha) y sobre todo, no olvide usted ninguna de mis prevenciones.

NICOLAS.

(Solo y un poco aturdido.) Por la otra escalera.... ¿Y por dónde estará esta señora....? ¡Pero este Príncipe de Soubise....! ¡Este anillo de pelo! ¡Este recado....! Nada de todo esto me parece muy católico. (Al tiempo de irse se encuentra con la Baronesa.)

ESCENA VII

DICHO, LA BARONESA, Y DESPUES JULIA

BARONESA.

(Con altanería.) ¡Qué es eso!.... ¿A quién busca usted?

NICOLAS.

(Turbado.) Nada, señora.... Soy... Venía...

JULIA.

¡Ah! ¡es el señor Nicolás, que me traerá probablemente mi dúo!

NICOLAS.

Sí, señorita.... Precisamente.... Aquí lo tiene usted..... (Le da un papel de música, y dice

aparte.) Bien hayan las mujeres; nunca pierden la cabeza.

JULIA.

¿No es verdad que es muy sentimental?

NICOLAS.

Oh, mucho, sí, señora, muy....

BARONESA.

Vamos, vamos, Julia, siempre te has de parar á hablar con todo bicho viviente.

NICOLAS.

A los pies de usted. (Al salir por el foro se encuentra con el Conde.)

ESCENA VIII

DICHOS Y EL CONDE.

CONDE.

Sígame usted, sígame usted, Milord.

NICOLAS.

(Más turbado, y retrocediendo delante del Conde.) ¡Tampoco por aquí! ¿Si podré salir por alguna parte?

CONDE.

(Con altivez.) ¡Eh! ¿Dónde va usted? ¿Quién es usted?

NICOLAS.

(Temblando.) Perdone usted, señor Conde.... Iba.... Soy Nicolás Rosier.

CONDE.

¡Nicolás! ah, sí, ya me acuerdo.... Vaya usted, vaya usted con Dios.... (Entre dientes.) No he visto un portero más descuidado que el mío.

NICOLAS.

(Saludando á todos.) Quédense ustedes con Dios. (Al volverse á ir, tropieza con Milord, y parece enfadarse.) Cero, y van tres.

ESCENA IX

LA BARONESA, JULIA, EL CONDE Y MILORD.

CONDE.

(Tomándole de la mano.) Acérquese usted, Milord.... Señoras, tengo el gusto de presentar á ustedes á Milord Kingston, uno de los Secretarios de la Embajada Inglesa, recién llegado á París, y á cuyo padre conocí mucho cuando estuve en Londres.

MILORD.

(Saludándolas.) Oh, sí....

BARONESA Y JULIA.

(Id.) Milord....

CONDE.

Es una persona muy amable....

MILORD.

Oh, sí.

JULIA.

¡Qué autómata!

MILORD.

Oh, sí.

BARONESA.

¿Y se puede saber qué nos procura el honor de....

CONDE.

Una pasión repentina.... Un verdadero accidente de novela.... Milord Kingston vió la otra noche en nuestro palco á Paulina, y desde entonces se prendó tanto de ella, que....

JULIA.

(Bajo á su tía.) ¿Ha visto usted jamás una muchacha más insoportable? Nadie tiene ojos sino para mirarla.... Por Dios, tía, cásenla ustedes pronto, y que se vaya de aquí.

CONDE.

Luego, como me pueden dar de un momento á otro esa legación que me han prometido, he creído que convendrá desembarazarnos de ese enlace,

realizándolo inmediatamente, según Milord lo desea.

MILORD.

Oh, sí, inmediatamente, inmediatamente.... Pero la miss no estar ella aquí.

BARONESA.

Ahora vendrá, Milord.

CONDE.

¿Qué tal....? Y después dirán que los ingleses no se inflaman. (Riendo.)

BARONESA.

(Con remilgo.) Lo que es tanto más lisonjero para Paulina, que Milord habrá encontrado ya, en la corte de Versalles, una multitud de bellezas mucho más acabadas, y.... ¿No es verdad, Milord?

MILORD.

Oh, no, señora Baronesa, no encontrar otra belleza que ella.

BARONESA.

(Picada y aparte.) ¡Vaya, y qué grosería!

JULIA.

(Idem.) ¡Qué paladar tan estragado!

CONDE.

(Bajo á las dos.) Es que no conoce todavía las

delicadezas de la lengua. (Alto.) Pero, aquí viene Paulina.

MILORD.

¡Oh, sí, ser ella!

ESCENA X

DICHOS, Y PAULINA POR LA DERECHA.

PAULINA.

(Aparte.) Ya se ha ido.

CONDE.

Ven acá, Paulina.... que te tengo que comunicar una cosa que no puede menos que regocijarte.

MILORD.

(Mirándola amorosamente.) ¡Oh! sí.

PAULINA.

(Admirada mirando á Milord.) ¿Qué querrá decir este original con sus contorsiones?

CONDE.

Reconoce en este caballero tu futuro esposo.

PAULINA.

¡Cielos!

MILORD.

(Al Conde.) ¿Qué es lo que ella gritar?

CONDE.

Nada.... Nada.... La sorpresa, la alegría... (A Paulina.) ¡Es un partido soberbio....!

PAULINA.

(Bajo.) Señor Conde....

CONDE.

(Bajo á Paulina.) Y esta vez no hay nada que objetar.... ni viejo, ni feo, ni....

JULIA.

(Idem.) De un nacimiento distinguido.

BARONESA.

(Idem.) Con una fortuna inmensa.

CONDE.

(Idem.) Vamos, aun cuando lo hubiéramos mandado hacer de barro, no hubiera podido salir más á propósito para tí.

PAULINA.

Pero, señor Conde....

CONDE.

(A Milord.) Está muy contenta.... Y no me admira, por vida mía.... Porque ya ve usted, Milord, los ingleses son nuestros aliados naturales, y.... (A la Baronesa.) Celebraremos la boda esta misma noche.

PAULINA.

(Asustada.) ¡Esta noche!

CONDE.

(A Milord.) Dispóngalo usted todo para que á eso de las diez.... En la capilla de San Luis....

MILORD.

Oh, muy bien.

CONDE.

Comerá usted antes con nosotros....

MILORD.

Oh, muy bien.

CONDE.

Después asistirá usted al baile, en donde verá usted bailar á Paulina un minué nuevo.... y luego iremos todos á presenciar la ceremonia.

PAULINA.

(Bajo y con las lágrimas en los ojos.) Pero, por la Virgen, señor Conde.....

CONDE.

(Sin hacerle caso, y á Milord.) Ahora entremos adentro, y convendremos en las principales estipulaciones.... Déle usted la mano á mi hermana.

BARONESA.

(Al pasar por delante de Paulina.) ¡Qué destino tan próspero el tuyo!

JULIA.

(Idem.) ¡Como que vas á ser mujer de un Lord!

PAULINA.

(Con despecho.) Si usted quiere cargar con él...

CONDE.

(Al irse.) Es imposible manejar mejor el asunto, que yo lo he hecho.... Cuando digo que he nacido para diplomático....

ESCENA XI.

PAULINA SOLA.

¡Esta noche á las diez! ¡Y me he de casar con semejante hombre....! ¿Y en qué momento? Cuando esperaba que el pobre Nicolás.... ¿Cómo impedir yo semejante desgracia? Qué sé yo... Pero la impediré cuésteme lo que me cueste.... Y pues que todos se han conjurado contra mí.... Y que yo me veo sola contra todos.... No me queda más que un medio.... El de servirme de ellos mismos para engañarlos á todos, y para embrollarlos de tal manera, que no sepan al cabo á dónde dar con sus cabezas... ¡Ah! ¿No es éste que oigo el Príncipe....? Sí, él es.... (Enjugándose los ojos.) Vamos, un poco de coquetería.... Ello, será la primera vez.... Pero alguna ha de ser la primera.... Y no creo, por otra parte, que la cosa sea tan difícil.

ESCENA XII.

DICHA, Y EL PRINCIPE.

PRINCIPE.

(A media voz desde el foro.) ¡Oiga! ¿Estás sola?

PAULINA.

(Fingiendo sorpresa.) ¡Cómo! ¿Usted en esta casa? ¿Pues no decía usted que no había de volver?

PRINCIPE.

¡Ah, bribona....! Ya sabías tú que me habías de volver á ver.... Y en cuanto me enseñaron aquel anillo, emblema de paz y de alianza....

PAULINA.

Se equivoca usted, Príncipe.... He tratado sólo de procurar á usted la oportunidad de reparar una injusticia.

PRINCIPE.

(Sonriendo.) Sin duda, sin duda. (Alto.) ¡Qué pretexto tan bien buscado! Y de ahí que la injusticia esté ya reparada.

PAULINA.

(Con alegría.) ¿De veras?

PRINCIPE.

Inmediatamente.... ¿No me habías hecho de-

cir que tenías el mayor empeño en que así fuera? Y yo.... por complacerte.... por satisfacer el menor de tus deseos.... no hay nada que me parezca difícil ó que me detenga..... ¡iría al fin del mundo....! ¡me batiría con el universo entero!

PAULINA.

Muchas gracias.... ¿Pero cuénteme usted, qué es lo que usted me ha hecho?

PRINCIPE.

Corrí á palacio, y hablé allí con tanta energía en favor de tu pobre escribiente, que conseguí pronto enternecer á la Marquesa, hasta el punto que se le saltaron las lágrimas.

PAULINA.

(Con malicia.) ¡Ah! ¿Conque fué el primer Ministro?

PRINCIPE.

(Reponiéndose.) No... Quise decir que... Que se encontraba allí.... En el gabinete del Rey... ¡Como está siempre con él....! Y que esto fué muy oportuno para nosotros.... Porque ella detesta al Ministro Bernis, que es precisamente el que protegía á ese tunante de Gatry, y.... En suma, el fraude se ha descubierto y probado, han puesto preso á Gatry, el Ministro tendrá que retirarse avergonzado.... Y como yo he sido el que ha levantado toda esta polvareda, paso en este momento á los ojos de todos, por un gran economista, por un Colbert.... Figúrate tú, qué

terno á la lotería.... Economista yo, cuando soy el mayor derrochador....

PAULINA.

(Con alegría.) Supongo que se habrá usted aprovechado de la coyuntura, para obtener alguna recompensa....?

PRINCIPE.

No, ¿qué soy tonto? Pedí, y obtuve, "ipso facto," que me hicieran del consejo de ministros.... Cosa que deseaba hacía mucho tiempo.

PAULINA.

(Con despecho.) ¡Ah, obtuvo usted eso para usted! No me maravilla.... Nunca se olvida uno de sí mismo.... Pero además, no se ha acordado usted.... No ha conseguido usted nada para alguno de sus amigos, ó para....

PRINCIPE.

Sí, sí, también me han dado este despacho en blanco, de la plaza que servía Gatry.... (Riendo.) Para que yo le llene á mi antojo, fiándose, según dijeron, en mis grandes conocimientos financieros.

PAULINA.

(Con esperanza.) Entonces....

PRINCIPE.

Y ahora se me ocurre que no le vendría mal el tal destino, á un primo que Dios me ha dado...

¡el mayor imbécil! Por señas que nunca hemos sabido qué hacer con él en la familia: y bien, le haremos empleado.... Voy, voy á escribir su nombre, y á enviarle el despacho. (Se sienta á la mesa, y toma la pluma.)

PAULINA.

Divinamente.... (Siguiéndole con la vista, y dando una patada, con cólera.) ¡Habrá egoísta...!

PRINCIPE.

(Volviéndose á mirarla.) ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

PAULINA.

(Vivamente y de mal humor.) ¿Qué tengo? ¿Qué tengo? Lo que tengo es horror á la ingratitud, y esa la tienen todos los hombres en la masa de la sangre.

PRINCIPE.

(Admirado.) Pero mujer, no comprendo....

PAULINA.

Cada cual piensa en sí.... en sus parientes.... Pero en cuanto al pobre diablo que se ha expuesto.... que se ha comprometido.... ¡Oh! ese no obtendrá nada, y todo el mundo le olvidará... ¡Cosa más en el orden....! Como que no es primo de nadie.

PRINCIPE.

(Levantándose.) ¡Ah! ¿Tú quieres hablar de

ese joven que me has enviado con el anillo, y que me entregó la representación? ¿Qué, te interesa algo su suerte?

PAULINA.

¿A quién? ¿A mí....? Apenas le conozco.... Lo que sí me interesa mucho, son otras cosas, y....

PRINCIPE.

(Con ternura.) ¿Entraría yo por ventura en el número de esas cosas?

PAULINA.

Quién sabe.... O por mejor decir, no lo sé yo misma todavía.... Pero de todos modos, esté usted seguro de que no faltará por ahí quien diga.... y no sin visos de razón.... —¿Ven ustedes el ruido que ha metido el Príncipe de Soubise, en el asunto de los fondos secretos? Pues no lo ha hecho sino porque quería colocar á un primo suyo en el destino de Gatry, y para que le nombraran también á él, del consejo de Ministros.

PRINCIPE.

¡Cómo! ¿Se atreverían á suponer....?

PAULINA.

No, que no.... Pues es cierto que se muerden mucho la lengua en el día para hablar de los grandes.

PRINCIPE.

El caso es que ya te he dicho que mi primo no tiene sobre qué caerse muerto, y....

PAULINA.

¿No dijo usted también que era un imbécil? Pues bien, entonces no le faltará á usted algún empleo, en Palacio, en qué colocarlo.... Allí con saber hacer cortesías y genuflexiones....

PRINCIPE.

Tienes razón.... Haré que lo nombren gentilhombre.

PAULINA.

Y al otro.... para que la gente conozca y aplauda el desinterés de usted.... ¿le dará usted, por supuesto, el destino en cuestión?

PRINCIPE.

Por supuesto.... Es de rigurosa justicia.... y sobre todo, basta que tú lo quieras y.... (Aparte.) ¡Cuidado, que es fortuna la de tener uno á su lado un ángel que vele así sobre su reputación!

PAULINA.

(Muy contenta.) ¡Ah! ¡Qué amable es usted!

PRINCIPE.

(Queriendo tomarla entusiasmado la mano.) ¡Y tú, qué divina!

PAULINA.

(Retirando la mano.) ¿No sería bueno que llenara usted ahora el despacho?

PRINCIPE.

(Yendo hacia la mesa y sentándose.) Sí, sí, ahora mismo.... A propósito, ¿cómo se llama nuestro protegido?

PAULINA.

(Haciendo como que se acuerda de alguna cosa.) Se llama.... Espérese usted.... Creo que se llama Nicolás Rosier.

PRINCIPE.

(Escribiendo.) Rosiě.

PAULINA.

(Que le ha visto firmar.) Falta todavía una r después de la e.

PRINCIPE.

Vaya en gracia.... pongamos la r después de la e. (Escribe y se levanta.) Ya está.... (Queriéndole tomar la mano.) Ahora, Paulina mía....

PAULINA.

Pero, ¿por qué no hace usted que le lleven desde luego ese papel....? ¡Estará el pobrecillo con una inquietud!....

PRINCIPE.

¿Acaso sé dónde vive?

PAULINA.

Ni yo.... Aunque me parece que le oí decir un día que vivía en esta misma calle....

PRINCIPE.

(Toca la campana y sale un criado.) Entonces cualquier criado del Conde.... Pongamos un sobre al despacho. (Se lo pone de pie.) Tome usted, y lleve esta carta á Mr. Rosier.... Pregunte usted, de puerta en puerta, en esta calle, y alguno le dará razón al cabo, de tal sujeto.

PAULINA.

(Vivamente al criado.) Pregunta usted en el número 7. (Se va el criado.)

PRINCIPE.

Y bien, espero que estarás ya contenta; que nada te contraría ahora, y que....

PAULINA.

(Tomando un aire bien triste.) Todo lo contrario.... ¡Y si viera usted qué desgraciada soy!

PRINCIPE.

¿Tú?

PAULINA.

El señor Conde se ha empeñado en que me he de casar.... Con un hombre que detesto....

PRINCIPE.

¡Cáspita....! ¿Y pronto?

PAULINA.

Hoy mismo.... á las diez de la noche....

PRINCIPE.

(Vivamente.) ¡Qué infamia! Eso no puede ser... Yo le hablaré y.... Y tú, por tu parte, insiste en que no quieres.

PAULINA.

Pero, ¿cómo puedo yo....?

PRINCIPE.

¡Toma!, dí que aborreces á ese hombre; que amas á otro.... (Tiernamente.) Lo que no será absolutamente falso, ¿no es verdad?

PAULINA.

(Suspirando.) ¡Ay!, no, por cierto.

PRINCIPE.

(Queriendo abrazarla.) Paulina mía....

PAULINA.

(Interrumpiéndole.) Alguien viene.... Por Dios, Príncipe, sepárese usted, yo se lo suplico. (Se separa con prontitud: Paulina se sienta á bordar, y el Príncipe sale al encuentro del Conde.)

ESCENA XIII.

DICHOS, EL CONDE, LA BARONESA Y JULIA.

CONDE.

Cómo, Príncipe, ¿usted aquí? Pues no me esperaba hoy por la mañana tener por segunda vez el honor....

PRINCIPE.

(Embarazado.) Acabo de llegar, y.... E iba en este momento á que le entrasen á usted recado.... Se me había pasado decir á usted cierta cosa....

CONDE.

(Vivamente.) ¿Sobre mi petición?

PRINCIPE.

Pues.... (Aparte.) Por cierto que no sé lo que he dicho de ella. (Alto.) En fin, luego hablaremos, y.... (A Julia con galantería.) Jesús, señorita, y qué elegante, con qué gusto está usted peinada.

CONDE.

(Bajo á la Baronesa.) ¿Vés cómo no deja escapar ninguna ocasión de manifestar su predilección por Julia?

PRINCIPE.

Y no crea usted tampoco, Baronesa, que he olvidado su encargo.

BARONESA.

(Con alegría.) ¿Conque según eso, podré ir ya desde esta noche á la tertulia de mi querida parienta?

CONDE.

¿De cuál de ellas?

BARONESA.

(Con sequedad.) ¿De cuál ha de ser? No parece sino que tengo treinta y seis.... De Madama de Pompadour.

CONDE.

Es verdad, es verdad, no me acordaba.

PRINCIPE.

Sí, señora, puede usted presentarse en casa de la Marquesa, cuando y como quiera.... (Al Conde.) En cuanto á su asunto de usted.... (Cambiando de tono.) ¿Pero qué es lo que me estaba diciendo Paulina cuando usted entraba? ¿Que la quería usted casar? ¡Oh! ¡Es muy joven todavía!

CONDE.

Por lo mismo, Príncipe... (Bajo.) Si usted supiera lo que hormiguean en este pueblo los libertinos, los seductores....

PRINCIPE.

(Bajo al Conde.) ¿A quién se lo dice usted....? ¡Pero en una casa tan respetable como la vuestra....! Además, tengo otros proyectos, y.... Mañana, mañana volveremos á tomar el hilo de esta conversación.... Ahora volvamos....

CONDE.

(Bajo.) ¿A mi petición?

PRINCIPE.

(Alto.) Volvamos á tributar á estas damas los homenajes que les son tan debidos, y....

ESCENA XIV.

DICHOS, NICOLAS Y UN LACAYO.

LACAYO.

(Anunciando desde el foro en voz alta.) El señor Nicolás Rosier.

CONDE.

¿Quién? ¿Quién ha dicho ese animal?

PAULINA.

(Aparte.) ¡Válgate Dios, y qué torpeza! ¿A qué vendrá ahora Nicolás aquí?

NICOLAS.

(A media voz y aturdido, al lacayo.) Qué hace usted, no había necesidad de anunciarme. (Se

va el lacayo.) Le pregunto solo, si la señorita de Pous está visible, y el gran mostrenco me responde abriendo la mampara de par en par.

JULIA.

¿No es el señor Nicolás?

BARONESA.

¡En efecto, es el joven copiante.....!

CONDE.

Y en verdad que es menester que sea bien atrevido, ó bien necio..... Y bien, señor Nicolás, ¿qué nos quiere usted?

NICOLAS.

(Temblando.) Perdone usted, señor Conde.... Venía.... Conducido por mi gratitud hacia una persona (Mirando á Paulina) á quien debo mucho.... Porque he recibido.... O más bien, se me ha enviado.... Y yo he adivinado al punto....

CONDE.

¿Una persona á quien usted debe mucho?

BARONESA.

Pues yo no veo....

PAULINA.

(Haciendo señas á Nicolás.) Tampoco yo.... Como Nicolás no hable del señor Príncipe de Soubise.... S. A. es tan bondadoso, y hace tanto bien á los que se dirigen á él.... que no puede ser otro....

NICOLAS.

(Siguiendo las miradas de Paulina.) Sí, sí, el Príncipe era precisamente.

PAULINA.

Entonces.... Allí tiene usted á S. A.... (Bajo y empujándole.) Vaya usted á darle las gracias..... Vaya usted pronto.

NICOLAS.

¡Ah señor! Permita V. A....

PRINCIPE.

¡Hola! ¿Qué es eso? ¿Qué me quiere ese hombre á quien no he visto en mi vida? (Habla bajo con Julia, y se vuelve sorprendido.)

PAULINA.

(Haciéndole señas.) Cómo, señor, no cae usted.... Nicolás Rosier....

PRINCIPE.

¡Ah! sí.... Rosier.... Ahora caigo....

CONDE.

(Aparte.) Pues si entiendo una jota....

NICOLAS.

(Id.) Ni yo.

PRINCIPE.

Sino que estaba tan distraído.... ¡Oh, el señor Rosier...! Un joven muy amable... á quien

acabo de hacer nombrar jefe de la sección de fondos secretos del Ministerio de negocios extranjeros.... ¿Me parece que es esto, no es verdad?

NICOLAS.

Conque V. A. ha sido el que.... Pues el Ministro, á quien acabo de ver, me había dicho que él había sido quien....

PRINCIPE.

¡Oh! los Ministros dicen siempre, que ellos son los que lo hacen todo.

BARONESA.

¡Será posible! Un destino tan codiciado....

CONDE.

(Bajo á la Baronesa.) ¡Jefe de la sección de los fondos secretos! ¡Sabes, que me puede ser muy útil la amistad de este hombre cuando me den la legación! (Alto.) ¡Un ascenso tan rápido!

BARONESA.

Que no me admira, sin embargo....

JULIA.

¡Copia tan bien música!

BARONESA.

Conocí una familia Rosier....

PAULINA.

(Con malicia.) De la que era usted parienta quizá.

BARONESA.

No, pero....

PRINCIPE.

(Mirando á Paulina.) Luego, el señor Rosier reúne á sus muchos méritos y buenos servicios, la circunstancia, á su favor, de que se halla protegido por una señora muy linda, que es omnipotente en este momento.

NICOLAS.

(Aparte y de mal humor.) ¡Tercera ojeada! (El Príncipe pasa al lado de Paulina.)

CONDE.

(Bajo á su hermana.) ¡Señora omnipotente! ¿Si será madama de Pompadour? Y en efecto, no es, mirándole bien, muy mal parecido. (Alto.) Dígame usted, mi querido Rosier, ha recibido usted nuestro convite para el baile que damos esta noche?

NICOLAS.

(Admirado.) ¿Un convite dice usted?

CONDE.

Pues.... Y contamos con usted.

NICOLAS,

Señor Conde....

BARONESA.

Mire usted que lo exigimos de su amistad.

NICOLAS.

Señora....

JULIA.

¡Oh, cómo había de dejar de venir á nuestro baile un vecino á quien apreciamos tanto!

NICOLAS.

Señorita.... pero el caso es que no sabiendo bailar....

CONDE.

(Riendo.) Tampoco lo he sabido yo nunca, si vamos á eso.... pero de lo que se trata es de que hagamos allí más amplio conocimiento.

(Nicolás se inclina, como que acepta; á una seña que le hace Paulina, se retira un poco y observa.)

ESCENA XV.

DICHOS Y UN LACAYO.

LACAYO.

La sopa está en la mesa.

CONDE.

¿Y Milord Kingston?

LACAYO.

Espera con los otros señores en la sala verde.

CONDE.

Muy bien. (Se va el lacayo.) Príncipe, si usted quiere hacernos el favor....

PRINCIPE.

Lo siento infinito, pero....

PAULINA.

(Bajo al Príncipe, á quien se ha acercado.) Acepte usted....

PRINCIPE.

(Bajo á Paulina.) ¡Imposible! Me están esperando en otra parte.

PAULINA.

(Id.) No importa, me puede usted hacer falta aquí.

NICOLAS.

(Aparte.) ¡Otro cuchicheo! (Sube y se coloca en un extremo del Teatro.)

PRINCIPE.

(Bajo á Paulina.) Ah, eso es otra cosa. (Alto.) ¡Aunque, por otro lado, la tentación es tan fuerte....! porque esto de acompañar en la mesa á unas damas tan amables....

CONDE.

(Encantado.) ¿Qué, cede usted al cabo á nuestras súplicas, es verdad? (Bajo á su hermana.) ¡Bravísimo! Vamos, no se puede separar ni un instante de mi hija.... ¡Qué honor para toda la familia!

BARONESA.

Vamos, señores; Príncipe, deme usted la mano.

PRINCIPE.

(A Paulina al pasar.) Señora.... Qué encogido es nuestro protegido.

PAULINA.

(Sonriéndose.) Un poco. (A Nicolás al pasar.) No se aleje usted mucho de este sitio, que le tengo que hablar.

NICOLAS.

Pero señorita Paulina....

CONDE.

Hasta la noche, Mr. Rosier. (Yéndose por la izquierda.)

BARONESA.

Mr. Rosier, tengo el honor.... (Id.)

JULIA.

Mr. Rosier, tengo el honor.... (Id.)

PAULINA.

(Le hace una cortesía desde el foro, y con la mayor gravedad.) Mr. Rosier, tengo el honor.... (Id.)

NICOLAS.

¡También ella! Vaya, si parece que se están todos burlando de mí. (Id.)





ACTO SEGUNDO

ESCENA I

NICOLAS, QUE SALE POR EL FORO

¡Todavía están en la mesa....! Paulina me dijo que volviera... ¡Que me tenía que hablar....! Y desde entonces estoy con una inquietud...! que ni siquiera me ha dejado comer.... ¿Qué me querrá? Bien sabe Dios que no atino..... Tampoco comprendo mi repentina elevación, ni los cumplimientos de estas gentes, ni.... Ya parece que no soy para ellos el insignificante y obscuro Nicolás.... Todo lo contrario, ahora soy Mr. Rosier, y se me convida para el baile, y.... ¡Qué cambio de decoración....! Lo único que sí me enfada, es que he reparado ciertas ojeadas entre ciertos sujetos; ciertas palabras dichas al paso y al oído, que.... Ello no sé en lo que con-

siste, pero desde que he sabido á quién le debo mi nuevo empleo, ya no me parece éste tan agradable.... El tal Príncipe.... Vamos, me he puesto de un humor.... Desearía como quien soy, encontrar aquí á la mano oon quien desahogarme... A bien que si no, ya tengo subalternos que lo paguen.... ¡Pobre del que siquiera tosa hoy delante de mí! (Se pasea en el foro muy agitado.)

ESCENA II

DICHO Y MILORD POR LA DERECHA.

MILORD.

(Aparte y colérico.) ¡Oh, yo estar relleno de furor....! ¡Goddem....! ¡Una miss francesa tratar á mi de este modo! Yo que venía todo contento á decir á ella que estar ya todo en regla para casarnos á la noche.... Y ella entonces decir á mí á la oreca:—Oh siñor, yo no poder sufrir á usted.... Y yo querer ir mejor á todos los conventos de París, que no ir á la iglesia con usted.—

NICOLAS.

(Aparte.) ¡Lo que tarda!

MILORD.

Ya se vé..... esto me llevó el apetito.... y...

NICOLAS.

(Aparte, y hace que se va.) Estoy por irme y volver después.

MILORD.

¡Ah, perro, perro peis de franceses! (Dando una patada, y volviéndose hacia el cuarto de donde salió.)

NICOLAS.

(Deteniéndose y volviendo la cabeza.) ¿Qué diablos le ha sucedido á este hombre?

MILORD.

(Hacia el bastidor.) Esta miss Paulina, ser una pequeñita loca....

NICOLAS.

(Aparte.) ¡Cómo es eso....!

MILORD.

(Id.) Una pequeñita coqueta..... Una pequeñita....

NICOLAS.

(Id.) ¡Habrá insolente! Y cabalmente no buscaba yo otra cosa.... (Yendo hacia donde está Milord.) Oiga usted.... ¿Qué quiere usted decir con eso? ¿De quién habla usted?

MILORD.

¡Waht! ¡Waht!

NICOLAS.

Aquí no hay vot que valga.... Lo que yo le pregunto á usted es lo que decía usted y de quién lo decía.

MILORD.

Yo decir lo que querer.

NICOLAS.

Es que yo no quiero que hable usted de la señorita Paulina en estos términos.... ¿Lo entiende usted....? Que no hay en todo Londres ni Reina, ni Archiduquesa que merezca descalzarla.

MILORD.

¡Ah! ¿usted ser el amigo....? (Aparte.) Y ser él quizá también la causa de no querer ella ir á la iglesia con mi.

NICOLAS.

Sí, señor.... soy su amigo.... y me honro con tener este título.

MILORD.

¡Oh, muy bien....! Entonces vamos á batirnos nosotros.

NICOLAS.

(Admirado.) ¡A batirnos....! Toma, y ¿por qué no? Es una idea como otra cualquiera.... Y pensándolo bien, lo mismo se me da refrescarme la sangre á costa de éste, que refrescármela á costa del Preste Juan. (Alto.) Y bien, sí señor, nos batiremos.

MILORD.

¿Ahora mismo?

NICOLAS.

Ahora mismo.

MILORD.

¿Con espada ó con pistola?

NICOLAS.

Me es igual.... Con las dos cosas á un tiempo, si usted lo quiere.

PAULINA.

¡Cielos, qué oigo!

MILORD.

¿En el Parque?

NICOLAS.

Junto al Dragón.

MILORD.

Allí esperar yo á usted. (Se va.)

NICOLAS.

No, no me esperará usted mucho.
(Hace que se va. Paulina sale, lo alcanza, y lo toma por la mano.)

ESCENA III.

NICOLAS Y PAULINA.

PAULINA.

¿Dónde va usted?

NICOLAS.

¡Ella es!

PAULINA.

Sí, señor, yo soy.... Que he pretextado una jaqueca para levantarme de la mesa, y.... Pero, respóndame usted... ¿Dónde iba usted?

NICOLAS.

(Turbado.) Iba... En casa del Ministro para que firmara algunos papeles.

PAULINA.

Usted me engaña.

NICOLAS.

¡Yo....! ¿Cómo?

PAULINA.

Sí, señor, usted me engaña, usted iba á batirse con ese inglés.

NICOLAS.

No lo crea usted.

PAULINA.

Sí, usted iba á batirse con él, no lo niegue usted.... Yo misma les he oído hablar á ustedes de espadas, de pistolas.....

NICOLAS.

(Haciendo un esfuerzo.) Y bien, es verdad.... A eso iba.

PAULINA.

Pero, ¿por qué?

NICOLAS.

¿Por qué? Porque en mi presencia ha tenido el atrevimiento de hablar mal de usted.... Y porque por lo mismo que usted se encuentra sola y aislada, por lo mismo es deber mío tomar su defensa, no sólo contra él, sino contra cuantos....

PAULINA.

¡Ay Dios mío! Según eso, ¿usted es valiente?

NICOLAS.

Qué sé yo.... Pero si no lo soy, tanto peor para mí.

PAULINA.

¿Y sabe usted acaso batirse?

NICOLAS.

Ni pizca.... pero en cerrando los ojos....

PAULINA.

Excelente receta para hacer buena puntería.

NICOLAS.

A lo menos, para salir pronto del paso

PAULINA.

Vaya, Nicolás, sea usted razonable.... Es menester disimular algo á ese inglés, porque como se quiere casar conmigo, y yo no quiero, es natural que.....

NICOLAS.

No es natural, no señora: ¡pues no faltaba más....! Conque porque una mujer no nos quiere, ¿hemos de poder nosotros ponèrla de oro y azul....? Bueno andaría el mundo entonces.

PAULINA.

Pero, en fin, ¿qué ha dicho ese inglés de mí?

NICOLAS.

Mil horrores.... Que era usted una coqueta.

PAULINA.

Déjelo usted que lo diga.... ¿Qué importa?

NICOLAS.

No, señora, no quiero que nadie lo diga.... Ni que lo imagine siquiera.... Sobre todo... (Aparte.) Sobre todo, desde que empiezo á temer que sea verdad.

PAULINA.

(Con ternura.) ¿Y si le mata á usted?

NICOLAS.

Si me mata.... Bueno.... Esté usted segura de que no diré después, esta boca es mía. Muy por el contrario, lo miraré casi como un favor.... porque usted lo sentiría probablemente.... un poco.... Y pensará en mí alguna vez.... Y añadirá quizá: ¡Pobre Nicolás! era un buen muchacho.... No tenía en este mundo otra cosa que le perteneciera sino su vida, y la perdió con gusto por mí.... Si más hubiera tenido, más hubiera perdido con el mismo gusto.

PAULINA.

(Enternecida.) ¡Ah, cómo puedo no amarle!

NICOLAS.

Luego.... Si me matan, como usted dice.... es más que posible que no volveré á pensar en cierta cosa que.... Que, la verdad no puedo ahora digerir, por más que hago.

PAULINA.

¿En cuál?

NICOLAS.

(Aparte.) Yo se lo digo.... Al cabo si me han de matar, no es gran cosa lo que arriesgo. El caso es que.... (Alto.) Porque ha de saber usted, señorita Paulina, que lo que es á ese Príncipe de Souvise.... A mi protector.... Lo quiero lo pro-

pio que á un dolor de muelas.... Vamos, no lo puedo sufrir.

PAULINA.

Pero, ¿qué razón tiene usted para...?

NICOLAS.

La razón que tengo es.... que hay momentos en que recelo que ama á usted.... y....

PAULINA.

¿Y no hace usted más que recelarlo?

NICOLAS.

¡Cómo!, ¿qué si no hago más que recelarlo...? ¿Le parece á usted todavía grano de anís?

PAULINA.

Lo digo, porque si usted no pasa de ahí, yo voy más adelante; pues lo sé de positivo.

NICOLAS.

¡Qué tal! ¡Si me lo temía yo bien....! Y como pudiera suceder igualmente que por parte de usted....

PAULINA.

No, lo que es eso, se equivoca usted de medio á medio.

NICOLAS.

Es que no se me han escapado ciertas señas y miradas, y.... (Meneando la cabeza.) Como que

me parecían ustedes dos telégrafos.... Además, cuando le enseñé al Príncipe la dichosa sortija, me acuerdo ahora que me dijo que la destinaba usted par dársela á quien usted amara.

PAULINA.

¡La sortija....! ¡Es verdad! Y se me había ya olvidado.... ¿Qué, se habrá quedado con ella?

NICOLAS.

¡Qué se había de quedar....! ¡Pues poquito apretada la tenía yo entre estos dos dedos....! No, señora, aquí la tiene usted.... También á mí se me había olvidado el volvérsela á usted; y puesto que ha de ser para quien usted ame... Aquí la tiene usted.

PAULINA.

(Rechazándole la mano.) ¿Para qué....? ¿Acaso se la he pedido ya á usted?

NICOLÁS.

(Absorto.) ¡Cómo....! ¿Dice usted que....?

PAULINA.

(Con un poco de enfado.) Jesús, y qué cabeza tan dura.... Sí, sí, guárdesela usted.... ¿No lo entiende usted todavía?

NICOLAS.

(Fuera de sí.) ¡Qué oigo....! ¡Sería posible...!

PAULINA.

Calle usted.... No venga alguno, y....

NICOLAS.

(Fuera de sí.) ¿Usted me amaría?

PAULINA.

(Con ternura.) Y bien, sí, amigo mío.... ¿A qué disimularlo por más tiempo? A usted es á quien amo, á quien amaré toda mi vida.... Porque usted ha sido siempre indulgente para mí, sensible, generoso.... Usted es el único protector que quiero.... El único marido.

NICOLAS.

¡Yo! ¡Marido de usted....! ¡Dios mío! y luego dicen que una alegría mata....! ¡Yo....! Pero la distancia que nos separa....

PAULINA.

Ella desaparecerá.... Fíese usted de mí..... Sus ascensos de usted corren desde hoy de mi cuenta.... Las mujeres entendemos esta clase de negocios mucho mejor que ustedes.

NICOLAS.

Ya, pero es que yo no quisiera ascender con el otro por lazarillo, porque....

PAULINA.

(Poniéndose el dedo en la boca.) ¡Chitón!, y sobre todo, confianza absoluta! ¡Sumisión ciega! ¿Qué puede usted temer ahora, puesto que amo á usted, y que se lo digo? A propósito, ¿supongo que ya no pensará usted en batirse con Milord Kingston?

NICOLAS.

Ahora más que nunca.... ¡Amarme usted, y querer él casarse con usted....! ¡Mayor atrevimiento! ¡Pistoletazo mejor merecido!

PAULINA.

Pero, Nicolás....

NICOLAS.

Cuando le digo á usted que lo merece.... Y se lo daré.... que me mate ó que no me mate.... yo se lo juro á usted. (Aparte.) Cabalmente, me estará esperando para eso.

PAULINA.

(Aparte.) ¡Pues he adelantado bastante! ¡Válgame Dios!, ¿qué haré? (Alto.) ¿Y se puede saber cuándo, á qué hora es esa fatal entrevista?

NICOLAS.

(Con intención.) ¡Oh! no es hasta mañana.... Al rayar el día.

PAULINA.

(Aparte.) ¡Mañana....! Entonces hay tiempo de.... Y yo sabré impedirla. (Alto.) ¿Pero no ha parado un coche? Sí.... Será alguna visita.... O quizá la Baronesa que saldrá, y.... Váyase usted, váyase usted.... Y venga usted temprano al baile.

NICOLAS.

Pierda usted cuidado.... Adiós, señorita Pau-

lina.... (Aparte al irse.) Busquemos á Milord, no sea que se impaciente.

ESCENA IV

PAULINA, Y DESPUES EL PRINCIPE.

PAULINA.

¡Oh, no se batirá....! ¡Primero haré poner en la Bastilla á toda la Inglaterra....! (Se acerca al tocador con agitación.) ¡Y tener uno ahora que ocuparse del traje y del peinado, para este maldito baile....! No se me ocurre ningún expediente.... Ninguno.... Al cabo tendré que valerme del Príncipe, y.... Si le indispusiera con los ingleses.... ¿Si consiguiera por su medio que se echase á todos ellos de Versalles? ¿Y cómo? Esa es la dificultad.... ¡Dios mío, para qué se le antojaría al tal Milord Kingston el llamarme coqueta! (Apercibe al Príncipe con el rabo del ojo.) Ah, el Príncipe.... Viene muy á propósito.... En efecto, picándole un poco el amor propio que tiene.... Y que tiene amor propio de Príncipe.... Quizás.... Hagamos ahora la deshecha, y veamos después por dónde salimos. (Se sien al tocador, coge unas flores y hace como que está acabando de peinarse.)

PRINCIPE.

(Aparte saliendo por la derecha.) Allí está.

PAULINA.

(Aparte.) Sí, el cielo me inspira esta idea.

PRINCIPE.

Conspirando siempre contra los pobres hombres. (Acercándose poco á poco, y apoyándose sobre el respaldo de la silla de Paulina.)

PAULINA.

(Fingiendo que la coge de sorpresa.) ¡Jesús, señor, y qué susto me ha dado usted!

PRINCIPE.

Tenía tanta impaciencia por volver á encontrarme contigo á solas.... Para que siguiésemos la conversación que entablamos á hurtadillas en la mesa....

PAULINA.

¿Que entabló usted, querría usted decir?

PRINCIPE.

Lo mismo da..... Y para eso me senté á tu lado.... Así, no te puedo figurar lo eterna y fastidiosa que me ha parecido la última parte de la comida..... Dichosamente que la Baronesa se levantó para ir á visitar á su querida parienta.... que el Conde tuvo que salir á saber cómo estaba de su indigestión no sé qué palaciego.... Y que á Julia la llamaron porque acababa de llegar la modista con el vestido para el baile.... Entonces me aproveché de la ocasión, y vine á buscarte.... Verdad es que no creí que estabas

ya á vueltas con tu peinado.... tratando de hacerte todavía más bonita de lo que eres.... ¡Como si eso fuera posible....! ¡Como si necesitaras tú de adorno alguno para deslucir á todas las demás mujeres!

PAULINA.

Si me he puesto al tocador, crea usted, Príncipe, que ha sido bien maquinalmente.... porque tengo un humor.... una cólera....

PRINCIPE.

(Sonriéndose.) ¿Contra mí?

PAULINA.

Contra todo el mundo.... y sobre todo, contra el Gobierno.

PRINCIPE.

(Riendo.) ¡Ay, Dios mío!

PAULINA.

Porque, ó yo me equivoco mucho, ó las cosas marchan muy mal.

PRINCIPE.

(Riendo más fuerte.) ¡Oh! muy mal.

PAULINA.

Sí, ya sabía yo que se iba usted á burlar de mí...... Una chicuela de diecisiete años, que piensa por casualidad en otra cosa que no sea en moños y amoríos, es sumamente ridícula.... no

hay duda.... Pero qué quiere usted.... no es tampoco culpa mía, que yo no pueda ver con indiferencia que se humilla á mi patria.

PRINCIPE.

(Riéndose siempre, coge una silla y se sienta enfrente de Paulina, que sigue peinándose.) Pero, señor, ¿qué diablos dice esta muchacha?

PAULINA.

¡Insultar así nuestros hombres más ilustres, los mejores amigos que tiene el Rey!

PRINCIPE.

(Levantando la cabeza.) Los mejores amigos del Rey.... ¿Qué, se tratará acaso de mí?

PAULINA.

¿Y de quién quiere usted que sea?

PRINCIPE.

(Con altivez.) ¡Oiga! Pues yo quisiera saber quiénes son los temerarios que se permiten....

PAULINA.

¡Toma....! ¿Acaso pueden ser otros que esos ingleses tan vanos, tan insolentes, que nos tratan con tanto desprecio.... desde que por ellos hemos desdeñado la amistad del Austria? ¿Y sabe usted lo que dicen ahora....? Que si hemos aceptado su alianza, es porque no podíamos otra cosa; que no teníamos medio alguno de hacerles la guerra.... que no contamos siquiera con un triste general que sepa mandar tres batallones.

PRINCIPE.

(Picado.) ¿Cómo es eso?

PAULINA.

(Volviendo la cabeza.) ¿Le gusta á usted esta rosa?

PRINCIPE.

(Distraído.) Muy bonita.... ¿Conque esos señores afirman que no contamos con ningún general?

PAULINA.

(Aparte.) ¡Ya sintió la banderilla....! (Alto y peinándose.) Excepto usted, Príncipe.... de quien se burlan, sin embargo, llamándole á boca llena héroe de papel de estraza, y Mariscal de Francia que se marea con el olor de la pólvora.

PRINCIPE.

(Entre dientes.) ¡Canalla!

PAULINA.

Como si el sitio de Friburg ó el asalto de la fortaleza de Malinas, lo hubiera usted hecho desde el tocador de alguna elegante de París.... ¿Me alarga usted un alfiler, Príncipe?

PRINCIPE.

(Lisonjeado.) ¡De todo se acuerda esta Paulina; es mucha muchacha! Y en efecto, cuando me apoderé de Malinas.... ¡Ah, perdona, se me había olvidado que me habías pedido un alfiler....! (Se lo da.) Pero volviendo á los ingleses....

PAULINA.

¿Le parece á usted que me estaría bien un lu-nar.... aquí, en este sitio?

PRINCIPE.

Un si es, no es, más abajo.... con algo más de colorete para que realce aquél más.... Y como decía, me conocen muy mal los que se imaginan que me ocupo de futilidades.... Ponte todavía más colorete.... Y en cuanto á los ingleses....

PAULINA.

También añaden que nada tienen que temer tampoco de la diplomacia francesa, porque como en el consejo de Ministros no hay ningún hombre de Estado, según ellos.... y eso que no pueden ignorar que usted sea del consejo.... siendo público desde esta mañana, y.... Pero quizá lo digan por lo mismo, con toda malicia....

PRINCIPE.

(Levantándose indignado.) Vamos, si parece imposible semejante descaro.

PAULINA.

(Siempre sentada.) Mr. Rosier lo ha oído... El joven á quien hizo usted nombrar esta mañana jefe de la sección de fondos secretos.... Y se indignó de tal modo, que quería batirse con media docena de ellos.

PRINCIPE.

¡Ah! Bah.

PAULINA.

(Con fingido candor.) ¡Es tan buen sujeto! ¡Y le está á usted tan reconocido....! Sería capaz de arrojarse en una hoguera por usted.... Pero yo le dije que eso sería meterse en camisa de once varas.... y no eran cuentas suyas.... y que.... ¿No he hecho bien, Príncipe?

PRINCIPE.

Sin duda.... sin duda.... (Agitado.) Yo no dejo que nadie se tome el trabajo de vengar mis propias injurias.... Y ya verás si luego que conozca yo quiénes son los que.... ¿Conque, me dices quiénes son?

PAULINA.

¡Jesús! Todos ellos.... empezando por los de la embajada.... lo que probaría, en mi concepto, que el gabinete de San James entra por algo en este sistema de difamación.

PRINCIPE.

¡Qué infamia! ¡Y también Lord Albermarle, el Embajador! Siempre me temí yo (Entre dientes) que no me había de perdonar nunca el que le hubiera desbancado en sus amores con Chucha la bailarina.

PAULINA.

¿Qué decía usted?

PRINCIPE.

Nada, una disputa que tuvimos.... sobre quién

había de tener el paso en cierta función de corte.... Pero no crea que ahora se ha de quedar la cosa así.... Y hoy mismo me ha de dar una satisfacción, ó....

PAULINA.

(Aparte.) ¡Qué locura! ¡Ni qué ganaría yo con eso! ¿Acaso querrá él? (Alto.) ¿No ve usted que los Embajadores no se baten sin permiso de sus gobiernos respectivos?

PRINCIPE.

Es verdad.

PAULINA.

Y sin embargo, es preciso castigar á esos insolentes.

PRINCIPE.

Sin duda; ¿pero cómo? Después de todo, yo no me puedo enfadar contra toda la Inglaterra.

PAULINA.

(Mirándole, y lentamente.) ¿Por qué no? Si yo me hallara en el lugar del Príncipe de Soubise... si yo fuera y pudiera lo que él es y puede.... dentro de dos horas.... no me quedaría un inglés en Versalles... Ni uno sólo.... A todos se les enviarían sus pasaportes, y.... Buen viaje.

PRINCIPE.

¡Los pasaportes á la Embajada! (Con seriedad.) ¿Sabes lo que me propones? Equivale á declarar la guerra.

PAULINA.

(Aparte.) ¡La guerra! ¡Ay Dios mío!, no sabía yo qué quería decir eso. Ello.... después de todo, si no queda otro remedio.... (Se levanta.) Y bien, sí, la guerra.... No quería indicar otra cosa.... Que aprendan esos extranjeros á conocer al Príncipe de Soubise en el campo de batalla; y cuando haya vengado el honor del nombre francés....

PRINCIPE.

(Sonriéndose.) ¡Qué entusiasmo! ¡Y qué bien te sienta....! Se me figura que estoy viendo á la Doncella de Orleans....

PAULINA.

Ah, si yo fuera hombre....

PRINCIPE.

(Riendo.) Oh, si tú fueras hombre....

PAULINA.

Sí, Príncipe, sí.... ¿Qué quiere usted? Amo con pasión la gloria.... éste es mi flaco..... y tengo formada tan alta idea de lo que es un héroe que vuelve á su patria cubierto de laureles, que.... (Mirándole tiernamente) que me parece imposible pueda existir corazón alguno que le sepa entonces resistir.

PRINCIPE.

(Con fuego, y tomándole la mano.) ¿Qué, lo crees tú así?

PAULINA.

(Sonriéndose.) ¡Y también lo cree usted así, Príncipe.... le espera á usted tanto género de triunfo!

PRINCIPE.

(Pensativo.) ¡Vamos, sería una locura!

PAULINA.

(Aparte.) El caerá.... (Alto.) ¡Oh, qué duda tiene!, soy una loca, pues que quiero que la Francia sea respetada.... y el Príncipe de Soubise adquiera fama y nombradía.... lo que es, en verdad, muy ridículo de mi parte.... lo que no tiene sentido común.

PRINCIPE.

(Titubeando.) Mujer, yo no digo eso, sino que esto de romper con la Inglaterra....

PAULINA.

Gran cosa por cierto: si rompemos con la Inglaterra, nos quedará el Austria y.... ¡Pobre Emperatriz María Teresa, tan bondadosa! ¡Tan noble....! Y tendiéndonos los brazos.

PRINCIPE.

(Reflexionando.) En cuanto á tendernos los brazos y apetecer con ansia nuestra amistad, es innegable que el Austria.... Por señas que su Ministro en Francia, el Conde Estaremberg, me hace más reverencias.... Pero el caso es que

me he pronunciado sobre este asunto en el cuarto del Rey, de una manera tan positiva....

PAULINA.

¿Qué importa? Dirán cuando más que ha variado usted de opinión.... ¿Es esto, por ventura, tan extraño en un hombre de Estado?

PRINCIPE.

No, no es muy extraño por cierto.... Pero si tú reflexionaras un poco, conocerías....

PAULINA.

Pues yo no quiero reflexionar nada.... No quiero conocer nada.... (Impaciente y con las lágrimas en los ojos.) Y si no se declara esa guerra.... y si todos los ingleses no se van esta noche, estoy segura que me dará una enfermedad.... que me moriré de una pesadumbre.... Aunque ninguna de las dos cosas le importan á usted, según se ve, un pito.

PRINCIPE.

(Inquieto.) ¿Qué dices? ¡Morirte tú de pesadumbre....! Luego hay en este negocio más de lo que parece?

PAULINA.

¿Quién lo niega....? Sino que usted no adivina nada.... Ese novio que detesto.... con quien me obligan á casar esta noche.... es un inglés.

PRINCIPE.

¿Un inglés?

PAULINA.

(Mirándole con calma.) ¿Lo comprende usted ahora? ¿Cae usted ya en ello, y por lo que quiero que se vayan todos esta noche?

(Se vuelve al tocador, y empieza de nuevo á andar en su peinado.)

PRINCIPE.

(Vivamente y paseándose agitado.) ¿Y por qué no te explicabas antes? ¡Privarme de ella....! ¡Esta noche....! ¡Después de todo lo que he hecho....! Oh, no hay duda, lo que ellos quieren, es sólo desesperarme, burlarse de mí ¿Y lo puedo yo sufrir....? Por otra parte, lo que Paulina me acaba de decir.... La alianza con María Teresa.... La conducta atroz de Inglaterra.... ¡Llamarme héroe de papel de estraza...! ¡Mariscal de Francia á quien marea el olor de la pólvora....! Es claro que se ha insultado á la Francia.

PAULINA.

(Sin volver la cara.) ¿Ahora se desayuna usted de eso?

PRINCIPE.

(Paseándose agitado.) Lo más terrible del caso es que Madama Pompadour está encaprichada en favor de los tales ingleses, y.... Con todo, habría un medio.... Reconciliándome con Choiseuil y con Richelieu que abogan los intereses del Austria.... haciendo que Staremberg maniobre por su lado.... acariciando á unos.... amenazando á otros.... podíamos quizá intentar....

PAULINA.

(Con los brazos abiertos, volviéndose hacia él con gracia.) ¡Ah, usted me encanta!

PRINCIPE.

(Deteniéndose á contemplarla.) Y tú me.... ¡Jamás, jamás ha existido mujer más linda....! En fin, me decido, y suceda lo que suceda... Voy á palacio... Corro, y.... Pero antes, bueno será que estipulemos nuestras condiciones.... No olvides que me expongo á perder en un instante mi crédito en la corte.... Y quién sabe si también mi empleo y fortuna.... sólo por librarte de un himeneo que haría tu desgracia.... Por lo mismo, es natural que yo exija siquiera de tí la recompensa.

PAULINA.

¡Ah, cuente usted con mi eterna gratitud!

PRINCIPE.

¡Con tu gratitud! Bien, no digo que no sea algo.... pero no es bastante

PAULINA.

¿Cómo?

PRINCIPE.

Acuérdate de lo que te insinué á voz baja en la mesa.... Es de absoluta necesidad que yo te hable sin testigos ni interrupciones.

PAULINA.

(Bajando los ojos.) Príncipe....

PRINCIPE.

Se trata de tu felicidad.... (A media voz) de la mía.... Estoy decidido á que un enlace secreto nos úna para siempre.... Mi propio capellán.... en mi capilla.... ¿Lo entiendes ahora? Pero primero es necesario que convengamos en el modo.... y en lo que después hemos de hacer, hasta que la cosa se pueda declarar.... Para eso te enviaré luego mi coche, y cuando la gente esté más engrescada en el baile, te escurres, conferenciamos en mi casa, y antes de que se pase media hora estás ya de vuelta, sin que nadie haya tenido tiempo para echarte de menos.

PAULINA.

(Aparte.) ¡Infame! Si me dejara llevar de mi indignación....

PRINCIPE.

(Aparte.) Bueno, que lo piense. (Alto.) Conque, ea, Paulina, ¿me lo prometes?

PAULINA.

(Bajando los ojos.) Oh, yo no prometo nada.

PRINCIPE.

(Instando.) Vamos, dime que vendrás: díceIo á tu futuro esposo.

PAULINA.

(Fingiendo embarazo.) Pero....

PRINCIPE.

(Aparte.) Ya titubea.... De tí depende llamarte pronto la Princesa de Soubise.

PAULINA.

(Fingiendo embarazo.) Y bien.... Veremos...

PRINCIPE.

(Aparte.) Ya es mía.

PAULINA.

Pero no se detenga usted más.... corra usted á vengar su patria.... y ese nombre que usted me ofrece.

PRINCIPE.

Tienes razón.... Adiós.... Pero mira que te espero. (Se va.)

ESCENA V.

PAULINA, SOLA.

(Siguiéndole con los ojos.) Sí, espérame.... hasta que yo vaya, y no darás corta prueba de paciencia. ¡Qué hombres! y ¡qué poco diestros son! cuando más, nos engañan....! Ello, algún trabajo me ha costado decidir al Príncipe á que hiciera lo que yo deseaba.... pero al cabo lo hará, y.... ¡Con tal que no me quede esta noche ningún inglés en Versalles! Sólo así puedo estar segura de que no se batirá el pobre Nicolás con ese necio de Milord Kingston.... ¡Y sería tan desgraciada toda mi vida, si hoy le sucediera algo! (Viendo á Nicolás con la mano envuelta en un pañuelo negro.) Pero, cielos, ¿qué veo? ¿Qué significa esto?

ESCENA VI

NICOLAS, Y DICHA.

NICOLAS.

Tranquilícese usted.... Todo se concluyó ya.

PAULINA.

¿Se concluyó? ¿Luego usted me había engañado?

NICOLAS.

No, pero no quise asustar á usted diciéndole que nos íbamos á batir en aquel momento.

PAULINA.

¡Dios mío....! Y ese pañuelo negro.... ¿Estará usted herido?

NICOLAS.

Si no es nada.... Un mero rasguño.

PAULINA.

¡Infeliz de mí....!

NICOLAS.

No se apure usted.... Cuando le digo que no es nada.... Absolutamente nada.

PAULINA

¿De veras?

NICOLAS.

¿Pues no ve usted que ni siquiera me impide el venir al baile?.... Tuvimos él y yo una pequeña explicación, y la cosa no pasó de ahí.... Todo lo contrario.... ¡Inglés más honrado....! No sólo renuncia á usted, sino que quería por fuerza que los preparativos para su boda, que había hecho en la capilla de San Luis, sirvieran esta noche misma para la nuestra, ofreciéndose además á ser nuestro padrino.

PAULINA.

¡Oh, qué hombre tan bueno! ¡Y yo que les hacía declarar la guerra! Es preciso que cuando vuelva el Príncipe, trate de deshacer todo lo que trabajé antes.

NICOLAS.

¿En qué se ha quedado usted pensando?

PAULINA.

Pensaba.... en la proposición que te había hecho Milord Kingston.... ¿Y tú que le respondiste?

NICOLAS.

Como era impracticable.... y por otra parte me instaba tanto.... traté sólo de salir del paso, y le dije que lo consultaría con usted.

PAULINA.

(Aparte.) Lo que es impracticable.... En un caso desesperado....

NICOLAS.

Pero, ¿por qué está usted tan seria, tan preocupada? ¿Estaría usted acaso tan enfadada conmigo?

PAULINA.

¡Contigo! ¡Que estás herido! ¡Que has expuesto tu vida por defenderme! No, no lo creas..... (Riendo.) Y ahora que ha pasado el peligro, te diré aún más, y es, que has hecho bien.... que has tenido razón.

NICOLAS.

¿No es verdad....? Y después, un lancecillo como este, le hace siempre á uno honor.... corre la voz, y no falta quien diga:—¿Quién? ¿Mr. Rosier? ¡Oh! ¡Oh! cuidado con él.... Miren ustedes que no gasta pulgas y....—(Cambiando de tono.) Pero volviendo á lo que más me importa.... Hablemos un poco de nosotros mismos, de nuestros proyectos... ¡Yo marido de usted...! La verdad.....¿Cree usted esto posible?

PAULINA.

En subiendo un poco más.... En obteniendo un destino mejor.

NICOLAS.

(Meneando la cabeza.) Sí, uno de Embajador, verbigracia.... O cosa que se le parezca.

PAULINA.

¿Y por qué no?

NICOLAS.

Con una buena ejecutoria por delante....

PAULINA.

A bien que ahora se venden bien baratas.... Además, el Rey podía ennoblecerte, y....

NICOLAS.

Eso sería aun más barato... ¡Ah, señorita Paulina! usted se burla de mí ó quiere que me vuelva loco.... La idea sólo de que pueda un día poseer esa hermosa mano.... (Se la toma) me arrebata, y fuera de mí.... (Se la besa.)

PAULINA.

(Que lo escuchaba con placer.) Suelta, por Dios; levanta.... ¿No oyes que se acerca gente? Siempre has de hacer de las tuyas.... (Bajo.) Ahora retírate á un lado, y no me vuelvas á hablar hasta que yo te hable.

(Nicolás se retira, y ella se vuelve á poner al tocador volviéndole la espalda.)

ESCENA VII

DICHOS, JULIA, LACAYOS QUE ENCIENDEN LUCES, ARREGLAN LOS MUEBLES, ETC.; Y DESPUES CONVIDADOS SUCESIVAMENTE.

JULIA.

Despáchense ustedes, que ya he oído parar algunos coches.... Pronto, esas luces, esas mesas...

Y mi tía que no ha vuelto todavía para recibir la gente.... (Reparando en Nicolás.) ¡Ah! ¿ya está usted aquí, Mr. Rosier?

PAULINA.

(Que se estaba mirando al espejo y se vuelve.) ¡Mr. Rosier...! ¡Jesús, que no le había visto...! Verdad es que mete siempre tan poco ruido cuando entra....

NICOLAS.

(Aparte.) ¡Qué tal....! Si es más hábil.... (Alto.) Sí, señoritas, acabo de llegar, y....

JULIA.

Oye, Paulina, y ¿qué has hecho del Príncipe de Soubise....? Me dijo que se estaría contigo, en tanto que yo concluía mi tocador.

NICOLAS.

(Aparte, mirando á Paulina con desconfianza.) ¡El Príncipe de Soubise!

PAULINA.

(Fríamente.) Pues no se ha estado aquí....

NICOLAS.

(Aparte.) Lo mismo es nombrarme á este hombre, que me da calambre!

LACAYO.

(Anunciando.) El señor Marqués de Bar; el Abate de Coipi; la señora Presidenta de Lorges.

(Entran un Oficial, un Abate y la Presidenta;

después siguen entrando otros convidados; Julia va á recibirlos, y habla un poco con cada uno. Nicolás se va al foro, pasea, se pone á hablar con algunos, y de cuando en cuando vuelve á subir la escena.)

JULIA.

Buenas noches, Marqués.... Adiós, primo.... Oh, señora Presidenta....

OFICIAL.

(Al Abate.) ¿Pero está usted seguro de lo que dice?

ABATE.

Le digo á usted que la noticia es cierta.

OFICIAL.

Mucho me sorprende, por cierto.

ABATE.

No se habla de otra cosa en Palacio.

PRESIDENTA.

Y bien, señores, ¿de qué se ocupan ustedes....? ¿Qué noticia es esa tan extraordinaria?

OFICIAL.

Que se acaba de convocar al Consejo de Ministros á toda prisa, y á instancias, según aseguran, del Príncipe de Soubise.

PAULINA.

(Aparte.) Adiós con mi dinero.

PRESIDENTA.

Enhorabuena; pero ¿qué quiere decir éso?

OFICIAL.

Lo que quiero decir es, que la alianza con la Inglaterra no está firmada todavía, y.....

ESCENA VIII.

DICHOS, Y LA BARONESA.

BARONESA.

(Muy acalorada, y que ha oído las últimas expresiones.) Ya se ve que no está firmada..... gracias al cielo.... y esperemos todos que nadie volverá á pensar en ella.....

OFICIAL.

¿Qué dice usted, señora?

ABATE.

Tía.....

PRESIDENTA.

¿Qué, Baronesa, viene usted ahora de Palacio?

BARONESA.

Sí, señora.... vengo del cuarto de mi querida parienta.... de madama la Marquesa de Pompadour.... que nos recibía.... como siempre.... con una amabilidad.... con una gracia.... Sen-

tada á su lado estaba yo precisamente, cuando entró el Príncipe de Soubise.... Y es preciso hacerle justicia.... estaba furioso.

OFICIAL.

¿Contra quién?

BARONESA.

Contra esos ingleses, esos impertinentes que se han atrevido á propalar mil horrores.... que han llegado hasta el punto de decir que el cetro de Francia se ha trasformado en rueca.... que estamos gobernados por unas enaguas, y que el gabinete de San James en lugar de un Embajador, nos debía de haber enviado una modistuela de Londres, con plenos poderes para tratar de potencia á potencia con Madama de Pompadour.

TODOS.

¡Oh....!

PAULINA.

(Aparte.) Sin embargo, nada de eso es mío.

ABATE.

Por mucho menos se han declarado otras guerras, y....

OFICIAL.

No tanto como eso.... Al cabo no pasan de ser palabras al aire....

ESCENA IX

DICHOS, Y EL CONDE.

CONDE.

(Que ha oído lo último.) ¿Qué dice usted, Marqués? ¿Palabras al aire, cuando ha habido insulto á la corona? (Da su espada á un criado.)

OFICIAL.

A la corona.... No sé yo cómo pueda inferirse.... porque lo que hasta ahora nos han referido....

CONDE.

¿Y qué me importa á mí lo que hayan podido referir á ustedes? Sepa usted, señor Marqués, que yo me encontraba en el despacho del Rey.... yo mismo.... yo.... el Conde de Vermanton.... mi propia persona.... cuando Madama de Pompadour se presentó pálida, desgreñada, y con los ojos bañados en lágrimas, á manifestarle el modo injurioso con que Milord Albermale, el Embajador mismo de S. M. Británica, osaba tratar á S. M. Cristianísima.

TODOS.

¿El Embajador?

PAULINA.

(Aparte.) También esto es nuevo.

CONDE.

¡Ah, señor!—exclamó la pobre Marquesa sollozando,—si hubiera sido yo la que hubiera sido insultada en esta ocasión, ni me quejaría, ni pediría nada á V. M.; pero cuando veo ultrajar así al mejor de los Monarcas, lo confieso, no lo puedo sobrellevar con paciencia. Es claro que lo que se busca es enajenarle el corazón de sus vasallos, repitiendo que es un Rey que no tiene voluntad propia; que no sabe tomar las armas para otra cosa que para cazar venados, y que pasa su vida entera ocupado únicamente en despoblar los bosques de su reino, en tanto que sus cortesanos se reparten los despojos del mísero pueblo.

TODOS.

(Con indignación.) ¡Ah!

PAULINA.

(Aparte.) Pero señor, ¿cuándo he dicho yo nada de esto?

CONDE.

¡Figúrense ustedes ahora lo que habrá sucedido.....! Las cabezas se han exaltado; el Consejo de Ministros se ha declarado en sesión permanente; los Secretarios de Estado entran y salen, suben y bajan.... Creo aun haber visto doblar los centinelas de palacio, y apostaría cualquier cosa á que dentro de dos horas se ha entregado á todos los ingleses los respectivos pasaportes.

PAULINA.

(Aparte.) Pues la he hecho buena.

OFICIAL.

No me puedo persuadir, sin embargo, que la Inglaterra....

CONDE.

Calle usted, Marqués, calle usted.... esos ingleses son una nación muy cautelosa.... son nuestros enemigos naturales.... bien lo decía yo esta mañana. (Julia y Paulina se miran.)

BARONESA.

Una nación que os adula, en tanto que os necesita....

CONDE.

Y que cuando menos se lo espera usted os hace la mamola, y se queda con la mitad de vuestros navíos.

ABATE.

Pues dígole á ustedes que esto puede parar en una guerra general.

CONDE.

Yo lo quisiera.

BARONESA.

Y yo....

OFICIAL.

¿Pero la Holanda se declarará por la Inglaterra....?

CONDE.

Es que nosotros podemos contar con el Austria.

ABATE.

Y con la España.

CONDE.

Luego cayendo de repente sobre Hanover....

PRESIDENTA.

Y si los turcos hacen una diversión....

PAULINA.

(Aparte.) Está visto, he trastornado toda la Europa.

CONDE.

(Apercibiendo á Rosier que se pasea hablando con alguno.) Pero.... Espérenme ustedes.... A qué estarnos calentando la cabeza, cuando allí tenemos á Mr. Rosier.... jefe de sección en el Ministerio de negocios extranjeros.... que es el brazo derecho del Ministro, y que podrá decirnos á punto fijo lo que hay.

PAULINA.

(Aparte.) A buena parte se arriman.

CONDE.

(Yendo hacia Nicolás.) Conque, según las trazas, mi querido Rosier, nuestro juego se enreda, eh?

NICOLAS.

(Mirando á todas partes.) ¿Pues qué, han empezado ya las partidas?

CONDE.

(Bajo á los otros.) Se hace el disimulado. (Alto.) No es eso, sino que.... á lo que parece, John Bull ha encontrado ya con quien se las entiende?

NICOLAS.

(Aparte.) Esto lo dice sin duda por mi desafío. Amigo mío.... ya ve usted, él es el que lo ha querido. (Sigue paseándose.)

CONDE.

(Bajo á los otros.) ¿Lo oyen ustedes? ¿Qué más claro ha de hablar? (Alto.) ¡Oh, la guerra es inevitable! ¡Qué ascensos va á haber en nuestros ejércitos! ¡Qué cambios en nuestras legaciones!

OFICIAL.

Cabalmente está vacante el empleo de encargado de negocios cerca del Elector de Sajonia.... será preciso que yo lo solicite para mi cuñado.

CONDE.

(Aparte.) ¡Encargado de negocios en Sajonia! ¡Cáspita! ¡qué buen bocado sería este para mí!

PAULINA.

(Aparte.) ¡Encargado de negocios....! Semejante destino le vendría de molde al pobre Nicolás.

OFICIAL.

Hablaré, pues, mañana por la mañana al Min tro Berui....

CONDE.

(Aparte.) Y yo escribiré esta noche misma bre el particular.... que el que madruga m primero.... (Alto.) Vamos, vamos, señores, es cosa que la política nos impida el divertirnos. Hermana.... haz que rompa el baile.... P sidenta, ¿por qué no empieza usted su partida biribis?

BARONESA.

Tiene razón mi hermano.... Vamos, señore (Al irse le dice el Conde al paso.)

CONDE.

Y no te olvides de esparcir con destreza la de que doy esta función para celebrar nues alianza con la augusta María Teresa. (Deteni do á Julia que sale con su tía.) Escucha, Juli

ESCENA X

EL CONDE, JULIA Y PAULINA I UN EXTREMO.

PAULINA.

(Aparte.) ¿Qué querrá?

CONDE.

Ahora que el Príncipe de Soubise está en el Consejo de Ministros.... escribiéndole mi hija dos renglones.... y pidiéndole para mí la tal plaza de encargado de negocios.... es óbvio que no ha de poder desentenderse con facilidad del compromiso. (Le hace sentar á una mesa que está á la izquierda del público.) Julia, siéntate aquí.

PAULINA.

(Aparte.) ¡La plaza de Nicolás....! Es abominable.... Habiendo yo pensado en ella antes que él. (Se sienta á un tocador.)

JULIA.

Pero, papá, ¿qué quiere usted que haga?

CONDE.

Que escribas lo que te voy á dictar.... porque no sé en dónde he dejado mis anteojos, y....

PAULINA.

(Tomando papel y pluma.) ¿En qué me paro? Una simple esquela que dirija al Príncipe....

CONDE.

(Dictando.) "Alteza Sereuísima.

PAULINA.

(Escribiendo.) "Príncipe....

CONDE.

(Dictando.) "Cuando se cambia de sistema polí-

tico, se cambia por lo común de instrumentos ó personas, porque las que estaban antes empleadas, participaban necesariamente de las ideas que entonces predominaban. De ahí que, en vísperas, como lo estamos, de una conflagración general, se necesite en la corte del Elector de Sajonia, de un agente de toda confianza que observe lo que pasa en Prusia....

PAULINA.

(Escribiendo.) "El que ha sabido verter su sangre por usted, sería un excelente encargado de negocios en Sajonia....

CONDE.

(Dictando.) "Yo os propongo, pues....—Aquí me propones tú.—Y pues que el nacimiento ilustre es indispensable para desempeñar tan altas funciones, me lisonjeo que los timbres de mi familia....

PAULINA.

(Escribiendo.) "Sus servicios, sus conocimientos....

CONDE.

(Dictando.) "Hablarán bastante á favor de mi padre.—

PAULINA.

(Escribiendo.) "Os inspirarán, quizá, la idea de solicitar al mismo tiempo para él un título de nobleza.

CONDE.

(Dictando.) "Si obtengo un favor de tanto precio para mí, crea usted que mi reconocimiento, etc., etc."—Lo de siempre.

PAULINA.

(Escribiendo.) "Si usted consigue entrambas cosas.... con qué placer.... iré.... á darle á usted las gracias."—Rayaré el "iré," para que llame la atención á mi desinteresado protector.

JULIA.

Firme usted.

CONDE.

(Firmando.) Dichosamente que puedo contar con el ugier, para que le entren al punto mi carta.

PAULINA.

(Aparte.) ¿Y cómo enviaré yo la mía?

CONDE.

Ahora el sobre.... ¿Qué no hay aquí papel de cerrar?

PAULINA.

Aquí lo tiene usted, señor Conde.... Permita usted.... yo lo pondré.

(Dobla la carta del Conde, y junta con la suya pone las dos bajo un mismo sobre. Nicolás aparece al foro, y observa lo que acaba de hacer Paulina.)

CONDE.

(Dictando á Paulina.) A. S. A. S. el Príncipe de Soubise, etc., etc.—....Y un poco más arriba: "Muy urgente."

PAULINA.

(Aparte.) No se puede quejar, las dos llegarán á un mismo tiempo. (Alto y se levanta.) Ya está. ¿Quiere usted que se la entregue á algún criado?

CONDE.

Espérate.

PAULINA.

(Aparte.) ¡Cielos!

CONDE.

Dame esa carta.

PAULINA.

(Aparte, dándosela.) Me vió sin duda.... Soy perdida.

CONDE.

Pues no se me había olvidado el sello de mis armas.... cuando esto es lo que hace que se lea al punto cualquier carta. (Sella.)

PAULINA.

(Aparte.) Respiremos.

CONDE.

Por lo demás, yo me encargo de dársela al

criado que la ha de llevar.... (A Paulina.) En cuanto á tí, Paulina, pues los ingleses se van, y tú no has sabido procurarte otro marido, mañana mismo se te conducirá á un convento.

PAULINA.

¡Cómo, señor Conde!

CONDE.

Lo mismo que lo oyes.... mañana sin falta... Pero puedes escoger con todo, el que más te convenga. Ven, Julia. (Vase con Julia.)

PAULINA.

Es que no me conviene ninguno.... así, será mucho más fácil para mí el encontrar de aquí allá con quien casarme.

ESCENA XI.

NICOLAS Y PAULINA.

NICOLAS.

(Con cara muy seria.) Señorita....

PAULINA.

(Yendo hacia él.) ¡Ah, ya estás aquí....!

NICOLAS.

(Con frialdad.) Sí, señorita.

PAULINA.

Deseaba con ansia hablarte.

NICOLAS.

(Idem.) Yo también á usted.

PAULINA.

(Mirándole.) ¡Jesús, y qué ceño! ¡Qué turbación manifiestas! ¿Me quieres decir lo que significan?

NICOLAS.

Significan.... que lo abandono todo.... que no quiero ver ya más de lo que he visto.... que he sido un necio de creer.... de imaginar.... pues es claro que no soy yo.... que es otro....

PAULINA.

¡Otro!

NICOLAS.

Niéguelo usted todavía, cuando acabo de ver con mis propios ojos que ha puesto usted una esquela suya en la carta del Conde.... para el Príncipe de Soubise.

PAULINA.

Es cierto.... pero era para hablarle de tí.

NICOLAS.

(Con ironía.) Muchas gracias.

PAULINA.

Para pedirle otro destino mejor....

NICOLAS.

(Con cólera.) ¡Qué destino, ni qué calabaza!

yo no quiero ya más destinos.... Yo no quiero ya nada.... Y el primer ascenso que me venga, esté usted segura de que lo recibo abriendo la ventana y arrojándome de cabeza. ¿Pues qué, estoy acaso ciego? ¿Cree usted que ignoro que esos señores no dan nunca nada por nada?

PAULINA.

¡Nicolás!

NICOLAS.

Y si no, dígame usted la verdad.... ¿No es cierto que espera de usted algo?

PAULINA.

(Friamente.) Sí, espera esta noche una visita mía.

NICOLAS.

¡Una visita! ¿En su casa?

PAULINA.

(Fríamente.) Sin duda; para que le dé allí las gracias por tantas bondades como me ha dispensado.

NICOLAS.

(Confundido.) ¿Y usted irá?

PAULINA.

(Idem.) He empeñado mi palabra.... y ya estará esperándome su coche en la mera esquina.

NICOLAS.

¡Canario! ¡esto es ya demasiado! y....

PAULINA.

(Con imperio.) ¿Te quieres callar y no dar voces?

NICOLAS.

Es que....

PAULINA.

Calla, te digo.... no sea que lo oigan, y nos ahoguemos por tu culpa á la orilla.

NICOLAS.

Si me quiere usted todavía más ahogado.... Y la rabia me rebosa por la punta de los cabellos.

ESCENA XII.

DICHOS Y UN LACAYO.

LACAYO.

(A Paulina.) Esta carta acaban de dejar para usted, señorita Paulina.

NICOLAS.

(Aparte.) Esto sólo faltaba.... ¿Y será suya?

PAULINA.

(Abriéndola.) ¿Dijeron si tenía respuesta?

LACAYO.

No, señora.... se fueron sin esperarla.

PAULINA.

Está bien: déjanos ahora. (Se va el lacayo, y abre la carta.)

NICOLAS.

(Muy inquieto.) Podré yo saber....

PAULINA.

Como no la he leído todavía, yo soy la que no puede aún saber si conviene ó no que tú te entres de su contenido.... Un poco de flema.

NICOLAS.

(Aparte.) Por vida de....

PAULINA.

¡Es de Milord! (Lee bajo.)—Miss Paulina: Yo estar esperando á ustedes, y el Ministro tener ya puesto el sobrepellico.... También estar con mí un otro gentleman muy mi amigo, para padrinar á Mister Rosier.... Venir ustedes pronto si querer casarse hoy.... á la media pasadas las diez, irme yo esta noche con el Embajador á London.—¡Qué haré! Y si dejo pasar esta ocasión, mañana.... El convento....

NICOLAS.

(Irónicamente y con amargura.) Mucho le da á usted en qué pensar esa carta. ¿Qué se ha mudado por ventura la hora de la cita?

PAULINA.

(Impaciente.) Eso es, apúrame tú también la paciencia. (Aparte.) Yo me resuelvo al cabo.... ¡Aprovechemos estos instantes en que todavía entran convidados, y escurrámonos sin que nos vean....! (Alto.) Vamos, ven, dame la mano.

NICOLAS.

(Indignado.) ¿Quién, yo?

PAULINA.

¿Pues quién ha de ser?

NICOLAS.

Primero se hundiría....

PAULINA.

(Tomando un velo y un tápalo de encima del tocador.) Enhorabuena, si prefieres que vaya sola... (Echa á andar.)

NICOLAS.

No, cáspita, eso sí que no.... En todo caso vale más que yo vaya, y.... ¡Dios mío, qué horrible posición! (La alcanza, le da el brazo, y se van al propio tiempo que sale otro grupo de convidados. El Conde sale del lado en que se figura que están bailando.)

ESCENA XIII

EL CONDE, UN LACAYO Y CONVIDADOS.

LACAYO.

(Anunciando.) La señora Mariscala de Noalles; el Duque de Aiquillon; Mr. de Rocquefort.

CONDE.

(Yendo á su encuentro.) Gracias á Dios, Mariscala; temíamos que no viniera usted.... Oh, señor Duque, cuánto gusto tengo.... Pasen ustedes, allí está mi hermana, y.... (Los conduce hasta el bastidor, y vuelve.) Válgate el diablo, y lo que tarda este lacayo.... ¿Si habrán entrado mi carta al Príncipe? ¿Si podrán ponerme siquiera dos líneas de respuesta...? ¡Qué digo dos líneas! con una bastaba.... Con ponerme solo,—ya es usted encargado de negocios.—¿Qué le puede costar esto?....—¿Germán?

LACAYO.

¿Señor?

CONDE.

¿No ha vuelto todavía el criado que llevó mi carta á palacio?

LACAYO.

No, señor.

CONDE.

Cuidado, que es obra.... Hace media hora por lo menos que se fué, y.... Estoy por ir yo mismo....

ESCENA XIV.

EL CONDE, JULIA, EL ABATE, LA PRESIDENTA Y CONVIDADOS. DESPUES LA BARONESA.

PRESIDENTA.

Sí, sí, refresquémonos un poco, porque hace un calor por allá adentro....

OFICIAL.

¡Qué reunión tan brillante!

ABATE.

Deliciosa.

CONDE.

(Yendo hacia ellos, y subiendo con ellos la escalera.) Oh, pues no han visto ustedes todavía nada.... Se ha de bailar aún, cierto minué nuevo. que ha compuesto, expresamente para mi hija, el Vizconde de Mortouval.... Y bien, Julia, ¿para cuándo lo dejas....? ¿Por qué nos lo haces tanto desear?

JULIA.

Pero, papá yo no puedo bailar sola.... y hasta que venga Paulina....

CONDE.

¿Pues en dónde está esa muchacha? (Llamando.) ¿Paulina? ¿Paulina?

ABATE.

Quizá esté en el gran salón.... hay tanta gente, que no es extraño....

JULIA.

No, señor, no está allí; la acabo de buscar, y...

PRESIDENTA.

Puede que se haya ido á su cuarto á mudar traje.

JULIA.

Ahora he enviado á ver....

BARONESA.

(Por la derecha muy sofocada.) ¡Qué escándalo! ¡Qué horror!

CONDE.

¿Cómo? ¿Pues qué ha sucedido?

BARONESA.

Que Paulina.... que la miserable....

TODOS.

¿Y bien?

BARONESA.

Se ha hecho robar.

TODOS.

¡Robar!

JULIA.

¿Sería posible?

BARONESA.

¡Qué afrenta para todos nosotros!

CONDE.

¡Qué deshonra para toda la familia'

BARONESA.

¡Qué dirá mi querida parienta..... ella que hace tanto caso de las buenas costumbres!

JULIA.

Siempre sostuve que la tal niña era una hipócrita.

CONDE.

(A los convidados.) Por Dios, amigos míos, no esparzan ustedes la noticia.... yo se lo suplico á ustedes.... Quizá todavía puede hallarse un medio decoroso..... Voy, voy ahora mismo á la embajada inglesa..... puesto que el raptor no puede haber sido otro que Milord Kingston.... el insular más fogoso que han producido los tres reinos.

BARONESA.

¡Milord Kingston! Qué desatino.... No lo creas.... el que ha robado á Paulina, es el Príncipe de Soubise.

PRESIDENTA.

Señora, ¿qué dice usted?

TODOS.

¡Imposible!

BARONESA.

Sí, señores, sí; el Príncipe de Soubise.... puesto que ella se ha ido en un coche suyo.... con sus armas.... Mi doncella lo ha visto desde el balcón de la esquina, en donde estaba por casualidad asomada.

CONDE.

¡Ah, por eso no quería esta mañana que se casara su protegida!

BARONESA.

(A media voz al Conde.) Y por eso hacía la corte á la pobre Julia.... para disimular mejor su intriga.

CONDE.

(Furioso.) Tienes mucha razón.... Se ha burlado de todos modos de nosotros.... Pero juro que mi venganza.... Porque por más Príncipe que sea, sabré buscarle y.... Digo buscarle, porque es bien seguro que no será bastante atrevido para volver jamás á pisar estos umbrales.... ya se guardará bien.

LACAYO.

(Anunciando.) El Príncipe de Soubise.

ESCENA XV.

EL PRINCIPE Y DICHOS.

CONDE.

(Aturdido.) ¿Qué dice este hombre?

TODOS.

¿Cómo? ¡El Príncipe de Soubise!

PRINCIPE.

(Aparte) He hecho cuanto ella ha querido, y al cabo no fué á mi casa.... ¡Se estará acaso burlando de mí!

CONDE.

(Humildemente.) ¡Oh Príncipe! cuánta satisfacción es la mía....

BARONESA.

(Bajo y tirándole de la casaca.) No es eso, no es eso, háblale en otro tono.

CONDE.

(Bajo.) Es verdad, la maldita costumbre..... (Alto y serio.) No puedo menos de extrañar, señor Príncipe de Soubise....

PRINCIPE.

(Aparte.) ¡Este estará ahora á matar conmi-

go, porque se ha quedado sin la legación! (Alto.) ¡Y bien, amigo mío, cómo ha de ser! ha sido un pequeño chasco para usted, pero....

CONDE.

¡Calla! ¡y todavía lo encuentra pequeño!

PRINCIPE.

Pero trataremos de repararlo, y....

BARONESA.

¿Y cómo?

PRINCIPE.

Fácilmente; en procurándole al Conde otra... dentro de algunos días.... en lugar de la que se le ha ido de entre las manos....

CONDE.

¡Otra! Pues me gusta la salida; como si mi casa fuera.... No señor, no señor, lo que yo quiero, es ella, ella....

PRINCIPE.

¡Imposible....! Si ya está dada....

CONDE.

Qué dada, ni qué tomada!.... yo no entiendo de evasiones ni de subterfugios.... Así, exijo de usted que nos presente ahora mismo....

PRINCIPE.

¿El diploma?

CONDE.

Esa joven desventurada que usted ha extraviado de la senda....

PRINCIPE.

(Vivamente.) Una joven dice usted.... ¿Conque hablaban ustedes de una joven?

CONDE.

De la senda del honor, de la virtud, de.... de.... En fin, de todas las sendas.... y la que confiada á nuestro cuidado....

PRINCIPE.

Pero, por Dios, ¿qué joven es esa?

CONDE.

¿Pues qué, no lo adivina usted? ¿No sabe usted que hablamos de la infeliz Paulina, extraviada por usted de la senda......?

PRINCIPE.

(Vivamente.) ¿De Paulina? ¿Y qué le ha sucedido?

CONDE.

Eso es, finja usted ahora que.... cuando se ha escapado en uno de sus coches de usted; cuando....

PRINCIPE.

(Aparte.) ¿En mi coche? Sin duda nos habremos cruzado en el camino.... Y estará ya es-

perándome.... Permítanme ustedes, corro á informarme....

CONDE.

No tal, no tal.... es preciso que antes nos diga usted en dónde ha escondido á su víctima... porque usted es quien la ha perdido á la desgraciada....

PRINCIPE.

(Con altivez.) Señor Conde..

CONDE.

Quien la ha arrancado para siempre de ésta casa....

ESÇENA ULTIMA.

PAULINA, NICOLAS, MILORD Y DICHOS.

PAULINA.

No lo crea usted, señor Conde.... Aquí me tiene usted.

TODOS.

¡Paulina!

CONDE.

(Estupefacto.) Esta es otra que bien baila.

PAULINA.

Pero, señores, ¿qué es lo que he oído? ¿Será posible que haya quien se atreva á acusar al señor Príncipe de Soubise? ¿A calumniarle? ¿Y en mi presencia; cuando nadie sabe mejor que yo, lo noble, lo desinteresada que ha sido su conducta?

PRINCIPE.

(Aparte.) ¡Caramba! y qué poco me gusta el introito de este panegírico.... Estoy por irme.

PAULINA.

No, Príncipe, no baje usted los ojos ni se ponga colorado, que nadie debe avergonzarse porque le digan lo que es cierto y justo.

PRINCIPE.

Bien.... Está bien.... Pero basta, basta por ahora.

CONDE.

(A Paulina.) Pero en fin, ¿qué es lo que ha hecho?

PAULINA.

¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho en beneficio mío, pobre huérfana, que no tenía otra recomendación á sus ojos que el recuerdo de los servicios de mi padre? Ha sido mi protector, mi apoyo; el guía que ha dirigido mi inexperiencia..... Ha querido, en seguida, asegurarme un porvenir, una existencia decente y venturosa.... (Bajando los ojos) porque con su gran pe-

netración había empezado por adivinar que yo amaba en secreto á una persona....

PRINCIPE.

(Con ceño y aparte.) ¡Cómo! ¡Amaba á otra persona!

BARONESA.

¿Conque adivinó que amabas en secreto á otra persona?

PAULINA.

Sí, señora.... adivinó que amaba.... á un joven de humilde, aunque de honrado nacimiento, sin amigos, sin medios de fortuna, pero lleno de esperanzas y de mérito.... y no sólo lo adivinó, sino que no paró hasta sacarle de su rincón, procurándole sucesivamente mil ocasiones de hacerse conocer, protegiéndole, ascendiéndole....

PRINCIPE.

(Aparte, mirando á Nicolás.) ¡Ah! ya empiezo á comprender....

PAULINA.

En suma, no ha descansado un instante en su empeño generoso.... tanto, que hoy mismo.... cuando ustedes le acusaban tan gratuita é injustamente.... era cabalmente cuando más se ocupaba de mí.... de mi felicidad.... cuando apresuraba mi boda... cuando vencía los últimos obstáculos.... cuando me prestaba, en fin, su propio coche para que nos condujera á la iglesia....

(Movimiento general) ¡porque de allí es, señores, de donde venimos en este instante.... y por eso tengo yo ahora el honor de presentar á ustedes á m marido.... Mr. Rosier.

(Tomándole de la mano, y haciendo los dos una reverencia á todos.)

PRINCIPE.

¡Su marido!

(Nicolás le vuelve á saludar.)

PAULINA.

(Bajo.) No dirá usted, Príncipe, que no cuido de su reputación.

TODOS.

¡Su marido!

CONDE.

¿Conque te has casado?

PAULINA.

(Tímidamente.) ¿Qué quería usted que hiciera, señor Conde? Usted me había dicho que si no tenía hoy la habilidad de procurarme un marido, me pondría mañana en un convento.... y como ya sabía yo lo que era un convento, y no lo que era marido....

CONDE.

Pero ¿cómo te has casado?

MILORD.

Oh, muy bien.

NICOLAS.

Aquí, á dos pasos, en la capilla de San Luis.

MILORD.

La ceremonia que yo haber pagado para mí, haber servido á ellos.... y yo todavía haber querido ser padrino de ellos.... antes de partir para London.

PRINCIPE.

(Bajo á Paulina, y amenazándola con el dedo.) ¡Ah cocodrilo! ¿y esa era la visita prometida?...

PAULINA.

(Bajo.) Quién dice que no le he hecho..... Con mi marido.... Su portero de usted le entregará nuestras dos tarjetas.

PRINCIPE.

(Picado.) ¡Oiga....! ¡Una visita de boda....! ¡Muy bien....! No se puede negar que harás una excelente diplomática.

CONDE.

(Que hablaba bajo con su hermana.) No importa, no importa.... siendo tutor suyo, jamás permitiré.... y no me llamaría Polidoro, Anacleto, Basilio de Bermanton, como me llamo.... si no hiciera mañana mismo anular el tal bodorrio.

NICOLAS.

¿Y cómo? ¿Por qué?

CONDE.

Un miserable oficinista de mala muerte..

PAULINA.

Perdone usted, señor Conde.... mi marido ha sido nombrado, en esta misma noche, encargado de negocios en la corte de Sajonia.... ¿No digo bien, Príncipe?

PRINCIPE.

En efecto.... cuando estábamos en el consejo.... S. M. quiso.... (Con embarazo.)

CONDE.

¡Pues ésta sí que es más negra...! ¡Haber dado el destino que yo solicitaba, á un hombre obscuro, á un plebeyo!

PAULINA.

También está usted en eso equivocado.... porque el Rey lo había ennoblecido antes.... ¿No digo bien, Príncipe?

PRINCIPE.

Sí, sí, fué preciso....

CONDE.

Pero, señor, ¿es acaso creible semejante carretilla de gracias, de nombramientos, de....?

PAULINA.

Y todo eso sin intrigas.... sin prostergar á nadie.... El mérito sólo de Nicolás.... ¿No digo bien, Príncipe?

PRINCIPE.

(Aparte.) ¡Canario! ¡Esto es ya demasiado apretar!

CONDE.

(Encogiéndose de hombros.) Entonces..... y pues que no queda callejuela para impedirlo....

PRINCIPE.

(Bajo á Paulina.) Me has embromado, picaruela.... Pero no importa.... Ya nos volveremos á encontrar; porque te seguiré á Sajonia, y....

PAULINA.

(Sonriendo y un poco bajo.) No vamos por el mismo camino.... (Alto) porque á lo que nos ha asegurado en la iglesia Milord Kingston, puedo tener la satisfacción, Príncipe, de anunciar á usted que el Rey le ha confiado el mando del ejército que debe ocupar el Electorado de Hannover.

MILORD.

Yes, yes; el Embajador ha dicho esto á mí, tomando los dos el té.

PRINCIPE.

(Con alegría.) ¡Será posible!

NICOLAS.

Sí, señor, la gloria le espera á usted allí, con treinta y cuatro mil hombres.

PRINCIPE.

(Frotándose las manos.) Bueno.... Inmejorable..... Ahora verán los señores ingleses, si soy ó no de papel de estraza.

ABATE.

¡Jesús! ¡Jesús! ¡cuántos sucesos en poco más de dos horas!

OFICIAL.

¡Una guerra declarada!

CONDE.

¡Que puede comprometer el sosiego de toda la Europa!

BARONESA.

¡Y quizá el favor de mi querida parienta....!

PRINCIPE.

¡Haber obtenido yo el mando de un ejército!

NICOLAS.

¡Y yo una legación!

PAULINA.

Y yo un marido.

CONDE.

Y yo.... nada.

PRINCIPE.

Ahora bien.... y todo eso por qué? Haganme ustedes el favor de decírmelo.

PAULINA.

Porque una chicuela de diecisiete años tomó la costumbre de asomarse á aquella ventana todas las mañanas....! ¿Pero, se sabe acaso muchas veces, en este mundo de títeres, QUIEN MUEVE LOS ALAMBRES?



LA HIJA DEL PAYASO

Comedia en un acto, arreglada al teatro mexicano

PERSONAS

EL EMPRESARIO.—EL BARBA.—CATALINA, HIJA DE UN PAYASO.—NICOLÁS, CRIADO DEL EMPRESARIO.

(**La escena en una ciudad de España**)



ACTO UNICO

Sala bien adornada, con puerta en el foro, y una en cada lado.—Nicolás saliendo por el fondo hablando hacia dentro.

ESCENA I

NICOLAS.

Está bien, señorita.... se lo diré..., pierda usted cuidado... Siéntese usted otro poquito... (Sale.) ¡Pobre muchacha....! Si no ha venido diez veces en tres días, no ha venido una.... Y mi amo sin quererla recibir.... ¿Y por qué? Porque no sale de ningún Conservatorio... ¡Qué prevención! Como si las hijas de los payasos no tuvieran lengua, y.... y como si la naturaleza no fuera á veces el mejor conservatorio de toda la Italia.... Y ello, bien puede ser que no sepa ni representar ni bailar; pero aquellos ojos que

tiene, y aquel aire picarillo, me hace sospechar que le sobra gramática para....

EMPRESARIO.

(Dentro.) ¿Nicolás?

NICOLAS.

Ya se levantó mi amo.

EMPRESARIO.

(Dentro.) ¿Nicolás?

NICOLAS.

Señor.... Aquí estoy.... Allá voy....

ESCENA II

EMPRESARIO Y NICOLAS.

EMPRESARIO.

Eso es.... Allá voy.... Y te estás con los brazos cruzados, y sin menearte.... ¡Lindo mo do de servir!

NICOLAS.

He estado hasta ahora en la antesala, despidiendo á unos; entreteniendo á otros; engañando á todos....

EMPRESARIO.

Como que es más difícil ser buen criado de un

empresario, que portero de un Ministro de hacienda.... Y de un empresario como yo, sobre todo, que tiene además la dicha de estar á partir un piñón con lo más escogido de la más bella mitad de la especie humana.

NICOLAS.

(Aparte.) Pues tiene malditísimo gusto la más bella mitad de la especie humana.

EMPRESARIO.

Ya se ve.... cuando uno es empresaric de un gran teatro.... Rico....

NICOLAS.

(Aparte.) En ronqueras.

EMPRESARIO.

Con una figura....

NICOLAS.

(Aparte.) Figura.

EMPRESARIO.

Y de una edad razonable....

NICOLAS.

(Aparte.) Ya lo creo.... como que cumplió los sesenta y cinco el día de San Nicomedes.

EMPRESARIO.

¿Conque há venido á buscarme mucha gente, eh?

NICOLAS.

Muchísima.

EMPRESARIO.

Supongo que el volante de la Duquesa me habrá traído algún billete....

NICOLAS.

No ha venido ningún volante.

EMPRESARIO.

¿Ni nadie tampoco de parte de la Condesa?

NICOLAS.

Tampoco.

EMPRESARIO.

¿Ni de la Baronesa?

NICOLAS.

Menos.

EMPRESARIO.

Ni de la....

NICOLAS.

Sí, señor, de la sastra es de quien ha venido una oficiala con unas muestras....

EMPRESARIO.

Maldito seas!.... Quién te habla ahora de la sastra ni de su oficiala.

NICOLAS.

Es que está todavía esperando....

EMPRESARIO.

Que espere; que espere.... ¡ No puedo sufrir esta gente plebeya....

NICOLAS.

También está ahí una señorita....

EMPRESARIO.

Una señorita.... ¿Es joven? ¿Es bonita....?

NICOLAS.

Oiga usted, no tiene malos bigotes....

EMPRESARIO.

¿Y no te ha dicho quién es?

NICOLAS.

Dijo que se llamaba Catalina Bianco.... Aguarde usted.... Es un apellido tan enrevesado.... Bianco....

EMPRESARIO.

(Con enfado.) Catalina Biancolelli.

NICOLAS.

Eso es.... Colelli.

EMPRESARIO.

La hija de un tal Bernardino.... De un cierto payaso....

NICOLAS.

La misma.

EMPRESARIO.

¡Que tenacidad....! Empeñada en que le he de permitir que se presente al público como graciosa ó como bailarina.... y carta sobre carta, y visita sobre visita....

NICOLAS.

Si usted ni le contesta, ni la oye siquiera.

EMPRESARIO.

¿Para qué? ¿Qué puede escribirme ni decirme la hija de un payaso?

NICOLAS.

Pues ella asegura que usted conoció á su padre, y que éste no fué con usted tan poco indulgente como usted lo es con ella.

EMPRESARIO.

Es cierto que lo conocí.... Y era un hombre de talento.... en su profesión, se entiende, y de muy buen corazón.... eso es otra cosa.... Yo era huérfano.... y pobre.... y me ayudó con sus consejos.... no lo puedo negar.... y también á veces con su bolsillo.... Y bien, el mío está también á la disposición de la hija.... que me pida lo que quiera, y yo se lo daré.... Sí, se lo daré con mucho gusto; pero eso de comprometer la reputación de mi empresa, una joven que no sabrá quizá abrir la boca.... que no sabrá qué hacer con los brazos....

NICOLAS.

Pero ¿por qué?

EMPRESARIO

¿Por qué? ¿Por qué? Buena pregunta por cierto.... En dónde diablos quieres que haya aprendido una pobre hija de un....

ESCENA III.

EL BARBA, Y DICHOS

BARBA.

(Entra cantando.) Y viva la alegría, el buen vino, y un delantal de tafetán. No hay como un delantal de tafetán. Para mí es un verdadero título de nobleza.

NICOLAS.

(Aparte.) Voy á ver cómo despido á mi protegida. (Vase.)

BARBA.

Saludo al señor Empresario.

EMPRESARIO.

Saludo al Sr. Odalberto (alias D. Diego el de "El Sí de las Niñas;" alias....

BARBA.

¡Ah perezoso! ¡Las once, y todavía en gorro de dormir!

EMPRESARIO.

Qué quieres.... cuando uno ha cenado con dos jóvenes encantadoras....

BARBA

Toma, ¿y no es más que eso....? ¿Pues qué diré yo, que he cenado con doce?

EMPRESARIO.

¡Con doce!

BARBA.

Con todo el almacén de modas de Mademoiselle Barbin.... un verdadero palomar.

EMPRESARIO.

¿Y tú solo con todas ellas?

BARBA.

No, éramos tres los palomos.... un sacristán, el apuntador y yo.... En mi vida me he divertido más.

EMPRESARIO.

¡Ah qué gusto tan depravado....! Modistas, sacristanes.... No hay duda que la sociedad era del mejor tono.

BARBA.

Para tí que estás por los pergaminos.... Pero yo no.... yo no estoy sino por lo que me divierte.... Y no será porque me faltan otra especie de conquistas....

EMPRESARIO.

¡Oiga!

BARBA.

Ahora, por ejemplo, tengo una Princesa p... loca.

EMPRESARIO.

¡Una Princesa!

BARBA.

Que está loca por mis pedazos.

EMPRESARIO.

¡Una Princesa tú! Imposible.

BARBA.

Loca, loca rematada.... Y lo sé de buena tinta.... Se prendó de mí en "El Hipócrita."

EMPRESARIO.

¡En el papel de D. Fidel!

BARBA.

Se exaltó después cuando me vió de turco.

EMPRESARIO.

Puede, en efecto, haber perdido la chabeta.

BARBA.

Y ayer se desmayó en "El Hechizado por fuerza."

EMPRESARIO.

Drama á la verdad muy patético.

BARBA.

Es positivo..... La tuvieron que llevar á su coche en silla de la Reina.

EMPRESARIO.

¿Y le has hablado ya?

BARBA.

No la he visto todavía.... Pero acabo de escribirle un billete, dándole una cita en el jardín de plantas.... junto á la casa de las fieras....

EMPRESARIO.

(Aparte.) ¡Una Princesa loca por este animal! Si se la pudiera soplar.....

ESCENA IV.

NICOLAS, Y DICHOS.

NICOLAS.

Una carta para usted.

EMPRESARIO.

Dámela, dámela.... Alguna declaración de amor....

BARBA.

Lo dudo, porque no huele á almizcle.... Y declaración de amor que no huele á almizcle, es un anacronismo.

EMPRESARIO.

(Leyendo.)—Muy señor mío: Pues que me es imposible el ver á usted, y pues que ni siquiera se ha dignado conceder una triste audiencia á la hija de uno de sus antiguos amigos, me tomo la libertad de escribirle estos renglones para convidarle á una representación que me propongo dar en presencia de usted.... Usted juzgará entonces, si soy ó no digna del honor que reclamo, en vano, hace tanto tiempo.—De usted, etc. Catalina Biancolelli.—

BARBA.

¡Calla! ¿La hija de aquel original de Bernardino....? Y esa quiere hacer parte de nuestra compañía....

EMPRESARIO.

¡Y con un empeño! Quiere ser graciosa, quiere ser característica, quiere ser bailarina.... Vamos, por poco no se ofrece para desempeñar el papel de barba.

BARBA.

Ja, ja.... ¿y qué sería entonces de mí?

EMPRESARIO.

Y no había querido responderle ni verla, por no tener que decirle cara á cara....

NICOLAS.

(Aparte.) ¡Si supiera que los ha estado escuchando desde aquel cancel!

BARBA.

Sí, sí, tienes razón.... lo has hecho por puro miramiento; y te lo debe agradecer.... Pero dejemos eso á un lado.... ¿quieres alguna cosa?

EMPRESARIO.

¿Te vas?

BARBA.

Sí..... voy á ver si mi bella desconocida es exacta; y sí lo creo, porque es una Princesa, y ya hace mucho que se dijo—que la exactitud es la política de los Reyes.—(Con énfasis.) Adiós, carísimo Empresario.

ESCENA V.

EMPRESARIO, NICOLAS, Y LUEGO CATALINA.

EMPRESARIO.

(Se dirige á escribir.) Y yo voy á contestar á la Biancolelli.... En cuatro palabras le voy á decir que pierda toda esperanza; (Se sienta) que yo no quiero asistir á ninguna representación suya.... y que....—(Escribiendo.) Señorita:—(Entra Catalina cantando.) ¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir esto?

CATALINA.

Quiere decir, que hace dos horas que estoy en esa antesala plantada como un espárrago, y que

ya no quiero esperar más. (Aparte á Nicolás.) ¿No me conoces todavía, mameluco? La oficiala de la sastra me ha dado un vestido, y.... Toma, (Le da dinero) calla y vete.

EMPRESARIO.

Vamos, ¿qué quiere decir esto? ¿No me respondes?

NICOLAS.

Quiere decir que esta niña es la oficiala de la sastra, que se ha cansado de hacer centinela.

EMPRESARIO.

Bueno, bueno.... ahora le hablaré.... Toma este billete, y envíaselo á la señorita Biancolelli.

NICOLAS.

(Tomándolo.) No ha de tardar mucho en llegar á sus manos. (Se lo da á escondidas á Catalina.) Tome usted, señorita. Ja, ja, ja.... ¡Y lo que corre el correo! (Se va.)

ESCENA VI.

CATALINA. EMPRESARIO.

EMPRESARIO.

(Mirándola con el lente.) ¡Cáspita! y ¡qué guapa es la oficiala de la sastra! Archiduquesa he visto yo que.... (A Catalina.) Acércate, hija mía.... ¿Cómo te llamas?

CATALINA.

¿Qué no lo sabe usted?

EMPRESARIO.

Si es ésta la primera vez de mi vida que te he visto, cómo quieres que....

CATALINA.

Toma, pues esa era la gracia.... Yo me llamo Blasa.... y soy la ahijada de mi madrina, y nací en mi lugar; y todo para servir á su merced, si es que su merced quiere aceptar de mí. (Hace una cortesía mal hecha.)

EMPRESARIO.

¿Y cómo qué quiero....? Cuando se tiene un palmito como el tuyo, y un....

CATALINA.

Eso mismo decía mi madre, ni más ni menos.... Mira, Blasa, me decía, tú no eres tuerta ni bizca.... y á nadie le falta su aquél.... Conque así, bueno será que te vayas á la ciudad, y que allí....

EMPRESARIO.

Por supuesto, en las ciudades es donde se aprecian las lindas muchachas como tú.... ¿Y hace mucho que llegaste?

CATALINA.

Hace tres meses que hice mi entrada principal en burro, con perdón de usted.... pero lue-

go he ido muchas veces en coche, y sepa usted que ya no me mareo.

EMPRESARIO.

Lo creo, mi vida, lo creo sin que me lo jures, y....

Pero yo no he venido aquí á charlar, sino á traer á su merced la casaca que ha de estrenar pasado mañana, que es día de Corpus. ¿Se la quiere su merced probar?

EMPRESARIO.

Con mucho gusto.

CATALINA.

¡Y vaya una casaca!, de un paño que parece un tafetán.... tornasolado..... En mi lugar se llama este color, de ala de mosca..... Y de un corte....

EMPRESARIO.

Las mangas están un poco estrechas.

CATALINA.

¡Tanto mejor!, así se marca más lo torneado del brazo.... ¡Jesús! y ¡qué chulo está usted!

EMPRESARIO.

¿De veras?

CATALINA.

Cuando le digo á usted que se puede pagar dinero por verle.

EMPRESARIO.

(Aparte.) Saben ustedes que esta joven no sólo es bonita, sino que tiene mucho talento.

CATALINA.

¡Ay, señor! no se quite usted, por Dios, esa casaca, ni para dormir.

EMPRESARIO.

(Aparte.) ¡Me parece que le he dado flechazo! Oye, Blasita... supongo que hasta ahora tu corazón ha estado libre, y....

CATALINA.

¿Mande usted?

EMPRESARIO.

En otros términos, ¿supongo que todavía no has tenido ningún quebradero de cabeza?

CATALINA.

¿No me la ve usted entera?

EMPRESARIO.

(Aparte.) Qué candorosa es. Te preguntaba si habías tenido enamorado.

CATALINA.

¡Oh! no. ¡Ah! sí....

EMPRESARIO.

¡Cómo! ¿ya has tenido un....?

CATALINA.

Y lo tengo todavía.... pero tan chiquito.... tan chiquirritito, que no puede contenerse por medio.

EMPRESARIO.

Pues qué, ¿es algún niño de las capuchinas?

CATALINA.

No, señor, es un tamborcito.

EMPRESARIO.

¡Un tambor!

CATALINA.

De cazadores.... con honores de pito.... y no mal parecido, eso es otra cosa.

EMPRESARIO.

Algún muchachuelo de doce á trece años.

CATALINA.

Ya hizo los diecisiete.... sino que es chaparrito, y..... Se llama Juanito Torbellino; por señas que le viene el apellido de molde.

EMPRESARIO.

¿Por qué?

CATALINA.

Porque es algo quimerista; y tres desafíos ha tenido ya esta semana, y como maneja muy bien el sable, en los tres ha corrido sangre.

EMPRESARIO.

¡Ay, Dios mío!

CATALINA.

El primer desafío fué porque uno me miró de lado; el segundo, porque me miraron de frente; y el tercero, porque no me miraron de ningún modo.

EMPRESARIO.

Pues entonces con este hombre no hay escapa toria.... Mira, hija, hablemos claro.... si quie res que yo te proteja.... y que te compre una cruz de oro.... francés, y un hilo de perlas.... falsas, es necesario que te deshagas de tu Tor bellino....

CATALINA.

Es, que sepa usted que viene por camino derecho....

EMPRESARIO.

Vendrá por el camino que tú quieras.... pero es muy mal criado, y muy expuesto, y muy...

BARBA.

(Dentro.) Es preciso que yo le hable.

EMPRESARIO.

¡Santo Dios....! El barba.... Anda, hija, anda, que no quiero que te vean.... Por ahí encontrarás otra escalera que también baja al zaguán.

CATALINA.

Pues quédese usted con Dios.

EMPRESARIO.

Cuidado que vuelvas mañana.... mira que tenemos que concluir nuestra conversación.... ¿No es verdad que volverás?

CATALINA.

Volveré.

EMPRESARIO.

(Le besa la mano.) Adiós, chula.

CATALINA.

Adiós, señor. (Se va por una puerta del lado.)

ESCENA VII

EL EMPRESARIO, Y LUEGO EL BARBA.

EMPRESARIO.

¡Qué lástima que no sea de sangre real....! y sobre todo, que conozca al tal Torbellino.... porque eso de que uno no sepa ni cómo mirarla.... ó cómo no mirarla....

BARBA.

¡Empresario! ¡Empresario....! Grandes noticias.

EMPRESARIO.

¿Qué ha sucedido?

BARBA.

Estupendas.... Magníficas.... Y aquello que te dije salió exactísimo.

EMPRESARIO.

¿Aquello que me dijiste?

BARBA.

Qué, ¿ya no te acuerdas de lo de la Princesa polaca?

EMPRESARIO.

¡Ah! sí.... (Aparte.) Y en efecto, la Blasilla es capaz de hacerme olvidar media Polonia.

BARBA.

Ya está la cosa muy adelantada.

EMPRESARIO.

¿Le hablaste ya?

BARBA.

No.

EMPRESARIO.

¿Pero la verías por lo menos?

BARBA.

Tampoco.

EMPRESARIO.

¿Te escribió?

BARBA.

Ni una letra.

EMPRESARIO.

¿Te envió algún recado?

BARBA.

Una Princesa no se compromete tan fácilmente.

EMPRESARIO.

Pues entonces, ¿en qué diablos adelantaste?

BARBA.

En que ya sé cómo se llama.

EMPRESARIO.

Algo es.

BARBA.

Se llama, S. A. S. Cunegunda, Alejandra, Bertha, Alfonsina....

EMPRESARIO.

¿Todavía más nombres?

BARBA.

Sebastiana, Melchora....

EMPRESARIO.

¿Acabarás....?

BARBA.

Poloski y Potehniski.

EMPRESARIO.

Apellidos verdaderamente polacos.

BARBA.

Tuve la dicha de tropezar en el café con un cuñado de una prima de la madrasta de la mujer de su portero, y éste, como relacionado en cierto modo con la familia, me pudo responder á todas mis preguntas.

EMPRESARIO.

¿Y es joven?

BARBA.

Quien, ¿el cuñado de la....?

EMPRESARIO.

No, la Princesa.

BARBA.

¿Creerás que no le he preguntado?

EMPRESARIO.

Pero te habrá dicho siquiera que es bonita.

BARBA.

¿Qué necesidad había de informarse de eso...? Una Princesa....

EMPRESARIO.

¡Ay hijo!, que las he conocido yo hasta con color de hígado.

BARBA.

Lo único que me interesaba era averiguar el nombre con que le había de saludar cuando me encontrara en su presencia, y también si era cierto que estaba loca por mis pedazos.

EMPRESARIO.

En lo que, según lo contento que estás, ya no te cabrá duda?

BARBA.

En cuanto á que está loca, parece que es positivo, y en cuanto á lo segundo, es más que probable, porque mi informante conviene en que S. A. se chifló de puro amor por uno de los principales personajes de nuestro teatro.... Y ya ves tú, que, modestia aparte, ninguno me puede disputar....

EMPRESARIO.

Es que yo soy, si vamos á eso, el principal de todos los principales personajes de nuestro teatro.... como que soy el Empresario.... y quién sabe si....

BARBA.

Hombre, el empresario no es personaje en ningún teatro, sino el día que paga.... (Mira el reloj.) ¡Cielos!, ¡las once!, y hay un cuarto de legua desde esta casa hasta la de las fieras.... Adiós, adiós. (Vase.)

ESCENA VIII.

EL EMPRESARIO Y LUEGO NICOLAS

EMPRESARIO.

¡Conque uno de los principales personajes de este teatro es el sér afortunado que ha podido destornillar el serenísimo cerebro de la Princesa Cunegunda! ¿Y por qué no podía yo ser ese personaje....? ¿Por qué no hubiera podido verme su alteza en una de las muchas noches en que saco la cabeza por el agujero del apuntador, para cerciorarme de si hay ó no entrada....? Todo cabe en lo posible.... Aunque si he de decir lo que siento, aquella Blasa tan graciosa y tan pispireta me tiene aún tan preocupado, que....

NICOLAS.

(Entra corriendo.) Señor, señor, una visita....

EMPRESARIO.

¡Una visita....!

NICOLAS.

Una dama, una dama de alta categoría.

EMPRESARIO.

¿Una dama de alta categoría?

NICOLAS.

No puede menos de serlo, porque trae tres libras de albayalde en la cara.

EMPRESARIO.

¿Y tirabuzones?

NICOLAS.

Y tirabuzones.

EMPRESARIO.

¡Dios mío, si será mi Princesa!

NICOLAS.

Cabalito.... Una Princesa es, según me dijo.

EMPRESARIO.

¿La Princesa Cunegunda?

NICOLAS.

Eso es, la Princesa de la cuna que se hunde.

EMPRESARIO.

¡Oh! ¡Qué fortuna! Y el otro bárbaro que la va á buscar á la casa de las fieras.

NICOLAS.

Ya llega.... Por señas que no me parece que está muy en sus trece.... porque trae unos ojos tan desencajados....

ESCENA IX

DICHOS, Y CATALINA.

CATALINA.

¿En dónde está, en dónde está mi adorado Empresario?

EMPRESARIO.

¿Qué, señora, sería yo acaso el mortal...?

CATALINA.

¡Oh, usted, Marqués, por aquí....!—¿Cómo está usted....?—Buena, á la disposición de usted.... Algo afectada de los nervios.... ¿Y la señora y los niños?—A propósito de niños... ¿Ha visto usted, por ventura, á mi adorado bien? Si supiera usted.... por agradarle, unas veces me transformo en Ninfa, otras en Náyade, en Dríada, en Amadriada....

NICOLAS.

(Bajo á su ama.) ¿En ama de qué....?

EMPRESARIO.

(Idem.) Calla, no me distraigas.

CATALINA.

En vano le llamo con una pirueta.... ni siquiera me contesta con un simple pas de basque!

EMPRESARIO.

(Aparte.) ¡Cómo me interesa!

CATALINA.

¡Ah! ¡Qué desgraciada soy! ¡Adorarle, y no querer mi marido que me case con él!

NICOLAS.

(Riendo.) Ja, ja, ja. ¡Y los desatinos que ensarta!

CATALINA.

¡Qué oigo! ¿Quién es el temerario que se atreve á reir en mi presencia....? ¡Hola! guardias, pajes, escuderos; que le prendan; que le carguen de cadenas.

NICOLAS.

¡Ay, Virgen Santísima! ¡Si será cierto que me puede enviar al grillete!

CATALINA.

¡Qué peso siento en la cabeza! ¡Me encuentro tan lánguida! ¡He dormido tan mal...! ¡Apuesto á que tengo unas ojeras....! Estaré hoy horrible.... Si hubiera por aquí un espejo.... Allí creo que hay uno.... Sí, y es de cuerpo entero... Voy á ver si espanto.... (Descorre las cortinas del espejo, y se mira.) No, pues no estoy tan descolorida como me figuraba, ni mis ojos están tan dormidos, ni.... Qué bien entallado está este vestido.... ¡Cómo me gustan las mangas!; marcan bien el contorno del brazo.... ¡Tampoco estoy mal calzada....! Ya se ve que no lo estoy... Estoy segura de que si me viera ahora mi primo el gran Duque.... el que decía que me parecía tanto á la Taglioni.... en esta actitud, por ejemplo.... ó en esta....
(El Empresario estornuda.)

NICOLAS.

Dominus tecum.

CATALINA.

(Corriendo la cortina.) ¡Válgame Dios, qué ruido es éste!

EMPRESARIO.

¡Chitón!

CATALINA.

Creí que alguno me escuchaba.... Pero no veo á nadie.... Sólo allí advierto á lo lejos una especie de promontorio.....

NICOLAS.

(Bajo á su amo.) Habla sin duda de su barriga de usted.

EMPRESARIO.

(Idem.) Qué sabes tú de Geografía, estúpido.

CATALINA.

Vaya, son ilusiones, desvaríos de una cabeza volcánica.... (Vuelve á descorrer la cortina.) Volvamos al espejo, y ya que estoy sola.... y que me reconozco en este momento con cierta elasticidad, con cierta morbidez.... veamos si me acuerdo de aquel solo que bailé en Varsovia cuando se coronó Nicolás.

NICOLAS.

(Bajo al Empresario.) ¿Qué me habrán coronado á mí sin saberlo?

EMPRESARIO.

(Idem.) A que te corono yo de un manazo como vuelvas á decir esta boca es mía.

CATALINA.

(Baila delante del espejo.) Empecemos.

EMPRESARIO.

¡Divino! ¡Delicioso!

CATALINA.

(Corre la cortina.) ¡Cielos!

EMPRESARIO.

Perdone V. A., pero me fué imposible contener por más tiempo la irrupción entusiasta que se escapó del cráter de mi sensibilidad.

CATALINA.

¡Ah! todavía no se ha ido el Marqués.... ¡Pobres Marqués! ¡Tan buen amigo, tan indulgente! Ce, ce. (Le hace señas de que se acerque.)

EMPRESARIO.

(Acercándose.) ¿Me llama V. A.?

NICOLAS.

(Tirándole de la casaca.) No se acerque su merced tanto; no se fíe su merced.

EMPRESARIO.

(Bajo á Nicolás.) ¿Qué puede hacerme.... una mujer tan linda....?

NICOLAS.

Es que las mujeres lindas también muerden.

CATALINA.

(Tomándole la mano.) Más cerca.... más cerca.... ¡Ah! mi querido amigo, venga usted.... venga usted á consolarme... á compadecerme... á que hablemos de aquel cruel.... Si viera usted cómo me trata.... Si le miro, aparta los ojos.... Si le llamo, no me responde.... (Llora.) ¡Ah! no puedo contener las lágrimas.... Pero, por Dios, no le diga usted que he llorado, porque se reiría y se burlaría de mi llanto.

NICOLAS.

(Llorando.) Y yo también lloro como un cuadrúpedo de sólo verla.

EMPRESARIO.

¡Ah, señora! ¡Crea usted que aquél que ama no puede resistir á tanto amor....! (De rodillas.) Y á vuestros pies jura....

CATALINA.

Chitón.... Cállese usted.... no le ve usted allí.... Allí está....

EMPRESARIO.

(Levantándose.) ¿Quién, señora?

CATALINA.

Mi dueño, mi amante.... trasformado en mariposa.

NICOLAS.

¡Mi amo mariposa!

CATALINA.

(Corre de un lado á otro.) ¡Si le pudiera coger....! Ahora.... Se me escapó.... Aquí, sobre este rosal.... Tampoco.... Sobre aquel naranjo.... Ya lo cogí. (Hace que lo coge sobre las narices de Nicolás.)

NICOLAS.

¡Ay, mis narices!

CATALINA.

Aquí está.... ¡Ah pérfido! no te me irás ahora; voy, voy á ponerte debajo de una campana de cristal. (Vase corriendo.)

EMPRESARIO.

Corre, Nicolás, síguela, no vaya á rodar la escalera.

ESCENA X

EL EMPRESARIO Y LUEGO EL BARBA.

EMPRESARIO.

¡Esto se llama inspirar una pasión! ¡Ni yo mismo lo creería si no lo hubiera visto con mis propios ojos....! Es inconcebible.... En estos tiempos.... En estos tiempos de hielo y de agua de chía, volverse una mujer loca.... ¡achicharrada de amor....! Vaya, es un fenómeno que sólo á mí me sucede.... Lo que más me divier-

te en este asunto, es el necio orgullo del barba, que se había figurado que él era el dichoso ... ¡Qué imbécil, estando yo de por medio, lisonjearse....

BARBA.

(Al entrar y aparte.) ¡Pobre Empresario,; no le digamos nada de mi aventura.

EMPRESARIO.

(Al entrar y aparte.) ¡Pobre Empresario!; no poco de él.

BARBA.

¿Y bien, mio caro, has dormido ya tu siesta de carnero?

EMPRESARIO.

Y á tí, mio dilectto, te ha ido bien en tu paseo?

BARBA.

¿Viste en sueños á alguna Emperatriz.... de hermosura?

EMPRESARIO.

¿Encadenaste á tu carro alguna nueva víctima, allá en la casa de las fieras?

BARBA.

Pues mira, no he empleado tan mal mi tiempo desde que me separé de tí.

EMPRESARIO.

Lo creo, debes estar muy satisfecho.

BARBA.

¿Qué, ya sabes lo que me ha sucedido?

EMPRESARIO.

Me lo figuro.

BARBA.

Qué quieres.... la culpa en parte es tuya.... Si me hubieras acompañado....

EMPRESARIO.

Si tú no te hubieras movido de aquí....

BARBA.

No la hubiera visto entonces.

EMPRESARIO.

Sí la hubieras visto entonces.

BARBA.

¿Aquí?

EMPRESARIO.

Aquí; por señas que no sé cómo no has tropezado con ella en la escalera.

BARBA.

Ja, ja, ja. ¡Y qué chuscada!, cuando me he estado paseando con ella de bracete en el jardín público.

EMPRESARIO.

¿Con la Princesa Potoski?

BARBA.

Con la Princesa Potoski.

EMPRESARIO.

¡Imposible!

BARBA.

Y tan posible, como que me dió á guardar la sombrilla, el abanico, el ridículo y su perrita doga.... Todavía me duelen los brazos de la carga.

EMPRESARIO.

(Enfadado.) Pues yo te declaro que todas esas son imposturas, porque ella no se ha separado de mí ni un instante, y no traía sombrilla, ni abanico, ni ridículo, ni perra doga.

BARBA.

¡Embustero!

EMPRESARIO.

(Cogiendo una silla.) ¡Calumniador!

BARBA.

(Idem.) ¡A mí calumniador!

EMPRESARIO.

¡A mí embustero!

BARBA.

¿A que te rompo la cabeza?

EMPRESARIO.

¿A que si rompes la silla me la pagas de tu semana?

BARBA.

(Dejando la silla.) Esas son chanzas muy pesadas.

EMPRESARIO.

(Idem.) Y tus indirectas muy directas.

BARBA.

Yo no te dije más sino que mentías.

EMPRESARIO

Y yo sólo que calumniabas.

BARBA.

Pues ese es un insulto.

EMPRESARIO.

¿Y el tuyo es acaso un requiebro?

BARBA.

Me darás una satisfacción.

EMPRESARIO.

Como gustes.

BARBA.

Nos desafiaremos.

EMPRESARIO.

Nos desafiaremos.

BARBA.

Con espadas.

EMPRESARIO.

O con pistolas.... Las tengo de seis tiros.

BARBA.

Enhorabuena.... Con pistolas.... Desafío á muerte..... A ochenta pasos.

EMPRESARIO.

A doscientos, si quieres.... á mí no se me arruga el ombligo por diez pasos más ó menos.

BARBA.

¡Sostenerme que la Princesa no me adora!

EMPRESARIO.

¡Negar que ha estado aquí!

BARBA.

Eres un mandria.

EMPRESARIO.

Y tú una gallina.

BARBA.

(Cogiendo la silla.) ¡A mí gallina!

EMPRESARIO.

(Idem.) ¡A mí mandria!

ESCENA XI

DICHOS, Y CATALINA DE TAMBOR

CATALINA.

Buenos días, caballeros.

BARBA.

Calle, y ¿quién será este pequeño Bonaparte?

CATALINA.

Con perdón de usted, señor botijón, ¿sería usted, por ventura, el Empresario?

EMPRESARIO.

Ese soy yo.....¿Qué quería usted?

CATALINA.

Nada, ¿qué he de querer...? Una bagatela... En primer lugar, decirle á usted, que cuando me bautizaron tuvieron la feliz ocurrencia de llamarme Juanito Torbellino.

EMPRESARIO.

¡Qué oigo!

CATALINA.

Mi nombre y mi apellido nada más.... Y ahora le falta á usted que oir que yo soy aquel tambor de cazaderos de quien habló á usted la niña Blasita.... la oficiala de la sastra, con quien us-

ted en esa misma sala, y no hace todavía un cuarto de hor, se ha permitido ciertas libertades.

BARBA.

¡Hola! ¡Hola! ¡Conque te permites tú también libertades con la gente de delantal!

CATALINA.

Por lo que, y si usted no lo lleva á mal, vengo con el ánimo de atravesarle á usted de parte á parte con este monda dientes.

EMPRESARIO.

¿Está usted en su juicio....? Ni yo conozco á usted, ni sé lo que me dice, ni....

CATALINA.

Señor contratista de constipados, usted falta á la verdad.... (Señalando al Barba.) Y si no, que lo diga este timbal de macarrones que tenemos aquí, y que será nuestro juez.

BARBA.

(Incomodado.) ¡Botijón! ¡Timbal de macarrones!

CATALINA.

Pues qué, ¿quiere usted acaso pasar por alfeñique, papá grande? (Dándole una palmada en el vientre.)

BARBA.

Estese usted quieto.... ¿Se le figura á usted que mi barriga es una tambora?

EMPRESARIO.

En resumidas cuentas, ¿nos quiere usted dejar en paz, y largarse?

CATALINA.

Es que yo no soy de aquellos que matan á un hombre sin decirle por qué.... Y como ha llegado á mi noticia que usted ha tenido sus dares y tomares con la niña de mis ojos, y que la dió usted un beso....

EMPRESARIO.

¡Fué en la mano!

CATALINA.

Pero siempre fué beso, y vive bríos....

BARBA.

(Al Empresario.) ¡Oh! ¡qué escena tan graciosa! ¿Conque esa era la famosa conquista de que tanto te vanagloriabas?

CATALINA.

¡Cómo es eso de conquista....! ¿Usted conquistar á mi Blasa?

EMPRESARIO.

Qué Blasa, ni qué....

CATALINA.

Es que, es mía; sí, señor, mía y muy mía.

EMPRESARIO.

Pues cómasela usted en empanada, con tal que yo no vuelva á ver á usted.

BARBA.

Ja, ja, ja. El que decía que no le cuadraba gente plebeya, y salimos con que ha estado enamorando una....

CATALINA.

(Dando media vuelta.) ¿Una qué?

BARBA.

Una....

CATALINA.

¿Una qué? ¿Una qué?

BARBA.

Una costurerilla....

CATALINA.

(Saca el sable.) Esto ya no se puede sufrir, y ahora lo veremos.

BARBA.

Pero señor, la que cose por oficio, ¿cómo se llama?

CATALINA.

Yo no entiendo de filosofías...... En guardia: póngase en guardia!

EMPRESARIO.

Yo me escurro. (Vase.)

BARBA.

No se aproxime usted, hombre, que el diablo las carga.

CATALINA.

En guardia, repito, ó le rebaño á usted como si su cabeza fuera una calabaza.

BARBA.

¡Que me matan! ¡Que me degüellan....!

ESCENA XII.

NICOLAS, CATALINA Y EL BARBA.

NICOLAS.

¿Qué alboroto es éste? ¿A quién han degollado?

BARBA.

A mí.... ¿No lo estás viendo....? Contenle, por Dios.

NICOLAS.

Por Dios, señor militar....

CATALINA.

(Bajo á Nicolás.) No tengas miedo, todavía soy yo.

NICOLAS

Ja, ja, ja.

BARBA.

¿Y por qué te ríes, animal....? Más valiera que arrojaras á ese hombre por la ventana.

NICOLAS.

¡A ese hombre....! Ja, ja, ja.

CATALINA.

Silencio.... y basta de escándalo.... (Limpiando el sable.) Y pues ya hemos matado todo lo que podíamos matar con semejantes bucéfalos, envainemos.... que si alguno se resiente de lo que he dicho ó he hecho, fácil le será encontrar á Juanito Torbellino, tambor de la primera de cazadores.... ¿Estamos? ¿Nadie chista....? Pues atención: media vuelta á la derecha.... Paso acelerado: ¡marchen! Ta, ta, ta, ta, ta, ta, ta, ta.... (Vase.)

ESCENA XIII

BARBA, NICOLAS Y LUEGO EL EMPRESARIO.

BARBA.

Ouf.... y qué maldito muchacho..... si no tiene una legión de diablos en el cuerpo.... Me he sofocado: pero yo le juro que hoy mismo le he de hablar á su coronel, y he de hacer que le pudran en el calabozo á pan y agua.... ¡Bonito soy yo cuando me enfado!

NICOLAS.

Pero ¿por qué no le ha dado usted un sopla mocos?

NICOLAS.

¿Y el sable, hombre, y el sable?. ¿No ves que mientras yo le soplaba los mocos, me podía haber soplado las orejas de una cuchillada?

NICOLAS.

Y hubiera sido chasco, porque un Barba mocho.....

EMPRESARIO.

(Sacando la cabeza.) ¿Se fué ya?

BARBA.

¿Pues no se había de ir?

EMPRESARIO.

Entonces, Nicolás, anda, atranca la puerta, y no me dejes entrar á ninguno, aunque venga el lucero del alba, que ya estoy harto de bullas y de impertinencias.

NICOLAS.

¿Conque digo á todo el mundo que ha salido usted?

EMPRESARIO.

A todo bicho viviente.

BARBA.

Pero, Empresario, ¿y si viene alguna pretendiente á solicitar algunas de las plazas que tenemos vacantes, y que tanta falta nos hacen? ¿No será conveniente que siquiera para ellas estuvieras visible?

EMPRESARIO.

No, no, que vuelvan mañana.... Hoy no estoy para visitas ni para ajustes. Además, qué bailarina quieres que venga, ni qué graciosa, ni qué característica.... En esta ciudad no hay nada, no hay ninguna.... Las cartas que he escrito á los corredores, apenas habrán llegado á sus destinos, cuando más....

BARBA.

Eso es verdad; pero quién sabe.... á veces...

EMPRESARIO.

Sí, sí, abre la boca por si te cae el maná.

BARBA.

¡Paciencia! y apechuguemos todas las noches con dramas patibularios.

EMPRESARIO.

¡No hay remedio! Mientras que no haya con qué variar, habrá todas las noches que rellenar de muertos la concha del apuntador.

BARBA.

Como no tengamos todavía que descuartizar en una de estas noches al apuntador.

EMPRESARIO.

¡Ojalá! ¡Me daría una magnífica entrada!

BARBA.

No hay duda que sería escena de gran efecto.

EMPRESARIO.

Esto es si se hacía á lo vivo.... Y no sé, bien sabe Dios, cómo nuestros autores románticos no han tentado esta pequeña variante.

NICOLAS.

¿Conque atranco, ó no atranco?

EMPRESARIO.

Sí, sí, atranca, atranca, y que ni moscas pasen.

NICOLAS.

(Se dirige hacia la puerta.) Pues manos á la obra.

BARBA.

Espera un momento

EMPRESARIO.

Pero ¿por qué?

BARBA.

Se me ocurre una idea

NICOLAS.

¡Oiga! ¡También los barbas tienen ideas!

BARBA.

¿Insistes en que nos encerremos?

EMPRESARIO.

Herméticamente.

BARBA.

Para libertarnos de importunos.

EMPRESARIO.

Y de tambores de cazadores.

BARBA.

Eso quiere decir que no esperas otras visitas.

EMPRESARIO.

No.

BARBA.

Pues yo sí.... Y si vinieran y se encontraran con la puerta cerrada, no nos lo perdonarían jamás.

EMPRESARIO.

Pero, hombre, ¿qué visitas esperas tú y en mi casa?

BARBA.

Quién sabe si la Princesa me habrá hecho seguir, y sabiendo que he entrado aquí.... venga.

EMPRESARIO.

Volvemos á las andadas.... No te digo....

NICOLAS.

Que suben la escalera.

EMPRESARIO.

Cierra.

BARBA.

Detente.

NICOLAS.

Y es mujer, según lo blandito que pisa.

BARBA.

¿Mujer? Pues es mi Princesa.

EMPRESARIO.

Si será Blasilla....

BARBA.

Salgamos á recibirla.

EMPRESARIO.

Corramos. (Se dirigen los dos á la puerta.)

NICOLAS.

Ya está aquí.

ESCENA XIV.

CATALINA, DE VIEJA, Y LOS DICHOS

CATALINA.

¡Alabado sea Dios!

EMPRESARIO.

¡Una vieja! ¡Maldición!

NICOLAS.

¡Una vieja! Retortijón de tripas les ha dado á los dos el chasco que se han llevado.

CATALINA.

Caballeros, si lo sois, me quieren decir.... Ay qué escalera, es capaz de reventar al caballo del Rey D. Sancho!... Si alguno de ustedes.... ¡Ay! ya me dió la tos....

EMPRESARIO.

Así reventaras.

CATALIÑA.

Ya se ve.... Como me salí en ayunas.... Y oí cinco misas.... Y después me reconcilié.... Y luego me quedé al sermón....

EMPRESARIO.

Pero señora....

CATALINA.

Porque aquel padre D. Timoteo, tiene un piquito de oro; y unas mancuernas de topacios.... que en cuanto sube al púlpito....

EMPRESARIO.

Voto va....

CATALINA.

¡Jesús! ¡Un voto va! Pues eso es jurar, criatura.... y eso es pecado.... Precisamente así lo dijo hoy el padre D. Timoteo.... Porque la

impaciencia.... Maldita tos.... Y la cólera.... Condenado boticario, que no me ha querido vender cuartilla de malvabisco.... ¡Si lo cogiera ahora entre mis uñas....!

BARBA.

Pues no hay duda, señora, que le ha aprovechado á usted el sermón del padre.

CATALINA.

Es que, ha de saber usted....

EMPRESARIO.

Lo que nosotros tenemos que saber, señora, es quién es usted.... y lo que nos quiere usted.... Lo demás no nos importa.... ¿Me entiende usted? Ni es justo que nos haga usted perder el tiempo en oir vaciedades.

CATALINA.

Y superfluidades también, tiene usted razón... Otro tanto le dijo el ángel á Nabucodonosor.

EMPRESARIO.

¡Aprieta!

CATALINA.

Por otro nombre, el Bruto de Babilonia....

EMPRESARIO.

No soy yo poco bruto en aguantar á usted....

CATALINA.

Cuando se le apareció allá en la Asiria....

EMPRESARIO.

(Hace que se va.) Pues quédese usted en Asiria, si gusta, que yo me voy á mi recámara.

BARBA.

No tal, no tal.... ven acá.... que hablando se entiende la gente.... Esta señora nos dirá al cabo cómo se llama.

CATALINA.

Mariquita de la Luz, para servir á Dios y á ustedes también, caballeros.

BARBA.

Y lo que quiere....

CATALINA.

¡Toma! ¿Y qué he de querer? Ajustarme.

BARBA.

¡Ah! es usted actriz.

CATALINA.

Y buena: no es porque yo lo diga, sino porque....

BARBA.

Lo creo, señora, lo creo.... y si yo fuera el Empresario....

CATALINA.

¿Qué, no lo es usted?

BARBA.

No, señora, soy el Barba de esta compañía.

CATALINA.

Brava cabeza de peluca.... Quiero decir, para una peluca de barba.... Ni cortada.... Dios se la conserve á usted.

BARBA.

Amén.

CATALINA.

Pero entonces, ¿quién es el que me ha de ajustar?

BARBA.

El señor es el Empresario.

CATALINA.

Así lo creí en cuanto ví al señor.

BARBA.

(Bajo al Empresario.) Oye, si le habrás dado flechazo.

EMPRESARIO.

(Idem.) Eso me faltaba para ahorcarme. ¡Estantigua más horrible!

CATALINA.

(Al Empresario.) Sé, caballero, que tiene usted en la compañía varios destinos vacantes; y como hace cincuenta y cuatro años que soy de la profesión, venía....

EMPRESARIO.

Perdone usted, señora, desgraciadamente ya no tengo destino ninguno vacante. Anoche mismo me comprometí con varias actrices....

CATALINA.

¿Qué tendría usted ya dama joven?

EMPRESARIO.

Pero, ¿qué, quería usted por ventura....?

CATALINA.

¿Por qué no? Me parece que todavía.... en estirando un poco el cútis con clara de huevo y afinando un sí es no es la voz....

EMPRESARIO.

No señora, no señora, no se incomode usted, tengo ya dama joven.

CATALINA.

¿Y de carácter?

EMPRESARIO.

Y de carácter.

CATALINA.

¿Y también segunda dama?

EMPRESARIO.

También: repito á usted que tengo todas las plazas cubiertas.

CATALINA.

En fin, cómo ha de ser, me resignaré y haré las viejas.

BARBA.

(Bajo al Empresario.) Tiene razón, las hará sin trabajo.

EMPRESARIO.

Imposible, no hace dos horas que firmé la escritura de la señorita....

CATALINA.

¡Qué fatalidad! ¿Conque de nada me puede usted ajustar?

EMPRESARIO.

De nada.

BARBA.

(Aparte.) Divertámonos todavía un poco. (Alto al Empresario y riéndose.) Oye, chico, ¿pues no me dijiste ahora mismo que te faltaba aún la primera bailarina?

EMPRESARIO.

(Riéndose y mirando á Catalina.) En efecto... Ja, ja, ja.... se me había olvidado; y siempre que esta señora.... ja, ja, ja.... se encuentre bastante ágil....

BARBA.

Lo que es el talle.... ja, ja, ja.

CATALINA.

¿Primera bailarina dice usted?

EMPRESARIO.

Primera bailarina es lo único en que....

CATALINA.

¿Qué sueldo tiene?

EMPRESARIO.

(Aparte.) No importa que echemos por largo. (Alto.) Si fuera buena, la pagaría bien; treinta mil francos, por ejemplo.

CATALINA.

Treinta mil francos.... No es mal bocado por cierto.... Y sepa usted que la cosa merece reflexionarse.

EMPRESARIO.

Por supuesto.

CATALINA.

¿Y ha de bailar mucho?

EMPRESARIO.

Tres veces por semana, y en todos los géneros.... Bucólico....

BARBA.

Trágico....

EMPRESARIO.

Mitológico....

BARBA.

Melodramático.....

EMPRESARIO.

De Ninfa.

BARBA.

De Paraninfa.

EMPRESARIO.

De bruja.

CATALINA.

Pues vuelvo á mi tema, la cosa merece reflexionarse.

EMPRESARIO.

Hay más que lo reflexiones usted....

CATALINA.

Sí, señor.... Vamos atando cabos.... Treinta mil francos.... Tres veces por semana.... Todos los géneros.... Y el caso es que yo no sé reflexionar cuando tengo gente delante.

EMPRESARIO.

Nos iremos.

CATALINA.

No, no señor.... con tal que ustedes se callen y me dejen á mí sentar en cualquier rincón.... Allí, sin ir más lejos, en aquella silla....

EMPRESARIO.

Y nosotros, para no distraer á usted, nos retiraremos al rincón opuesto....

CATALINA.

Bien dicho.... (Se sienta.) Treinta mil francos.... Tres veces por semana....

EMPRESARIO.

(Llevando al Barba al otro extremo del foro.) Ven, dejémosla entregada á sus meditaciones.

BARBA.

(Riendo.) Pobre niña, no sabe reflexionar cuando ve gente.

EMPRESARIO.

(Idem.) Es tan tímida....

BARBA.

Como que no tiene más de cincuenta y cuatro años de profesión.

EMPRESARIO.

(Siempre riendo.) Se equivocó, los tiene sólo de vieja. A bien que si no la ajusto, se podrá siempre colocar en cualquiera casa, de pilmama.

BARBA.

Pero ¿qué le ha sucedido que no da señal de vida?

EMPRESARIO.

¿Si se habrá dormido?

BARBA.

Sabes que me lo voy temiendo.

EMPRESARIO.

Toseré por ver si la despierto. (Tose.)

BARBA.

Y yo silbaré (Silba.)

EMPRESARIO.

Ni por esas.....

BARBA.

¡Caramba.....! ¡Si se habrá desmayado! (Acercándose.) ¿Doña Mariquita?

EMPRESARIO.

¡Luchita!—(Catalina aparece por el foro bailando.)—¡Qué veo!

BARBA.

¿Qué quiere decir esto?

CATALINA.

Que acepto los treinta mil francos, y hoy mismo, si no pulsan ustedes inconveniente, firmaré mi compromiso.

EMPRESARIO.

¡Cielos! ¡Sería posible! ¿Pues y la vieja?

BARBA.

(Desenvolviendo el manto y mirando que no hay nada.) Se liquidó.

CATALINA.

La vieja, señor Empresario, se volvió muchacha; pero nó menos está pronta á arrugarse de nuevo tal cual vez, cuando así lo exijan, el servicio de un público que tanto desea complacer, y los intereses de usted.

EMPRESARIO.

¡Bravo....! Ni una palabra más.... Primera bailarina: primera característica....

BARBA.

Aquí hay tinta y papel....Yo quiero extender el contrato. (Se sienta á escribir.)—Teatro Principal de etc., etc.... La Empresa, deseosa de utilizarse de los talentos de la señorita doña.... ¿Cómo es su gracia de usted, señorita?

CATALINA.

Yo me llamo Blasa.... y soy la ahijada de mi madrina.... y nací en mi lugar: y todo para servir á su merced, si es que su merced se quiere servir de mí. (Hace una cortesía ridícula.)

EMPRESARIO.

¡San Trifón me valga!

BARBA.

Y á mí Santa Cananea.

CATALINA.

Pero si á ustedes pareciere que este nombre de Blasa no es el que conviene á la parte que voy á desempeñar, me llamaré entonces, con per-

dón de ustedes, Cunegunda, Alejandra, Berta, Alfonsina....

EMPRESARIO.

¡Qué escucho!

CATALINA.

(Con el mismo tono que antes.) Poloski y Potehniski....—¡Ah! ¡qué desgraciada nací! Adorarlo y no querer mi marido que me case con él!

BARBA.

¡Oh!

EMPRESARIO.

¡Ah!

CATALINA.

En fin, por apellido no hemos de quedar.... Un hermano tengo que es tambor de cazadores...

EMPRESARIO.

Lo que usted tiene, niña de mis ojos, es mucha gracia y mucha habilidad.... Y lo que yo sé es, que no saldrá usted de aquí sin firmar su contrato.... Aunque sea usted actriz anónima.

CATALINA.

No, tanto como eso....

BARBA.

Ea, ya está extendido.... firme usted.

CATALINA.

Enhorabuena. (Firma.)

BARBA.

Catalina Biancolelli.

CATALINA.

Servidora de ustedes. (Hace una reverencia.)

EMPRESARIO.

La hija de....

CATALINA.

Bernardino.... De su amigo de usted: sólo ese título podía haberme inspirado confianza para....

BARBA.

Para burlarse de todo un Barba.

EMPRESARIO.

Y para chasquear á todo un Empresario.

CATALINA.

¿Me perdonan ustedes?

EMPRESARIO.

Con el alma y la vida.... Ahora sólo falta que el público reciba á usted....

CATALINA.

¡Oh! no hay cuidado.... El público no se enfada sino con los soberbios, y es demasiado indulgente para que maltrate á la pobre Hija de un Payaso.

ESTELA

O EL PADRE Y LA HIJA

Comedia en un acto, imitada del francés.

PERSONAS

Soligni, antiguo militar.—Estela, su hija.—Raimundo, oficial de marina.—Frambal, notario y amigo de Soligni.—Jorge, criado de Soligni.



ACTO UNICO.

Sala con puerta y dos ventanas en el foro, dos puertas laterales, mesa y recado de escribir á la derecha del espectador; un buró á la izquierda, y un sofá más inmediato á la escena.

ESCENA I

RAIMUNDO Y JORGE.

RAIMUNDO.

¡Cómo! ¿Dice usted que no le puedo ver?

JORGE.

No señor, no le puede usted ver ni hablar.

RAIMUNDO.

Entrele usted por lo menos un recado.... Dígale usted que un joven oficial de marina desea tener el honor de presentarle sus respetos.

JORGE.

Imposible, mi amo no recibe á nadie.

RAIMUNDO.

Entonces, y aun cuando tenga poquísimo tiempo á mi disposición, volveré más tarde....

JORGE.

Hará usted muy mal.... Y lo mismo adelantará usted más tarde que ahora.... Ni vecinos ni forasteros consiguen nunca que se les admita en esta casa.... A mi amo le gusta vivir sólo con su hija, y....

RAIMUNDO.

¡Cosa más extraña!

JORGE.

Y ni aún siquiera sus criados podemos dirigirle á veces la palabra, sin exponernos á que se incomode y nos eche una andanada.... Aquí se sirve bien y se calla.... Lo contrario de lo que sucede en otras partes, en donde se sirve mal, y se habla mucho.... Lo que es, sin duda alguna, infinitamente más agradable y fácil.

RAIMUNDO.

Ciertamente: pero no menos es de admirar que....

JORGE.

Lo que es de admirar, caballero, es cómo el portero le ha dejado á usted subir la escalera,

con unas órdenes tan terminantes como son las que se le han dado.

RAIMUNDO.

Ahora sé yo que lo hay, porque la puerta de hierro estaba entreabierta, y porque usted es la primera persona que he encontrado desde que me apié del caballo, á quien poder preguntar por Mr. de Soligni.

JORGE.

Buen descuido por cierto.... No, pues si el amo lo llega á saber, no le arriendo la ganancia al tal Miguel.... Lo despedirá infaliblemente, por más canas que tenga.

RAIMUNDO.

Calle usted, que álguien se acerca.... ¿Sería por ventura su amo de usted?

JORGE.

No, señor.... También es forastero.... Y no parece sino que se han dado ustedes el santo.... ¡Dos visitas en un mismo día! ¡Jesús! no he visto tanta concurrencia en dos años que hace que vivo en esta casa.

ESCENA II

FRAMBAL Y DICHOS.

FRAMBAL.

Gracias á Dios que tropecé al cabo con algún ser viviente.... (A Raimundo.) Caballero, no sabe usted lo que me complace el hallar á usted aquí.... porque la vista de un joven.... de un militar.... tiene un no sé qué de calmante cuando uno entra por primera vez en un caserón como éste, con honores de castillo encantado.... y en donde ni siquiera hay perros que ladren.

JORGE.

Qué, ¿tampoco ha hablado usted con Miguel el portero?

FRAMBAL.

No, señor.... á nadie he visto.... Por señas que como no me ha hecho Dios muy valiente que digamos, empezaba ya á tener un poquito de pavura.... (Se oye un tiro.) ¡Canario! ¿Qué es esto? ¿Corremos algún peligro?

RAIMUNDO.

No, señor, no se asuste usted.

FRAMBAL.

Es que, como estamos solos, aislados al pie de los Pirineos....

JORGE.

Será Miguel que habrá visto pasar alguna bandada de perdices, y no habrá podido resistir á la tentación de matar alguna de ellas para cenarla en estofado esta noche.... Por eso dejaría el zaguán abandonado; y con eso se explica el por qué han podido ustedes colarse hasta aquí, como Pedro por su casa.

FRAMBAL.

Todo eso es muy probable. (A Raimundo.) ¡Conque, caballero mío, me hace usted el favor de conducirme á donde está Mr. de Soligni!

RAIMUNDO.

Ojalá pudiera; pero desgraciadamente se dirige usted á un malísimo introductor de embajadores.... Yo mismo deseo hablarle de un asunto de la mayor importancia para mí, y todavía no he podido conseguirlo, ni sé de qué medio valerme al efecto.... Es invisible, á lo que este buen hombre asegura; y no sólo no quiere recibir á nadie, sino que....

FRAMBAL.

¿No es más que eso? Pues tranquilícese usted, que.... Que yo haré que obtenga usted la deseada entrevista.... Yo se lo prometo á usted. (A Jorge.) Vamos, ¿en qué te detienes, mameluco? ¿Qué no me anuncias á tu amo, ó á su hija Estela?

JORGE.

Ya me guardaré yo muy bien de hacerlo....

Ayer, sin ir más lejos, se negó al prefecto y al general del departamento.... que vinieron paseándose desde Bañeras... Conque, figúrese usted... Usted que no es ni prefecto, ni general, según las trazas....

FRAMBAL.

Es que soy mucho más.... aquí donde tú me miras.... y en prueba de ello, te advierto que si no quieres que hoy mismo te planten en la calle á instancias mías, le entres al instante á tu amo esta tarjeta.... El nombre sólo que contiene.... y que tu amo espera con impaciencia.... bastará para que al punto desaparezcan, como por encanto, cerrojos, trancas, puentes levadizos y caballos de frisa.

JORGE.

(Asustado.) ¡Ay! ¡Virgen mia....! Pues ¿qué nombre es ese tan formidable?

FRAMBAL.

(Leyendo la tarjeta.) Sebastián Domingo Frambal, notario en Pau.

JORGE.

¡Notario!

FRAMBAL.

(Con importancia.) Notario real y del juzgado de capellanías.... Cuenta así con lo dicho, y marcha.

JORGE.

(Con respeto.) Sí, señor.... Voy á avisar á mi amo; pero como no hace mucho que le vi junto al estanque que está al otro extremo del parque, puede muy bien que tarde un rato en estar su merced de vuelta..... No se impaciente usted, pues, si tal sucede. (Vase.)

ESCENA III.

RAIMUNDO Y FRAMBAL.

RAIMUNDO.

¡Ah! ¿Conque usted es notario?

FRAMBAL.

Sí, señor.... y establecido en Pau.... Para lo que usted guste mandar.... ¿Usted sin duda habrá estado ya en Pau?

RAIMUNDO.

No, señor, nunca he tenido ocasión de....

FRAMBAL.

Tanto peor para usted.... porque Pau es una de las ciudades más interesantes de Francia.... Bien situada, con un magnífico río que la baña, y sobre todo, con un viñedo....! ¡Oh! si usted me hace algún día el honor de visitarme, ya verá usted qué buen vino se bebe por acá.... Y si entretanto.... como ya le he dicho á usted.... puedo servir á usted de algo,...

RAIMUNDO.

Muchas gracias, caballero, muchas gracias.... ¡Tanta bondad con un desconocido....!

FRAMBAL.

¿Acaso lo es usted para mí? ¿No le veo á usted con una charretera en el hombro, y cuando más con veinte años de edad?

RAIMUNDO.

Aun no los he cumplido.

FRAMBAL.

Mayor recomendación para mí.... Yo tengo un hijo que ha hecho ya los dieciocho, y que es también oficial.... No en la marina como usted.... sino de dragones.... De ahí que, cuando tropiezo en cualquier parte con un joven.... con un militar que se encuentra en algún apuro, no necesito preguntarle cómo se llama, para servirle si puedo; porque de todos modos me digo á mí mismo:—Alguno podrá hacer otro tanto por mi hijo, y es preciso que el cargo corresponda con la data.

RAIMUNDO.

(Apretándole la mano.) ¡Ah, señor!

FRAMBAL.

Luego, debo confesar á usted que siempre he sido muy parcial con los jóvenes.... Mi hijo Héctor, que es un tronera, si los hay, hace, sin embargo, cuanto se le antoja de mí.... Su ma-

dre, que es devota, lo educaba de pequeñuelo con una severidad, con un rigor que me parecían excesivos, y por eso yo.... sin contrariarla ostensiblemente.... porque soy buen marido.... para restablecer con todo, el equilibrio.... le mimaba y le echaba á perder por mi parte cuanto me era posible. Así fueron las cosas muy bien... ó por mejor decir muy mal.... hasta que llegó el día en que tuvo que elegir una carrera ó profesión.... Mi mujer quiso entonces que entrase en el Seminario Conciliar.... Yo me empeñé en que había de ser pasante de abogado.... Ella insistió.... Yo persistí.... Y en tanto que nosotros nos disputábamos sobre si nuestro hijo sería con el tiempo cura de almas ó juez de primera instancia, el muchacho cortó el nudo gordiano, y sentó plaza en un regimiento de dragones.

RAIMUNDO.

¿Sin decirles á ustedes nada?

FRAMBAL.

Después nos pidió nuestro consentimiento.... ¿Y qué habíamos de hacer? Más vale tarde que nunca....

RAIMUNDO.

Ya se ve.

FRAMBAL.

Luego, es preciso confesar que mi Héctor ha nacido para militar.... Bebe como un tudesco: juega cuanto tiene: gasta lo que no tiene, y se

bate por un quítame allá esas pajas, con el lucero del alba.... Por lo demás, nadie le gana á buen corazón.... Si viera usted lo que me quiere.... ¡Y lo difícil que es no quererle....! Ahora cuando pasé por Bañeras.... que, como usted sabe, está á un cuarto de legua de aquí, y en donde se halla acantonado su regimiento.... quise darle un abrazo, pero no pude, porque estaba precisamente arrestado en la guardia de prevención.... Parece que había tenido la noche antes una disputa con no sé quién en el teatro.

RAIMUNDO.

¿Y por qué?

FRAMBAL.

Por mi causa.... Dicen que salía en la comedia un notario muy ridículo.... como se suelen poner en todas las comedias.... y que mi hijo, por puro amor filial, empezó á silbar y á no dejar á representar á nadie.... De ahí se siguió naturalmente que otros espectadores se incomodasen con él.... que hubiera disputas, gritos, un duelo y etc. Por desgracia no he podido hoy detenerme en Bañeras para echarle una buena reprimenda.... Pero estaba sumamente de prisa.... Había recibido una carta de mi amigo Soligni.... á quien hace dos años que no veo.... y quien me decía que tenía que consultar conmigo no sé qué asunto muy urgente.

RAIMUNDO.

¿El señor Soligni es amigo de usted?

FRAMBAL.

Amigo íntimo.... Le conocí muy joven en el ejército.... mandando un batallón, cuando apenas tenía veinticinco años.... En seguida.... y cuando volvieron los Borbones, dejó el servicio militar y se hizo comerciante, con tal fortuna, que en poco tiempo se enriqueció.... Verdad es, que no ha emprendido nada desde entonces, que no me haya consultado ni confiado.

RAIMUNDO.

¡Qué feliz soy....! ¡Yo que tenía tanta necesidad de que alguno le hablara en mi favor!

FRAMBAL.

Pues bien, amigo mío, aquí me tiene usted á su disposición.... Le repito á usted lo que le dije antes, y.... Pero chitón, que oigo pasos.

RAIMUNDO.

(Con miedo.) ¡Ay! ¡Dios mío!

FRAMBAL.

¿Qué tiene usted miedo? Voto va Sanes... Un marinero tener miedo.... (Tomándole la mano afectuosamente, y mirando hacia la puerta.) Pero tranquilícese usted, la que se acerca es su hija.... Una joven muy linda que.... ¡Calla! pues cualquiera diría que ahora tiembla usted mucho más que antes.

ESCENA IV.

ESTELA Y DICHOS

ESTELA.

(Entrando.) Vamos, si no puede ser.... Si no esperamos ninguna visita.... ¡Oh! ¿Es usted, señor Frambal? (Reparando en él.) ¡Cielos! ¡Qué veo! (Reparando en Raimundo.) ¡Raimundo!

FRAMBAL.

¡Hola! ¿Se conocían ustedes ya?

RAIMUNDO.

(Turbado.) Pues... Sí.... Sí, señor.

FRAMBAL.

(Sonriendo.) ¿Y era usted quien quería que yo le presentase.... cuando quizá podrá suceder que yo sea el que tenga que pedirle á usted semejante favor?

ESTELA.

¡Oh! no, nunca puede llegar este caso.... Usted es el amigo más antiguo que tiene mi padre; el mejor amigo que tengo yo.... Como que usted ha sido en todo tiempo, de mi propio parecer.

FRAMBAL.

Ese es mi sistema.... Siempre me pongo del lado en que están los jóvenes, y hago causa común con ellos.... ¿Acaso nos queda á los vie-

jos otro camino para olvidarnos tal cual vez de nuestras arrugas? Pero hablando de otra cosa, permítame usted, aliado mío, que le haga á usted una sola pregunta, ya que no hace mucho me dirigió usted á mí sus diez ó doce cuando menos.... ¿Cómo es que, sin conocer usted á Mr. Soligni, según infiero de nuestra pasada conversación, ha visto usted, sin embargo, á esta niña antes de ahora?

ESTELA.

¡Oh! somos amigos muy antiguos.

FRAMBAL.

¡Oiga!

RAIMUNDO.

Amigos desde nuestra infancia.... Durante los cinco años que duró el último viaje de Mr. Soligni....

ESTELA.

Mi madre me había traído á París para que concluyera mi educación.... Tenía yo entonces doce años....

RAIMUNDO.

Mi padre, antiguo camarada de regimiento de Mr. Soligni, me había presentado á estas damas.... las visitaba casi todos los días....

ESTELA.

El señor era nuestro único acompañante.... No se separaba de nosotras.

RAIMUNDO.

Esto es á los principios; pero luego.... y en cinco años..... de niña que era esta señorita....

FRAMBAL.

Se fué volviendo poco á poco una señorita con todos sus menesteres, ¿no es esto? Por señas que semejante cambio no era de naturaleza de poder asustar á usted mucho, ni de hacerle que se alejase de ella.

RAIMUNDO.

Pues precisamente eso fué lo que me sucedió.

FRAMBAL.

¿Cómo?

RAIMUNDO.

Porque al considerarla tan linda, tan bien educada, y heredera de una fortuna tan considerable, no podía menos de recordar al mismo tiempo, cuán distinta era mi triste posición.... Me veía pobre, sin esperanza alguna, huérfano, y sin familia que me pudiera asistir.... ¿Qué recurso me quedaba? Uno sólo; y fué, no hablar de mi proyecto á nadie, y embarcarme á bordo del primer buque de guerra que me quiso admitir, diciéndome á mí mismo:—Dentro de algunos años volveré contraalmirante, ó me habré hecho matar.

ESTELA.

¡Cielos!

RAIMUNDO.

Lo malo es que todavía estoy lejos de ser contraalmirante; pues no soy más que alférez de fragata.... que es todo lo que he podido ganar en el combate de Navarino... y que por lo mismo me vuelvo mañana á Bayona, donde debo embarcarme para un viaje muy largo.... Como que tenemos que dar la vuelta al mundo.

ESTELA.

¡Ay de mí.....! ¿Mañana?

RAIMUNDO.

Sí, señorita.... Pero antes.... y por esto solo me ve usted en su casa.... he creído que esta charretera me daba algún derecho para poder decir á su padre de usted:—¡Ah! ¡señor Soligni! concédame usted siquiera dos años.... sólo dos años, y esté usted seguro que durante este plazo, me conduciré de tal modo, que si existo todavía al cabo de ellos, podré presentarme ante usted otra vez sin tanto embarazo, y solicitar la mano de su hija.

ESTELA.

¡Ah! ¡Raimundo!

RAIMUNDO.

No la pido á usted tampoco otra cosa.... Espéreme usted, por Dios, hasta entonces.

ESTELA.

¿Puede usted dudarlo?

FRAMBAL.

(Sonriéndose.) ¿Qué dice usted?

ESTELA.

La verdad. Sí, señor.... hace ya muchos años.... tantos como hace que le conozco... que le aprecio infinito, que le.... porque es tan bueno, tan franco, tan.... ¡Oh! ningún inconveniente tendría en repetir esto delante de mi padre, delante de usted mismo.... ¿Haría acaso mal?

FRAMBAL.

No, no tal. Semejantes cosas se pueden decir sin inconveniente cuando se dicen ante un notario.... Pero si hemos llegado, queridos míos, á este punto; si ustedes se aman ya lo bastante para no poder ser felices si no unen sus destinos para siempre, no veo entonces el por qué se ha de esperar á que un alférez de fragata llegue te negocio... La cosa podía ser más larga de á ser contraalmirante para tratar de redondear eslo que ordinariamente parecen estas cosas á dieciocho y veinte años..... (A Estela.) Luego, si mal no recuerdo el ascendiente que usted ha tenido siempre sobre su padre, con media palabra que usted le diga.....

ESTELA.

¡Ah! eso era en otro tiempo.... pero de dos años á esta parte....

FRAMBAL.

¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

ESTELA.

(Pasando en medio y después de un momento de silencio.) Mi padre, que usted ha conocido tan alegre, tan amable, tan dichoso, se ha vuelto de repente tétrico, misántropo, taciturno ...

FRAMBAL.

Por eso, sin duda, dejó de escribirme, de contestarme....

ESTELA.

Si no quiere tratar con nadie.

RAIMUNDO.

¿Y de dónde proviene esa melancolía: ese desaliento? Quizá el fallecimiento de su esposa...

FRAMBAL.

En primer lugar, hace ya más de tres años que murió.... Ya no existía cuando Soligni volvió de su último viaje.... Por señas que sobrellevó este golpe con ánimo, con filosofía.... Con una filosofía verdaderamente conyugal.

RAIMUNDO.

Entonces, pudiera muy bien originarse su tristeza de algún revés de fortuna....

FRAMBAL.

Imposible.... Volvió con inmensos capitales que después ha realizado.... Si lo sabré yo que soy su notario, y que le he comprado en este departamento dos ó tres millares de acres en tie

rras de labor, prados, bosques, etc.; lo que ha consolidado su fortuna y bonificado mi bufete. Conque, no puede ser eso; y así, no conozco en este mundo, hija mía, sino á usted que pueda obligarle á que nos confíe.....

ESTELA.

¿Y cómo? Ni siquiera me atrevo á hablarle... Temo que la menor palabra le irrite contra mí y....

FRAMBAL.

Sería posible.... ¿Qué, también ha cambiado con usted?

ESTELA.

¡Ah! he creído que no podría resistir á semejante pesadumbre.... Ya sabe usted cuál era antes la ternura que le debía á mi padre.... y de la cual ha sido usted tantas veces testigo.

FRAMBAL.

Ya se vé que lo sé.... Toma, como que era una especie de idolatría. (A Raimundo.) En ella cifraba toda su dicha; era su orgullo, su pensamiento único, y de cada instante.... se hubiera echado cien veces al río de cabeza por satisfacer á esta costa el más insignificante de sus deseos.... En fin, yo mismo á quien todo el mundo acusa, y con razón, eso es otra cosa.... de padrazo y de Juan lanas, hubiera sido con todo, á su lado, un tirano.... un opresor de mi familia.

ESTELA.

Pues bien, todavía no lo había usted visto todo; y desde la muerte de mi madre, no puede usted figurarse hasta qué punto creció su cariño, su ciega parcialidad por mí.... No se separaba de mi lado ni un instante; no soñaba sino conmigo.... París no tenía para engalanarme trajes bastante ricos, joyas bastante preciosas.... Me hubiera podido creer hija única de uno de los primeros potentados de la tierra.... Veinte criados me servían; y hubiera sido despedido al punto aquel que no hubiera adivinado mi voluntad ó prevenido mis deseos.... No bien mi padre me veía sonreír que ya estaba fuera de sí de alegría; que ya me abrazaba, que ya me agradecía mi propia dicha..... Si, por el contrario, me quejaba del más pequeño dolor, de una simple jaqueca, bastaba esto para que se desconsolase, para que se desesperase; y muy á menudo, cuando me despertaba por las mañanas, le apercibía en pie á la cabecera de mi cama, esperando con inquietud á que yo abriese los ojos para preguntarme si había dormido bien, si me sentía mejor.... De ahí comprenderá usted, sin trabajo, que no existía entonces una hija más dichosa que yo, ni padre más amado que lo era el mío, en justa retribución de tantas bondades..... Así, cuando éste me solía proponer de tiempo en tiempo algún enlace brillante y ventajoso, mi respuesta era siempre la misma—todavía no—en primer lugar, porque no me quería apartar de él.... Y luego, porque, á pesar mío, le tenía á usted siempre presente, Raimundo, y aunque usted no me

había dicho nunca nada, creí no sé por qué, que usted me amaba, y que tarde ó temprano se lo confesaría usted á mi padre.

RAIMUNDO.

¡Oh! ¡qué feliz soy!

FRAMBAL.

¿Y qué replicaba Soligni á ese constante—todavía no?—

ESTELA.

Siempre también lo mismo:—Haz lo que quieras, hija mía, cuando quieras y con quien quieras.—

FRAMBAL.

Eso sí, vive Dios.... Ahora sí que le reconozco, siempre fué un excelente padre.

ESTELA.

Pero hace ahora dos años, poco más ó menos.... Estábamos entonces en París, en donde había querido pasar el invierno por causa mía, y para que disfrutara yo de todas sus diversiones.... Cuando una noche, habiendo tenido mucho que hacer en aquella tarde, y no pudiendo acompañarme por hallarse muy fatigado, me confió á mi tía la Baronesa, para que me llevase á una brillante tertulia que se daba en casa de una de sus amigas,... Yo bien no quería dejarle solo; pero lo exigió, y tuve que obedecerle.... Me retiré, sin embargo, muy temprano, y al entrar en casa apercibí luces todavía en su habitación....

Quise, como era natural, abrazarle antes de recogerme.... Quise también que me viera vestida de baile, porque sabía que nada le agradaba tanto como el contemplarme elegante y ricamente alhajada.... Corrí, pues, á su cuarto, abrí con precaución la puerta, y jamás, ¡oh! jamás olvidaré el espectáculo que se ofreció á mi vista.... Mi padre estaba sentado junto á la chimenea, pálido, inmóvil, con los ojos clavados en el suelo, con el semblante desencajado.... Verle así, dar un grito, correr hacia él, y estrecharle en mis brazos, fué todo uno. ¿Pero, lo creerá usted, Mr. Frambal? ¿Lo creerá usted? Mi padre me rechazó, me arrojó de sí con violencia... á mí... ¡á su hija! En vano traté de indagar la causa:—no tengo nada,—me respondía,—no tengo nada... y me miraba con un aire sombrío é irritado.... y parecía que examinaba mis facciones, como si por primera vez las hubiera visto entonces.... y se podía leer en sus ojos, que mil sentimientos se sucedían en su alma, á cual más terribles para mí: el desprecio, la ira, el odio.... ¡Sí, señor, el ódio....! ¡Aborecerme mi padre....! Despedirme de su seno....! ¿Pues qué había hecho yo, Dios mío? ¿De qué crimen era yo culpable....? Yo se lo preguntaba desolada.... Yo lo inquiría fervorosa del Cielo.... Yo descendía luego á mi propio corazón, y no hallaba allí otra cosa, sino amor y respeto hacia el autor de mis días....! Y sin embargo, se fué de París aquella misma madrugada, dejándome con mi tía, y se estuvo después dos meses sin escribirme siquiera un renglón; sin hácerme saber siquiera que existía.

RAIMUNDO.

¡Dos meses!

ESTELA.

Sí, señor. dos meses, cuando antes no podía pasar un solo día separado de mí.... Supe al cabo por mi tía, que se hallaba á doscientas leguas de París, en este castillo medio arruinado al pie de los Pirineos, y que estaba enfermo.... ¡Enfermo, y no me llamaba....! Entoncès, sin escuchar más que mi cariño, y mi desesperación.... Sin solicitar la vénia ni el consejo de nadie.... en lo que ciertamente hice mal.... me metí en una silla de posta con una criada, y viajando día y noche, aunque en el rigor del invierno, llegué aquí.... Mi padre al verme me preguntó bruscamente:—¿Quién ha llamado á usted?—¡Ya no me tuteaba....!—¿A qué viene usted?—A cuidar á usted, padre mío,—le dije,—y sea cual fuere la falta que haya yo cometido, á merecer á fuerza de amor y de arrepentimiento, que usted me la perdone.—Para eso,—me replicó mi padre, con mucha sequedad,—hubiera sido mejor no haberse usted movido de París sin obtener antes mi permiso.—

FRAMBAL.

¿Espero, sin embargo, que su padre de usted no la hizo deshacer el camino que ya había hecho?

ESTELA.

Lo quiso; pero dichosamente caí yo á mi vez

peligrosamente enferma, y ya no le fué posible.... Me hizo entonces cuidar con el mayor esmero: enviaba dos ó tres veces cada día, á saber cómo estaba.... Nada me faltó, pues.... excepto su presencia.

FRAMBAL.

¡Cómo! ¿No la vió á usted?

ESTELA.

Ni una sola vez entró en mi alcoba.... Desde esta época tampoco me volvió á decir nada.... A mandarme nada.... Puedo entrar y salir á mi antojo, sin que ni siquiera lo repare.... Vivo á su lado, sola, aislada, abandonada, como si fuera una extranjera advenediza.... No nos vemos sino siempre solitarias y silenciosas, porque das son siempre solitarias y silenciosas, porque ni recibe, ni quiere ver á nadie, ni sale jamás de este recinto.... Por lo demás, evita constantemente el dirigirme la palabra, y hasta el tropezar conmigo.... Cuando le hablo alguna vez.... cuando sólo me atrevo á mirarle con ojos suplicantes, esto basta para causarle visiblemente la impresión más dolorosa.... y huye de mí sin responderme, ó me impone silencio con sólo un gesto de cólera ó de menosprecio. Y yo me digo entonces á mí misma bañada en lágrimas:—¡Ah! será culpa mía, porque mi padre no puede ser injusto: será culpa mía. ¿Pero cuál es ésta? ¿Y cómo podré yo expiarla?—En tan acerba incertidumbre, ni sé qué hacer, ni me decido á nada.... Mi vida se consume, si vida se puede llamar se-

mejante agonía, en llorar, en orar por mi padre, en temerle sin saber por qué, y en amarle sin esperanza. ¡Ay, amigos míos, compadézcanme ustedes, pues soy bien desgraciada!

FRAMBAL.

(Pasando en medio de los dos.) ¿Qué he escuchado? ¿Es acaso un sueño? ¿Soligni....? ¿El honrado, el afectuoso Soligni, conducirse de este modo con su inocente hija? Pero esto no puede ser ... y sobre todo, no puede durar.... Es menester que yo lo tome por mi cuenta.... Que le cure de esta especie de locura....

ESTELA.

¡Usted! ¿Sería posible...?

FRAMBAL.

Sí.... yo.. ahora mismo.... antes que todo... Me temo, por lo tanto, que no sea éste el momento de hablarle de la boda en cuestión, si primero....

RAIMUNDO.

Y sin embargo, no podemos perder tiempo.... Dentro de ocho días tengo que estar en Bayona.... El bergantín que he de mandar se hará á la vela á fines de este mes, y una vez á bordo....

FRAMBAL.

También eso es verdad.... Habrá entonces que apelar en esta ocasión al abordaje.... y para eso cuento desde ahora con usted.

RAIMUNDO.

¡Conmigo!

FRAMBAL.

Pues.... usted me ayudará.... Y para empezar por el principio, le presentaré á usted á mi amigo Soligni tan luego como nos vea.

RAIMUNDO.

¿Qué, no podrá usted empezar sin mí? Me acomodaría mucho más que usted iniciase antes el negocio....

FRAMBAL.

¡Cualquiera diría que tiene usted miedo!

RAIMUNDO.

Miedo no, sino que....

ESTELA.

(Desde el fondo y mirando al foro.) ¡Mi padre!

RAIMUNDO.

Entonces le dejo á usted, y volveré cuando me necesite.... Hágame usted llamar. (Se va precipitadamente por la izquierda.)

FRAMBAL.

¡Eh! oiga usted, señor contraalmirante, oiga usted.... Sí, que si quieres, viró de largo con todas las alas y arrastraderas.... ¡Vaya un marino valiente....! ¡Soligni! (Va á su encuentro.)

ESCENA V

ESTELA, FRAMBAL, SOLIGNI Y JORGE QUE SE QUEDA A LA PUERTA.

SOLIGNI.

(Echándose en los brazos de Frambal.) ¡Frambal! ¡Al fin, te vuelvo á ver!

FRAMBAL.

Sí, sí, ya estamos otra vez juntos.

SOLIGNI.

¡Ah....! ¡Cuánto deseaba este momento! (Enjugándose una lágrima) ¡y cuánto lo necesitaba mi corazón....! (Adelantándose y reparando Estela.) ¿Qué hace usted aquí? (Con severidad.) Sálgase usted allá afuera.

ESTELA.

Sí, papá.... Ya me voy.

SOLIGNI.

(A Frambal.) ¿Supongo que te quedarás conmigo? ¿Qué pasarás conmigo toda la semana?

FRAMBAL.

Ojalá pudiera; pero he dejado en Pau cierto negocio muy grave á medio despachar.... Luego, mi hijo está en Bañeras con su regimiento, y aun no le he visto.... Con todo, me tendrás aquí hoy y mañana. (Se sienta en el canapé.

Estela, junto á la puerta, habla bajo con Jorge como si le diera alguna orden.)

SOLIGNI.

Eso lo veremos.... ¿Jorge?

JORGE.

¿Señor?

SOLIGNI.

Ocúpate de preparar la habitación en que ha de pasar la noche este caballero.

JORGE.

Ya me estaba diciendo la señorita que asease la recámara principal.... La de su madre.

SOLIGNI.

¡La de su madre!

JORGE.

Que es la mejor de todas las de la casa.

SOLIGNI.

(A Jorge.) ¿Y quién es la señorita para disponer eso...? Me parece á mí, que quien manda aquí soy yo, no ella.

ESTELA.

Perdone usted, papá.... he hecho mal....

FRAMBAL.

Dichosamente el mal no es grande.

SOLIGNI.

Está bien.... Basta..... Pon la cama del señor en el gabinete que está junto á mi alcoba.... Así podremos hablar con más facilidad y á todas horas.... Pero en adelante cuidado con olvidar que en esta casa no hay más amo que yo.... y que nada se debe hacer en ella sin que antes se haya consultado conmigo.... Vete. (Vase Jorge.)

ESTELA.

Tiene usted razón, papá.... Nadie tiene la culpa sino yo, que creyendo acertar....

SOLIGNI.

(Friamente.) Nadie la acusa á usted ni la culpa.... No era á usted á quien yo me dirigía.... Hablaba con ese criado.

ESTELA.

No importa..... Crea usted que sumisa en todo....

SOLIGNI.

(Secamente.) No veo que sea así.... porque, si mal no me acuerdo, ya la he pedido á usted que nos deje solos, y no lo hace. (Frambal se levanta. Estela al pasar para irse, le dice bajo y con dolor:)

ESTELA.

¿Lo oye usted? (Vase.)

ESCENA VI.

FRAMBAL Y SOLIGNI.

FRAMBAL.

¿Sabes lo que digo....?. Que no dejas de ser algo severo con la pobre Estela.

SOLIGNI.

Yo.... ¿En qué?

FRAMBAL.

El tono con que la acabas de hablar....

SOLIGNI.

¡Cómo....! ¿Lo dices por eso....? Pues no lo debías extrañar.... Y antes bien, debías aplaudírmelo.... No he hecho más que aprovecharme de tus consejos.... Me reñías no hace muchos años porque me encontrabas demasiado indulgente hacia ella.... Me repetías que era una debilidad imprudente, peligrosa....

FRAMBAL.

Pues.... Cuando los jóvenes abusan.... Como sucede casi siempre.... ¡Pero tu hija es tan amable....! ¡tan dócil....!

SOLIGNI.

(Friamente.) Sí, no es mala muchacha.

FRAMBAL.

¡Que no es mala muchacha! Ya lo creo....

Como que es un ángel de bondad y de belleza.... Ojalá que pudiera yo decir de mi hijo Héctor algo que se pareciera á esto.

SOLIGNI.

¿De quién? ¿De Héctor mi ahijado? ¿Pues puede tener acaso nadie, corazón más noble, ni genio más entrenido? Daría la mitad de cuanto tengo por ser su padre.... ¡Ah! ¡qué dichoso eres....! !Si yo tuviera hijos....! (Conteniéndose.) Hijos varones quiero decir....

FRAMBAL.

No, pues lo que es la dicha, no es muy grande que digamos.... porque si vieras los quebraderos de cabeza que me cuesta el tal caballerito..... ¡y lo de dinero que me gasta! Cuanto gano en mi bufete, otro tanto se traga.... Como que no hace otra cosa, sino convidar á comer todos los días á la oficialidad de su regimiento, y á bailar todas las noches, á todas las modistas y costureras de Bañeras....

SOLIGNI.

¿Quién....? ¡Héctor!

FRAMBAL.

¡Toma! lo que le sobran son Andrómacas.

SOLIGNI.

¡A su edad!

FRAMBAL.

Eso es cabalmente lo que me asusta...... Si

tiene tan mala cabeza á los veinte años no cumplidos, ¡cómo la tendrá, Dios mío, cuando llegue á los cuarenta...! En lugar que tu hija, siempre sumisa, siempre razonable.....

SOLIGNI.

(Con impaciencia.) Ciertamente.

FRAMBAL.

Sin otro estudio ni anhelo que agradarte....

SOLIGNI.

(Interrumpiéndole.) ¡Válgate Dios! Pero, quién te dice que no.....? El caso es que si te he suplicado que me vinieras á ver, ha sido.....

FRAMBAL.

¿Para que habláramos de Estela?

SOLIGNI.

No, no por cierto.... Ha sido porque tenía que pedirte un consejo.... O más bien, que reclamar de tí un favor.... Un servicio.... He pensado que no me podía dirigir á nadie mejor que á tí.

FRAMBAL.

Has pensado bien.... Y te lo agradezco.... Empieza cuando quieras.

SOLIGNI.

(Después de un corto silencio.) Se trata de un amigo mío.... De un amigo íntimo.... que ha

venido á consultarme.... á mí, antiguo militar, antiguo negociante, que no entiende una palabra en materias de jurisprudencia.... sobre un negocio que le interesa sobremanera..... y.... de ahí que me haya resuelto á confiarte un secreto..... que no es mío, y.....

FRAMBAL.

Pues bien, ¿en qué te detienes?

SOLIGNI.

Sentémonos. (Se sientan en el sofá, Frambal á la izquierda de Soligni.)

FRAMBAL.

¿De qué se trata?

SOLIGNI.

(Después de un breve silencio.) Cuando un hombre es rico y no tiene más que un hijo, y tiene motivos graves para excluirle totalmente de su herencia, ¿qué medio, dime, puede emplear para obtener semejante resultado?

FRAMBAL.

Ninguno.... á menos que no enagene sus bienes ó los desnaturalice, ó los regale sucesivamente á escondidillas.

SOLIGNI.

Pero, ¿y si no quisiera privarse de ellos durante su vida?

FRAMBAL.

Entonces sería más difícil.... Habría que firmar una obligación en favor de u ntercero, que éste debería aceptar, acto continuo, y por la cual se reconociese que se había recibido de él tal ó cual cantidad, reembolsable á la muerte del signatario.

SOLIGNI.

Ya comprendo.

FRAMBAL.

El acto tendría que extenderse por duplicado; y con sólo dos testigos que lo legalizasen con sus firmas, adquiriría luego el carácter y valor de cualquiera escritura pública.

SOLIGNI.

Perfectamente..... Pero bueno sería antes de todo, encontrar alguno que quisiese aceptar semejante donación.

FRAMBAL.

Valiente dificultad.... Lo que sobra por ahí son aficionados que no sólo están dispuestos á aceptar la fortuna agena, sino que también lo están á tomársela cuando les viene á las manos.

SOLIGNI.

(Distraído.) Es verdad, no dices mal..... (Titubeando.) ¿Pero no podrías tú escribirme un borrador ó modelo de ese acto?

FRAMBAL.

Si conoces íntimamente á la persona.... Si me aseguras de la justicia que le asiste para querer obrar así.....

SOLIGNI.

Te lo juro sobre mi honor.

FRAMBAL.

Enhorabuena.... Entonces no soy yo, sino tú, el que queda responsable de la cosa.... (Los dos se levantan: Frambal se acerca á la mesa, y se pone á escribir.) Con cuatro renglones salimos del paso. (Mostrando lo que escribe á Soligni, que le sigue con la vista.) ¿Ves ahora en lo que consiste....? No se necesita más que esto.... Se ponen los nombres.... que dejo aquí en blanco.... Se designa la cantidad.... que se supone que se toma prestada; y para que todo fuera en regla, convendría también indicar en seguida, en qué se va á emplear el dinero; pero para eso sería indispensable conocer los negocios y la posición del que ha de firmar la obligación, para fijarse en un pretexto algo plausible, y.....

SOLIGNI.

(A media voz.) Y bien, si es fuerza que sepas quién es esa persona, sabe que.... que soy yo.

FRAMBAL.

(Alto y levantándose.) ¡Qué oigo! ¡Tú, tú quieres desheredar á tu hija....! Pribarla de tus bienes.... ¡Trasmitirlos á un extraño!

SOLIGNI.

No hables tan alto.... Si me he dirigido á tí.... que eres mi único amigo.... ha sido porque he creído que podía confiarte sin recelo un secreto.... Que me ayudarías.... Y, en efecto, cuento contigo, me lo has prometido.

FRAMBAL.

Yo no te he prometido ayudarte á ninguna injusticia.... Y ésta sería una....

SOLIGNI.

¡Qué sabes tú....! ¿Sabes acaso lo que se pasa en mi corazón? ¿Sabes lo que he sufrido? ¿Lo que sufro en este momento? ¡Ah!, soy el más desgraciado de los hombres.... ¡Abandonado por todos, vendido, ultrajado....! La rabia me devora.... Y todavía tengo que disimular mi propia afrenta; una afrenta que ni aun siquiera puedo vengar....

FRAMBAL.

¿Qué dices?

SOLIGNI.

Sí.... tiempo es ya de que lo sepas todo.... Harto he callado.... Harto he batallado conmigo mismo, para no depar traslucir mi oprobio.... No, ya no puedo más... depositando en el seno de un amigo el secreto que me agobia, podré al menos aligerar un poco su horrible peso.... Escucha.... No te hablaré de los primeros años de mi vida.... Ellos fueron demasiado dichosos, y

todavía echo de menos aquel tiempo en que, siem ple oficial, y acabado de salir del colegio de Saint Cir, debí á tu amistad el primer equipo de cam paña.... De más edad que yo, y más rico, fuis te sin embargo el único que me tendió la mano. y eso que yo no te podía ofrecer entonces otra se guridad, otra prenda, que mi persona.... qu una bala de cañón podía el día menos pensad hacer desaparecer.... No fué así por fortuna.. En aquella época se caminaba aprisa, y cuand volví á París, general de brigada y edecan de Emperador, no hubo nadie que no creyera ya n fortuna hecha.... Un rico armador de Burde me ofreció su hija.... La acepté.... Era mu linda.... La amé con sinceridad y creí á n vez ser amado.... Por lo menos me condu siempre con ella como buen marido, y no pen desde entonces más que en hacerla dichosa... La restauración de los Borbones vino á cortar r carrera, á comprometer mi porvenir.... Trat pues de restablecer mi fortuna por medio del c mercio.... Compré un buque.... Hice much viajes que casi todos me salieron bien, y duran mis largas ausencias, no tenía otro estímulo otro consuelo que el recuerdo de mi mujer y mi hija.... Sobre todo, el de esta última.. Era una dicha, y hasta entonces me había do desconocida.... Una idea fija que absorb todas las demás.... una pasión, un amor q constituía realmente mi existencia.... Acuérd te, si no, lo que sucedió después de la muerte su madre y cuando por no separarme de ella d jó también el comercio que me enriquecía..

¡Tú fuiste buen testigo de ello...! ¿Qué padre podría encontrarse más tierno, más amante que yo? Su belleza, su talento, su carácter angelical, todo en ella me enagenaba, todo.... todo me envanecía.... Y cuando la admiraban mis amigos, con qué orgullo, con qué delicia les decía que era mi hija, que era mi Estela, mi hija única y adorada.... ¡Ah! era demasiado dichoso y todas mis ilusiones, todos mis sueños iban á disiparse.

FRAMBAL.

¡Cómo!

SOLIGNI.

Una noche, estando en París, me quedé solo en la casa en que habitaba.... y en donde había igualmente habitado mi familia por muchos años, y durante mis continuados y dilatados viajes... Necesitaba unos papeles para redondear cierto negocio al día siguiente, y los buscaba con impaciencia en todas partes. Registré después de otros muchos, un buró que había pertenecido á mi mujer, y tropezando inadvertidamente con un resorte que no conocía, descubrí un secreto, y escondido en su seno un retrato.... Con una carta.... El retrato era de mi mujer, y la carta.... ¡Ah! ¡no olvidaré jamás su contenido! decía así:—Me escribes que me esperas, y estas palabras, que me hubieran hecho ayer el más dichoso de los hombres, me hacen hoy el más desventurado.... el más despreciable de todos.... No iré, pues, ni te volveré á ver jamás...Adiós.

Enriqueta.... Tu marido me acaba de salvar el honor y la vida; á mí que le ultrajaba traidoramente hace tantos años!—

FRAMBAL.

¡Cielos!

SOLIGNI.

La letra era de Mr. de Bussieres, antiguo camarada mío, huérfano pobre.... á quien traje á mi casa tan luego como me casé.... y á quien traté siempre como á hermano.

FRAMBAL.

¿Ese Bussieres no fué aquél que murió durante tu último viaje?

SOLIGNI.

Sí, el mismo.... por desgracia mía.... ¡los dos que me ofendieron ya no existen....!

FRAMBAL.

Pero....

SOLIGNI.

Durante tan fatal descubrimiento.... sereno.... impasible.... había ya abandonado á la venganza del Cielo á una esposa tan culpable... á un amigo tan pérfido, y que así había recompensado mi confianza y mis beneficios.... Los despreciaba á entrambos demasiado, para que me pudieran inspirar ni cólera ni resentimiento.... Pero leí por segunda vez la carta, y cuando lle-

gué de nuevo á aquellas palabras—á mí que lo ultrajaba traidoramente hacía tantos años,—un frío mortal corrió al punto por mis venas, porque no pude menos de pensar entonces en Estela.... ¡en la que yo creía mi hija!

FRAMBAL.

¡Ah! ¡Qué horrible idea!

SOLIGNI.

¿Y cómo quieres tú que no se me hubiera ocurrido esa horrible idea ¿Cómo no hubiera concebido esa fatal sospecha que desecaba en mi corazón cuantos sentimientos había allí tiernos... que envenenaba mi alegría.... que cambiaba mi dicha en desconfianza y mi amor en odio....? Mil recuerdos me asaltaban.... Mil circunstancias, que hasta entonces me habían parecido indiferentes, se agolpaban ya en mi idea con nuevos colores, y corroboraban juntos mi naciente convicción... ¡Ay!, ¡y qué no he hecho yo para sustraerme á ella; para engañarme á mí mismo....! Hubiera pagado con la mitad de mi existencia cualquiera mentira que hubiera podido volverme la tranquilidad que había perdido....! Pero bien pronto ni aun siquiera me quedó el triste consuelo de poder dudar todavía.

FRAMBAL.

¡Explícate!

SOLIGNI.

Ya sabes que en mi último viaje fuí recogido á

bordo de un buque inglés que iba á Calcuta, y que estuvieron usteds más de un año sin recibir otras noticias que las de que había yo naufragado á poca distancia del puerto que acababa de dejar con mi fragata.... Me tuvieron ustedes, de consiguiente, por muerto, y cada día que pasaba les confirmaba á ustedes en esta creencia... Entonces fué cuando mi mujer falleció también, después de una larga y penosa enfermedad.... Y bien, ¿sabes lo que hizo? ¿Sabes á quién confió, al espirar, la tutela, la educación, la existencia de su hija...? Pues no fué á su propia hermana en cuya compañía vivía... No á ninguno de mis parientes que eran sus tutores naturales.... No.... Fué á su cómplice, á su amante, al padre de Estela.... A Mr. Bussieres.

FRAMBAL.

¿Será posible?

SOLIGNI.

Y lo que todavía arroja mayor evidencia, es que, Mr. de Bussieres no estaba á la sazón en Francia.... Hacía cinco ó seis años que se había casado con una prima suya, y que, viéndose en la mayor miseria, se había espatriado y había tomado partido en el ejército Polaco, en cuyas filas encontró después una muerte que le envidio, y que no merecía.... ¿Cómo entonces, una mujer á quien había abandonado para siempre.... una mujer á quien había escrito un último y eterno adiós... le hubiera podido confiar... á él ausente.... sin patria.... sin amigos.... la pro-

tección de una huérfana, si esta huérfana no hubiera sido hija suya....? Y el título de tutor con que le reviste, ¿no indica suficientemente que ella misma le reconocía otro de mayor autoridad,.... más sagrada? (Vivamente.) Pero responde.... Respóndeme, por Dios.....¿Encuentras siquiera algún argumento, alguna objeción con que destruir ó debilitar, por lo menos, este cúmulo de pruebas?

FRAMBAL.

(Embarazado.) Eh.... Lo que es eso.... Mirándolo desapasionadamente....

SOLIGNI.

No.... bien conoces que es imposible.... que tengo razón.... que esta jovèn en nada me toca.... que es una extranjera en esta casa.... ó más bien, que su presencia aquí es una afrenta continua, una demostración viva de mi deshonra. Y cuando considero que la he amado con frenesí durante tanto tiempo, que la he estrechado mil veces entre mis brazos.... que la he mimado y acariciado como á la niña de mis ojos.... ¿Y á quién? ¡A la hija de mi mayor enemigo....! ¡Qué horror....! Y como si tantos tormentos no fueran aún bastantes en vida, ¿todavía he de permitir después de mi muerte, que toda mi fortuna, que el fruto de tantas vigilias y trabajos, sirva sólo para enriquecer á Estela de Bussieres? ¡Ah! ¡Semejante idea me humilla hasta el extremo....! Y no se realizará.... no.... Todo cuanto posee en este mundo, mi vida lo

mismo que mis bienes, todo le hubiera pertenecido á mi hija, de todo hubiera podido disponer; pero á la hija de Bussieres, nada le debo, y nada tendrá.... Sería, de lo contrario, hollar todas las leyes: sería insultar la moral; sería dotar el perjurio y recompensar el adulterio.... Repito que nada tendrá: mi heredero será algún amigo mío.... (Con intención) alguno que merezca mi aprecio, mi confianza, mi gratitud por servicios pasados... y este amigo, este heredero, serás tú.

FRAMBAL.

¿Yo?

SOLIGNI.

Sí, tú.... A tí te destino todo lo que tengo.... No te lo quería decir, pero tal fué desde luego mi intención....

FRAMBAL.

Que espero hacerte cambiar... eso es otra cosa.... pero ahora no se trata de esto, ni tampoco de mí.... sino de ver cómo se puede conseguir que recobres de algún modo tu perdida tranquilidad.... lo que sería bien difícil, por vida mía, si tu conducta en esta ocasión fuera tal que tú mismo tuvieras algún día que echártela en cara.

SOLIGNI.

¿Echármela yo en cara?

FRAMBAL.

Sí, por cierto... porque eres hombre de bien... porque eres justo.... y, porque sean cuales fue-

ren los motivos que tu cólera, no puedes menos de conocer que tu hija.... que Estela, quiero decir, no debe ser castigada por un crimen que no ha cometido.... ¿Qué culpa tiene la pobre....? Si te ama, si te respeta y obedece, si te mira como lo más caro que existe para ella en este mundo, ¿puedes acaso culparla por eso?

SOLIGNI.

¿Acaso la culpo yo....? No, todo lo contrario.... Y era tal la costumbre que tenía de amarla, que en muchas ocasiones, te lo confieso, suelo olvidar momentáneamente el ódio que me anima, y estoy ya cerca de echarme en sus brazos, de mezclar mi llanto con el suyo, de llamarla otra vez hija mía....! Pero, ¡ay!, esto no dura más que un instante.... y en el instante que sigue, me verías avergonzado, indignado conmigo mismo, vengarme de la infeliz con nuevos desprecios, con duplicada indiferencia.... ¿Cómo no me exasperaría, por otra parte, al considerarla tan linda....? Y cuando tengo que admirar, á pesar mío, tanta bondad, tanta resignación, tantas virtudes, tantos tesoros, en fin, que ya no me pertenecen....! ¡Ah! qué injusto, qué cruel debo aparecer á sus ojos, cuando no soy más que el más desgraciado de los hombres....! ¡Me hace tanto daño sólo el verla....! (Se arroja en los brazos de Frambal: después se aleja de él hacia el foro, se enjuga los ojos, y vuelve á colocarse á su izquierda.)

FRAMBAL.

Sí... Te comprendo ahora, es preciso que Es-

tela se aleje de tí.... Pero sin que á nadie deba chocar ni infundir sospechas semejante separación.

SOLIGNI.

¿Y cómo?

FRAMBAL.

Casándola.

SOLIGNI.

¡Yo...! ¿Ocuparme yo de su boda?

FRAMBAL.

¿Quién te dice que lo hagas? Yo me encargaré de todo.

SOLIGNI.

Enhorabuena.... Búscala un marido.... El que tú quieras... Tu hijo, verbigracia.

FRAMBAL.

¿Quién? ¿Mi hijo Héctor....? Pobre muchacha.... Era lo único que la faltaba.... Que la casara con un tronera que disipara en ocho días su dote.....

SOLIGNI.

(Descontento.) ¿Su dote?

FRAMBAL.

Pues.... El que le has de dar.... Porque de todos modos tienes que dotarla.... No puedes

menos de hacerlo.... bien conoces que aunque no fuera por otra cosa sino por el qué dirán....

SOLIGNI.

Sí.... Tienes razón.... La daré cincuenta mil francos

FRAMBAL.

Imposible: ¿Cómo quieres que encuentre un marido por semejante precio.... ¡Ahora que escasean tanto!

Bien, bien.... La daré cien mil.... Y creo que nada tendrás que decir ahora.

FRAMBAL.

Si otro fuera el que los diera..... No digo que.... Pero tú siendo tan rico como eres.... No, no me parece todavía bastante.

SOLIGNI.

¿Frambal?

FRAMBAL.

Y ya que crees deber castigar á una desgraciada, de una ofensa tan involuntaria como lo es la suya, es menester que lo hagas infiriéndola el menor daño posible.... De otro modo sería vengarte, y el hombre de bien no se venga nunca como no sea con nuevos beneficios.

SOLIGNI.

Pero....

FRAMBAL.

Te digo que lo harás.... Que me darás tan noble ejemplo.

SOLIGNI.

¿Y quién me lo agradecerá?

FRAMBAL.

Nadie probablemente, porque nadie lo sabrá, excepto Dios que lo sabe todo... Y yo, que te diré al oído....—Bien, Soligni; bien, amigo mío... —Pero chitón, que ella se acerca.

ESCENA VII

ESTELA Y DICHOS.

SOLIGNI.

(A Estela que entra por la puerta de la derecha.) ¿Qué quiere usted? ¿Por qué entra usted aquí sin que se la llame?

ESTELA.

¡Ah! no se enfade usted papá.... lo hago bien á pesar mío.... pero un caballero que quiere hablar con el señor Frambal, me ha suplicado que le avise, y....

SOLIGNI.

(Con más dulzura.) Eso es diferente.... Estábamos ocupados en un asunto muy importante, y.... y molestado con la interrupción....

Perdóneme usted, Estela, de haberla hablado á usted demasiado bruscamente

ESTELA.

¡Ah! nó.... ¿Quién tiene más derecho que usted para hacerlo....?; y cuando le veo á usted descontento, crea usted, papá, que á nadie acuso sino á mí misma, que sin saberlo habré sin duda disgustado á usted.

FRAMBAL.

¡Pobre muchacha....! Siempre humilde, siempre resignada.

SOLIGNI.

(Con emoción.) Es verdad.... Soy bien injusto....

FRAMBAL.

(Haciéndole pasar entre él y Estela.) Mírala. Y bien, ¿qué dices? (Soligni levanta los ojos sobre ella con emoción.)

SOLIGNI.

(En voz baja y con cólera.) Que es inconcebible lo que se parece á Bussieres....

FRAMBAL.

(Con despecho.) ¡Maldita idea! (Con viveza á Estela.) Conque, decía usted, hija mía, que alguno me buscaba?

ESTELA.

(Con timidez.) Sí, señor.... Aquel joven de esta mañana.... El oficial de marina que....

SOLIGNI.

(Bruscamente.) ¡Un joven! ¡Un oficial de marina! ¿Qué significa esto?

FRAMBAL.

Nada, nada.... Es un conocido mío.... Un amigo....

SOLIGNI.

¡Oh! eso es otra cosa.

ESTELA.

Dice que le urge mucho hablar con usted....

FRAMBAL.

Y bien, ¿por qué no entra?

SOLIGNI.

No, no.... Ya sabes que no recibo á nadie.

FRAMBAL.

(Tomando su sombrero y bastón que dejó en la mesa cuando escribió.) Entonces.... Y pues que tú no quieres recibir á mis amigos e ntu casa... (Hace como que se va.)

SOLIGNI.

(Deteniéndole.) ¿Dónde vas?

FRAMBAL.

A recibir á éste en la mía.... Me iré con él á Pau.

SOLIGNI.

Qué locura.... Que le digan que espere.... Luego podrás hablarle.

ESTELA.

(A media voz á Frambal.) Es que está muy de prisa..... Dice que ha recibido la orden de irse esta noche mismo á Bayona para embarcarse inmediatamente.

FRAMBAL.

Entonces.... Y como un minuto que pierda puede perjudicarle.... Eso es, dígale usted que nos haga el favor de comer hoy con nosotros.

SOLIGNI.

¡Cómo!

FRAMBAL.

Yo soy el que lo convido.... De ese modo tendremos tiempo para hablar de nuestros negocios, y....

ESTELA.

(Tímidamente á Soligni.) ¿Le he de decir eso, papá?

SOLIGNI.

Puesto que Frambal lo desea....

FRAMBAL.

Sí.... Sí.... Pero siempre será bueno que se

le convide en tu nombre.... (Acercándose á Soligni.) Ahora mismo te lo voy á presentar.

SOLIGNI.

(Con cólera.) ¡A mí! ¿Estás en tu juicio?

ESTELA.

(Asustada.) ¡Ay! ¡Dios mío!

FRAMBAL.

(Haciéndola seña con la mano.) No hay que asustarse.... (Estela se retira hacia la puerta de la derecha.) Espere usted un instante.

SOLIGNI.

(A media voz.) Pues no es mala salida la tuya.... Venirme ahora con presentaciones....

FRAMBAL.

(Lo mismo.) ¿No buscamos un novio? Pues bien, éste es uno.... Un oficial de marina, joven, amable, instruído, que ama precisamente á tu.... Que ama á Estela.... Y supuesto que tú me has dado carta blanca para casarla, no titubeo en decirte que será difícil encontrar mejor partido que éste....

SOLIGNI.

Siendo así.... Haz lo que más te cuadre.... Con tal que yo no aparezca para nada....

FRAMBAL.

Lo que es para nada.... no deja de ser difícil

por cierto.... Pero con tal que aparezcas para algo y por sólo una vez, nada más exijo de tí.... No tienes más que hacer que escuchar á ese joven de un modo amable cuando te pida la mano de Estela, y que responderle con política estas palabras:—Se la cedo á usted, con doscientos mil francos de dote.—

SOLIGNI.

Yo no he dicho eso.....

FRAMBAL.

Pero lo dirás.... (A Estela.) Espere usted todavía un poquito.... (A Soligni.) Lo dirás para que esto se acabe, y para no volver á pensar en ello.... Ya ves que no es muy difícil el papel que tienes que representar.... Y en desquite te repito que me encargo de todo lo demás.

SOLIGNI.

(Friamente y más bajo.) Corriente.... Con esta condición se entiende.... Y es de que has de aceptar la herencia de que te he hablado antes.

FRAMBAL.

No.

SOLIGNI.

¿Y por qué?

FRAMBAL.

Porque soy, gracias á Dios, hombre de honor, y nunca me enriqueceré con los despojos de la viuda ni del huérfano.

SOLIGNI.

(Alzando la voz.) Es que, tendrás que hacerlo.

FRAMBAL.

(Lo mismo.) Es que, no lo haré.

SOLIGNI.

(Más alto.) ¿Cómo que no?

FRAMBAL.

(Lo mismo.) Como que no.

ESTELA.

(Asustada.) ¡Ay! ¡Cielos! ¡que se enfadan!

FRAMBAL.

(Yendo hacia ella.) No, qué disparate.... Al contrario, ahora es cuando nos vamos entendiendo.... En prueba de ello dígale usted que venga.

ESTELA.

Sí, señor.... Ahí está en el cuarto inmediato.

FRAMBAL.

Tanto mejor, vaya usted á buscarle. (Vase Estela por la derecha.)

ESCENA VIII.

SOLIGNI Y FRAMBAL.

SOLIGNI.

¿Conque la aceptas?

FRAMBAL.

Primero me dejaría hacer pedazos.

SOLIGNI.

Y yo primero pondría fuego á todo cuanto tengo, que.... (Echando una mirada rápida sobre la mesa.) ¡Ah! Ya no te necesito.... Allí está el borrador (Señalándoselo) que tú mismo me has dictado. (Se sienta y escribe con precipitación.)

FRAMBAL.

¿Qué me quieres decir con eso?

SOLIGNI.

Nada te importa.

ESCENA IX

RAIMUNDO, ESTELA Y DICHOS.

ESTELA.

(Entrando de puntillas, y á media voz á Frambal.) Aquí le tiene usted.

FRAMBAL

(A Raimundo.) Está bien.... Venga usted.

RAIMUNDO.

¡Ah! ¡señor!

FRAMBAL

(Señalándole á Soligne que escribe.) Silencio...

Todo está ya arreglado, hijos míos.... Se casarán ustedes.

ESTELA.

¡Sería posible!

RAIMUNDO.

¿Qué, consiente en nuestra boda?

FRAMBAL

Sí.... me acaba de empeñar su palabra.

ESTELA.

¡Ah! ¡Qué no pueda yo arrojarme en sus brazos!

FRAMBAL

(Aparte.) Sería bien inútil ahora, y todo lo echaría á perder.... (A Raimundo.) Así, lo que falta únicamente es que usted le pida en términos formales la mano de Estela.... Allí le tiene usted.

RAIMUNDO.

Sí, señor.... pero.... el caso es que estoy temblando.....

FAMBAL.

¡Qué timidez....! ¡Ah! ¡Si estuviera mi hijo Héctor en lugar de usted....! Lo haría lo mismo que beberse un vaso de ponche.

RAIMUNDO,

Mi respeto,..

FRAMBAL.

¡Qué respeto ni qué calabaza....! Cuando le digo á usted que ha dicho que sí.... Ea, vaya usted.... Y nosotros nos retiraremos "pro forma" hasta que pase esta ceremonia. (Vánse Estela y Frambal por la puerta de la derecha.)

ESCENA X

RAIMUNDO, Y SOLIGNI ESCRIBIENDO

RAIMUNDO.

(Tímidamente.) Caballero....

SOLIGNI.

(Bruscamente.) ¿Qué es eso? ¿Qué me quiere usted?

RAIMUNDO.

Yo.... perdone usted.... yo soy.... yo soy el joven de quien el señor Frambal ha tenido la bondad de.... Y si no fuera por las esperanzas que él mismo me ha hecho concebir.... y que escusan hasta cierto punto mi temeridad.... crea usted que jamás me hubiera atrevido á.... á.... Pero como amo tan sincera, tan ardientemente á su amable hija de usted....

SOLIGNI.

(Conteniéndose.) ¿A Estela?

RAIMUNDO.

Sí.... señor.... la amo....

SOLIGNI.

(Friamente.) Bien.

RAIMUNDO.

Y solicito.... aunque temblando.... aunque sin mérito alguno.... su mano....

SOLIGNI.

(Friamente.) Se la concedo á usted.

RAIMUNDO.

(Con alegría.) ¡Qué oigo! ¡Me la concede usted....! ¡A mí!, que no tengo ningún título, ningún....

SOLIGNI.

Mi notario.... que es también mi amigo.... me ha respondido por usted, y....

RAIMUNDO.

(Admirado.) Pues si me conoce apenas.

SOLIGNI.

(Levantándose.) No importa.... Esto me basta.

RAIMUNDO.

Pero á mí no me basta.... No señor.... Quiero que usted sepa quién soy.... Que usted conozca mi posición.... Mis esperanzas.... El aprecio que debo á mis jefes....

SOLIGNI.

(Algo impaciente.) Es inútil.... se lo repito á usted.... Me sobra con lo que me ha dicho Frambal.... y sea cual fuere la fortuna que usted tenga....

RAIMUNDO.

Es que no tengo ninguna.

SOLIGNI.

Tampoco me importa.... El dote será de doscientos mil francos.... Con tal que este enlace se haga pronto.... Lo más pronto posible.... Y con tal que Frambal corra con todo... Se haga cargo de todo.... Porque yo no podré asistir á la boda.

RAIMUNDO.

¡Cómo! ¿Y por qué?

SOLIGNI.

Un viaje repentino.... indispensable, me obliga á partir mañana por la mañana....

RAIMUNDO.

Entonces retardaremos nuestra boda.... y por mucho que dure este viaje, sabremos tener paciencia, y esperar á que usted vuelva.

SOLIGNI.

(Impaciente.) ¿Y para qué? También es buena pesadez. (Se sienta en el sofá.)

RAIMUNDO.

(Admirado.) Me parece, sin embargo, que el respeto y la gratitud bastarían por sí solos para imponernos esta obligación.... pero existen además otras razones..... y la antigua y buena amistad que en otros tiempos ha unido á nuestras familias....

SOLIGNI.

¡Amistad....!

RAIMUNDO.

Sí, señor.... Amistad que hasta aquí no me ha sido dado cultivar, porque mientras usted habitaba en París, yo me hallaba desde muy joven en la Academia de Marina de Angulema, y sólo pude visitar aquella capital, cuando usted acababa de emprender el último viaje.... Por señas que entonces se temía que usted hubiera naufragado.... Entonces fué también cuando tuve la dicha de que mi padre me presentara á madama de Soligni, y de que esta amable señora me tratara con una bondad....! Con la misma bondad con que siempre había tratado á mi padre, y á todos los míos.

SOLIGNI.

Pero, ¿quién es usted? ¿Cómo se llama usted?

RAIMUNDO.

¡Cielos....! ¿Y lo ignora usted?

SOLIGNI.

Ya se ve que lo ignoro.... ¿Quién quiere usted que me lo haya dicho?

RAIMUNDO.

¡Que no sabe usted quién soy....! ¿No se ha informado usted siquiera cómo me llamo? ¿Y con todo me admite usted como su yerno, y me concede usted la mano de su hija?

SOLIGNI.

(Con cólera.) De mi hija.... De mi hija.... No se trata ahora de ella.... sino de usted.... de su nombre de usted.... ¿Cuál es, pues, éste?

RAIMUNDO.

Raimundo.... Raimundo de Bussieres, alférez de fragata.

SOLIGNI.

(Levantándose con ímpetu y yendo hacia él.) ¡Bussieres! ¿Sería usted por ventura hijo del coronel Bussieres?

RAIMUNDO.

Sí, señor.... De su antiguo amigo de usted.

SOLIGNI.

(Alejándose con horror.) ¡De Bussieres!

RAIMUNDO.

A quien usted colmó de beneficios.... Y quien, durante quince años, no tuvo otra casa ni otra familia que la de usted.

SOLIGNI.

(Con furor.) ¡Quince años!

RAIMUNDO.

(Con alegría.) Sí, señor.

SOLIGNI.

(Con furor.) ¿Y era su padre de usted?

RAIMUNDO.

Ciertamente.

SOLIGNI.

(Con sonrisa amarga.) ¡Y tiene un hijo....! ¡Un hijo que ciñe espada....! ¡Ah! ¡Qué feliz soy....! (Yendo hacia Raimundo y tomándole la mano.) Escuche usted.... ¡Su padre de usted fué un traidor, un cobarde!

RAIMUNDO.

(Estupefacto.) Caballero....

SOLIGNI.

Yo soy quien se lo digo á usted.

RAIMUNDO.

¡Qué oigo! ¿Hablaría usted con seriedad?

SOLIGNI.

Sí, fué un infame.

RAIMUNDO.

No.... Mil veces no.... Mi padre fué un hombre de bien, un hombre de honor.... Su apellido y su reputación me pertenecen igualmente.... y si usted le ultraja porque cree usted que ya no

puede defenderse.... (Yendo hacia él, y apretándole con fuerza la mano) se equivoca usted, Mr. de Soligni, mi padre no ha muerto en tanto que yo viva....

SOLIGNI.

(Atravesando el teatro.) Tanto mejor.... así podré al menos vengarme en usted.

RAIMUNDO.

Y usted retractará esas palabras injuriosas que ha proferido en su ofensa, ó si no....

SOLIGNI.

¿Qué?

RAIMUNDO.

O si no.... Aun cuando tenga que sacrificar para siempre toda esperanza de dicha.... no dejaré impunemente ultrajar su memoria.

SOLIGNI.

Bien, muy bien.... Merecía usted, por cierto, otro padre.... porque el que usted tuvo, fué, durante quince años, un....

RAIMUNDO.

(Con energía.) No concluya usted. ¿Qué armas? (Con frialdad.)

SOLIGNI.

Espadas.

RAIMUNDO.

¿En qué sitio?

SOLIGNI.

En mi propio parque.

RAIMUNDO.

¿Cuándo?

SOLIGNI.

Dentro de media hora.... En cuanto haga que lleven esta carta á Bañeras. (Va á la mesa, toma la carta, la cierra y se levanta con ella en la mano.) No tendrá usted que esperar mucho tiempo. (Vase por el foro.)

RAIMUNDO.

¡Estoy soñando! (Se cubre la cara con las manos.)

ESCENA XI.

FRAMBAL, ESTELA Y DICHOS.

FRAMBAL.

Y bien.... ¿Qué ha sido? ¿Por qué han gritado ustedes tanto?

RAIMUNDO.

¡Ah!, ¡señor! todo se ha perdido.

FRAMBAL.

¿Se quiere usted callar?

ESTELA.

¿Qué será de nosotros?

FRAMBAL.

Si no puede ser.... (A Raimundo.) ¿No le llegó usted á pedir la mano de Estela?

RAIMUNDO.

Sí, señor.

FRAMBAL.

¿Y qué le respondió á usted?

RAIMUNDO.

Que me la concedía, que me la daba, con doscientos mil francos de dote.

FRAMBAL.

Pues eso es lo esencial; lo demás no importa un bledo.

RAIMUNDO.

Está usted muy equivocado.... porque no bien le dije cómo me llamaba, cuando se inmutó todo, y se puso como una fiera, y me insultó, y....

FRAMBAL.

Bah, bah, todo eso no vale nada.... Un momento de capricho.... Le entendería usted quizá mal.... Cuando se tiene el genio irascible.... la menor cosa á veces.... Porque lo que es su nombre de usted no creo yo que haya podido influir.... tanto más cuanto que nada tendrá de terrible, si mal no me acuerdo.

RAIMUNDO.

Ya se ve que no.

FRAMBAL.

¿No se llama usted Raimundo?

RAIMUNDO.

Sí, señor, Raimundo de Bussieres.

FRAMBAL.

(Estupefacto.) ¿De Bussieres?

RAIMUNDO Y ESTELA.

¿Qué tiene usted?

FRAMBAL.

(Con el mayor espanto.) ¿De Bussieres ha dicho usted?

RAIMUNDO.

Sí, señor, soy hijo del coronel.

FRAMBAL.

¡Ah! Qué desgraciado es usted.... ¡Infelices muchachos!

ESTELA.

(Temblando.) Pues, ¿qué ha sucedido?

FRAMBAL.

Nada.... Nada.... Son cosas que.... Y luego la sorpresa.... El desaliento....

RAIMUNDO.

Con tal que usted no nos abandone....

. . . .

ESTELA.

Y que vuelva usted á interesarse por nosotros....

FRAMBAL.

¡Yo! ¡Dios me libre!

ESTELA.

¡Cómo....! Pues, ¿y nuestra boda?

FRAMBAL.

(A media voz.) Cállese usted.... Cállese usted.... (Aparte.) ¡Dios mío! ¿Qué iba yo á hacer? (Alto.) Amigos míos: no me acusen ustedes.... No se irriten ustedes conmigo.... Pero, en conciencia.... créanme ustedes.... lo que es este enlace.... es imposible.... absolutamente imposible.

ESTELA Y RAIMUNDO.

¿Qué dice usted?

FRAMBAL.

Que no les queda á ustedes la menor esperanza.

ESTELA.

¿Y por qué?

RAIMUNDO.

¡Ah!, no prolongue usted por más tiempo nuestra agonía.... explíquese usted.

FRAMBAL.

¿Acaso lo puedo yo? Pero ustedes concebirán fácilmente, hijos míos.... que yo.... que un verdadero amigo de ustedes.... no querría ahora desunirlos.... separarlos para siempre.... si las causas más graves....

RAIMUNDO.

Pero bien, ¿cuáles son?

FRAMBAL.

No me las pregunte usted.... Pero si le merezco á usted alguna confianza.... si tiene usted alguna amistad hacia Estela....

RAIMUNDO.

¡Amistad....! Diga usted amor.... el más puro, el más violento....

FRAMBAL.

No, no.... eso es ya demasiado.... y me contento con mucho menos.... Conque usted haga por ella el sacrificio que le voy á pedir....

RAIMUNDO.

Y es....

FRAMBAL.

Que huya usted de aquí inmediatamente.... Que se aleje usted de Estela por algunos años... Hágalo usted, por Dios.... Mire usted que les va á ustedes en ello todo un porvenir.

RAIMUNDO.

¡Inmediatamente, no, no puedo.... pero sí dentro de una hora.... Fíese usted en lo que le digo.... Y de consiguiente (Pasando al otro lado de Estela) es probable que ésta sea la última vez que nos veamos....

ESTELA.

¡Raimundo!

RAIMUNDO.

(Con mucha sensibilidad.) Adiós.... otros deberes me llaman.... pero tranquilícese usted... sabré respetar lo que le es á usted tan caro.... y si.... como la he indicado á usted.... no volviese yo á contemplar imagen tan querida, conságreme usted tal cual vez algún recuerdo.

ESTELA.

¡Oh, siempre!

RAIMUNDO.

Adiós, señor Frambal.... Adiós, Estela. Espero, suceda lo que suceda, que obtendré al menos el aprecio de ustedes. (Vase por el foro.)

ESCENA XII.

FRAMBAL Y ESTELA

FAMBAL.

(Enjugándose una lágrima.) Excelente joven... No puede uno separarse de él sin sentimiento.

ESTELA.

(Llorando.) Ciertamente.... y en cuanto á mí, le amaré toda mi vida.

FRAMBAL.

No, no haga usted tal.

ESTELA.

¿Que no le ame?

FRAMBAL.

Pues, de ese amor que usted dice, por lo menos....

ESTELA.

¿Ni aun de lejos?

FRAMBAL.

Ni aun de lejos.

ESTELA.

Pero dígame usted siquiera la razón.... porque hasta ahora todo es para mí un enigma.

FRAMBAL.

Tanto mejor.... eso es lo que se necesita.... lo único que ya conviene.... Pero crea usted, hija mía, que por mi parte, cuanto dependa de mí.... y pueda contribuir á su dicha ó á su tranquilidad de usted.... Y ahora que lo pienso bien, (Aparte) la donación de Soligni.... ¡qué mal he hecho en no aceptarla....! (Alto.) Sí, sí, hija mía, la aceptaré.... la aceptaré.... pero será para devolvérselo á usted todo.

ESTELA.

¿Qué qué ha de aceptar usted?

FRAMBAL.

Nada.... no lo puede usted saber.... Aunque llegará algún día en que.... Pero chitón.... que su padre de usted se acerca.

ESCENA XIII

DICHOS, Y SOLIGNI QUE ENTRA POR LA IZQUIERDA MUY PENSATIVO, Y SE SIENTA JUNTO Á LA MESA.

FRAMBAL.

(Bajo á Estela.) ¡Qué ensimismado! ¡Qué melancólico! Ni nos ha visto siquiera.... ¡Soligni! (Alto.)

SOLIGNI.

(Apercibiéndolos, y levantándose.) ¡Ah! eres tú....

FRAMBAL.

Sí, amigo mío.... Quería hablarte acerca de aquello que me propusiste esta mañana.... y después de haberlo reflexionado mucho, te confesaré que estoy ya muy inclinado á admitirlo, y que....

SOLIGNI.

Cómo.... Lo admitirías ya....

FRAMBAL.

Sí.... aun cuando no fuera sino por darte gusto.

SOLIGNI.

Lo siento.... pero como te habías negado redondamente á ello.... he tomado otras disposiciones....

FRAMBAL.

Que podrás cambiar sin embargo....

SOLIGNI.

No.... ya no es tiempo.... el acto firmado por mí en debida forma, y conforme en todo al modelo que me habías dado, está ya en camino para su nuevo destino.

FRAMBAL.

¡Cielos! ¿Y para qué tanta prisa?

SOLIGNI.

Me urgía demasiado el tiempo.... porque quizá dentro de media hora....

FRAMBAL.

¿Qué?

SOLIGNI.

Qué sé yo.... Pero de todos modos.... y aquí donde me ves.... ¡hacía ya mucho tiempo que no me sentía tan contento....!, ¡tan dichoso....! (A Estela, que se había quedado un poco atrás.) ¿Estela?

ESTELA.

¿Papá?

SOLIGNI.

Acérquese usted.... (Estela se acerca entre los dos.) Acabo de hablar con ese joven que quería casarse con usted.... y el que, si no hubiera contado antes con su consentimiento de usted, no hubiera, sin duda, dado este paso.

ESTELA.

El señor Frambal fué quien....

FRAMBAL.

Porque entonces ignoraba todavía que Mr. de Bussieres....

SOLIGNI.

(A Frambal.) Bien, bien.... si no te pregunto á tí nada.... (A Estela.) ¿Le ama usted, pues?

ESTELA.

(Bajando los ojos.) Sí señor.

SOLIGNI.

¿Y cómo no me lo había usted dicho?

ESTELA.

Es que.... la verdad, papá, se lo había dicho á usted varias veces.... aunque indirectamente, y hace ya mucho tiempo.... Acuérdese usted cuando me solía decir,—es menester que pienses ya en casarte....—¡ah!, ¡entonces me tuteaba

usted todavía....! y que yo le respondía á usted constantemente—no, papá, esperemos un poco... existe cierta persona que yo preferiría á todos, pero que no se ha declarado aún, ni me ha insinuado siquiera que me ama.—Y si te equivocases, hija mía,—me replicaba usted,—¿no serías después muy desgraciada?—No, respondía yo siempre, porque aun en ese caso, me quedaría el amor de mi padre, y éste me consolaría.—Entonces usted se sonreía, me abrazaba cariñosamente y mudaba de conversación.

SOLIGNI.

(Después de un momento de silencio.) Sí.... es verdad.... ahora recuerdo todo eso.... ¿Pero cuándo ha conocido usted á ese joven? ¿Dónde?

ESTELA.

En París.... en nuestra propia casa, adonde venía todos los días con Mr. de Bussieres su padre.... Usted se hallaba entonces ausente.... Fué cuando hizo usted aquel viaje tan largo....

FRAMBAL.

(Aparte haciéndole seña de que calle.) Imposible hacerla callar.

SOLIGNI.

(Con emoción.) Y ese Mr. Bussieres.... no hablo del joven, sino del otro.... ¿la quería á usted mucho?

ESTELA.

Mucho.... como me había visto casi nacer...

FRAMBAL.

(A media voz.) No diga usted eso.

ESTELA.

¿Y por qué?.... ¿Por qué no quiere usted que diga la verdad?

SOLIGNI.

Tiene razón.... ¿Y no ha sabido usted acaso, que su madre de usted.... estando yo en ese mismo viaje, y creyéndome muerto, pensó en que Mr. de Bussieres fuera su tutor de usted?

ESTELA.

Sí, señor..... lo he sabido.... porque mi pobre madre..... pocos días antes de que la perdiera,.... me hizo venir á la cabecera de su cama...., y estando las dos solas en su alcoba, me dijo:—Bien pronto, hija mía, te quedarás huérfana: he nombrado, por lo tanto, tutor tuyo á un amigo de nuestra familia.... á un amigo de tu infancia,.... á Mr. de Bussieres..... quien en este momento no se encuentra en Francia...., pero á quien, tan luego como vuelva, le entregarás tú misma, y á él únicamente, esta carta.—

SOLIGNI Y FRAMBAL.

(Aparte.) ¡Cielos!

ESTELA.

Y me confió, en efecto, una carta cerrada con lacre negro, que contenía sin duda sus últimas disposiciones; pero habiendo fallecido poco después Mr. de Bussieres en Polonia....

SOLIGNI.

(Vivamente.) ¿No pudo usted entregar la carta?

ESTELA.

No, señor.

SOLIGNI.

¿Y existe todavía?

ESTELA.

Creo que sí.... La puse en la misma cajita en que mi madre guardaba sus joyas.... con las cartas que usted me había escrito anteriormente.... en fin, con todo lo más precioso que yo tenía.... y el día mismo que usted llegó se la dí á usted.... No sé, sin embargo, lo que usted hizo de dicha caja.... pero recuerdo que la vi todavía sobre la mesa de su despacho de usted á la mañana siguiente.... que usted me dijo que allí estaban los diamantes de mi madre; que ya me pertenecían; pero que, como no los podía usar hasta que me casara, me los iba usted á guardar hasta entonces..... y que en seguida cerró usted la caja, y quiso que yo me quedase con la llave.

FRAMBAL.

(Vivamente.) ¿Pero y la caja? ¿Qué se hizo de la caja?

ESTELA.

Papá la debe tener.

SOLIGNI.

(Friamente.) Sí.... en efecto..... ahora caigo.... (Señalando el secretario.) Allí está.

FRAMBAL.

(Aparte.) ¡Ay! ¡Dios mío!

SOLIGNI.

(A Estela friamente.) Déme usted esa llave.

FRAMBAL.

(En voz baja.) No se la dé usted.

ESTELA.

(Admirada.) ¿Qué significa esto?

SOLIGNI.

Démela usted.... la necesito....

FRAMBAL.

Y yo te digo que haces muy mal en pedírsela....que es absurdo.... que es inútil.... porque después de todo.....

SOLIGNI.

Yo se lo mando.

FRAMBAL.

Y yo se lo prohibo.... En su propio interés... En el tuyo.... (A Estela vivamente.) Sí, hija mía, no entregue usted esa llave.... Mire usted que la va á usted en ello todo su porvenir.... No sea usted, por lo menos, cómplice de su propia desventura.

ESTELA.

(Lentamente.) No le comprendo á usted.... No sé qué desgracias son esas que me amenazan.... pero sean las que fueren, no quiero evitar ninguna de ellas, si para conseguirlo tengo que desobedecer á mi padre.... (Se quita una cadena que lleva al cuello con una llavecita, y se la da á Solîgni.) Esta es la llave....

SOLIGNI.

Está bien.

FRAMBAL.

(Con enfado.) Gran hazaña.... Se puede usted alabar por la gracia.... Es un rasgo muy heróico.... Sublime.... Dios quiera que usted no se arrepienta. (Vase.)

ESTELA.

(Temblando.) Pero, ¿por qué?

SOLIGNI.

¡Ah! ¡qué tormento!

ESTELA.

(Cruzando las manos.) Papá....

SOLIGNI.

Retírese usted.... Déjeme usted solo.... (Vase Estela para el foro, volviendo de tiempo en tiempo la cabeza para ver á su padre, y suspirando.)

ESCENA XIV.

SOLIGNI, SOLO

En fin, ya me he quedado solo.... (Va al secretario, le abre, y de uno de sus cajones saca una cajita de tafilete que trae y pone sobre la mesa.) Esta es.... (Se sienta) la caja que Estela me entregó hace cerca de tres años.... Sí.... (La abre) éstos son los diamantes de su madre... Los diamantes que yo la dí.... (Levanta la primera división de la caja, la coloca sobre la mesa, y mira el fondo de la caja.) En esta parte inferior.... ¡Ah! ¡no sé lo que siento dentro de mí....! ¿Y hay quien me acuse de injusticia? ¡A mí, que no pediría otra cosa al Cielo, sino que me dejara siquiera un ápice de duda....! ¡A mí, que estoy tan persuadido de la existencia del crimen, y que tiemblo sin embargo porque voy á encontrar ahora una nueva prueba! (Coge del fondo de la caja una carta.) ¡Ah! aquí está.... (Mirando el sobre.) Sí.... La letra es de Enriqueta.... (Leyendo.) A Mr. de Bussieres.—(La abre temblando.) Ea, un poco de ánimo.... (Leyendo lentamente.) Me muero, Ernesto.... y mi mano desfallecida, apenas puede ya trazar estos renglones.... Pronto, muy pronto me presentaré ante aquel á quien tanto he ofendido.... Y este Juez severo que también conoce la amargura de mis penas, la sinceridad de mi arrepentimiento, si no encuentra algunas palabras con que absolverme, verterá al menos algunas lágrimas al con-

denarme.—(Se detiene, enjuga una lágrima, y después de un instante de silencio, continúa leyendo.)—¡Oh, tú! que tanto he amado.... tú tuviste el valor que á mí me faltaba.... y cuando después de seis años de tormentos y de combates iba ya á sucumbir á impulsos de una pasión frenética, tú fuiste sólo el que pudo contenerme al borde del abismo..... el que me puso de nuevo en la senda del honor y del deber.—¡El! (Con indignación; y vuelve á leer.)—Tú fuiste, no yo, el que me salvaste de la ignominia, de la deshonra—.... (Interrumpiéndose.) ¡Ah, y aun se lisonjeaba que podía alucinarme con esto....! Vería aquestas mismas palabras escritas con su propia sangre, y todavía no las creería. (Lee.) Seas, pues, bendito por tan noble conducta; y en prueba de mi reconocimiento, voy á confiarte un tesoro de que tú sólo eres digno.... A tí, Ernesto, que has sabido respetar la esposa de tu amigo, á tí te lego su hija....—Con indignación.) ¡Su hija!—Exijo aún más de tí: he creído descubrir que Raimundo tu hijo era amado de Estela; que la correspondía, pero que su escasa fortuna le había impedido confesarla su pasión.... Como puede retenerte también á tí el mismo temor, te ordeno que los cases un día.—(Levantándose y leyendo.)—Te ordeno que los cases.... Que los cases....—¡Y es ella....! ¡Y es su mano la que lo ha escrito....!—Que los cases....—¡Ah, qué he leído....! Hubiera podido dudar todavía; pero cómo suponer que en su postrera hora.... que próxima á presentarse á su Creador.... haya querido cometer un nuevo crimen enlazando á el her-

mano con la.... ¡Oh!.... no, es imposible.... no puede ser.... Y Estela es mía.... Sí.... Sí, es mía..... Es mi hija.... ¡Ah! (Viéndola y se sienta en el canapé.)

ESCENA XV.

ESTELA Y DICHO

SOLIGNI.

Sí.... es mi hija.... (Mirándola con ternura, como si hiciera mucho tiempo que no la viera.) Es ella... la misma que antes me arrebataba... la misma que era hace dos años. (Estela levanta los ojos, le apercibe, y hace un movimiento de temor.) ¡Ah!, mi presencia sólo basta para amedrentarla.... no sabe que ahora soy yo el que tiembla delante de ella.... ¿Estela?

ESTELA.

(Aproximándose un poco.) ¿Papá?

SOLIGNI.

Estela.... Acérquese usted.... (Con embarazo.) Siéntese usted.... aquí.... (Estela se acerca lentamente y se sienta á su izquierda en el canapé.) Estela.... (Después de un momento de silencio, mirándola con ternura.)

ESTELA.

(Con ternura.) Papá....

SOLIGNI.

Quisiera abrazarte....

ESTELA.

(Echándose en sus brazos.) ¡Ah....!

SOLIGNI.

(Estrechándola en su seno.) ¡Hija....! ¡Hija mía!

ESTELA.

¡Hija...! ¡Me llama usted otra vez su hija...! ¡Ah, cuánto tiempo hacía que no pronunciaba usted tan dulce palabra!

SOLIGNI.

Sí.... tienes razón.... ¡Hacía mucho tiempo que estábamos separados! ¡Que no te había visto!

ESTELA.

(Con ingenuidad cariñosa.) ¿No es verdad?

SOLIGNI.

Pobre hija mía.... ¡Dos años enteros desterrada del corazón de su padre....! Tratada como una extranjera.... como una enemiga en su casa... ¡Ah....! (Se écha á sus pies.)

ESTELA.

¡Cielos! ¿Qué hace usted?

SOLIGNI.

Hija mía.... Perdóname.

ESTELA.

Yo.... ¡Dios mío....! Yo perdonar á mi padre.... ¿Y por qué?

SOLIGNI.

(Levantándose y cogiéndola las dos manos.) No lo sabrás jamás; pero dime que me perdonas.... que me amas todavía.

ESTELA.

¡Oh, siempre.... toda mi vida....! y yo era la que, sin penetrarlo, había irritado á usted.... bien me lo sospechaba.... bien lo veía.... aun cuando no podía adivinar la causa.... Pero ya la conozco ahora.

SOLIGNI.

¿Qué dices?

ESTELA.

Que el amor que me había inspirado Raimundo era sin duda lo que le ofendía á usted.... Y bien, padre mío, por mucho que me cueste, renunciaré á él....

SOLIGNI.

¡Cómo!, sacrificarías....

ESTELA.

(Con entusiasmo.) Todo en este mundo, con tal que conserve el amor de mi padre.

SOLIGNI.

(Estrechándola tiernamente en sus brazos.)
¡Ah! esto es ya demasiado.

ESCENA XVI.

DICHOS Y JORGE.

JORGE.

¿Señor?

SOLIGNI.

¿Qué es eso?

JORGE.

Aquel caballerito.... oficial de marina.... que estuvo aquí esta mañana.... ha vuelto, y dice que desea hablar con usted.... á solas.

ESTELA.

Me quedo entonces, papá, y en presencia de usted sabrá ahora mismo cuáles son mis intenciones.... Que venga.... Jorge, hazle entrar. (Viendo que Jorge no se mueve.) ¿Qué no me has oído?

JORGE.

Sí, señorita.... pero ya ve usted.... como según dijo su papá de usted antes.... no basta que usted mande una cosa....

SOLIGNI.

(Levantándose con cólera.) ¿Cómo que no basta? ¿Habráse visto mayor insolencia? Yo no pude decir eso; y si otra vez.....

ESTELA.

(Abrazándole y calmándole.) Papá mío... (Con dulzura.) Anda, Jorge.

JORGE.

Sí, señorita.... lo que usted quiera.... todo lo que usted quiera.... (Aparte.) Está visto, son tercianas.... (Alto en la puerta del foro á Raimundo.) Pase usted adelante, caballero. (Vase después que sale Raimundo.)

ESCENA XVII.

SOLIGNI, ESTELA Y RAIMUNDO.

RAIMUNDO.

Ya me tiene usted á sus órdenes..... (Viendo á Estela.) ¡Cielos!, su hija...

SOLIGNI.

(Mirando á su hija.) Es verdad.... ¡se me había olvidado....!

RAIMUNDO.

Venía á buscar á usted para....

ESTELA.

¿Para qué?

SOLIGNI.

Para batirse conmigo,

ESTELA.

¿Sería posible....? ¡Usted, Raimundo...! Usted á quien tanto amaba.... ¡atentar á la vida de mi padre....!

RAIMUNDO.

Bien á pesar mío, pregúnteselo usted á é mismo.

SOLIGNI.

Es cierto.... yo soy quien le he provocado...

ESTELA.

(Echándose en los brazos de Soligni.) No, n por Dios, papá mío.... y si es cierto que es u ted ya para mí el mismo que era antes.... A tes no me rehusaba usted nada de lo que le p día....

SOLIGNI.

Y bien, habla, qué quieres ahora.

ESTELA.

Que no se bata usted con Raimundo.

SOLIGNI.

Eso no depende de mí, sino de Raimundo: te he dicho que soy yo el que lo ha insultado. De consiguiente, yo soy el que le debo una sa facción.... Anda pregúntale lo que exige.... que desea....

ESTELA.

(Yendo hacia él con timidez.) Raimundo, mi padre quiere saber lo que usted desea.

RAIMUNDO.

(Titubeando.) ¿Yo....?

ESTELA.

Pues.... Lo que usted desea para satisfacerse.

RAIMUNDO.

Deseo.... Deseo dos cosas....

ESTELA.

¿Y cuáles son?

RAIMUNDO.

En primer lugar, que Mr. Soligni retracte lo que ha dicho de mi padre.

ESTELA.

¿Consiente usted, papá?

SOLIGNI.

Confieso.... y éste es quizá el momento más dichoso de mi vida.... que no tuve razón, y que Mr. de Bussieres jamás faltó al honor ni á la amistad. (A Estela.) ¿Pregúntale ahora, qué es la otra cosa que desea?

ESTELA.

(Con timidez.) Raimundo, ¿mi padre quiere saber qué más desea usted?

RAIMUNDO.

(Titubeando y á media voz.) Su mano de usted.

ESTELA.

¡Ay, Dios mío!

SOLIGNI.

¿Qué es eso? ¿Qué es, pues, lo que desea?

ESTELA.

Cosas imposibles....

SOLIGNI.

¿Que no dependen de nosotros?

ESTELA.

Oh.... lo que es depender de nosotros....

SOLIGNI.

En ese caso, ya te he dicho que puedes conceder sin recelo, y á mi nombre, todo cuanto te pida.

ESTELA.

Es que lo que pide.... Soy yo...

SOLIGNI.

Bien.... y á menos que no te acomode....

ESTELA.

(Con viveza.) Todo lo contrario.... Me acomoda mucho....

SOLIGNI.

Entonces, hija mía, tu mano, mis bienes, y todo cuanto poseo.... (Con dolor.) Pero ahora que me acuerdo.... ¡Dios mío! ¿Qué he hecho....? ¡Infeliz de mí....! (Corre hacia la puerta del foro.)

ESCENA XVIII.

DICHOS Y FRAMBAL

FRAMBAL.

(A Soligni.) Qué es esto, ¿adónde vas?

SOLIGNI.

¡Ah, Frambal! He arruinado á mi hija.... A mi pobre hija.... No hace diez minutos que aquel acto.... que aquella obligación....

FRAMBAL.

Qué, ¿la firmaste?

SOLIGNI.

Sí.... Ya te dije....

FRAMBAL.

¡Qué locura! Frustrarla así de todos sus bienes....

ESTELA.

No importa, siempre que mi padre me ame....

FRAMBAL.

¡Caramba! ¿Pues no ha de importar? Pero sea quien fuere la persona en cuestión, es imposible que acepte.... ¡Oh! no aceptará.

ESCENA ULTIMA.

JORGE Y DICHOS

JORGE.

(Á Soligni.) Ya está de vuelta el postillón con la respuesta.... Cuenta que el señorito se ha vuelto loco de contento..... Que abrazaba á todas las vivanderas, y que le dijo á uno de sus camaradas que mandara tocar bota-silla y anunciara que convidaba á comer todo el regimiento durante tres días consecutivos.—Luego se puso á escribir esta carta (Le da á Soligni una carta que trae en mano) y encargó al postillón le asegure á usted que vendría á darle un abrazo tan luego como saliera de su arresto.

FRAMBAL.

¡De su arresto! ¡Y antes había abrazado á todas las vivanderas! ¿Sería por ventura mi hijo Héctor?

SOLIGNI.

(Bajo á Frambal.) El mismo; como quería aniquilar mi fortuna....

FRAMBAL.

(Idem.) En efecto, no podías hallar mejor me-

dio.... (Alto.) Pero de todos modos, no ha p dido hablar con seriedad, cuando....

SOLIGNI.

(Friamente y dando el documento que venía dentro de la carta.) Te equivocas.... Ha aceptado la donación, y el documento está en debida forma; nadie lo sabe mejor que tú.

FRAMBAL.

No tal.... No está en debida forma.... Héctor Frambal es menor de edad.... No puede aceptar nada sin mi consentimiento.... (Rompiendo el papel.) Y éste es el único que yo le doy.

SOLIGNI.

¿Qué haces?

FRAMBAL.

Un acto de justicia, como tú acabas de hacer otro con Estela, á lo que veo, recompensando su virtud y el amor de Raimundo.

SOLIGNI.

Sí, amigo mío. .. y ojalá que todavía pudiera hacer más para indemnizarla de tantos injustos padecimientos.... ¿Pero y tu hijo?

FRAMBAL.

Nada le faltará en tanto que yo viva.... Y cuando me pierda, ¿no estás tú ahí? ¿No están ahí sus hermanos? (Señalando á Estela y á Raimundo.)

SOLIGNI.

¡Oh, sí....! Tienes razón.... Aquí están sus hermanos, que le pagarán un día, si fuere necesario, la dicha que te deben. Hijos míos, abrazad á vuestro segundo padre.... Ahora, todos á mí.

¡VAYA UN APURO!

Comedia en dos actos, arreglada al teatro mexicano.

POR EL LIC. SANCHEZ VICUÑA,

NATURAL DE MARAVATIO (1)

(1) Esta pieza, y la que sigue después, intitulada "Un Enlàce Aristocrático," se publicaron en México en 1846, en "El Repertorio Mexicano," con la firma del Lic. Sánchez Vicuña, natural de Maravatío.

Creemos que ambas obras son de Gorostiza, pues el estilo, los recursos escénicos, el carácter de los personajes, etc., así parecen confirmarlo. Como nosotros, lo creen algunos literatos entendidos. Además, el Lic. Sánchez Vicuña es un nombre desconocido en nuestra historia literaria.

Por eso incluimos las dos piezas citadas en la colección de las obras de Gorostiza.—(N. del E.)

PERSONAS

D. Simón, tío de.—D. Pepito, joven de diecinueve años, y de.—Doña Carmen, de quince años.—D. Pedro de Mendoza, tío de.—Doña Dolores.—Sinforosa, ama de gobierno de D. Simón.—Nicolasa, cocinera del mismo.

La escena es en Madrid, en una sala bien adornada de la casa que habita D. Simón, aunque con muebles algo antiguos.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I

SINFOROSA ACABANDO DE LIMPIAR EL CUARTO

¡Bravísimo.....! Todo está ya en regla.... El pocillo de chocolate.... La rosca y el vaso de agua sobre la mesita redonda.... La chocolatera arrimada á la lumbre.... Ya puede levantarse el amo cuando quiera.... En cuanto al cuarto, me parece que no dirán que lo tengo bien limpio.... más de media hora he estado barriéndolo y sacudiéndolo. ¡Ay! ¡Dios mío, que se me había olvidado la poltrona! (Mueve los cojines.) No hay día que no se oiga en el barrio:—¿Quién? ¿Doña Sinforosita....?—porque así me llaman todos los vecinos....—¡Oh! no hay mujer más

dichosa que Doña Sinforosita.... ¡Ya se ve, hace cuarenta años que es ama de gobierno de un viudo setentón que tiene cuarenta mil reales de renta!—Y creen, en efecto, los necios, que el ser ama de gobierno no tiene nada que hacer.... Que es una especie de beneficio simple.... Como si una no tuviera que estar todo el día hecha un azacán.... desde la cocina á la botica.... regañando á todo el mundo, hasta á su propio amo.... para que no falte á éste nada, y para que viva á gusto. Luego es muy desagradable mandar, esencialmente en casa, y que los de afuera la traten á una como si fuera siempre una simple criada.... Pero, ¿quién viene allí? ¡Una joven bien parecida y elegante! ¿A quién buscará, y, sobre todo, á estas horas....?

ESCENA II

Da. DOLORES Y DICHA.

DOLORES.

(Al salir.) Bájate Catalina, y espérame en el cuarto del portero.... ¿Dígame vd., buena mujer, el señor D. Simón está ya visible?

SINFOROSA.

¡Buena mujer! (Con sequedad.) No señora, se acaba de levantar, y.... Pero no importa, aquí estoy yo, y puede vd. decirme lo que quiere.

DOLORES.

Quisiera hablarle.

SINFOROSA.

Y bien, hábleme vd. á mí.... ¿De qué se trata?

DOLORES.

Ya he dicho á vd. que es á él á quien quisiera hablar.

SINFOROSA.

Y ya le he respondido yo á vd. también, que lo mismo da que hable vd. conmigo que con mi amo.

DOLORES.

Es que no me da á mí lo mismo.

SINFOROSA.

Bueno es, sin embargo, que vd. sepa, señorita, que en esta casa no se acostumbra á recibir nunca.... y sobre todo á las ocho de la mañana, personas misteriosas, y de una edad.... porque, ¿qué podría vd. tener á lo sumo? Diecisiete ó dieciocho años.

DOLORES.

Cumpliré los diecisiete el día de la Candelaria.

SINFOROSA.

(Ya voy viendo claro.) ¿Y conoce vd. personalmente á mi amo?

DOLORES.

Mucho.

SINFOROSA.

¿Y espera á vd. hoy por la mañana?

DOLORES.

No, pero no creo que le disguste mi visita.

SINFOROSA.

Pues no puede vd. hacérsela ahora. Mi amo ha salido

DOLORES.

¿No decía vd. que se acaba de levantar?

SINFOROSA.

Eso es; ha salido de la cama, y está todavía en paños menores.... de ahí que no le puede vd. ver.

DOLORES.

Esperaré entonces á que se vista. (Sentándose.)

SINFOROSA.

¿Cómo, esperará vd.?

DOLORES.

Sí, señora, mi suerte depende quizá de lo que le tengo que decir. ¡Como es tan bondadoso! ¡Tan generoso!

SINFOROSA.

(Aparte.) (¡Qué dice esta muchacha! ¿Que su suerte depende de mi amo? ¡Y mi amo que na-

da me ha hablado de esto! Es preciso que yo trate de apurar este enigma....) (Alto.) En ese caso, mejor será que espere vd. en aquel gabinete hasta que mi amo se haya desayunado, y yo le vaya á avisar.

DOLORES.

Como vd. guste.... Con todo, yo hubiera preferido hablarle ahora mismo, no sea que mi tío me eche de menos y vaya á sospechar....

SINFOROSA.

¿Qué, qué puede sospechar su señor tío de vd.?

DOLORES.

Nada, nada señora. (Entra en el gabinete.)

SINFOROSA.

¿Qué significa esto? Acaso mi amo.... ¡Bah! tenta del pico... Por ese lado estoy tranquila... en otros tiempos no digo que no, pero á los se- ¿Pero si esto tuviera relación con la disputa de ayer....? Ahora recuerdo que me amenazó, que si le volvía á incomodar me echaría de casa y tomaría otra ama de llaves... No faltaba más... ¡Después de cuarenta años que cómo su pan...! Aunque, nada tendría de extraño, por otra parte porque los tales amos son tan ingratos....! ¡Calle! Ya está levantada la niña Carmencita, la sobrinita de D. Simón.... ¡Pues no lo acostumbra hacer hasta las diez....! ¿Qué habrá ocurrido de nuevo?

ESCENA III.

CARMEN Y SINFOROSA.

CARMEN.

Buenos días, Sinforosa.... ¿Cómo está mi tío? ¿Le podré abrazar ya?

SINFOROSA.

Iré á ver si quiere venir ó no, á tomar su chocolate.

CARMEN.

Trata de que se te despache, y de que nos dejes aquí un momento solos; porque, la verdad, tengo que decirle ciertas cosas antes que venga algún importuno.

SINFOROSA.

Entonces llega vd. tarde, que ya tenemos visitas que hacen antesala esperando á que su merced dé audiencia.

CARMEN.

¡Válgame Dios, y yo que temía madrugar demasiado?

SINFOROSA.

Si hubiera sido ayer cuando vd. hubiera venido, entonces sí hubiera sido temprano á las ocho de la mañana; pero hoy.... hoy es otra cosa...

Quién sabe si á estas horas no tendrá ya el peluquín.... Como se nos ha vuelto entre las manos pisaverde y casquivano.

CARMEN.

¡Mi tío!

SINFOROSA.

Pues.... Y si vd. supiera, niña.... ¡Oh! no dirán vds. ahora que le regaño sin motivo, ni que soy una.... Una.... Y, como decía, á su edad, podía ya estar quietecito en casa, y no andarse mariposeando.... Dando citas, y recibiendo visitas.... ¿No es cierto? Aunque á mí, qué se me da de todo eso.... A ver cómo no.... Si lo siento y me incomodo, es por su salud y por su propio sosiego.... Por lo demás, él es el amo y.... Conque voy á decirle que vd. le está aguardando.

ESCENA IV.

CARMEN SOLA

CARMEN.

¡Pobre Sinforosa....! Si pasara un sólo día sin enfadarse ó gruñir, la tendríamos que enterrar á la madrugada del siguiente.... Por fortuna que ya no debemos temer nada por su salud, por lo que respecta á hoy.... He aquí á mi tío.

ESCENA V.

D. SIMON, SINFOROSA Y CARMEN

SINFOROSA.

(Que da el brazo á D. Simón.) ¡Bah! No vaya vd. tan de prisa, que se puede vd. hacer mal.... (Con mal humor.) Es vd. tan atolondrado.

SIMON.

(Sentándose en el sillón.) ¡Conque yo soy un atolondrado! Vaya, que la tal Sinforosa me dice á veces más lisonjas....

CARMEN.

Buenos días, tío.... ¿Cómo ha pasado vd. la noche?

SIMON.

Así, así, hija mía.... Mil gracias por tu cuidado, y por haber venido tan temprano á informarte del estado de mi salud.... Me cansó un poco, á la verdad, la trasnochada de ayer.

SINFOROSA.

Ya lo creo.... ¡No acostarse hasta las dos! ¡Dar un baile á los setenta años!

SIMON.

No era yo el que daba el baile, sino mis nietos que quisieron celebrar mi cumpleaños.... Y por cierto que nada hay más agradable para el cora-

zón de un viejo, como el que se festeje el día de su llegada, cuando se encuentra, como quien dice, en la víspera de su partida.

SINFOROSA.

Sí, sí, pero ¿quién es el que pagará los violines?

SIMON.

Toma, ¿quién los ha de pagar? Yo.... ¿Para qué diablos quiero yo mi dinero? Ya no me quedan otros placeres que los que puedo procurar á los otros... Y buen tonto sería si me privara también de ellos.

SINFOROSA.

Pero ¿qué necesidad había de haber gastado cuatrocientos reales en música y refrescos? Con una buena guitarra y unos cuantos mostachones....

SIMON.

Bien sé que allá en nuestros tiempos se brincaba más barato.... y que lo mismo nos sabían entonces los mostachones, que ahora les saben los diabolenes.... Pero, ¿cómo ha de ser? Es menester marchar con el siglo.... En el día, cada contradanza es una especie de sinfonía á toda orquesta.... y en lugar de bailar minuetes, se bailan colas de gato y cadenas inglesas.... Y como todo lo que es inglés es caro, no es extraño que.... Pero tampoco me pesa de ello si he de decir la verdad.... Mi sobrino Pepe bailó ayer

mejor que lo podía haber hecho un Ministro de Estado.... (Enjugándose los ojos.) Y en cuanto á Carmen, creí que estaba todavía viendo á su pobre madre! Basta decir, que algunas personas que nos habían presentado, y que de consiguiente apenas nos conocían, me preguntaban á cada paso y en voz baja:—Oiga vd., D. Simón, ¿quién es aquella niña que es tan bonita y que baila con tanta gracia....?—¿Cuál dice vd.?, les respondía yo, haciéndome el desentendido....—¿Cuál quiere vd. que sea?—replicaban ellos,—¡la que tiene en la cabeza la guirnalda de capullos de rosas...! —Válgate Dios, ¡y qué chula es....!—Pues señores, esa niña de los capullos es mi sobrina.... ¡Cómo....!—Sí, señores, mi sobrina, para servir á vds....—Y ya ves tú, Sinforosa, que todo es infinitamente lisonjero para el que tiene la dicho de ser su tío.

SINFOROSA.

¿Qué no toma vd. su chocolate?

SIMON.

Carmen, ¿quieres tomar la mitad de mi pocillo?

CARMEN.

No, tío.... Lo que yo quisiera sería hablar con vd.... y también lo desea mi hermano Pepe, á lo que me ha dicho.

SINFOROSA.

Antes sería preciso que vd. reciba los de fuera de casa.

SIMON.

¿Quiénes son esos?

SINFOROSA.

¿No lo adivina vd.? Aquella jovencita.... La que está vd. esperando, quizá.

SIMON.

¡Yo!

SINFOROSA.

Y lo más raro es que dice que ha de ser en secreto.

SIMON.

¿Que me quiere hablar á mí en secreto?

SINFOROSA.

Sí, señor.... Había de llegar el día en que las mozuelas habían de correr tras de vd.

SIMON.

En eso hacen bien, porque yo ya no puedo correr tras ellas, y si nos hemos de alcanzar alguna vez....

SINFOROSA.

Bueno, bueno es vivir para ver.

SIMON.

Lo único malo que encuentro en el caso, sin embargo, es que no espero á nadie.... y de consiguiente, Sinforosa, que no entiendo jota de cuanto has ensartado hasta aquí.

SINFOROSA.

Con que no entiende vd. que ahí, ahí fuera está una joven que espera, y que....

SIMON.

Eso sí lo he entendido; pero no todo lo demás.

SINFOROSA.

¡Entonces voy á decirla que pase adelante, para que explique á vd. todo lo demás.

CARMEN.

No, no, es justo que mi tío me escuche á mí primero.

SIMON.

Tienes razón.... algún privilegio han de gozar los parientes.... Anda, Sinforosa, y suplica tanto á esa señora, cómo á cualquiera otra persona que pueda venir y desee hablarme, que se tome la molestia de esperar todavía cinco minutos.... Pero hazlos entrar en la sala y que se sienten.... No los tengas, según costumbre, en el recibimiento ó en el descanso de la escalera, que me estás dando estos días el tono de un promotor fiscal.

SINFOROSA.

Eso és, para que me estropeen mi sala y mis muebles.... ¡Como tengo tan poco que limpiar cada mañana!

CARMEN.

¡Me parece, Sinforosa, que no harías mucho en decir, la sala de mi tío!

SIMON.

Mira, hija, no te pares en tan poco.... Todo eso hace la costumbre. Durante los cinco primeros años que Sinforosa tuvo en esta casa, decía—la sala del amo—durante los cinco siguientes, decía—nuestra sala—y ahora ya no dice sino—mi sala.—¿Qué quieres?, toma tanto interés en todo lo mío, que ya lo considera absolutamente como si fuera suyo. Pobre Sinforosa.... Vamos, vamos, déjanos solos.

ESCENA VI

D. SIMON Y CARMEN.

SIMON.

Y bien, chula mía, ¿qué me tienes que decir? Pero me parece que te noto algo triste.... ¿Estás mala, ó te ha sucedido alguna cosa desagradable?

CARMEN.

Sí, tío.... Cada cual tiene sus cuidados.

SIMON.

¡Oiga!

CARMEN.

Ya sabe vd. que tengo muy cerca de dieciseis años, y que á pesar de eso, trata vd. de volverme á enviar al convento en que me educó, tan pronto como pasen las vacaciones.

SIMON.

Ya suponía yo que eso sería lo que te tenía tan macilenta.

CARMEN.

Es que, si he de decir la verdad, no es solamente eso.

SIMON.

¡Cómo! ¿Pues qué hay todavía más?

CARMEN.

Sí, señor.... hay que D. Miguelito es un ingrato.

SIMON.

¿Quién? ¿Miguel Sandoval, camarada de colegio de tu hermano Pepe?

CARMEN.

Ese mismo: ayer estuvo en el baile, y sólo porque bailé dos contradanzas seguidas con otro, me dijo que no hacía caso de él, que era una coqueta.... En fin, me dijo cosas muy desagradables.... Y vd., tío.... Vd. que me conoce, podrá saber mejor que nadie, si yo merezco que se me trate así, como un estropajo.

SIMON.

Pero es posible, señora, que dieciseis años....

CARMEN.

Calle vd., tío, y no me interrumpa vd., que todavía falta lo peor.

SIMON.

¡Ay, Dios mío! ¿Y qué será eso que falta peor?

CARMEN.

Que no nos pudimos entender en toda la noche....

SIMON.

Ni yo tampoco puedo comprender cómo....

CARMEN.

Y de consiguiente, nos separamos reñidos....

SIMON.

¡Es una cosa increíble! ¡Es un horror!

CARMEN.

¿No es verdad, tío, que es un horror? Dichosamente que cuento con vd. para que medie entre nosotros, y para que nos haga hacer las paces.

SIMON.

No digo eso, sino que es un horror el que ya pienses en esos enamoramientos.... Yo que te iba á comprar la más magnífica muñeca....

CARMEN.

No, no señor, ya no me divierten á mí las muñecas desde que he conocido á D. Miguelito.

SIMON.

Pero explícame, á lo menos, ¿cómo os habéis

podido enamorar, y os lo habéis podido decir, tú en tu convento y él en su colegio.

CARMEN.

Nos lo decíamos los domingos cuando salíamos, y nos lo escribíamos los demás días de entre semana.

SIMON.

(Con severidad.) Yo quisiera saber quién era el pícaro que se encargaba de llevar y traer semejante correspondencia.

CARMEN.

Vd. era ese pícaro, tío, precisamente, y el que....

SIMON.

¡Yo....!

CARMEN.

Sí, señor.... ¿No se acuerda vd. que nos iba vd. á ver todos los días á Pepe y á mí?

SIMON.

¡Y bien!

CARMEN.

Pues con Pepe estaba siempre D. Miguelito, y tanto éste como yo, le introducíamos á vd. en el bolsillo de la casaca, sin que lo sintiera.... nuestras cartas.

SIMON.

Habráse visto jamás tamaña picardía... ¡Abusar así de mi confianza....!

CARMEN.

Vaya, tío, no se enfade vd. conmigo.... ¿Quién quiere vd. entonces que me consuele en mis penas?.... Vd. que es tan bueno.... tan cariñosito.... (Acariciándole.)

SIMON.

Ello, bien considerado, nadie es más culpable que yo en este negocio, porque....

CARMEN.

Ya se ve que vd. es la causa de todo... y del pesar que me aflige.... hoy (Llorando.)

SIMON.

Caramba, ¿conque yo soy?

CARMEN.

Pero no tenga vd. cuidado, que no le reñiré.... Me basta con que vd. no haya sabido nada, y... Lo que sí ha de hacer vd. ahora, es darse prisa á reconciliarnos.... Porque esto es lo que más nos importa á todos.

SIMON.

(Linda comisión para dársela á un tío.) Bien, bien, ya veremos lo que conviene hacer; tranquilízate, fíate de mí.... Pero cuenta con que nada de esto que hemos hablado, llegue á noticia de

tu hermano.... No sea que se le susciten algunas ideas perniciosas.... El es todavía un chicuelo que tiene los ojos cerrados....

ESCENA VII.

D. PEPITO Y LOS DICHOS.

PEPE.

(Fuera de sí.) Tío, tío: á vd. era á quien buscaba.... Ya no puedo sufrir por más tiempo mi posición.... Y si vd. no me saca del berengenal en que estoy metido, soy capaz de darme aquí mismo un pistoletazo.

SIMON.

¡Oídos que tal oyen! ¡Un pistoletazo! Pues no ves, hijo, que te iba á doler muchísimo.

PEPE.

Es que lo que á mí me sucede es tan terrible, tan inaudito, que vd. mismo cuando lo sepa no podrá menos de irritarse.

SIMON.

Enhorabuena.... me irritaré si te empeñas... con tal que te calmes y te sosiegues. Vamos, ¿qué es lo que te ha pasado?

PEPE.

¿Conoce vd. á Dolores Mendoza, sobrina de un antiguo ascentista de cárceles y hospitales?

SIMON.

No la he de conocer....! Su tío vive en este misma calle, en el número treinta y cuatro.

PEPE.

¿Y no la encuentra vd. muy linda?

SIMON.

Lo es, en efecto; y parece, además, muy amable y muy bien educada.

PEPE.

Pues sepa vd. que me la quieren casar con el Marqués del Soto.

CARMEN.

¡Cómo! ¿Con ese hombre tan horrible.... que pasa ya de los cincuenta y cinco....?

PEPE.

Precisamente.... y sin más que porque tiene veinte mil duros de renta.

SIMON.

Lo siento.... ¡Pobre muchacha! Es un verdadero sacrificio, porque el tal Marqués no sólo es viejo y feo, sino que también disfruta de una reputación muy equívoca.... Nadie sabe de dónde le viene su dinero....

CARMEN.

¿No es el que compró el otro día ese magnífico caserón de la esquina?

SIMON.

Sí, y el que también ha comprado una gran hacienda, y un molino, y un olivar y.... Vamos, lo ha comprado todo, menos el aprecio público, que, dichosamente, no se vende.

PEPE.

Lo ve vd. tío, cómo es vd. de mi misma opinión....? y que es una infamia que no debemos sufrir.

SIMON.

¡Que no debemos sufrir! ¿Y qué te importa á tí? ¿Qué nos va ni qué nos viene á nosotros de que la tal Dolores se case ó no se case con el Marqués?

PEPE.

¡Como! ¿Pues no le he dicho á vd. que la amo, que la adoro, que no puedo vivir sin ella?

SIMON.

¿Y te atreves tú á hacerme semejante confesión?

PEPE.

¿Pues á quién se la he de hacer sino á mi mejor amigo? Sí, tío, tenga vd. por seguro que me costará la vida si pierdo la esperanza de conseguir á mi Dolores.... Ello, sentiré mucho darle á vd. esta pesadumbre.... Pero á bien que se lo prevengo á vd. con tiempo.... lo que al contrario si me casara con ella.

SIMON.

¡Casarte con ella! ¡A tu edad!

PEPE.

¿Y no vale más hacerlo ahora que no dentro de cinco ó seis años? Así gozará vd. más pronto del espectáculo de mi dicha y de la de mi hermana.... Porque, sepa vd., que si mi hermana y yo estamos decididos á casarnos lo más pronto que nos sea posible, es únicamente por vd.... expresamente por vd.... ¿No es cierto, Carmen?

CARMEN.

Y es lo mismo que hace un instante trataba yo de hacer comprender al tío.

PEPE.

Oiga vd. cómo hemos arreglado nosotros esto negocio, y con qué facilidad.... Hemos empezado por convenir desde luego en que vd. nos había de dar sesenta mil duros á cada uno de los dos.

SIMON.

¡Ah! ¿yo les tengo que dar á cada uno de vds. sesenta mil duros?

PEPE.

Sí, señor; no necesitamos más: ¿no es verdad, Carmen, que nos basta con sesenta mil duros.?

CARMEN.

Por supuesto.... Y luego si falta algún pico, ¿no está ahí el tío?

SIMON.

Pero me parece, amigos míos, que debían vds. haber contado antes conmigo para....

PEPE.

Ya se ve que se lo hubiéramos dicho á vd.... Ya pensábamos en ello. Pero escuche vd., escuche vd., que todavía no he acabado.... Después viviremos los dos matrimonios con vd.... siempre con vd.... ¿Cómo quiere vd. que lo dejemos solo....? Y le cuidaremos á vd. todos á porfía, y le acompañaremos de día y de noche, y.... pues, nuestros hijos.... ¡Oh! cómo nos los va vd. á echar á perder.... ¡esos sí que serán niños mimados!

CARMEN.

Tío, ¿vd. se sonríe? ¡Vd. se enternece!

SIMON.

No digo que no.... Pero hijos míos, antes de todo, es menester ser racionales. (A D. Pepe.) ¿Sabes acaso cuándo se firma el tratado de cosas con el Marqués?

PEPE.

Hoy mismo.

SIMON.

¿Y estás seguro que ella te ama?

PEPE.

Al contrario.... Estamos ahora completamente reñidos, sin que se haya dignado decirme el por qué.... Aunque yo, si he de decir la verdad, creo que pudiera acertar con el motivo.... Habrá sabido, sin duda, (A media voz) que yo por pasar el tiempo estaba coqueteando con otra....

CARMEN.

¡Jesús, y qué perrada! ¿Coquetear con otra cuando amabas á Dolores?

PEPE.

¿Qué sabes tu de eso....? ¡Como se conoce que no te ha salido todavía la muela del juicio.... Pero nosotros los hombres amamos de amor á una persona, y á pesar de eso.... En fin, basta.... El tío me habrá ya comprendido.

SIMON.

Está bien, está bien; no profundicemos más la materia.... Y volviendo á lo esencial.... Ya vez, Pepe, que ni aun tú mismo puedes asegurar que esa niña te corresponde.... Por otra parte, el tío te desecharía, probablemente por la corta edad.... Luego el contrato del Marqués está ya tan adelantado, como que hoy mismo se firma.... Todo esto complica demasiado el negocio.... Lo hace casi un imposible.... Y yo, aunque con la mejor voluntad del mundo, no me atrevo á tentar el vado.

PEPE.

¿Por qué?

SIMON.

Porque es locura intentar lo que no se puede absolutamente realizar.

PEPE.

(Con aire embarazado.) ¡Ah! si vd. quisiera nada es más fácil.... Con sólo una palabra que vd. pronunciara....

SIMON.

Explícate.

PEPE.

¿Quién no sabe que el Marqués nó tiene otro mérito á los ojos de D. Pedro, que el poseer veinte mil libras de renta?

SIMON.

Y aunque eso sea así, como tú no posees otras veinte....

PEPE.

Pero como vd. posee más de cincuenta, sería más que probable que vd fuera preferido á los dos.

SIMON.

¡Yo! Confieso que no me esperaba semejante salida.... ¿Y qué sacarías tú de que yo me presentara como pretendiente de Dolores?

PEPE.

Conseguiría, en primer lugar, que el Marqués tendría que retirarse; y conseguiría después el

que no viniera otro rival á reemplazarle, porque correría la voz de que Dolores se hallaba ya comprometida con vd., y esto los asustaría.... Luego en vd. estaba el ir alargando la boda, y el ganar la mayor cantidad del tiempo posible.... Que yo por mi parte trataría de aprovechar, para envejecerme un poco á los ojos del tío, y para reconciliarme con la sobrina. Sucedido esto, me cedía vd. á la novia, sin que nadie tuviera que admirarse de que vd. la hubiera hecho la corte, y de que yo me casara en seguida con ella.... Porque esto se ve todos los días.

CARMEN.

¡Ay! qué lindo proyecto.... De esta hecha voy á tener una hermana y una confidente.

SIMON.

Sí, muchachos, todo esto está muy bien coordinado en vuestras cabezas de dieciseis años..... A lo menos así os lo parece á vosotros.... Y todo se reduce, en vuestro concepto, á una picardiguela más ó menos de estudiante ó colegiala.... Pero un hombre de mi edad no se puede prestar á semejantes subterfugios.... Equivaldría á burlarse de D. Pedro, y de toda una familia muy respetable....

PEPE.

¡Cómo, tío, usted se opone á....!

SIMON.

Positiva y decididamente.

PEPE.

Entonces, descargue vd. sobre mí toda su cólera; porque estaba tan creído de que vd. daría su consentimiento, que he escrito esta mañana á D. Pedro en nombre de vd., y sin consultarle....
tanto tiempo acllado....? ¿Podría usted, acaso dudar de mi consentimiento? Por fortuna que no se había formalizado el otro contrato..... Así, lo mismo fué recibir su carta de usted, que escribir yo al Marqués para retirar mi palabra y devolverle yo la suya.

SIMON.

¡Qué oigo! ¡Te habrás atrevido!....

PEPE.

Pidiéndole la mano de su sobrina....

SIMON.

¿Para mí?

PEPE.

Para vd.... de suerte que si vd. me desaira, le juro á vd. que no sobreviviré un minuto á mi deshonra.

ESCENA VIII.

DICHOS Y UN CRIADO

CRIADO.

(Anunciando.) El señor D. Pedro Mendoza.

CARMEN.

Quiere decir que él mismo es el que trae su respuesta.

PEPE.

Pues le repito á vd., tío, que no sobreviviré un minuto á la menor palabra que vd. diga en contra de lo que yo escribí; y aunque siento en mi alma faltarle á vd., hasta ese punto, al respeto, tenga vd. por seguro, que pronunciar vd. el fatal no, y arrojarme yo por esta ventana, todo será uno. (Corre hacia ella.)

SIMON.

¡Pepe, Pepe, yo te mando que te estés aquí á mi lado! (No me ha quedado una gota de sangre en las venas.)

ESCENA IX

DON PEDRO Y DICHOS

PEDRO.

¡Ah! ¡Amigo mío! ¡Ah! mi querido futuro sobrino, no se puede vd. figurar cómo me ha penetrado, su carta de vd., de alegría y de ternura.

SIMON.

Señor.... (Queriéndose levantar.)

PEDRO.

No, este usted quieto.... No faltaba más que anduviera vd. ahora con esos cumplimientos con-

migo.... Y como decía á vd., estoy loco de contento.... Y, nada, nada hubiera podido suceder para mi familia de más dichoso.... ¡Un enlace tan honorífico! ¡Un matrimonio tan proporcionado y conveniente bajo todos aspectos....! Pero hombre, ¿por qué diablos se ha estado vd. tanto tienmpo callado....? ¿Podría vd. acaso dudar de mi consentimiento? Por fortuna que no se había formalizado el otro contrato.... Así, lo mismo fué recibir su carta de vd., que escribir yo al Marqués para retirar mi palabra y devolverle yo la suya.

SIMON.

¡Qué!, ¿ya ha escrito vd. al Marqués?

PEDRO.

Toma, al instante.... Y ya he recibido su respuesta.... ¡Está furioso....! Y yo estoy encantado.... porque, no se lo oculto á usted, aquella boda no me convenía bajo ningún punto de vista; y si se hacía, era bien á pesar mío.

SIMON.

¿A su pesar de vd.?

PEDRO.

Sí, señor.... hubiera firmado el tal contrato, como si hubiera firmado mi testamento.

SIMON.

Entonces, sería la niña la que....

PEDRO.

Tampoco..... Quería la pobre á el Marqués lo mismo que á un buen dolor de muelas.... ¿Pero qué quiere vd.? Las circunstancias.... Ciertos compromisos.... Ya se lo contaré á vd. todo.... ¡Y luego, esto de tener una sobrina de dieciocho años por casar! ¡Ay amigo mío! Si vd. supiera cuán apurados se encuentran á veces los que se ven á la cabeza de una familia?

SIMON.

¿A quién se lo cuenta vd.?

PEDRO.

Conque, si le parece á vd., aprovecharemos el tiempo, y convendremos algunos puntos preliminares.... ¿Cuándo quiere vd. que se celebre la boda?

SIMON.

El caso es...., que yo.... quisiera antes....

CARMEN.

(Al oído de su tío.) ¡Ay, tío, que Pepe se acerca á la ventana!

SIMON.

¡Pepe!

PEDRO.

Lo más pronto será lo mejor, ¿no es cierto?

SIMON.

Pues.... Pero debo prevenir á vd.

CARMEN.

(Al oído.) Que tiene ya medio cuerpo de fuera....

SIMON.

¡Pepe!

PEDRO.

¡Qué! ¿qué es lo que tiene vd. que prevenir?

SIMON.

Nada, nada.... sino que estoy decidido.....

PEDRO.

¡Decidido! ¿Y á qué?

CARMEN.

(Lo mismo que antes.) ¡Cielos! ¡que ya levanta la pierna izquierda!

SIMON.

A casarme, señor, á casarme con su sobrina de vd.... ¡Pepe!

PEPE.

(Volviendo hacia él.) Ay tío, no olvidaré en mi vida semejante acción.

PEDRO.

¡Oh!, ¡qué amigo tan apreciable! ¡Ah! pero advierto á usted que no doy ningún dote.

SIMON.

Tampoco lo apetezco.

PEDRO.

¡Ah! qué amigo tan inapreciable.... Voy, voy á decírselo á Dolores, y á que citen al notario para esta misma noche.

SIMON.

Un instante.... Quisiera decir á vd. una sola palabra.... ó por mejor decir, manifestar á vd. que yo también pongo una condición, "Sine qua non," como dicen los diplomáticos, y es, que necesito se me conceda algún tiempo para que haga la corte á la novia, puesto que estoy firmemente resuelto á no casarme con ella hasta que me confiese que me ama. (Bajo á Pepe.) Ya ves tú que de este modo no me comprometo á nada.

PEDRO.

Corriente.... y le tomo á vd. la palabra, porque así se realizará el matrimonio mucho más pronto de lo que vd. piensa.... Sepa vd., amigo mío, que mi sobrina me habla de vd. á cada cuarto de hora, y que se hace lenguas de su bondad, de su amabilidad, de su excelente corazón.... No hace todavía ocho días que vd. debió de comer en casa.... ¿Se acuerda vd....? Pues nunca la había visto tan alegre.... Al contrario, cuando supimos que vd. no podía ya venir por su maldito ataque de gota.... Dolores se puso pálida, llorosa, displicente.... vamos, fué un cambio que no se le escapó á ninguno, y que admiró mucho á todos.

PEPE.

¡Cómo! ¿Sería posible?

PEDRO.

Y no pudimos distraerla en toda la noche por más que hicimos.

PEPE.

¡Pues no me había vd. dicho nada de esto, tío!

PEDRO.

Pero adiós, mi querido D. Simón, le dejo á vd., porque de todos modos quiero escribir dos renglones al notario.

SIMON.

Si no es más que eso, ¿á qué se quiere vd. cansar en ir hasta su casa....? Entre vd. ahí en mi gabinete, y hallará sobre la mesa todos los avíos de escribir.

PEDRO.

Lo haré, ya que vd. me permite que le trate sin ceremonias.... Será cosa de tres minutos. (Vase hacia el gabinete, y al abrir la puerta, se halla con Dolores.)

ESCENA X

DICHOS, Y DOLORES

PEDRO.

¡Qué veo!

PEPE.

¡Cielos! ¡Dolores!

SIMON.

¡Cómo es eso! ¡La señorita de Mendoza en mi gabinete!

PEDRO.

Eso es lo que yo digo.... ¿Cómo estaba mi sobrina en su gabinete de vd.?

DOLORES.

¡Perdóneme vd., tío....! Y cree vd. que.... (A D. Simón.) ¡Ah! señor, dígnese vd. protegerme.... Cuando vd. sepa los motivos que me han obligado á implorar su auxilio....

PEDRO.

Dichosamente en las alturas en que ya estamos.... El cual no es tan grande como hubiera podido ser.... (A D. Simón.) Pero usted, conoce, amigo mío, que después de una aventura como ésta, cualquiera retardo ó dilación serían inadmisibles.

SIMON.

Sí, pero....

PEDRO.

(Bajo á D. Simón.) Porque, supongo que á su edad de usted, no querrá pasar plaza de seductor.

SIMON.

Ya se ve que no quiero.... Ciertamente.... Pero antes de todo, es necesario que apuremos

cômo se encuentra aquí esta señorita, y qué objeto la ha traído.

PEDRO.

Y bien, niña, ¿en qué te detienes? Explícate.

DOLORES.

Si mi tío lo permite, quisiera que fuera usted sólo, señor D. Simón, á quien yo confiara mi secreto.

PEPE.

(Muy picado.) Se me figura, señorita, que pudiera usted, muy bien, decirnos á nosotros en voz alta, lo que va usted á decir á mi tío cuando se halle usted á solas con él.

DOLORES.

(Lo mismo.) Precisamente, caballero, es lo que trato de evitar.

PEDRO.

Pues eso es cabalmente lo que yo te ordeno que hagas al instante.

SIMON.

(A Dolores.) Vamos, vamos, no hay que alterarse.... Y usted, hija mía, ni se apure usted ni tema nada; hable usted sin recelo.... que yo la prometo á usted protejerla y defenderla.

DOLORES.

¡Ah! ¡eso es todo lo que yo deseaba! y veo con

delicia que no me engañaba, y que he hecho muy bien en venir á ponerme en manos de vd.; porque aunque es cierto que mi tío me ama mucho.... sin embargo....

SIMON.

Acabe vd.... Ca.... Mire usted que su tío se lo manda.

DOLORES.

¡Acaso he tenido jamás otra voluntad que la suya....! Y ahora mismo que está empeñado en que me he de casar con el Marqués del Soto, á quien aborrezco, ¿no estoy resuelta, si no lo puedo ablandar, á tomar mañana en ayunas tres cuarterones de sublimado corrosivo?

PEDRO.

¡Qué escucho! ¿Qué dice esta muchacha?

DOLORES.

¡Sin otro fin que el de no verme en peligro de desobedecerle....! Pero antes, y recordando cuán bueno es vd., y con cuánta justicia le quieren á vd. y le respetan cuantos le conocen á vd., vine, señor D. Simón, á implorar el favor de vd., para que se interesara con mi tío y me salvaran entrambos la vida rompiendo este malhadado enlace.

SIMON.

Pues hija mía, si no pide vd. otra cosa, ya lo tiene conseguido y concedido.

DOLORES.

¡Sería cierto! ¡Oh! ¡Qué dicha!

SIMON.

Pero no se alegre vd. todavía.... porque.... porque yo soy el que le reemplazo.

DOLORES.

¡Vd. señor!

SIMON.

Y de los dos no sé cuál le parecerá á vd. el menos malo.

DOLORES.

¡Oh! lo que es eso, prefiero á usted mil veces más que á el otro.

PEDRO.

¿Lo oye vd.? ¿Quiere vd. todavía más?

SIMON.

Aguárdese vd., porque hasta ahora lo único que saco en limpio es que el Marqués le sería aún más insoportable que le seré yo. Doloritas.... hija mía, es preciso que le confiese á vd., con mi natural franqueza, que quizá yo no hubiera nunca soñado el solicitar la mano de usted, si ese chico, mi sobrino Pepe, no me hubiera sugerido tan peregrina idea.

DOLORES.

(Con emoción.) ¡Cómo! ¡El señor es el que ha

tenido la bondad de pensar en mi establecimiento! Mucho le agradezco que se halla tomado tantas molestias para que al cabo perteneciera yo á otro.... Por lo demás, no podía haber hecho una elección que me hubiera sido más agradable.

PEPE.

(Con emoción.) Es que estaba convencido, señorita, que cualquiera le hubiera sido á usted igualmente agradable, con tal que no me hubiera escogido yo á mí mismo.

DOLORES.

Sí, señor, con tal que hubiera vd. escogido á quien hubiera yo podido estimar.... A uno que no hiciera gala de amor y de engañar á dos personas á la vez.

PEPE.

Sin duda que no es por mí por quien vd. dice eso; porque yo no he amado todavía á nadie.

DOLORES.

¿Y se puede vd. imaginar acaso, que yo pensaba en vd....?

SIMON.

Vamos, hijos míos, vamos, un poco de prudencia.

PEDRO.

En verdad, que me sorprende mucho.... Y no sé, á fe mía, lo que esto quiere decir.

SIMON.

(Con gravedad.) Esto quiere decir, que este caballerito olvida en este momento delante de quién está.... Y deduzco de ahí, que será muy difícil que mis sobrinos se lleven bien algún día con la mujer de su tío. (A Dolores.) Escuche vd., hija mía.... Ya ha visto vd. cómo he hecho romper el proyectado enlace de vd. con el Marqués, y por lo mismo, no puedo disimulármelo. Me hallo comprometido, como hombre de honor, hacia su tío de vd. y hacia vd. misma. De consiguiente, estoy pronto á casarme con vd. si vds. lo desean... Nada me puede dispensar de semejante sagrada obligación.... Pero, si como lo creo, y después de pensarlo vd. un poco, me halla vd. demasiado viejo y achacoso para hacer su felicidad, en este caso no renuncio al derecho, conque me reconozco, de poder nombrar mi sucesor.... Y uso de él ofreciéndolo á usted desde ahora mismo. Escoja usted, pues, entre el tío y el sobrino.... (Señalando á Pepe.) Vaya, pronuncie vd. el fallo sin embarazo.... No deja de ser un título de gloria para vd. el que se pongan á sus pies dos generaciones.

PEDRO.

¡Otro enigma! Pero me quieren vds. decir.....

SIMON.

Cállese vd. hasta que nombre Doloritas el dichoso mortal á quien prefiere.

DOLORES.

Es que.... Pero señor D. Simón.... ¡Se ha visto nunca mujer en mayor apuro!

PEPE.

(Aparte.) ¡Y titubea la infiel! ¡Por cierto que todo esto es muy lisonjero para mí!

DOLORES.

(Aparte.) ¡Y ni siquiera me ha mirado el traidor!

SIMON.

Conque, ¿por quién se decide usted?

DOLORES.

(¡Qué haré!) Pero también, es bueno que me quieran vds. obligar á....

PEPE.

¡Oh! no, señorita, nadie la quiere á vd. obligar aquí á nada.... Escoja usted, escoja usted á su antojo.... Que ya se sabrá consolar el que usted desprecie.

DOLORES.

(Aparte.) ¡Pues no me insulta todavía!

PEDRO.

¿Ea, lo dices ó no lo dices?

PEPE.

Vaya, dígalo vd. (¡Que mis ojos no fueran rayo!)

DOLORES.

(Muy picada.) ¿Me lo pide vd., caballero?

PEPE.

Sí, señorita, por vida de su mamasita de vd.

DOLORES.

¡Ah! Pues entonces.... y por complacer á vd.... diré.... que escojo á D. Simón, con el alma y con la vida.

PEPE.

Me alegro. (Por vida de....)

SIMON.

Pero hija, si eso no puede ser.... Habrá vd. querido decir, sin duda, que escogía á mi sobrino, y con la turbación....

DOLORES.

(¡Y dice que se alegra!) No, señor; no señor: ningún "quid pro quo" ha habido.... He escogido á vd., porque vd. es el único que me puede hacer dichosa.

PEDRO.

¡Sobrino mío! (Abrazando á D. Simón repetidas veces.)

SIMON.

Quítese vd., que me ahoga, y entonces sí que no me podré casar con su sobrina de vd. Pero niña, reflexione vd....

PEPE.

¿Pero no ha oído vd., tío, lo que esta señorita ha dicho?

DOLORES.

En efecto, ¿no lo ha oído vd., señor D. Simón....? ¿No ha oído vd. que á vd. es al que prefiero? Además, vd. me ha jurado que será mi marido, y yo reclamo de su honor de vd. el cumplimiento de esta promesa.

PEDRO.

Y yo también.... Siendo necesario que lo que se ha de hacer, se haga pronto; esto es, que hoy mismo quede firmado el contrato, y que mañana se echen las bendiciones.... Es menester, pues, que no perdamos tiempo.... Dolores, vámonos á casa, tú á vestirte de novia, y yo á que me llamen al notario para que borronée un pliego de papel sellado... Adiós, sobrino mío.... dentro de media hora nos tendrá vd. otra vez aquí. Vámonos, Dolores.

SIMON.

Un momento.... Permítanme vds. que les haga los honores....

PEDRO.

No, no..... Estese vd. quieto....

SIMON.

Siquiera hasta el zaguán.

PEPE.

(Aparte.) Ahora sí que rueda la perjura la escalera.

SIMON.

Ea, Doloritas.... deme usted el brazo.... ó, por mejor decir, tome vd. el mío.... Y por Dios que bajemos muy poco á poco.... D. Pedro ahí tiene á Carmen.... Y tú, buena alhaja, cierra la retaguardia.

PEPE.

(Aparte.) (Hasta eso.... Me quedé para paje de cola.)

DOLORES.

¿Pero para qué se quiere incomodar?

SIMON.

No, por cierto.... en mis tiempos esto es lo que se usaba. (Vanse en la forma dicha.)





ACTO SEGUNDO

ESCENA I

SINFOROSA POR EL FORO.

¡Ay Jesús....! ¿Pues dónde están....? ¿Pues qué les ha sucedido....? ¡Moverse mi amo de su poltrona sin llamarme para que lo conduzca....! Pues no había hecho otro tanto desde el año del cometa.... ¡Malditos temblores; en esto habían de parar! ¡Cuando digo yo que se acerca el fin del mundo....! Pero ahora que me acuerdo, si también se habrá ido la niña vergonzante.... la que estaba esperando en ese gabinete.... Veamos.... ¡Virgen de Covadonga, si también se fué....! Y quizá con el amo.... No hay duda, aquí hay gato encerrado... Aquí hay gatuperio.... Este eclipse total de los habitantes de esta casa, me ha dejado completamente á obscuras.... esto es, me ha dejado sin poder ati-

nar con él, porque de lo que me está pasando.... ¡Es cosa de volverse loca....! Pero vamos, vamos, Sinforosa, aquiétate por Dios, tranquilízate, toma un polvo y ten un poco de reflexión.... Quizá no será tan grande el daño como te parece á primera vista.... (Toma un polvo.) ¡Excelente cucarachero! Como que me lo dió un padre del Carmen. (Estornuda.) ¡Dominus tecum....! Y como iba diciendo, el amo no puede estar todavía lejos.... Teniendo que andar á paso de convoy.... Y con una escalera tan resbaladiza como la nuestra.... Atisvemos.... (Se asoma por la puerta por donde salieron.) ¿No lo dije yo....? Hablando están en el zaguán.... Y aquella voz es la del amo.... Si pudiera olfatear.... Pero ésta que sube, ¿no es Nicolasa la cocinera? Sí.... y ella al pasar debe haber oído algo de la conversación.... Nicolasa, Nicolasa.... Sube aprisa.... Despacha.

ESCENA II

NICOLASA CON UN CESTO EN LA MANO, Y DICHA.

NICOLASA.

Condenada escalera.... Si ya no puedo más.

SINFOROSA.

Anda, mujer, que pareces consejero.

NICOLASA.

¿Mande usted?

SINFOROSA.

Que eres capaz de quemar una cama de gusanos con tu pachorra.

NICOLASA.

Si usted hubiera subido cincuenta y cuatro escalones sin tomar resuello....

SINFOROSA.

Bueno, bueno.... Ahora lo que me urje es que me digas lo que traes de nuevo.

NICOLASA.

Lo que hacía falta... Colinabos, chiribías...

SINFOROSA.

No digo eso, animal.... Sino que me cuentes lo que has visto....

NICOLASA.

¡Ah! En efecto, vi allá en la plaza un señor que enseñaba un bicho que tenía tres rabos....

SINFOROSA.

Cinco has de tener tú, según lo estúpida que eres.... Mira, mujer, lo que á mí me interesa saber, es lo que observaste.... Ahora cuando atravesaste por el zaguán.

NICOLASA.

¿Conque yo atravesé el zaguán?

SINFOROSA.

Preciso.... ¿No está allí el amo?

NICOLASA.

Ya se ve que está.

SINFOROSA.

Hablando con una....

NICOLASA.

Y también están los niños.

SINFOROSA.

Por supuesto.... Pero el amo está hablando con una....

NICOLASA.

Quien estaba charlando con el amo era D. Pedro.... Ese vecino de enfrente que tiene una portera bizca....

SINFOROSA.

Oiga, pues no sabía que había venido ese tal D. Pedro....

NICOLASA.

Y que también tiene una sobrinita muy chula....

SINFOROSA.

Sí.... Dicen que no es mal parecida....

NICOLASA.

Que es, precisamente, la niña que tenía el amo agarrada ahora de la mano....

SINFOROSA.

¡Cómo...! ¡Qué estas diciendo!

NICOLASA.

En ademán de querérsela besar....

SINFOROSA.

¡Nicolasa!

NICOLASA.

O de santiguarse con ella.

SINFOROSA.

Eso es mentira.

NICOLASA.

¡Mentira....! ¡Ay, Da. Sinforosita! ¿No sabe usted lo adelantada que está la cosa?

SINFOROSA.

¿Qué cosa? ¿Qué cosa?

NICOLASA.

Yo, la verdad.... si lo siento es por usted, que acostumbrada por tantos años á mandar en casa....

SINFOROSA.

Pero, ¿qué cosa, qué cosa es esa que está tan adelantada....?

NICOLASA.

Por lo menos.... Si no miente la portera de

D. Pedro.... que es la que me lo ha contado todo....

SINFOROSA.

¿Acabarás, bachillera?

NICOLASA.

Y la que me llamó al pasar ahora por delante de su puerta.

SINFOROSA.

Oye, Nicolasa, si no quieres que te rompa la cabeza con esta silla, dime pronto qué cosa es esa que está tan avanzada, que te ha contado esa infernal portera de D. Pedro, y la que, según parece, te has propuesto tú que yo la vaya tragando gota á gota, como si fuera bebida antiflojística.

NICOLASA.

Toma.... Pues si lo quiere usted saber de sopetón.... sepa usted....

SINFOROSA.

¡Qué!

NICOLASA.

Que el amo se casa.

SINFOROSA.

¡Bribona!

NICOLASA.

Con la sobrinita de D. Pedro....

SINFOROSA.

¡Calumniadora!

NICOLASA.

D. Pedro gritó á su portera desde el zaguán de casa, que fueran á buscar el notario, y ya ve usted lo que esto indica.

SINFOROSA.

Querrá hacer su testamento.

NICOLASA.

No tal.... No tiene D. Pedro cara de querer hacer su testamento.... Todo lo contrario.... Le rebosa la alegría, y estoy por jurar.... que cuando subía yo el primer tramo de la escalera, oí que llamaba á D. Simón sobrino.... Conque así, ate usted cabos.

SINFOROSA.

Eres una deslenguada.

NICOLASA.

¡Yo!

SINFOROSA.

Anda, quítate de mi presencia, y la primera vez que te atrevas á insinuar siquiera que el amo se puede volver á casar....

NICOLASA.

¿Pero acaso se lo aconsejé yo?

SINFOROSA.

A la cocina... Márchate á la cocina... Charlatana... Parlanchina....

NICOLASA.

¡Señora...!

SINFOROSA.

Quita créditos....

NICOLASA.

Me iré, me iré.... No se enfade usted. (Aparte.) No le queda mal hueso que roer. (Vase.)

SINFOROSA.

Y no olvides lo que te digo.... La primera vez que vuelvas con semejantes despropósitos... (Se va tras ella muy colérica.)

ESCENA III.

D. SIMON, D. PEPITO Y CARMEN.

SIMON.

Por Dios, Carmen, acércame esa poltrona.... que ya no puedo dar un paso.

CARMEN.

Aquí está.... Siéntese usted.... Con cuidado....

PEPE.

Recuéstese usted.

SIMON.

(Después de un momento de silencio.) Y bien, hijos míos....

CARMEN.

¡Cosa más rara! ¿Y qué, tío, será posible que sea usted á quien ella ame?

SIMON.

Hay hija mía.... Creerás que empiezo ya á temérmelo.... ¡Y hazme entonces el favor de decirme si no soy bastante desgraciado!

PEPE.

Yo sí que soy desgraciado, y mil veces más que usted.... porque no sólo me han plantado por otro.... que eso sucede todos los días.... sino que me han plantado por un tío abuelo.

SIMON.

Mira tú las consecuencias que pueden tener tus locuras, y tus atolondramientos.... Casar á tu tío, setentón, con una chica de dieciocho años..... Y como una plata....

PEPE.

¿Y qué, tío, se casará usted al cabo con ella? ¿Tendrá usted valor para....?

SIMON.

Pero maldito, ¿cómo quieres que yo lo evite? Tú mismo has pedido la mano de Dolores para mí; el tío consiente.... Ella me adora.... Vamos, todo se ha reunido para arruinarme.

PEPE.

¿Qué importa eso? Usted debe volverse atrás, retirar su palabra.... ¡Dios mío!, ¿por qué no la habré yo dejado que se casara con el Marqués.

CARMEN.

Eso es, para que Dolores fuera todavía más desgraciada....

PEPE.

Tanto mejor.... Así me echaría, siquiera alguna vez, de menos.... Y no que casándose con el tío.... Como tiene ese carácter de almíbar, cada día le irá queriendo más, y acabará por ser dichosa con él.... ¡Qué consuelo me quedará á mí entonces! ¡Ah! No, tío de mi vida, por la Virgen Santísima que falte usted á su promesa.... Con dos líneas que escriba usted á D. Pedro....

SIMON.

Sobrará, á la verdad, con ello, para deshonrarme y cubrirme de ridículo.... No, hijos míos, á vuestra edad queda siempre tiempo para reparar cualquier falta que se cometa; pero á la mía es menester cuidar mucho de no cometer ninguna, porque está uno siempre con el pie en el estribo, y no es cosa de dejar este mundo con deudas atrasadas.

ESCENA IV.

DICHOS, Y SINFOROSA

SINFOROSA.

¡Vaya! ¡Vaya! ¡Y cómo traigo la cabeza! Lo mismo que la farola de la retreta.... Creerá usted, señor, que la portera de D. Pedro ha tenido el atrevimiento de contar á nuestra cocinera.... y que ésta ha tenido la sandez de repetirme.... que usted iba.... á.... ¡Ay! Ni siquiera quiero tomar en boca el condenado del verbo.... Pero he dicho á Nicolasa una sarta de desvergüenzas. que ya.... ya.... bonita la he puesto para que no venga otra vez á insultarme.

SIMON.

Pero ¿quién te mete á tí....?

SINFOROSA.

Sí, señor.... que yo no puedo consentir que en casa se tengan semejantes conversaciones.... A veces una palabra imprudente nos sugiere una maldita idea.... y.... así, la he dicho, que si algún día sé yo que sueña siquiera con que usted se ha vuelto á casar, aquel mismo día se la despide y se la planta en la mitad del arroyo.... ¿No es verdad que he hecho bien?

SIMON.

No, por cierto, que has hecho muy mal.

SINFOROSA.

¿Y por qué?

SIMON.

Porque la pobre no ha dicho más que la verdad.

SINFOROSA.

¡San Nicudemus! ¿Conque es cierto que se vuelve usted á casar?

SIMON.

Mirad, hijos míos, aunque no os lo decía, este episodio es lo que más miedo me metía de toda la historia.

SINFOROSA.

Despedirme, arrojarme de su casa después de cuarenta años de buenos servicios... pues que á esto equivale el traerme ahora otra mujer que mande en ella lo que yo mandaba.... ¿Y piensa usted que le dejaré cometer tamaña injusticia? No señor.... Primero nos han de oír los sordos.... y antes soy yo.... y vuestros sobrinos.... y....

SIMON.

¡Sí, mis sobrinos! Ellos son precisamente la causa de todo.

PEPE.

Sí, Sinforosa, nosotros tenemos la culpa.... Así, no hablemos más de lo pasado; ocupémo-

nos únicamente en reparar el mal.... Si se nos ocurriera algún medio....

SINFOROSA.

Pues no se nos ha de ocurrir.... Ni digo yo un medio, aunque fueran ciento... Qué... ¿Hemos de dejar á su tío de usted que se exponga á la rechifla y á los sarcasmos de todo el mundo? ¿Hemos de permitir que se lo lleven á casar en palanquín?

SIMON.

Ya sé yo que se van á reír á mi costa ociosos y maliciosos; pero he empeñado mi palabra, y vale más que me tengan por un estravagante, que no por un pillo.

CARMEN.

Pero, ¿y sí pudiéramos conseguir que Dolores ó su tío fueran los primeros que se desdigesen?

SIMON.

¡Oh! entonces tanto mejor para mí.

CARMEN.

Podía usted, por ejemplo, fingir con ella que tenía usted mal carácter.... Que era usted violento, gruñón, celoso.... Quizá se asustaría con esto.... y....

SIMON.

Bueno, si queréis me pondré hecho un Lucifer. (Con dulzura.)

PEPE.

No podrá usted.... Y le conocerían á usted antes de tres minutos, que todo era fingido.... ¿Cuándo ha sabido usted nunca engañar á nadie?

SINFOROSA.

Ese es un Evangelio.... Y de ahí quizá proviene todo lo que nos está sucediendo.... ¡Dar á los setenta años de su edad una palabra de casamiento! ¡Qué locura! ¿Se debe acaso prometer jamás lo que no se puede cumplir?

SIMON.

Te repito que no hablemos más de eso.... No ves, mujer, que con tus exclamaciones y lamentaciones nos impídes el deliberar? A mí me ha venido en este mismo instante una idea muy luminosa.

PEPE.

¿Para deshacer su boda de usted?

SIMON.

Sí, hijo mío.

PEPE.

Dígala usted, dígala usted.

SIMON.

Ello es cierto, por más que diga lo contrario Doloritas, que ella no me puede amar mucho.... Desgraciadamente, Pepe, también lo es que no

te ama á tí nada.... Pero ni uno ni lo otro quita que no pueda amar, sin que nosotros lo sepamos, á un tercero en discordia.

SINFOROSA.

(Con prontitud.) En efecto, pondría mis manos en el fuego á que ama ya ese tercero en discordia.

PEPE.

¿Cómo es eso? ¿Qué dicen ustedes? ¡Dolores amaría á otro....! Si tal supiese, tío, esté usted seguro de que la cosa no se pasaría tan sosegadamente como se ha pasado cuando estaba usted de por medio.

SIMON.

Déjame, por Dios, que concluya mi raciocinio.... No digo yo precisamente que la muchacha ame ya á ese otro, sino que quizá si le proporcionásemos el conocimiento de algún jovencito, bonituelo y vivaracho que le cayera en gracia, y á quien le pudiera yo ceder después todos mis derechos.... ¿Sabes, Carmen, como quién decía yo? Un muchachito así.... Por el estilo de tu D. Miguelito.

CARMEN.

Eso es.... No me faltaba más; írsele á usted á ocurrir ahora D. Miguelito!

SIMON.

Tampoco me entiendes.... Quería yo indicar únicamente....

PEPE.

No señor, no señor. Esa idea no me conviene... Y si usted me apura, es peor el remedio que la enfermedad.... Para procurar á Dolores un joven que la adore, y por quien se le vaya á ella la chaveta, vale cien mil veces más que se case con usted.

CARMEN.

Por mi parte lo prefiero con tercio y quinto.

PEPE.

Y también yo, suceda después lo que suceda.... Siempre me quedará el consuelo de que todos seremos desgraciados.

SINFOROSA.

Pero niños.... Pero señor....

SIMON.

Ya lo ves, Sinforosa.... Los dos se han pronunciado contra nosotros.

PEPE.

Por supuesto. Que venga ahora la pérfida cuando quiera... Me es igual; completamente igual.

SIMON.

¡Ay Dios, que se me había olvidado! ¡Y el tío que me amenazó con que iba á volver al instante con el notario, la novia y toda la comparsa! Pues yo no los puedo recibir en este pelaje.

SINFOROSA.

Está visto.... ¡No quieren dejar respirar á su víctima!

SIMON.

¿Qué casaca me pondré, Sinforosa? ¿Te parece á tí que me ponga la negra?

SINFOROSA.

No señor.... no es color el negro que alegra la vista.... Y luego será bueno reservar esa casaca por si acaso se lleva Dios á la señora un poquito antes que á usted.

SIMON.

¿Pues cuál me aconsejas tú?

SINFOROSA.

Ay Don.... Ya que es preciso, póngase usted la de color de ala de mosca con sus correspondientes guantes blancos y el fatal ramillete en el segundo ojal.

CARMEN.

¿Qué estás diciendo? No hay necesidad de llevar ramillete para firmar el contrato.

SINFOROSA.

Sí, señora, que la hay.... ¡Si lo sabré yo que he sido casada las siete veces que lo permite nuestra santa madre la Iglesia! Y también le pido á usted que no se encasquete ese horrible somque lo sea mi ama de gobierno, que siempre lo

cesión del Corpus, y que le hace á usted representar diez años más de los que tiene.

PEPE.

(Bajo á Sinforosa.) Al contrario, déjalo que se lo encasquete.... ¡Qué te importa á tí!

SIMON.

Vamos, Sinforosa.... y Dios nos saque con bien de este horrible lance.... ¡Ah! Quién me había de decir esta mañana cuando abrí los ojos, lo que he visto ya.... Y lo que me queda todavía que ver con ellos.

ESCENA V.

CARMEN Y D. PEPITO.

PEPE.

¿Conque se va á vestir de novio? ¿Conque tan luego como llegue ella con el notario se procederá á leer y á firmar el contrato Lo que quiere decir, que dentro de algunos minutos ya no habrá esperanza para mí.... ¡Qué desventurado soy!

CARMEN.

¿Pues no decías ahora mismo que no se te daba nada?

PEPE.

Oh, sí.... eso se dice siempre; más mira, her-

mana, lo más terrible del caso es, que Dolores dice que me detesta; que yo digo también que la detesto, y que, sin embargo, estoy seguro que los dos nos amamos como dos pichones torcaces.... Pero ella no lo confesará nunca, por supuesto, y es capaz de casarse con el tío, tan sólo por hacerme rabiar.

CARMEN.

Espera.... ¡Hubiera quizá todavía un remedio!

PEPE.

Ay Cármen de mi vida.... ¡Cuánto te quiero....! Dime presto ese medio.... Dímelo.... Ya sabes que siempre que has estado reñida con D. Miguelito....

CARMEN.

Sí, sí, siempre que he estado reñida con D. Miguelito, lo que has hecho tú ha sido darle la razón, porque los hombres se sostienen siempre mutuamente.... Pero no importa.... Y me parece que mi medio se ha de lograr.... Lo que únicamente tenemos ahora que hacer, es concertarnos con el tío, para que por su parte represente bien el papel que le toca.

PEPE.

No, por cierto, yo no soy de opinión de que hagamos entrar al tío en el complot.... Es menester que empecemos por engañarle; de lo contrario, nos echará abajo con sus cosas todos nuestros planes,

CARMEN.

Como quieras.... Esto trastorna un poco lo que tenía pensado; pero cambiaremos las baterias, y al cabo resultará lo mismo.... Vente tú ahora conmigo, que ya me parece que oigo ruido en la escalera, y puede que sea la novia con su comitiva.

PEPE.

No lo creas que yo me vaya contigo.... Quiero presenciar la entrevista.

CARMEN.

Eso sí que no puede ser.... Para salir adelante con mi proyecto, se requiere que tú no estés aquí.

PEPE.

(Titubeando.) Sabes lo que digo, Carmen.... Que me temo que tu proyecto no valga nada.

CARMEN.

Y yo te respondo del éxito, con tal que me sigas y que me obedezcas. (Se van por el foro.)

ESCENA VI

D. SIMON MUY COMPUESTO, Y CON EL RAMILLETE, Y SINFOROSA.

SIMON.

¿Crees tú que había oído ruido y temí que no fuera ya mi mujer?

SINFOROSA.

(Suspirando.) No señor.... Todavía no ha llegado su mujer de usted.

SIMON.

¡Mi mujer! Qué dolor de estómago me da cuando pronuncio esta palabra.... No sé dónde he puesto los guantes.

SINFOROSA.

(Llorando.) Aquí los tiene usted.

SIMON.

Vamos, mujer, no llores.... Cuando un mal no tiene remedio, es menester resignarse. ¡Pobre Sinforosa! (Se enjuga las lágrimas y la abraza.)

SINFOROSA.

(Sollozando.) Ojalá que sea usted muy dichoso, pero por más que hago no puedo figurarme de que esto pueda acabar en bien.

SIMON.

¿Y por qué no? ¡Ella es de un carácter tan dulce!

SINFOROSA.

¡Pero es tan joven! Ya verá usted, amo mío, cómo le sucede á usted algo.

SIMON.

Lo que es por ese lado, maldito el cuidado que tengo.

SINFOROSA.

Pues á mí cabalmente es el lado que me asusta.... Es usted tan confiado.

SIMON.

Cállate, que ya están aquí.

ESCENA VII.

DOLORES DE NOVIA, D. PEDRO, UN NOTARIO, Y DICHOS.

PEDRO.

No dirá usted, sobrino mío, que le he hecho esperar.... Y le traigo á usted ya el notario... De este modo, y antes que empiecen á llegar los parientes y testigos, podremos, si á usted le parece, ponernos de acuerdo sobre los principales artículos.

SIMON.

Encárguese usted de ese cuidado.... Pasaré por cuanto usted haga. (Bajo á Sinforosa.) ¡Repara, Sinforosa, qué aire tan decente y tan modesto....! ¿Sabes que mi mujer es muy bonita?

SINFOROSA.

¡Qué salida ésta de pie de banco....! ¡Ocurrírsele ahora semejantes tontunas!

PEDRO.

¿Qué, amigo mío, no quiere usted asistir á la redacción del contrato?

SIMON.

Desearía, entre tanto, tener con mi futura dos minutos de conversación.

PEDRO.

Nada tiene de particular.... y aun es muy natural ese deseo.... (Al notario.) Entraremos en ese gabinete, y allí despacharemos en un santiamén. (A D. Simón.) Le dejo á usted, pues, á solas con la novia.... Ya ve usted si tengo confianza en usted.

SIMON.

Haré por justificarle.

PEDRO.

¿Tiene usted, ahí á la mano, sus documentos, su fe de bautismo?

SIMON.

Todo lo hallará usted en regla en un cajoncito de ébano que está sobre la mesa, y que tiene un rótulo que dice:—Papeles de familia.

SINFOROSA.

¡La fe de bautismo!

SIMON.

Sí, es necesaria.

SINFOROSA.

¿Para qué? Ya sabemos todos que es usted mayor de edad.

(D. Simón la hace señas que se vaya: Sinforosa lo hace murmurando entre dientes, y después de haberle exhortado, también por señas, á que no se case, D. Simón la dice que puede estar tranquila y fiarse en él.)

ESCENA VIII.

D. SIMON Y DOLORES.

SIMON.

He procurado, señorita, que nos quedemos aquí solos, porque quería preguntar á usted, si después que se ha dignado concederme su mano, ha reflexionado usted bien sobre este paso?

DOLORES.

Sí, señor. (Suceda lo que suceda, no seré yo la que me desdiga.)

SIMON.

(¡Qué obstinada es! y me temo que por más que haga....) Me parece, sin embargo, que tiene usted los ojos encarnados. ¿Qué ha llorado usted? Escuche usted, querida mía, si por ventura ha cambiado usted de idea, dígamelo usted.... No sienta usted la pesadumbre que me pueda dar.

DOLORES.

¿Quién? ¿Yo? ¡Cambiar yo de idea! Titubear.... No, no señor; conozco demasiado sus buenas cualidades de usted para....

SIMON.

No digo que no tenga yo alguna de esas buenas cualidades que usted cree, Doloritas, pero lo malo es que las tengo hace ya mucho tiempo... y en este pícaro mundo se encuentran á cada pa so una multitud de cosas excelentes que no valen nada, sin embargo, tan sólo por su fecha.... Así, respóndame usted con franqueza.... sin recelo ninguno; como si se lo dijera usted á un loro.... ¿Es verdad que usted no me ama y que....?

DOLORES.

Cómo puede usted figurarse que yo no he de agradecer esa dulzura, esa bondad con que usted me trata.... yo que he sido tratada siempre por mi familia con una severidad, con un despego....

SIMON.

Ya; pero agradecer no es amar.... Acuérdese usted de que hay una comedia con este título.... Y luego mis años.

DOLORES.

¡Sus años de usted! Ni siquiera me he acordado yo de ellos.... Me ha sido mucho más grato emplearme en contar sus virtudes de usted...

Además, no conozco otro medio de manifestarle mi gratitud, que el de embellecer sus últimos días con mis conatos, con mi deferencia, con mi ternura....

SIMON.

(Aparte.) ¡Excelente muchacha! Y no hay duda que considerado así el matrimonio, nada tiene que espante.... ¡Y yo que me quejo siempre de que me dejan solo á todas horas!

DOLORES.

Seré su hija adoptiva de usted.... No me separaré nunca de su lado.

SIMON.

¡Nunca....! Pues señor, á medida que contemplo este enlace más de cerca, me parece menos ridículo.... A mi edad es cuando más falta le hace á uno el tener una amiga, un guía, un apoyo.... Y partiendo de este juicio, no cabe duda que me ha de ser mucho más agradable el que usted sea la que me acompañe y cuide, que no el que sea mi ama de gobierno que siempre lo hace respingando y gruñendo.... De ahí que, si yo no recelara de alguna inclinación secreta....

DOLORES.

Oh, no señor.... Ya no tengo ninguna, ni volveré á tener en mi vida..... y una de las razones principales que me deciden á casarme con usted, es.... (A media voz.) Es porque yo no quiero amar á nadie.

SIMON.

Y si algún día echase usted de menos....

DOLORES.

Nada, nada me queda ya que echar de menos....

SIMON.

¡Ah! Entonces empiezo á esperar....

DOLORES.

(Y yo á temblar.)

SIMON.

Que á pesar de mi edad.... Vamos, Doloritas, me confío en usted.... Entremos en el gabinete y firmemos.

DOLORES.

¡Tan pronto!

SIMON.

Sí, sí; deme usted la mano.... ¿Pero por qué tiembla usted?

DOLORES.

¡Yo!

SIMON.

¿Tendría usted que decirme todavía algo?

DOLORES.

No, señor.... (¡Ah! Ya sería demasiado tarde.) Vamos cuando usted guste.

ESCENA IX.

DICHOS Y CARMEN

CARMEN.

(Que ha salido de puntillas por la izquierda, y hace ahora como que entra corriendo por el foro.) ¡Tío, tío! ¡Ay tío de mi vida, y qué desgracia tan grande!

SIMON.

¿Qué es eso? ¿Qué es lo que ha sucedido?

CARMEN.

Que Pepe.... Que mi hermano se nos va. (Fingiendo que llora.)

SIMON.

¡Cómo!

DOLORES.

¡Cómo!

CARMEN.

Como ustedes lo oyen.... Viendo que usted iba á casarse al cabo con la que él adoraba.... con la que él no ha dejado un momento de adorar, no ha podido soportar la idea de que su tío había sido su rival, y acaba de sentar plaza.

SIMON.

¡Sentado plaza!

CARMEN.

En un regimiento de dragones.... Dentro de una hora saldrá de Madrid, con otros reclutas, para Zaragoza....

SIMON.

¡Qué desatino! ¡Qué locura! ¡Cielos, y esta pobre muchacha! (Reparando en Dolores, que se ha dejado caer sin sentido en una silla.)

CARMEN.

Y bien, ¿qué le ha sucedido á la novia?

SIMON.

No me faltaba más que eso. ¡Sinforosa! ¡Sinforosa! ¡Trae un frasco de agua de Colonia! Vinagre de los cuatro ladrones... Alcali volátil.... ¡Nadie responde! Todo el mundo está sordo.... Será preciso que yo mismo vaya y.... (Vase.)

CARMEN.

Yo conozco mejor específico......—¿Pepe? Pepe?

ESCENA X

D. PEPE, CARMEN, DOLORES.

PEPE.

¡Qué veo! ¡Dolores mía! (Corriendo y arrojándose á sus pies.)

DOLORES.

¡Pepe! ¡Ah! ¡Ya no te volveré á ver más! (Con voz débil.)

PEPE.

Sí, vida mía, aquí me tienes.... ¡Mírame!

DOLORES.

¡Será posible! ¿Eres tú, Pepe?

PEPE.

Sí, yo soy, y no me alzaré de tus pies hasta que hayas pronunciado mi perdón. Mi hermana ha imaginado esta estratagema para intentar salvarme; pero si no me vuelves tu cariño, ¡oh! entonces he tomado mi partido, y te juro que sabré hacerme matar.

DOLORES.

¡Pepe! ¡Carmen!

CARMEN.

Vaya, perdónale, mira que te ama á tí sola y lo mismo que antes.

DOLORES.

¿No me engañas?

PEPE.

¿Y tú, no me has olvidado, no es verdad?

DOLORES.

No, no lo he podido por más que lo he deseado.

(La coje la mano y se la besa con transporte: en este momento salen del gabinete D. Pedro y el notario, y por el foro Sinforosa con un frasquito en la mano.)

PEPE.

¡Ah! ¡Qué feliz soy!

PEDRO.

¿Qué significa esto?

SINFOROSA.

¡Válgame Santa Polonia! ¡Un joven á los pies de la novia!

DOLORES.

¡Tío! (Dolores se levanta de la silla y corre hacia donde está su tío, y Sinforosa se deja caer en la silla en que estaba Dolores.)

SINFOROSA.

¡Qué escándalo! Si le decía yo bien á mi amo, que le sucedería algo. ¡Ay de mí!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, Y D. SIMON CON OTRO FRASCO.

SIMON.

Aquí estoy, aquí estoy. Y bien, ¿ha vuelto ya....?—Huela usted, hija mía, huela usted...

—¡Cómo! Eres tú, Sinforosa.... Habrá puerca..... ¿A tu edad te desmayas todavía?

SINFOROSA.

No, que no me desmayaré habiendo visto lo que he visto... Sepa usted que ahora mismo... Aquí, en este mismo sitio....

PEPE.

¡Quieres callar!

SINFOROSA.

¡Cómo! ¡Que me calle! Que me calle, cuando está el honor de mi amo de por medio.... Imagínese usted, señor, que estos chicos se aman todavía.... Que lo he oído con estos oídos.. . Sí, señorita, lo he oído.... No será á mí á la que se intente engañar.

SIMON.

¡Con que se aman todavía! Y yo.... Yo he podido hacerme un instante ilusión.... Para qué sirve, pues, vivir setenta años?

SINFOROSA.

Ya sabía yo que se había de enfurecer usted al considerar....

SIMON.

¡Enfurecerme yo, y estoy fuera de mí de gozo! Venid, venid, hijos míos, y abrazadme.... Ahora, Dolores, no podrá usted desdecirse, porque tenemos testigos que deponen.... Sr. D. Pe-

dro, ya sabe usted nuestras convenciones.... He prometido firmar el contrato y lo firmaré; pero no será como novio, sino como tío y padre.... (¡Caramba! De la que escapo.... ¡Si me volvieran á atrapar....!)

DOLORES Y PEPE.

¡Tío querido! ¡Tío!

SIMON.

Ese es el título que me corresponde, y el único que conviene al que tiene setenta....

CARMEN.

Tío, ¿y D. Miguelito?

SIMON.

Deja que le apunte la barba, y hablaremos. (A bien que con ese no me han de querer casar.)

SINFOROSA.

(Enjugándose una lágrima.) Bendito sea Dios que no queda en casa ningún sobrino soltero.

SIMON.

Y aunque los hubiera, Sinforosa, nada tenías que temer.... A mi edad no se llevan calabazas dos veces.... Por poco que uno mismo no sea una calabaza.... Vamos, hijos míos, á firmar el contrato.... Dolores, dé usted el brazo á su tío. (A Pepe que quiere tomar el otro.) No, no, déjame este libre, para que os pueda echar mi bendición.

UN ENLACE ARISTOCRATICO

Comedia en un acto y en prosa

ESCRITA EN FRANCES POR SCRIBE

y traducida al castellano

POR EL LIC VICUÑA.

PERSONAS

Ursula de Miraval, rica heredera, prima de.—Celina de Miraval, niña de once años.—El Conde de Luzy, oficial de Mosqueteros de la guardia.—Octavio de Blaisville, de trece años.—Anselmo, Mayordomó de la casa.—Pascual, criado del campo.—Labradores de ambos sexos.

La escena se representa á 20 leguas de París, en 1730, en una antigua casa de campo al estilo gótico.

Sala al gusto antiguo, en la cual habrá varios adornos, como jarrones, etc. En el fondo dos grandes sillones ó poltronas, mesas, sillas, etc. A la izquierda una ventana.



ACTO UNICO.

ESCENA I

URSULA, SENTADA ESCRIBIENDO. ANSELMO.

ANSELMO.

A decir verdad, difícilmente se encuentra una señorita tan estudiosa y aplicada como la nuestra! Apenas se ha apercibido de que he entrado yo en esta sala.

URSULA.

(Ocultando de prisa la carta.) ¡Quién está ahí! ¡Ah!, ¿es usted, señor Anselmo?

ANSELMO.

Yo soy, señorita.... como mayordomo de la casa, me hallo en todas partes.... y á decir ver-

dad, tengo ya tal costumbre de olfatear, que.... que he adivinado al punto que usted quiere que yo sea el portador de esa carta. (Indicándola.)

URSULA.

¡No hay para qué...! Es una lista de libros...

ANSELMO.

Libros de devoción, por supuesto: ¡eso no me admira! Dueña de sus acciones, rica, riquísima, y entrar en un convento de Canonesas.... vaya, será usted el ejemplo de todas las jóvenes de esta provincia, por sus virtudes y edificación.

URSULA.

Pues si me imitaran mis compañeras, no ganarían mucho los del otro sexo, porque se casarían pocas.... (Sonriendo.)

ANSELMO.

Tanto mejor. A decir verdad, yo no concibo esta manía que tienen ahora las jóvenes de buenas familias, de casarse antes de que les salga la muela del juicio.... Todas se precipitan por alistarse en las banderas del himeneo, sin considerar que es una locura perder tan pronto su libertad, y lo que es más, la administración de sus bienes. No ha pensado así ciertamente la señora de Miraval, su tía de usted.

URSULA.

Permítame usted, Anselmo: á mi tía no se la puede considerar como enemiga del matrimonio.

ANSELMO.

Es verdad; porque es protectora nata de todos los novios de la comarca.... Si los detestara tanto como yo....

URSULA.

Ya entiendo: ¡habrá usted sido casado!

ANSELMO.

Y lo soy todavía; con mujer, hijos, nietos y...

URSULA.

¡Jesús!

ANSELMO.

Dichosamente que la niña Celina, su prima de usted, á consecuencia del estado que usted va á tomar, reunirá sobre su cabeza las dos herencias; y siendo huérfana y de diez años de edad, preciso será que el manejo de sus ricas posesiones se ponga al cuidado de un mayordomo, y que....

URSULA.

Creo que ella preferirá se los administre mejor un buen marido....

ANSELMO.

Pueden hacerse ambas cosas; y no será extraño, porque la tal niña es de la piel del diablo... y porque á decir verdad....

URSULA.

Observo, Anselmo, que tiene usted un afecto

particular á la palabrita que usa siempre..... esa de.... á decir verdad....

ANSELMO.

Es costumbre que he tomado cuando arreglo mis cuentas; y porque en boca de un mayordomo, semejante frase nunca daña.... Admira al principio, mas después se acostumbra uno á oirla, y.... (Tocan la campanilla.)

Pero la señora toca la campanilla; si será alguna diablurilla de la niña Celina? Desde que el Barón de Blaisville se empeñó en enviarnos á su hijo Octavio, los dos muchachos nos traen locos: son tan enredadores y tan traviesos.....! No sé tampoco con qué objeto se adorna hoy tanto la capilla, ni para qué han traído de París esa canastilla que llegó anoche con tantos trajes y embelecos como si se preparara alguna boda. (Suena otra vez la campanilla.) ¡Allá voy! ¡Ni siquiera un instante puede uno hablar con sosiego!

ESCENA II

URSULA.

¡Gracias á Dios que se fué! Coloquemos mi carta en ese jarrón, como siempre.... Puede haber mayor desgracia que estar casada hace ocho días, y no poder una escribir á su marido? ¡Ya se ve! como se han divulgado tanto las voces de mi vocación religiosa; como yo misma se lo anuncié á mi tía con toda formalidad.... y no sólo

á mi tía, sino á toda la corte, á mis parientes... ¡Me estremezco sólo al pensar en el escándalo que esto va á producir! Cómo decirles ahora que la falsa noticia de que Luzy había perecido en campaña, me había echo tomar la resolución de encerrarme en un claustro, y que.... ello, es preciso declarar este secreto, de otro modo no es posible vivir con tranquilidad. Cuando suele venir mi marido á visitar á mi tía, me parece que todos nos miran: que leen en nuestros semblantes lo que queremos ocultar.... ¡Ah! ¡si sorprendiesen mi correspondencia epistolar con un oficial de la guardia real....! qué zambra se armaría.

ESCENA III.

URSULA, CELINA.

URSULA.

Válgame Dios, Celina, ¡adónde vas tan grave y meditabunda, con ese pañuelo en la mano! ¡Pareces una heroína de novela! (Está jugando á las muñecas.)

CELINA.

No sé qué tengo, prima mía; pero lo cierto es que estoy muy triste.

URSULA.

Es menester que te distraigas, que te diviertas....

CELINA.

No puedo; mis juguetes me fastidian.

URSULA.

¡Es cosa terrible! ¿Por qué no te vas á jugar con Octavio?

CELINA.

¿Con Octavio? Si vieras de qué humor se ha levantado.... Mira, prima, no sé qué tenemos las dos; estamos insoportables. Cuando vamos á la pradera y Octavio se pone á bailar con las aldeanas, sin hacerme caso, me da una rabia.... Al instante se me quita la gana de merendar.... Otras veces me pongo á llorar como una Magdalena si su ayo le riñe porque no ha sabido la lección.... Vamos, si no sé lo que me pasa.... Fugúrate tú que ayer me dió la tía un caramelo, y me pareció de acíbar porque él no quiso tomar la mitad que le daba. Oyes, Ursula, ¿si me habrán hecho mal de ojo?

URSULA.

¿Estás loca?

CELINA.

Pues ello algo es.

URSULA.

Qué sé yo.... niñadas tuyas.

CELINA.

¿Conque no lo sabes....? ¡Habrá embustera!

Como si á tu edad pudieras ignorar que las mujeres tenemos á veces nuestras penas y que....

URSULA.

(Habrá arrapieso.) Te repito que no entiendo lo que me dices.

CELINA.

¡Qué inocente eres! Como si yo no hubiera observado que has estado otras veces tan mala como lo estoy yo ahora....! Crees que soy alguna boba.... Crees que no te he visto más de cuatro noches en el jardín, sola, cabizbaja, haciendo pucheros y parándote de cuando en cuando para arrojar un suspirote.... así.... ¡Ay! (Hace ademanes de suspirar.) Y cuando entrabas en la sala, ¿por qué tenías siempre los ojos fijos en la puerta, y el menor ruido por qué te hacía palpitar....? En fin Ursulita, seamos francas; las mujeres que no entienden de semejantes cosas, no se ponen como un gitomate cuando se anuncia la vista de algún caballerito con charreteras de plata y uniforme encarnado.... ¿Digo algo?

URSULA.

Te quieres callar, muchacha.... si te oyeran....

CELINA.

Sin contar que todo te fastidiaba, y con que muchas veces cuando nos poníamos á comer.... y había cosas muy buenas, por cierto, tú de nada comías, y.... de suerte que todos pensába-

mos que estabas enferma, y que te ibas á quedar como un alambre.... si no te morías.... Por fortuna, que de repente.... hace tres.... cuatro.... siete días, siete cabales.... cambiaste enteramente. Primero has tomado un airecito entre admirado y confuso; después, aunque estés sola y no haya en casa uniformes encarnados, te pones encendida.... de mil colores, como.... si te acordases de algo que te avergonzara.... Como lo estás ahora cabalmente.... ¡Y si no, mírate, mírate al espejo.

URSULA.

Sabes, primita, que no me gusta que me andes espiando y que nada te importa que yo esté alegre ó que esté triste?

CELINA.

Por más que digas, ahora estás muy sosegada y muy contenta: ojalá estuviera yo así.... pero quién sabe si con el tiempo.... si haciendo lo que tú.... porque has de saber.... (Con malicia) que ya que no haya podido adivinar tu secreto, he tomado por lo menos el partido de imitarte en todo.... de ese modo obtendré, quizás sin saberlo, lo que tú has conseguido con tus mañas... así es que, todo el día me estoy paseo arriba y paseo abajo en el jardín.... por señas que me dan unos calambres que ya, ya.... y me pongo mustia y levanto los ojos al cielo, y me doy palmadas en la frente, y.... hay hija, sabes que para curarse una de estos males incógnitos, se necesita tener mucha paciencia. Y no digo nada

de los sacrificios que tiene una que hacer.... Te acuerdas, dime, de aquella crema de chocolate qué había ayer en la mesa....? Pues no la quise comer.... aunque se me iban los ojos tras ella.... y sólo porque tú no la quisiste.... Lo peor del cuento es que después de todo, nada adelanto, y que....

URSULA.

(Se ha visto jamás una mocosa por este estilo!) Repito, niña, que es muy mal hecho eso de andar remedando á una.... que es mala crianza.... y que si lo sigues haciendo y no olvidas todas esas necedades, se lo diré á tu tía para que te riña y castigue severamente.

CELINA.

¿Se lo dirás á mi tía? ¿Se lo dirás á mi tía? Pues mira, anda dícelo; que si tú eres soplona, también lo seré yo, y si tú le cuentas algo, también le contaré yo lo que ví ayer noche cuando nos paseábamos todos en derredor del estanque.

URSULA.

¿Pues qué viste?

CELINA.

Ví, y lo ví muy bien, que el señor Luzy, así, al descuido.... y como quien no quiere la cosa.... te dió una carta.

URSULA.

¿A mí?

CELINA.

Sí señora, á tí.... cuando tropezaste en aquella cáscara de naranja, y el te cogió la mano para que no te cayeras..... ó para darte el papelito, quién sabe.

URSULA

¡Cállate, por Dios!

CELINA.

Hola.... ¿esas tenemos? ¿Conque quiere usted que me riñan....? ¡Pues repito que se lo diré á mi tía y á todos los que quieran oirme!

URSULA.

Me pierdes, Celina, (Suplicando) no hagas tal, por Dios.

CELINA.

¿Tanto te importa?

URSULA.

Mucho, muchísimo.... y si te callas, te ofresco una muñeca.

CELINA.

¡Eso es llamarme chiquilla....! Se lo diré á mi tía.

URSULA.

No, no.... te compraré dos libras de caramelos.

CELINA.

Anda chúpatelos tú..... Se lo diré á mi....

URSULA.

En fin, haré lo que tú quieras.... con tal que....

CELINA.

Enhorabuena.... callaré como una muerta.... pero me has de decir tu receta.

URSULA.

¿Cuál?

CELINA.

Esa que te ha puesto como una pascua....

URSULA.

Te la diré.

CELINA.

¿Cuándo?

URSULA.

Mañana.

CELINA.

¿Mañana?

URSULA.

Sí, mañana. (A bien que yo haré de modo que la envíen esta noche á su pensión!)

CELINA.

Corriente.... Esperaré á mañana. Y dime, tengo que prepararme para tomar la medicina?

URSULA.

¿Qué medicina....? ¡Ah! sí, la de mi receta.... No, nada tienes que hacer sino tomar al acostarte un buen par de vasos de agua bien fría. Adiós.

ESCENA IV.

CELINA, SOLA.

Adiós ¡Agua fría! Pues entonces será alguna purga.... Puf, y ¡qué amarga será....! Pero la verdad.... No me parece muy creíble que una persona triste se ponga contenta con purgas y vasos de agua.... Yo creo que mi prima me engaña.... Aquí hay gato encerrado... ella anda mucho por esta sala y.... y hoy la he visto acercarse dos ó tres veces á este jarrón.... (Se pone pensativa, levanta la tapadera del jarrón y encuentra un billete doblado: se pone muy alegre.) ¡Una carta!, y cerrada en forma de corazón. ¡Ay! y cómo me late el mío.... ¿De quién será....? Sin duda del señor Luzy.... y para mi prima....! ¡Toma, esto es lo que le llaman un billete amoroso.... una.... una.... una declaración....! Eso es. una declaración.... á lo menos así la llaman en las comedias. Estoy por abrir la carta.... Pero alguien viene.... ocultémosla. (Oculta su papelito.)

ESCENA V.

CELINA Y OCTAVIO

CELINA.

Octavio.

OCTAVIO.

Celina.

CELINA.

¿Dónde estabas?

OCTAVIO.

En el corral.

CELINA.

¿Meditando?

OCTAVIO.

No, jugando al trompo.

CELINA.

¡Oh, al trompo! ¡Qué vulgaridad! ¿Y no hablabas con nadie?

OCTAVIO.

Con nadie.... Sólo con Juanita, la hija del jardinero.

CELINA.

Precisamente con la que yo no quiero que hables.

OCTAVIO.

Si yo no la decía nada.... Ella, ella era la que tenía trazas de estarse burlando de mí.

CELINA.

¿Por qué?

OCTAVIO.

Porque me estaba ponderando que le gustaba yo mucho.

CELINA.

¡Ah! ¡qué bribona!

OCTAVIO.

Y que tenía muy buenos ojos....

CELINA.

Lo que es eso, no digo que no.

OCTAVIO.

Por fin, me aseguró que mi cara era ni más ni menos, la que correspondía á un amante favorecido.... Verdad es, que esto último me lo dijo riéndose.

CELINA.

¿Amante favorecido? ¿Y qué cosa es esa?

OCTAVIO.

¡Qué se yo....! ¿Qué no sabes tú lo que es amante?

CELINA.

¡Toma!, lo que es eso sí.... estaba yo fresca si con diez años cumplidos de edad no supiera todavía....

OCTAVIO.

Es que yo tengo trece y sin embargo....

CELINA.

Porque eres hombre, y porque los hombres en general, son muy tontos en semejantes materias.... Así se lo decía por lo menos mi tía á su compadre el canónigo la otra noche.

OCTAVIO.

Pues bueno, ¿qué es un amante?

CELINA.

Mira, hombre, un amante es un enamorado....

OCTAVIO.

¡Ah!

CELINA.

Es un joven que lleva guantes amarillos, que mira de reojo.... que está siempre sonriéndose, cuando tiene los dientes blancos, y que hace mucho ruido cuando se sienta en la luneta del teatro.... La Baronesa tiene uno con todos estos requisitos.... su cuñada tiene otro.... la marquesa.... no, esa tiene dos.... según dice mi prima Ursula,

OCTAVIO.

Entonces, ¿qué es lo que no entiendes de lo que me dijo Juanita?

CELINA.

Aquello de favorecido.

OCTAVIO.

¿Quieres que busque otra vez á Juanita y se lo pregunte?

CELINA.

No, no, muchas gracias; más vale que nosotros dos lo adivinemos solitos. Reflexionemos.

OCTAVIO.

Reflexionemos.

CELINA.

Si hiciéramos lo que mi prima y el oficial hacían anoche en el jardín.... Oyes, dame el brazo, y paseémonos.

OCTAVIO.

Con mucho gusto. (Se pasean agarrados del brazo.)

CELINA.

¿Nos mira alguien?

OCTAVIO.

¿Quién nos ha de mirar si estamos solos?

CELINA.

Pues bien, toma. (Dándole misteriosamente un billete.)

OCTAVIO.

¿Qué quieres que haga yo con este papelucho? (Levantando el billete en el aire.)

CELINA.

¡Qué simple eres! ¡No ves que es un billete amoroso! ¡No lo enseñes, y procura ocultarlo, para que no lo vea nadie!

OCTAVIO.

(Haciendo como si lo ocultase.) ¿Así? ¿Y luego?

CELINA.

Leelo muy de prisa, sin olvidar que soy yo quien te lo escribe.

OCTAVIO.

"¡Dueño mío, por quien suspiro! ¡Tú haces "las delicias de mi vida! ¡Cuando estoy lejos de "tí parece que todo me falta, pues eres mi único bien!"

CELINA.

¡Si no le das sentido....! No parece sino que estás leyendo las pascuas del sereno.

OCTAVIO.

Leeré otra vez. (Con énfasis.) "¡Dueño mío!"

CELINA.

"Por quien suspiro." ¡Ah!

OCTAVIO.

"Tú haces las delicias de mi vida! ¡Cuando es-"toy lejos de tí, parece que todo me falta...!"

CELINA.

"Pues eres mi único bien." ¡Bien, así va bien....! Y dime, ¿qué efecto te hacen estas palabras?

OCTAVIO.

¡A mí ninguno!

CELINA.

Ni siquiera te dan ganas de estornudar.

OCTAVIO.

No.

CELINA.

Entonces todavía no está la receta de mi prima.

VOCES DENTRO.

¡Celina! ¡Octavio!

ESCENA VI.

DICHOS, Y URSULA.

URSULA.

¡Qué hacéis aquí vosotros! No estáis oyendo que os están llamando.

OCTAVIO.

¿Nos van á reñir, Ursula?

URSULA.

No sé. Acaba de llegar un correo de París, y al instante nuestra tía ha despachado un propio á todos nuestros vecinos para que se reunan aquí.... No sé si será baile, ó comedia, ó.... pero lo que sí sé, es que me voy á encerrar en mi cuarto. ¡Cuidado, Celina, con qué digas que me has visto y con lo que hablas!

CELINA.

Tranquilízate.... ya estoy algo más aliviada con tus lecciones. (Esconde la carta en el jarrón mientras.)

(Ursula vuelve la cabeza, y dice á Octavio:) Venga usted acá, caballero, ¿teme usted que le riñan? Vaya, ¡qué vergüenza!; un hombre como un trinquete!; y yo que soy una triste joven tengo más valor que él.... Adiós, primita. (Vanse los dos.)

ESCENA VII.

URSULA, Y A POCO LUZY.

URSULA.

(Mirándolos salir.) ¿Qué querrá decir esto? Este correo.... ¡Este convite....! ¡Tantos preparativos....! ¡Con tal que no sea yo la víctima...! (Sale Luzy.) ¡Cómo! ¿eres tú?; ¿qué casualidad te trae tan temprano á casa de mi tía?

LUZY.

Me ha convidado, como á toda la nobleza de las inmediaciones, por medio de un billete, para que vengamos cuanto antes á presenciar una ceremonia, que se nos dice, para dejarnos el placer de la sorpresa.... tales son sus propias palabras.

URSULA.

Algún casamiento.... ¿no conoces su manía? todos los años ha de casar alguna aldeana, y la ha de dotar en premio de su buena conducta. Luego habrá su baile y.....

LUZY.

¿Asistirás tú?

URSULA.

No, me fastidian estas diversiones patriarcales.

LUZY.

Así lo supuse.... pero me he adelantado un poco, porque quería llegar antes que los convidados y hablar contigo á solas estos cortos instantes. Desde ayer no sabía de tí.

URSULA.

Pues yo te he escrito por nuestro correo ordinario. (Tomo la carta del jarrón.)

LUZY.

Te entiendo: ¿y que dice nuestro correo?

URSULA.

Lo de siempre: que estoy ansiando por que llegue el dulce momento de poder amarnos libremente.

LUZY.

Pero quién nos lo impide....? Por qué no tomamos nuestro partido? Por qué no declaramos nuestro matrimonio? ¿Temes acaso el tener que confesárselo á la tía? Para eso hay mil medios. Podemos escribirla una carta muy respetuosa, en que expresemos los poderosos motivos que nos obligaran á tener secreto nuestro enlace, siendo uno de los principales el escándalo que este acontecimiento iba á producir en la provincia.

URSULA.

Tanta más razón para evitar este escándalo.

LUZY.

Ya he dado mis instrucciones al efecto. Si quieres, esta noche á las doce estará pronta en el parque una silla de posta con un criado que nos conducirá á nuestra casa de París, donde todo está preparado para recibirnos.

URSULA.

¡Esta misma noche!

LUZY.

¿Ya estás asustada? Vamos, Ursula, valor y sobre todo, no te vayas á arrepentir en el momento del peligro. Conque asunto concluido.

ESCENA VIII

DICHOS, Y ANSELMO

ANSELMO.

¡Jesús, qué noticia! ¿Quién se lo hubiera imaginado?

URSULA.

¿Pues qué ha sucedido?

ANSELMO.

Yo que lo he visto con mis propios ojos, todavía lo dudo, señorita. A decir verdad, la cosa es sorprendente, fulminante, aniquilante!

URSULA.

¡Nos llena usted de terror! ¿Qué ha sucedido en suma? (Sonriendo.)

ANSELMO.

¡Una carta, señorita!

URSULA.

Y sólo una carta.
todos los años ha de casar alguna aldeana, y la ha de dotar en premio de su buena conducta. Luego habrá su baile y....

LUZY.

¿Asistirás tú?

URSULA.

No; me fastidian estas diversiones patriarcales.

LUZY.

Así lo supuse... pero me he adelantado un poco, porque quería llegar antes que los convidados y hablar contigo á solas estos cortos instantes. Desde ayer no sabía de tí.

URSULA.

Pues yo te he escrito por nuestro correo ordinario. (Toma la carta del jarrón.)

LUZY.

Te entiendo; ¿y qué dice nuestro correo?

URSULA.

Lo de siempre; que estoy ansiando porque llegue el dulce momento de poder amarnos libremente.

LUZY.

¿Pero quién nos lo impide....? ¿Por qué no tomamos nuestro partido? ¿Por qué no declara·

ANSELMO.

Déjeme, usted, por Dios, cordinar mis ideas. Una carta de París, que acaban de traer, del Sr. Barón..... del padre del niño Octavio.

URSULA.

¿Y bien, qué dice esa carta? ¿Ha habido mudanza de ministerio?

ANSELMO.

No, gracias á Dios; sino que envía el nombramiento de canonesa que el señor Barón solicitó para usted, señorita, y....

URSULA.

Y yo que le escribía ayer que suspendiese todos los pasos que estaba dando....

LUZY.

¿Y es éso todo, Anselmo?

ANSELMO.

No, señor, si eso no es nada en comparación con lo que queda.... Ya sabe usted que esta señorita ofreció, tan luego como llegara á ser canone-

sa, renunciar todos sus bienes en favor de su prima.... la que tiene diez años y la que en el orden regular, todavía había de tardar cuatro ó cinco en casarse.

LUZY.

¿Y bien?

ANSELMO.

Y bien; el señor Barón que sabe, á lo que parece, dónde le aprieta el zapato, temiendo sin duda que en cuatro ó cinco años se le escape de entre las manos la más rica herencia de esta provincia, ha solicitado y obtenido del Rey el permiso necesario para que su hijo Octavio se case desde ahora con la niña Celina, con la expresa condición de que inmediatamente han de conducir á el novio á su colegio y á la novia á su pensión, hasta que el primero cumpla dieciocho años y puince la segunda.

URSULA.

Parece increíble.... pero mi tía....

ANSELMO.

Toma, su tía de usted está llena de alborozo.... Y como todos tienen en esta casa furor matrimonial, ya los tiene usted todos en la capilla celebrando la ceremonia: allí los acabo de dejar. Los novios, á decir verdad, están tan graves, que es cosa de risa. ¡Estoy desesperado!

URSULA.

¡Desesperado! ¿Pues á usted qué le importa?

ANSELMO.

¡Una bagatela....! ¿No ve usted, señorita, si se pone en moda el casar á los niños antes que los desteten, y entran desde entonces en la administración de sus bienes, no ve usted, repito, que se llevará la trampa todo el sistema mayordomial con los emolumentos? Pero ya llegan los recién casados.... Fuerza será que les dé la enhorabuena.....mal que me pese. (Salen Octavio y Celina vestidos de boda. Criados y dependientes de la casa.)

ESCENA IX.

LUZY, ANSELMO, URSULA, OCTAVIO, CELINA, CRIADOS Y DEPENDIENTES DE LA CASA.

CRIADOS.

¡Vivan los señoritos!

OCTAVIO.

¡No vuelvo en mí de alegría! ¡Salto, brinco de contento! (Lo hace.)

CELINA.

Octavio, por Dios, un poco de moderación, no reparas que nuestros criados nos miran? (Adelantándose.)

LUZY.

Baronecita, permítame usted que sea el primero que la ofrezca mis respetos.

CELINA.

Oh, señor Luzy... Lo que ha tardado usted... Ya me encuentra usted casada...... como cualquiera otra mujer.... Me trae usted el cartucho de dulces que me ofreció usted anoche.

LUZY.

Cumplo mi palabra. (Le da un cartucho de dulces.)

OCTAVIO.

¿Qué es lo que haces? (Tirándola del vestido.)

CELINA.

¿Acaso no puedo ya comer dulces porquè me he casado? ¡No faltaba otra cosa! Mira, son almendras de garapiña, tienen canela, pruébalas que son muy buenas.... (Octavio toma un puñado.) ¡No, no, que me las comes todas! (Guarda el cartucho.) ¡Qué cosa tan chula es casarse! Mira, Octavio, qué hermosa canastilla me ha regalado mi suegro con mis vestidos de boda. (Los criados traen una canastá grande que colocan en la mesa. No, tan alto, no tan alto.... ¿Quieren ustedes que me suba en una silla para ver los regalos?

ANSELMO.

La señorita tiene razón. (A los criados que la ponen en el suelo.) Ahí está más á la mano.... Señora Baronesa, después de tributar á usted mis homenajes y cordiales plácemes por un enlace tan bien proporcionado.... Permítame usted le recomiende á mi hijo Atenógenes, de edad

de nueve años, que ya sabe leer en libro, y que pudiera muy bien con el tiempo substituirme en mis ausencias y enfermedades.

CELINA.

Bueno, bueno; que aprenda á escribir y lo nombraré mi secretario.

LUZY.

Bravísimo, señor Anselmo, no pierde usted nunca la cabeza, á lo que veo.... Ya aseguró usted para su hijo una excelente colocación.

ANSELMO.

La bondad de mis amos, su previsión, su magnanimidad....

OCTAVIO.

Ahora, señores, me harán ustedes el gusto de dejarme un rato á solas con mi esposa.... Tenemos que arreglar varios asuntos de familia, y....

CRIADOS.

¡Vivan los novios!

CELINA.

Oye, Octavio, antes que se vayan dales para beber, ¿tienes dinero?

OCTAVIO.

(Tentándose los bolsillos.) Ni blanca....

CELINA.

¿Cómo haremos....? ¿Ursula? (Habla bajo con su prima.)

URSULA.

Yo me encargo de eso. Anselmo, véngase usted conmigo, y repartirá usted á los criados algún dinero para que celebren mejor el casamiento de mi prima.

ESCENA X.

LUZY, CELINA Y OCTAVIO.

LUZY.

Si incomodo....

CELINA.

Al contrario; tenemos mil cosas que preguntar á usted, señor de Luzy.

LUZY.

¿Por qué no van ustedes á la sala?

OCTAVIO.

¡Dios nos favorezca....! Así que nos casamos, nos llevaron en procesión á ella, y nos zambulleron en dos grandes sillones de terciopelo encarnado, con galones de oro, en donde nos tuvieron media hora sin dejarnos mover, sin permitirnos reír, en tanto que los convidados, colocados en círculo en rededor de nosotros, nos con-

templaban con la boca abierta como á dos muñecos de China.

CELINA.

Y mi tía que me decía: ¡Celina, tente derecha! no muevas la cabeza como un molinillo: no bosteces.... y otras mil cosas, que me tenían tan fastidiada, que de buena gana me hubiera yo divorciado en aquel momento.

OCTAVIO.

¿Cómo? ¿Qué dices?

CELINA.

Y gracias que al cabo se compadeció de nosotros la tía, y nos envió á que corriéramos un poco por la casa, aunque con el encargo de que no arrugásemos nuestros vestidos.

LUZY.

Siempre se encarga eso á los novios.... para que puedan lucir sus trajes en el minué con que han de romper el baile.

CELINA.

Pues si son éstas todas las diversiones de una pobre novia, dígole á usted.... que....

LUZY.

Y hablando de otro asunto, ¿qué era lo que tenía usted que preguntarme?

CELINA.

¡Oh! infinitas cosas.... ¿No es verdad, Octavio?

OCTAVIO.

En primer lugar, quisiera yo saber si después de casado me puede todavía mi ayo sentenciar á pan y agua?

CELINA.

¡A pan y agua! No faltaba más... ¡Lindos cachetes echarías con tanto ayuno!

OCTAVIO.

Luego queremos saber cuáles son nuestras obligaciones.

LUZY.

Sus obligaciones de ustedes....?

CELINA.

Pues... las de la mujer y las del marido.... para que Octavio no me haga después drogas, haciéndome creer que él lo puede hacer todo, y yo nada.

OCTAVIO.

Vaya, despáchese usted.

LUZY.

Con mucho gusto.... Pero el caso es que ya dieron las seis, y tengo cierto negocio....

OCTAVIO.

No, no, que espere el negocio, primero somos nosotros.

CELINA.

Conque, en suma, ¿cuáles son nuestras obligaciones?

LUZY.

La principal del marido, es la de dar gusto á su mujer en cuanto sea racional, y la de la mujer la de respetar y obedecer al marido, porque al fin y al cabo es el amo de la casa.

OCTAVIO.

¡Bravo, bravo!: yo soy el que mando.

CELINA.

Pues mi gusto es que no mandes sino lo que yo quiera.

OCTAVIO.

Eso no ha dicho el señor.

CELINA.

Ni lo otro tampoco.

OCTAVIO.

Celina, no me sofoques....

CELINA.

Octavio, no me precipites....

LUZY.

Qué es eso, amigos míos, haya paz, sosiéguense ustedes.... no, no empiecen ustedes tan pronto á disputar sobre las prerrogativas respectivas de cada sexo, que es la parte más divertida del diálogo matrimonial.

CELINA.

Dice bien el señor Luzy.... Tiempo nos queda para enfadarnos....! Lo que ahora nos interesa, es que nos siga explicando las otras cosas que nos tiene que explicar, y....

LUZY.

Perdone usted, Baronecita, lo dejaremos, si á ustedes les parece, para mañana.... Es imposible que yo me detenga ni un instante más.... Adiós.... Adiós.... (¡Caramba! y qué curiosos son los tales chiquillos!)

ESCENA XI.

CELINA Y OCTAVIO.

CELINA.

Está visto, no quiere decirnos nada.

OCTAVIO.

¿Y qué importa? Después de todo.... nosotros daremos con ello tarde ó temprano.... no ha de ser un arco de iglesia.... Con tal que tú me respetes y obedezcas....

CELINA.

Y tú me des gusto....

OCTAVIO.

¡Oh! ¡qué felices vamos á ser!

CELINA.

(Con ternura.) ¡Marido mío!

ESCENA XII.

ANSELMO Y DICHOS

ANSELMO.

Malas noticias, señorito Octavio, muy malas noticias!

CELINA.

¡Ay Dios! ¿qué, nos quieren volver á sentar en los sillones?

ANSELMO.

¡Qué más día de fiesta para ustedes!

OCTAVIO.

¿Pues qué hay?

ANSELMO.

Que su padre de usted acaba de llegar de París....

OCTAVIO.

¿A presenciar mi boda?

ANSELMO.

Á impedirla.

OCTAVIO.

¡Qué disparate!

ANSELMO.

Se ha enfadado mucho, porque su señora tía de ustedes se ha dado tanta prisa en casarlos.

CELINA.

No creo que el señor Barón (Con orgullo) mi suegro, tiene por qué enfadarse.

ANSELMO.

Parece que recibió una carta de la señorita Úrsula, en que le declaraba que ya no quería ser Baronesa, y que, de consiguiente, no renunciaba á su libertad ni á sus bienes. En tal caso, ya le parece al señor Barón que la niña Celina no es tan buen partido para su hijo, como se lo parecía antes.... y así es que habla ahora de pleito.... de divorcio de....

OCTAVIO.

(Muy irritado.) ¡Jamás!

CELINA.

(Id.) ¡Nunca!

ANSELMO.

Eso es lo que dice su tía de usted.... y hay ya una boruca.... La sala se ha convertido en

un campo de Agramante..... Los vecinos gritan.... Los parientes disputan.... A la mujer del Prefecto le ha dado el mal....

CELINA.

Y á mí también me va á dar.... ¡Ay! ¡Ay!...!

OCTAVIO.

No, todavía no, deja primero que Anselmo nos diga el fin....

ANSELMO.

El fin es, que su padre de usted me ha mandado provisionalmente conducir á usted á su recámara, y encerrarlo allí bajo de llave, hasta que mañana por la mañana muy temprano lo lleve á ustel él mismo á París.

OCTAVIO.

¡Primero me harán pedazos!

CELINA.

¡Llevarte á París! Separarte de tu esposa legítima.

OCTAVIO.

¡Imposible! Ahora mismo hablaré con mi padre.... Soy capaz de todo..... ¡Oh!. no sabe todavía nadie de lo que soy capaz! (Poniéndose el sombrero.)

CELINA.

¡Esposo....! ¡Dueño mío....! no te pierdas

por Dios....! yo te lo pido.... yo te lo mando! (Con majestad.)

OCTAVIO.

Señora, ¿qué exige usted de mí? (Quitándose el sombrero y con dignidad.)

CELINA.

Que no olvides que aunque tirano tu padre, es tu padre.... que es el mío. (Con ternura.)

OCTAVIO.

¡Caramba! pero quieres tú que me deje encerrar en un cuarto á obscuras.... y quizás sin cenar.... ¡y en noche de boda....! Repito que no....

ANSELMO.

Ello, sin embargo, es preciso....

OCTAVIO.

Si avanzas un paso, destituyo á tu hijo de la supervivencia que le hemos dado.

ANSELMO.

Es que si no hago lo que su padre de usted me manda, me destituye él entonces á mí, y Atenógenes y yo nos quedamos en la calle.... Conque así....

OCTAVIO.

¡Infame! Ahora lo verás. (Quiere tirar de la espada, y por más que hace no la puede sacar.

ANSELMO.

¿Juan? ¿Pedro? (Salen dos lacayos.) Hagan ustedes lo que les he dicho.... y cuidado con que lo lastimen.

(Los lacayos se apoderan de Octavio, á pesar de su resistencia, y al cabo lo sujetan.)

OCTAVIO.

¡Pícaros! ¡Viles! (Llorando.)

CELINA.

¡Desventurada de mí! (Llorando.)

OCTAVIO.

No llores, Celina, no llores por Dios.... Imita mi valor.

ANSELMO.

Síganme ustedes.

OCTAVIO.

No iré. (Llorando.) No quiero ir.... ¡Cobardes! hacer llorar á una mujer. (Se van.)

CELINA.

¡Muerta soy....! (Dejándose caer en una silla. dice después de un momento de silencio.) ¡Qué me sucede! Mi cabeza se trastorna.... Mis ojos se enturbian.... (Levantándose azorada.) ¡Oh! ¡Qué horror! no veo en torno de mí sino sombras.... fantasmas.... espectros.... Allí está mi suegro.... No, no, es el costurero.... Qué susto me he llevado.... parece que me han echado un jarro de agua con hielo.... Yo que soy

tan medrosa..... verme aquí, sola, sin mi nana.... ¿Quién me pondrá esta noche los papillotes? ¿Quién me atará la cinta de la papalina? ¡Ah! ¡mujer más desgraciada....! ¿Y mi Octavio? ¿Y mi pobre Octavio? ¿Qué harán con él? ¿Me lo matarán....? Y yo soy la causa de todas sus desgracias.... Yo que le amo tanto.... Yo que daría por volverlo á ver, cuanto tengo.... mi traje de blonda, mi cadena á la polka, mi sangre.... Todo, todo.... hasta mis muñecas. (Poniéndose de rodillas.) ¡Virgen mía! no desampares á esta infeliz víctima del amor conyugal.... Que no la separen de su marido.... y nada le importa, si se va otra vez á su lado, vivir con él en mazmorras y subterráneos.... ¡Santa Bárbara bendita! (Se levanta asustada.) ¡Quién anda en aquella ventana....! ¡Si serán ladrones! (Octavio detrás de la ventana.)

OCTAVIO.

¿Celina?, abre por Dios.... ¿Celina?, que me muero de frío.

CELINA.

Esta es la voz de Octavio.... y suena detrás de la ventana.

OCTAVIO.

¿Celina?

CELINA.

El es.... Me subiré en una silla.... (Abre.) Entra.... Pon el pie aquí.... No te caigas.

ESCENA XIV.

CELINA Y OCTAVIO.

OCTAVIO.

(Saltando al suelo.) ¡Ya respiro!

CELINA.

Pero explícame....

OCTAVIO.

¡Toma! que apenas me encerraron aquellos bribones en mi recámara, cuando yo abrí la ventana que da al jardín, y....

CELINA.

¿Te arrojaste?

OCTAVIO.

No, me deslicé sobre el emparrado que está debajo, y luego, de un brinco....

CELINA.

¡Jesús mil veces!

OCTAVIO.

Pero fué cuando tuve que encaramarme en tu ventana.

CELINA.

¿Cómo lo hiciste?

OCTAVIO.

Subí por el nogal.

CELINA.

¿Por el nogal?

OCTAVIO.

De rama en rama.... como un chupamirto... Pero vamos á lo esencial.... Has de saber que vengo decidido á robarte.

CELINA.

¡Un rapto! ¡Qué atrevido eres!

OCTAVIO.

Como lo oyes, ahora mismo te dejas robar.

CELINA.

Repara....

OCTAVIO.

Ea, vamos, te robo ó no te robo?

CELINA.

Yo bien quisiera; pero si nos tenemos que ir por la ventana, yo no sé si podré....

OCTAVIO.

Es verdad.... podías caerte, romperte una pierna, y.... Dios me libre de semejante desgracia.... Con una mujer coja no puede haber en una casa equilibrio de poderes.

CELINA.

Más vale que nos sentemos y hablemos un rato.

OCTAVIO.

Dices bien, sentémonos.

CELINA.

Juntitos.

OCTAVIO.

Muy juntitos.

CELINA.

Hombre, no tanto.... no me dejas sentar.

OCTAVIO.

¿Ahora estamos bien, Celina?

CELINA.

¿Qué?

OCTAVIO.

¿Sabes lo que digo?

CELINA.

No.... porque hasta ahora no me has dicho nada.

OCTAVIO.

Pues digo que siento mucho que tu prima no quiera ya ser canonesa.

CELINA.

¿Y qué te importa á tí?

OCTAVIO.

Porque ya no heredamos lo que ella tiene y...

CELINA.

¡Qué avaricia....! No eres tú bastante rico... sin necesidad de que la otra....

OCTAVIO.

Si no lo digo por mí.... pero ya ves nuestros hijos.

CELINA.

¡Ah! es verdad.... no había caído en ello....

OCTAVIO.

Así son ustedes todas las mujeres, no piensan nunca sino en lo que tienen delante de los ojos... Cabalmente no pienso, desde que me casé, en otra cosa.... en mis hijos.... El primero no me apúra.... cargará con el mayorazgo.... El segundo lo pondremos en el colegio militar....

CELINA.

Sí, sí; oficial de húsares.... bailan muy bien los oficiales de húsares.

OCTAVIO.

El tercero lo haremos caballero de Malta....

CELINA.

Caballero de Malta.... ¡Ni lo sueñes!

OCTAVIO.

¿Pero por qué?

CELINA.

Porque no se pueden casar, y....

OCTAVIO.

Los otros se casarán.... ¿tantas ganas tienes de ser abuela?

CELINA.

No es eso, sino que el pobrecillo.... (Bosteza.) Mejor será que consultemos su inclinación.... así que nazca. (Vuelve á bostezar.)

OCTAVIO.

(Levantándose incómodo.) Jesús, mujer, qué poco te divierte mi conversación.... no haces más que bostezar.

CELINA.

Me acostaba siempre á las ocho y....

OCTAVIO.

Y yo á las nueve.

CELINA.

Por eso tengo sueño. Luego es preciso confesar que nuestra boda ha sido hasta ahora tan monótona.

OCTAVIO.

¿Pues qué sucede en otras bodas?

CELINA.

Hay sus correspondientes novios....

OCTAVIO.

Presentes.

CELINA.

Mucha gente.

OCTAVIO.

No nos ha faltado tampoco.

CELINA.

Gran función de Iglesia.

OCTAVIO.

La capilla de la tía tiene órgano.

CELINA.

Trajes, música, comida, baile....

OCTAVIO.

Tienes razón el baile se ha suprimido.... pero no importa.... bailaremos aquí los dos si quieres.... así como así los novios son los que empiezan.

CELINA.

Enhorabuena.... bailemos.... quizás me distraeré un poco. (Bailan unos cuantos compases).

OCTAVIO.

¿Te distraes?

CELINA.

No, me canso y nada.

OCTAVIO.

Pues no sé, á fe mía, lo que pueda hacerse todavía, pero calla.... ¿No sientes ruido?

CELINA.

Sí.... en el cuarto de mi prima Ursula.... No hagas ruido.... voy á espiar por el agujero de la llave.

OCTAVIO.

¿Qué ves? ¿Qué ves?

CELINA.

Un lacayo con una maleta.... Mi prima habla con el señor Luzy....

OCTAVIO.

¿No oyes nada?

CELINA.

Apenas.... ¡Ahora ella le dice bien mío!

OCTAVIO.

¡Qué palabra tan dulce! ¡bien mío!

CELINA.

Ahora la besa la mano.

OCTAVIO.

Aquí estoy yo. (Besa la mano á Celina.)

CELINA.

Ahora se van. (Se quita de la puerta.)

OCTAVIO.

Pues vámonos nosotros también.

CELINA.

¿Adónde?

OCTAVIO.

¡Qué sé yo!.... Pero ello es fuerza tomar un partido y....

CELINA.

¡Ay! Octavio, que oigo pasos en el corredor.

OCTAVIO.

¿Qué dices?

CELINA.

Sí, sí.... se acerca mucha gente.

OCTAVIO.

¿Dónde nos ocultaremos?

CELINA.

Despáchate.

OCTAVIO.

Si no encuentro dónde.... Aquí debajo de esta mesa. (Se esconde.)

CELINA.

¿Y yo....? Tampoco encuentro dónde..... Aquí. Dentro de esta canastilla.

ESCENA XV

ANSELMO, CRIADOS, PASCUAL Y MOZOS DEL CAMPO.

ANSELMO.

Si los hemos de encontrar.... Que se cierre la puerta del zaguán.... Que no se deje salir á nadie.

PASCUAL.

Señor mayordomo; señor mayordomo.... ya no hay cuidado.... ya han traído la silla de posta.

ANSELMO.

¿Con ellos?

PASCUAL.

No señor, vacía.

ANSELMO.

Maldito seas.

PASCUAL.

Es que los señores que fueron detrás de ella hicieron bajar antes á los que estaban dentro y....

ANSELMO.

¿Estás seguro de ello?

PASCUAL.

Sí, lo ví por mis propios ojos.... por señas que en poco tiempo se ha mudado mucho el señorito Octavio, porque nadie creería que era él el que bajaron de la silla de posta.

ANSELMO.

¡Habrá imbécil!

PASCUAL.

Pues yo tengo mis dudas.

ANSELMO.

¿Quién quieres que fueran los fugitivos? No se escapó el señorito Octavio por la ventana? ¿Parece acaso en ninguna parte la niña Celina?

PASCUAL.

¿Qué quiere usted que le diga?, pero los que yo ví bajar de la silla, no eran ni el señorito Octavio, ni la niña Celina.

ESÇENA ULTIMA.

URSULA, LUZY Y DICHOS.

LUZY

Tiene Pascual razón; porque éramos nosotros.

ANSELMO.

¡Tengo cataratas! ¡El señor de Luzy y la señorita Ursula!

URSULA.

Y la señora de Luzy.... este es ya mi nombre, mi buen Anselmo; porque ya no hay motivo para ocultar nuestro casamiento.

ANSELMO.

¡Válganme las once mil vírgenes!

URSULA.

Ya el señor Barón se ha encargado de decírselo á mi tía y....

ANSELMO.

Pues siendo así, ¿dónde están los niños?

URSULA.

Los venía á buscar para conducirlos á presencia del Barón....

ANSELMO.

Si no parecen.

URSULA.

¡Dios mío! ¿En dónde estarán?

OCTAVIO.

Aquí estoy yo. (Sacando la cabeza.)

CELINA.

¡Y yo aquí....! (Id.)

ANSELMO.

¡La novia dentro de su propia canastilla!

LUZY

Como un pichoncito dentro de su cascarón.

URSULA.

Ven, Celina.... Venga usted. Octavio, ¿qué hacían ustedes ahí?

OCTAVIO.

¿Es que si han de anular nuestro matrimonio?

URSULA.

Nada de eso.... ya he conseguido que su padre de usted se aplaque, y que apruebe todo lo hecho.

OCTAVIO.

¿Sin condición alguna?

URSULA.

Ninguna nueva.... la misma que impuso el Rey.... Usted se vuelve á su colegio, ésta á su pensión, y dentro de cuatro ó cinco años....

OCTAVIO.

Cómo ha de ser.... Pero desde ahora digo que la he de escribir todos los correos.

URSULA.

Todos.

CELINA.

Y yo, bien mío, le he de contestar todos....

Todos.

CELINA.

Entretanto, estudiaremos, adelantaremos, y nos formaremos, para poder decir con razón á todos los que nos favorezcan con su presencia el día de nuestra verdadera boda.... (Al público). Muchas gracias, señoras. Muchísimas gracias, caballeros.... Ya sabemos lo que ustedes se interesan por nuestro bienestar.... Con todo, bueno será que nos lo demuestren más palpablemente.... así.... así.... (Dando ella con sus manos dos ó tres palmaditas.)



INDICE.

